v

ELAINE MORGAN

EVA AL DESNUDO

Título original:

THE DESCENT OF WOMAN

Traducción de

MARTA I. GUASTAVINO

Portada de

GRACIA

© 1972 by Elaine Morgan
© 1973 by Editorial Pomaire, S. A.
Editado por PLAZA & JANES, S. A., Editores
Virgen de Guadalupe, 21-33
Esplugas de Llobregat (Barcelona)

Printed in Spaín — Impreso en España
ISBN: 84-01-46013-1 — Depósito Legal: B. 32.603-1975
(ISBN: 84-286-0370-7. Publicado anteriormente por Editorial Pomaire, S. A.)

GRÁFICAS GUADA, S. A. — Virgen de Guadalupe, 33
Esplugas de Llobregat (Barcelona)

1. EL MITO FABRICADO POR EL HOMBRE

De acuerdo con el Libro del *Génesis,* Dios primero creó al hombre. La mujer no sólo fue algo que se le ocurrió después, sino un artículo suntuario. Durante casi dos mil años se creyó que la Sagrada Escritura justificaba su subordinación y explicaba su inferioridad, ya que ni siquiera como copia la mujer era demasiado buena. Había diferencias; ella no era uno de Sus esfuerzos más logrados.

En una canción folklórica hay un verso que expresa: «Digo que mi burro es un caballo que se torció.» En la mayor parte de la bibliografía que se ocupa de las diferencias entre los sexos se desliza sutilmente el supuesto implícito de que la mujer es un hombre que se torció; de que la mujer es una versión distorsionada del diseño original; de que ellos son la norma, y nosotras la excepción.

Se podría haber esperado que cuando apareció Darwin y escribió un relato totalmente diferente de *El origen del hombre,* este supuesto hubiera sido arrancado de raíz, puesto que Darwin no creía que la mujer fuera una idea tardía: creía que su origen era por lo menos contemporáneo al del hombre. Eso debería haber conducido a algún esclarecimiento de la relación entre los sexos, pero no fue así.

Casi en seguida los hombres se pusieron a la simpática y fascinante tarea de idear una serie totalmente nueva de razones que explicaran por qué la mujer era manifiestamente inferior y su posición irreversiblemente subordinada, y desde entonces están alegremente dedicados a ello. En vez de la teología usan la biología, la etología y la primatología, pero las usan para llegar a las mismas conclusiones.

Ahora están en condiciones de discutir los problemas más complejos de la reforma económica no ya en función de la voluntad de Dios, sino en función de las pautas de comportamiento sexual del cíclido; de modo que si una mujer reclama igualdad de salarios o pretende un ascenso, nunca falta la autoridad de algún pensador masculino que pronuncie una homilía sobre las hormonas y señale que lo que secretamente se propone con eso, y lo que inevitablemente conseguirá, es la «castración psicológica» de los hombres que hay en su vida.

Claro que eso puede parecer una buena muestra de chantaje emocional, como el de la mujer que lloriquea que si su hijito no hace las cosas como ella quiere, entonces a Mami le va a dar uno de esos ataques tan feos. En realidad no es sorprendente que la mayoría de las mujeres que procuran alcanzar en la sociedad un *status* nuevo y mejor, tiendan a apartarse de todo lo que sea biología y orígenes, en la esperanza de que podamos ignorar todo eso y concentrarnos en conseguir que en el futuro las cosas sean diferentes.

Me parece un error. La leyenda de la herencia selvática y de la evolución del hombre como carnívoro cazador ha echado en el espíritu del hombre raíces tan firmes como las del *Génesis.* Hasta es posible que crea que la igualdad de salarios puede tener efectos desastrosos sobre sus gónadas. Se ha edificado una hermosa construcción teórica, en cuya cima está él, sostenida por un formidable despliegue de hechos científicamente autentificados. No podemos discutir los hechos, ni debemos intentar pasarlos por alto. Lo que pienso que podemos hacer es sugerir que la interpretación corrientemente aceptada de los hechos no es la única posible.

Tengo considerable admiración por los científicos en general, y por los evolucionistas y los etólogos en particular, y aunque piense que en ocasiones han tomado caminos equivocados, no ha sido por puro prejuicio. En parte, se debe a un puro accidente semántico: el hecho de que «hombre» es un término ambiguo. Se refiere a la especie, pero se refiere también al macho de la especie. Si se empieza a escribir un libro sobre el hombre o se concibe una teoría sobre el hombre, es imposible

evitar el uso de esta palabra. Tampoco se puede evitar el uso de un pronombre como sustituto de la palabra, y como simple asunto de conveniencia lingüística, el pronombre usado será «él». Pero antes de haber llegado a la mitad del primer capítulo ya empieza a formarse una imagen mental de este ser que evoluciona. Será una imagen masculina, y él será el héroe de la historia: cada persona y cada cosa del relato se relacionarán con él.

Todo esto puede sonar como una mera argucia lingüística o parecer una muestra de petulancia feminista. Si mis lectores quieren seguirme, espero convencerles de que no hay tal cosa. Creo que la confusión semántica, profundamente arraigada, entre «hombre» como varón y «hombre» como especie, ha reforzado y ha viciado gran parte de las especulaciones referentes a los orígenes, el desarrollo y la naturaleza de la raza humana.

Una proporción muy alta del pensamiento dedicado a esos temas es androcéntrico (centrado en el varón), de la misma manera que el pensamiento precopernicano era geocéntrico. Al hombre le resulta tan difícil romper el hábito de pensar en sí mismo como el centro de la especie como le resultó difícil romper el hábito de pensar en sí mismo como el centro del Universo. De modo totalmente inconsciente, se ve a sí mismo como la línea principal de la evolución, con un satélite femenino que gira en torno de él tal como la Luna gira alrededor de la Tierra. Esto no sólo le lleva a pasar por alto importantes indicios referentes a nuestro linaje, sino que en ocasiones le induce a hacer afirmaciones que son palmarios y demostrables desatinos.

Cuanto más seguía leyendo los libros que él escribe sobre sí mismo, tanto más deseos tenía de encontrar un volumen que empezara: «Cuando la primera antepasada de la raza humana .descendió de los árboles, no había desarrollado todavía el poderoso cerebro que había de distinguirla tan nítidamente de todas las otras especies...»

Claro que ella no tenía en mayor grado que él la condición de ser nuestro primer antepasado; pero no la tenía tampoco en *menor* grado. Durante todo el tiempo estuvo allí, y aportó la mitad de los genes a cada sucesiva generación. La mayor parte de los libros se olvidan de ella durante casi todo el tiempo. Bastante repentinamente, la hacen subir a escena para el capítulo obligatorio sobre «Sexo y Reproducción» y después le dicen: «Está bien, tesoro, ahora puedes irte», mientras siguen con el tema realmente jugoso del Poderoso Cazador con sus hermosas armas nuevas y sus piernas rectas y hermosas, que lo llevan por las llanuras del Pleistoceno. Se entiende que cualquier modificación de la morfología de ella es una imitación de la evolución del Cazador, o está destinada exclusivamente al deleite de él.

Últimamente, el pensamiento evolucionista ha dado grandes pasos. Arqueólogos, etólogos, paleontólogos, geólogos, químicos, biólogos y físicos provenientes de todos los rumbos de la brújula van cerrándose sobre el área central de misterio que resta. Pues a pesar de las frecuentes danzas triunfales de los investigadores que aparecen con otra mandíbula u otra estadística, cierta parte del misterio todavía está sin explicar. La mayor parte de sus libros incluyen frases del tipo de: «...las primeras etapas del proceso evolutivo del hombre siguen siendo un misterio total». «El hombre es un accidente, la culminación de una serie de coincidencias altamente improbables...» «El hombre es un producto de circunstancias tan peculiares que se hacen increíbles.» Sienten que todavía hay algo que falta, y no saben qué es.

El problema con los especialistas es que tienden a pensar en surcos. De vez en cuando sucede algo que de una sacudida los saca del surco. Robert Ardrey nos cuenta cómo le sobrevino tal iluminación al doctor Kenneth Oakley cuando se desenterraron en África los primeros restos de *Australopithecus:* «Inesperadamente, la respuesta relampagueó en su gran cabeza abovedada: "¡Claro, si creíamos que el cerebro grande apareció primero! ¡Supusimos que el primer hombre fue un inglés!"» Ni él, ni Ardrey al relatar el incidente, notaron que todavía seguía haciendo otra suposición igualmente inconsciente e igualmente infundada. Uno de estos días algún evolucionista se va a dar una palmada en su gran cabeza abovedada y va a gritar: «¡Claro! ¡Supusimos que el primer ser humano fue un hombre!»

Hagamos primero una rápida recapitulación de la historia tal como por lo común se la cuenta, ya

que pese a todas las nuevas pruebas que han visto recientemente la luz, el cuadro, generalmente aceptado dé la evolución humana ha cambiado muy poco.

En el preciso centro del mismo sigue estando la figura tarzanesca del prehomínido varón que bajó de los árboles, vio una verde pradera rebosante de caza, levantó un arma y se convirtió en un Poderoso Cazador.

Se pretende que casi todo lo que a nosotros se refiere derivó de allí. Si caminamos erectos, era porque el Poderoso Cazador tenía que erguirse para escudriñar las distancias en busca de su presa. Si vivíamos en cavernas, era porque los cazadores necesitaban una base para sus operaciones. Si aprendimos a hablar fue porque los cazadores necesitan planear el próximo safari y jactarse del anterior. Desmond Morris, al reflexionar sobre la forma de los pechos de una mujer, deduce instantáneamente que se desarrollaron porque su compañero se había convertido en un poderoso cazador, y defiende esta proposición absurda con el más depurado ingenio. En la figura de Tarzán hay algo que los tiene a todos encandilados.

A mí toda la fábula me parece bastante increíble. Está acribillada de misterios e incongruencias, y de cuestiones no resueltas. Y más incómodas que las cuestiones no resueltas son las cuestiones que nunca se plantean siquiera, porque, como señala el profesor Peter Medawar, «los científicos tienden a no plantearse preguntas mientras no tienen *in mente* los rudimentos de una respuesta». Voy a dedicar este capítulo a apuntar algunos de esos problemas antes de bosquejar una nueva versión de la historia del Mono Desnudo que sugiera por lo menos respuestas posibles para cada uno de estos problemas, y otros quince o veinte además.

El primer misterio es: «¿Qué sucedió durante el Plioceno?»

En la actualidad se acepta ampliamente la teoría de que la historia humana empezó en África. Hace veinte millones de años existió en Kenya una floreciente población de símidos de estructura corporal generalizada y de una profusión de tipos que iban del tamaño de un pequeño gibón hasta el de un gorila grande. El doctor L. S. B. Leakey ha excavado sus huesos por centenares en la región del Lago Victoria, y es evidente que en esa época prosperaron mucho. Era el período conocido como el Mioceno. El clima era suave, las lluvias más abundantes que ahora, y las selvas medraban. Hasta aquí, todo va muy bien.

Entonces llegó la sequía del Plioceno. Escribe Robert Ardrey: «No hay espíritu que pueda entender en términos de posible experiencia humana la duración del Plioceno. Hace un cuarto de siglo, diez años de sequía bastaron para producir en el Sudoeste norteamericano ese prototipo de la desolación que es la región de los desiertos. A los habitantes de la región los diez años deben de haberles parecido interminables. Pero el Plioceno africano duró doce millones.»

En todo el continente africano no se ha encontrado jamás un lecho de fósiles del Plioceno. Durante este período, muchas promisorias especies de símidos del Mioceno desaparecieron sin dejar rastros, lo que no es sorprendente. Algunos quedaron atrapados en los cada vez más escasos restos de selva, y cuando terminó el Plioceno reaparecieron como símidos braquiales, especializados para columpiarse de los brazos.

Reapareció también algo sorprendente: los australopitequinos, descubiertos por primera vez en 1925 por el profesor Raymond Dart, y que posteriormente fueron desenterrados en cantidad considerable por el doctor Leakey y otros.

El *Australopithecus* emergió de su horripilante ordalía de doce millones de años muy renovado y mejorado. Los cóndilos occipitales de su cráneo sugieren una postura corporal que se aproxima a la del hombre moderno, y de acuerdo con Wilfred le Gros Clark, la región orbital tiene «una apariencia notablemente humana». Era inteligente, además. En la cañada de Olduvai [Tanganyka], se han encontrado sus restos en compañía de toscos utensilios de guijarro que han sido aclamados como el primerísimo comienzo de la cultura humana. Dice Robert Ardrey: «Entramos en el crisol [del Plioceno] como criaturas generalizadas que apenas si eran portadoras del potencial humano.

Emergimos como seres a los cuales les faltaba sólo un cerebro adecuado y el mentón. ¿Qué nos sucedió por el camino?» La pregunta del millón: «¿Qué les sucedió? ¿Adonde fueron?»

Segunda pregunta: «¿Por qué se enderezaron?»

Las versiones populares se deslizan muy levemente por encima de este tramo de delgado hielo. Desmond Morris dice simplemente: «Sometidos a fuertes presiones para aumentar sus hazañas como cazadores, se enderezaron más, convirtiéndose en corredores más rápidos y mejores.» También simplemente dice Robert Ardrey: «Aprendimos a mantenernos erguidos, en primer lugar, como una exigencia de la vida de cazadores.»

Pero, un momento. Éramos cuadrúpedos. Estas afirmaciones implican que repentinamente un cuadrúpedo descubrió que con dos patas se podía mover más rápido que con cuatro. Procuremos imaginarnos cualquier otro cuadrúpedo —¿un gato, un perro, un caballo?— que descubra semejante cosa y veremos que es totalmente absurdo. En igualdad de las restantes condiciones, cuatro patas no tienen más remedio que correr más que dos. La evolución hacia el bipedalismo fue violentamente antinatural.

El armiño, la ardilla, el conejo, el chimpancé, pueden sentarse o erguirse en dos patas para mirar a lo lejos, pero cuando quieren correr, tienen la sensatez suficiente para usar todas las patas que tienen. Los únicos cuadrúpedos que recuerdo que pueden moverse más rápido en dos patas que en cuatro son bichos como el canguro y una pequeña lagartija tejana, pero ésta no lo hace por mucho rato. El secreto en éstos casos es una cola larga y pesada que les sirve de contrapeso y que indudablemente nosotros jamás tuvimos. Es posible decir que fue una evolución natural para un primate, ya que los primates se sientan erguidos en los árboles, pero... ¿fue natural? Hace millones de años que el papión y el macaco son predominantemente terrestres sin que den señal alguna de convertirse en bípedos.

George A. Bartholomew y Joseph B. Birdseü señalan: «...la extremada rareza del bipedalismo en los animales hace pensar que es ineficaz, salvo en circunstancias muy especiales. Incluso la peculiar locomoción vertical del hombre moderno es relativamente ineficaz cuando se la compara con la de los mamíferos cuadrúpedos... De ella debe de haber resultado alguna significativa ventaja de orden no locomotor».

¿Cuál fue esa ventaja? Los tarzanistas sugieren que el bipedalismo le permitió al símido correr tras de la caza al mismo tiempo que portaba armas, que en un principio eran presumiblemente guijarros. Pero si un chimpancé se escapa con una banana o un guijarro y no puede ponérselo en la boca, lo llevará en una mano y galopará con las otras, porque incluso *tres* patas son más rápidas que dos. Entonces, ¿qué se supone que estaba haciendo nuestro antepasado? ¿Avanzando penosamente con una roca en cada mano? ¿Arrojando cantos rodados que tenía que levantar con ambas manos? ¿Tirando troncos?

No. Debe de haber habido una razón muy poderosa para que durante largo tiempo nos viéramos constreñidos a caminar sobre las patas traseras *aun cuando fuera más lento.* Necesitamos descubrir esa razón.

Tercera pregunta: En todo caso, ¿de qué manera llegó el símido a usar esas armas? De nuevo Desmond Morris lo explica de un salto, a la ligera: «Sometidos a fuertes presiones para aumentar sus hazañas como cazadores... sus manos se convirtieron en eficiente y enérgico sostén para las armas.»

Comparado con Morris, a Robert Ardrey lo obsesionan las armas, a las que llama «las prendas culturales más significativas de la Humanidad». Pero su explicación de cómo empezó todo el asunto es tan superficial como cualquier otra: «En el primer momento evolutivo de la aparición humana llegamos a tener la suficiente habilidad en el uso de armas como para que

nuestros puñales naturales de primates [es decir, los grandes caninos del prehomínido] resultaran redundantes.». Pero un momento: ¿cómo, y por qué? ¿Por qué una, y sólo una especie de esos símidos del Mioceno empezó a usar armas? Un papión acorralado pelea con un leopardo; un papión hambriento mata una gallina para comérsela. Teóricamente, podría recoger un trozo de pedernal, olvidarse de sus «puñales naturales de primate» y convertirse en un Poderoso Cazador. Sin embargo, no lo hace. ¿Por qué lo hicimos nosotros? Sarel Eimerl e Irven de Vore señalan en su libro *The Primates:*

«En realidad es muy difícil de explicar. Por ejemplo, si el modo de defensa normal en un animal es huir de un atacante, huye. Si es luchar con los dientes, lucha con los dientes. No adopta súbitamente una línea de acción totalmente nueva como sería recoger un palo o una piedra para arrojarlos. Simplemente, no se le ocurriría la idea, e incluso si se le ocurriera, el animal no tendría razón alguna para suponer que diera resultado.»

Pero los primates sí adquieren hábitos que les sirven para manejar utensilios. Un chimpancé usa un palo para sacar insectos de sus nidos, y una hoja estrujada para enjugar el agua. Los símidos de Wolfgang Kohler usaban palos para acercar la fruta a los barrotes de su jaula, y hay otros ejemplos.

Pero este tipo de aprendizaje depende de tres cosas. Tiene que haber ocio para experimentar con el ensayo *y* el error. Los utensilios deben existir en cantidad ilimitada (un bosque está lleno de hojas y de palos), o bien estar *exactamente en el lugar adecuado.* (Hasta el lúcido *Sultán* de Kóhler podía confundirse si la fruta estaba delante de él y el utensilio potencial a sus espaldas; necesitaba tener ambos a la vista al mismo tiempo.) Tercero, para que el hábito prenda, de la misma acción debe resultar cada vez el mismo efecto.

Démosle ahora un vistazo al símido. Hay una cuestión de tiempo: cuando se enfrenta con un rival encolerizado, o cuando lo ataca un felino, o incluso cuando se le escapa la presa, no se va a divertir inventando métodos antojadizos. En ocasiones un chimpancé puede blandir un palo para amenazar a su adversario, pero si el enemigo sigue avanzando, deja caer el palo y pelea con uñas y dientes. Incluso si postulamos un símido mutante con la sangre fría, necesaria para pensar (mientras la adrenalina irrumpe en sus venas) que debe existir un recurso mejor que los dientes, todavía tiene que tener bastante suerte para observar que casualmente, justo en el medio de la pradera primitiva, hay una piedra del tamaño preciso, exactamente entre él y su enemigo. Y cuando se la tira tiene que dar en el centro mismo del blanco, la primera vez y todas las veces. Porque si le yerra el tiro a un leopardo, ya no va a estar para decirles a sus descendientes que lo único que hace falta es pulir un poco el método; y si le yerra el tiro a una gacela, lo que va a pensar es que evidentemente el sistema no funciona y que más vale volver a los dientes.

No hay caso. Si hubiera sido necesaria tanta suerte para que el hombre se convirtiera en cazador, todavía estaríamos todos comiendo nueces.

Hay muchos tarzanistas que en privado se dan cuenta de que la forma en que explican el bipedalismo y el manejo de armas hace agua. Han inventado la doctrina de la «realimentación», que afirma que aunque esas dos teorías por separado e individualmente son desatinos, si se las une van a andar muy bien. Se alega que la postura bípeda del símido, por insegura que sea, le dio mejores posibilidades de arrojar piedras (¿por qué?), y que sus pedradas, por imprecisas que fueran, lo convirtieron en un bípedo mejor (¿por qué?). Eimerl y de Vore vuelven a plantear la embarazosa cuestión: Si los chimpancés son capaces de caminar erguidos y de manipular instrumentos sencillos, «¿por qué fueron únicamente los homínidos los que se beneficiaron con la realimentación?».

Pregunten, no más.

La cuestión siguiente: ¿Por qué se desnudó el mono desnudo?

Desmond Morris pretende que, a diferencia de carnívoros más especializados, como los leones y los chacales, el símido ex vegetariano no estaba físicamente equipado para «lanzarse como un rayo en pos de su presa». «Durante la caza, debía sentir un considerable exceso de calor, y la pérdida del

pelo corporal fue de gran valor para los momentos supremos de la persecución.»

He aquí un ejemplo perfecto de pensamiento antropocéntrico. Ya por entonces había dos sexos, y no me parece que nunca haya sido tan fácil conseguir que una mujer se prive de un abrigo de pieles simplemente para que su maridito no quede pegajoso de sudor en sus momentos supremos. ¿Y qué se supone que les pasaba a las hembras durante ese período de desnudamiento?

Dice Morris: «Claro que este sistema no funcionaría si el clima era demasiado cálido, porque la piel sin defensa se dañaría.» Así que evidentemente ubica la pérdida del pelo en un período posterior al *inferno* del Plioceno. Pero el período siguiente fue el turbulento Pleistoceno, puntuado por los gigantescos períodos «pluviales» africanos, que correspondían a las Edades de Hielo del Norte. Un período pluvial significaba siglo tras siglo lluvias torrenciales, así que tenemos que imaginarnos a nuestras remotas abuelas sentándose desnudas en medio de la llanura mientras el cielo se venía abajo y aferrando con ambas manos embarradas a un infante resbaloso, escurridizo y tan desnudo como la madre. Es ridículo. Para la especie no es ninguna ventaja que el poderoso cazador regrese a su hogar salvo y fresco si se encuentra con que a su hijo lo han dejado caer de cabeza y la mujer se le ha muerto de hipotermia.

El problema se podría haber resuelto mediante el dimorfismo: la pérdida de pelo podría haber sido más acentuada en un sexo que en el otro. Y claro que fue así. Pero lamentablemente para los tarzanistas, fue la hembra que se quedaba en casa la que se quedó más desnuda, y el acalorado cazador el que conservó el pelo en el pecho.

La pregunta que sigue: ¿Por qué nuestra vida sexual se hizo tan complicada y confusa?

Apenas si hace falta decir que la respuesta que nos dan es que todo empezó cuando el hombre se hizo cazador. Tenía que recorrer largas distancias en persecución de su presa y empezó a preocuparle la idea de qué podía andar haciendo su mujercita. También le inquietaban los otros miembros de la horda de cazadores, porque como explica Desmond Morris, «si se esperaba que los machos más débiles colaboraran en la cacería, había que concederles más derechos sexuales. Las hembras tendrían que ser más compartidas».

Entonces, sigue la historia, se hizo necesario establecer un sistema de «vínculo de pareja» para asegurar que las parejas siguieran siendo fieles toda la vida. Vuelvo a citar: «El método más sencillo y directo de hacerlo fue conseguir que las actividades compartidas de la pareja fueran más complicadas y más satisfactorias. En otras palabras, hacer que el sexo fuera más *sexy*.»

Con este propósito, a los monos desnudos les brotaron lóbulos en las orejas, las narices se les pusieron carnosas y los labios se volvieron hacia fuera, todo supuestamente destinado a estimularse frenéticamente unos a otras. A la señora A. los pezones se le convirtieron en una zona muy erógena, además de que inventó y patentó el orgasmo femenino y aprendió a reaccionar sexualmente en todo momento, incluso durante el embarazo, «porque con el sistema de un-macho-una-hembra, sería arriesgado frustrar al macho durante un período demasiado largo. Se pondría en peligro el vínculo de pareja». Era posible que él se fuera bufando, o que se buscara otra mujer, y hasta que se negara a cooperar en la cacería.

Además decidieron cambiar y tener relaciones sexuales frente a frente, en vez de seguir con el sistema en que el macho monta por detrás como antes, porque con el nuevo método se conseguía el «sexo personalizado». La aproximación frontal significa que «las señales y satisfacciones sexuales recibidas se mantienen estrechamente enlazadas con las señales de identidad del compañero». Con palabras más simples, que uno sabe con quién lo hace.

Esto sumió a la señora Mono Desnudo en cierta perplejidad. Hasta entonces, la moda infalible para hacer alarde en un acercamiento sexual había sido «un par de nalgas carnosas y hemisféricas». Ahora, de repente, con eso no se iba a ninguna parte. Por más que ella se acercara a su pareja haciéndole señales de identidad bien frontales, como una loca, con los bonitos lóbulos de sus orejas y sus flamantes narices, de algún modo él no quería saber nada. Extrañaba los hemisferios, seguro.

La situación era tremenda, insiste Morris. «Si la hembra de nuestra especie había de conseguir que el interés del macho se desplazara a la parte frontal, la evolución tendría que hacer algo para que la región frontal resultara más estimulante.» ¿No adivinan? La acertó por primera vez: ella se adornó con un par de hemisferios carnosos en la región torácica y, una vez más, nos salvamos por un pelo.

Todo eso es muy emocionante, pero difícil de tomar en serio. Las manadas de lobos se las arreglan para cooperar sin tanto despliegue erótico. Nuestros parientes cercanos, los gibones, son fieles durante toda la vida sin sexo frontal «personalizado», sin complicadas zonas erógenas, sin que la hembra esté permanentemente disponible. ¿Por qué no pudimos nosotros?

Y sobre todo, ¿desde cuándo ser más *sexy* ha sido garantía de mayor fidelidad? Si el mono desnudo podía ver todo ese incremento del potencial sexual en su compañera, ¿cómo iba a dejar de ver que lo mismo les pasaba a todas las otras hembras que lo rodeaban? ¿Qué efecto se supone que le hacía eso, especialmente cuando con el correr del tiempo observaba que los cuatro hemisferios de la señora A. estaban un poquito menos carnosos de lo que solían?

Todavía no empezamos con las cuestiones no planteadas siquiera. Antes de terminar este capítulo me referiré sólo a dos de ellas.

Primero: si el orgasmo femenino apareció por primera vez en nuestra especie para ofrecer a la mujer una «recompensa conductual» por el incremento de su actividad sexual, ¿por qué, en nombre de Darwin, el trabajo se hizo en forma tan chapucera que ha habido tribus enteras y generaciones enteras de mujeres que apenas si se han dado cuenta de su existencia? Incluso en los Estados Unidos, donde hay tanta conciencia del sexo, el doctor Kinsey afirma que es un mecanismo que rara vez funciona adecuadamente antes de los treinta años más o menos. ¿Cómo es posible que la selección natural haya trabajado con un recurso tan inestable e inseguro, y de desarrollo tan tardío, cuando de todos modos, en las ásperas condiciones de la prehistoria, una mujer podía llamarse afortunada si sobrevivía más allá de los veintinueve años?

Segundo: ¿Por qué en nuestra especie el sexo se ha vinculado tan íntimamente con la agresión? En la mayoría de los primates superiores la actividad sexual es la única cosa en la vida que es totalmente incompatible con la hostilidad. Entre los primates, la hembra puede desviar inmediatamente la cólera del macho presentándole el trasero y ofreciéndose sexualmente. Incluso un macho puede calmar y apaciguar a un agresor enfurecido imitando el gesto. Y el mecanismo no se limita tampoco a los mamíferos. Lorenz habla de una lagartija macho encolerizada que se lanzó sobre una hembra a la que, para engañarlo, se le habían pintado las marcas características del macho. Cuando estuvo bastante cerca para darse cuenta del error, el tabú fue tan inmediato y tan absoluto que su agresión se extinguió como una luz, y como ya era demasiado tarde para detenerse, se elevó directamente en el aire dando un salto mortal hacia atrás.

Admitamos que las hembras de los primates no se cuentan entre las especies que pueden confiar en todo momento en tan absoluta caballerosidad. Es posible que una mona hembra sea castigada físicamente por su comportamiento bullanguero; o también que un macho (en raras ocasiones) dirija contra ella su hostilidad cuando otro macho está copulando con ella; pero entre el macho y la hembra que se dedican a ella, la actividad sexual es siempre la más amistosa de las interacciones. No va asociada con más hostilidad que la que se observa en una sesión de higiene y acicalamiento recíprocos.

¿Cómo sucedió entonces que el sexo y la agresión, irreconciliables en el mundo animal, llegaran únicamente en nuestra especie a estar tan íntimamente entrelazados que las palabras que denotan actividad sexual son disparadas como epítetos insultantes? ¿En (unción de qué rasgos evolutivos hemos de explicar al marqués de Sade, y los ecos subterráneos que su nombre despierta en tantos espíritus humanos?

No me parece que sea en función de Tarzán. Es hora de volver a enfocar todo el asunto desde el comienzo, y esta vez desde el lado femenino y siguiendo una ruta totalmente diferente.

2. LA VIA DE ESCAPE

«Hubo en lejanos tiempos...» Pero, ¿en qué tiempos? De acuerdo con el concepto actualmente aceptado, «el hombre es el hijo del Pleistoceno».

Yo no voy a empezar con el Pleistoceno, un período vivido y dramático durante el cual el clima de nuestro planeta se embarulló y produjo una era de prolíficos cambios evolutivos; y si hablamos del *Homo sapiens* no cabe duda de que fue el Pleistoceno el que por primera vez vio el producto terminado. La razón de. que yo no me proponga hablar de él es que los cambios más fundamentales que condujeron del símido al hombre estaban ya bien avanzados antes de que hubiera empezado el Pleistoceno.

No es en el Pleistoceno donde podemos hallar respuesta a cuestiones realmente difíciles, por ejemplo, cómo y por qué empezaron por primera vez nuestros antepasados a caminar con las patas traseras, o cómo y por qué levantaron por primera vez una piedra y la usaron como utensilio, por la sencilla razón de que esas cosas sucedieron antes de que empezara el Pleistoceno. Los homínidos villafranquenses (muy a comienzos del Pleistoceno) excavados en la cañada de Olduvai caminaban ya sobre las patas de atrás y ya usaban utensilios. Lo único que tenía que sucederles todavía era que aumentara su capacidad craneana, que se acentuara la elegancia de su porte y que les apareciera el mentón. Antes del Pleistoceno vino el Plioceno, y antes de éste el Mioceno, y vamos a empezar por el principio.

Hace pues, mucho tiempo, allá por el Mioceno, con su clima suave, se había generalizado una símida velluda, prehomínida y vegetariana. No había desarrollado todavía el poderoso cerebro que hoy distingue a la mujer de todas las otras especies.

Se parecía más bien al *Procónsul,* un primate que vivió aproximadamente en la misma época y cuyos restos han sido excavados en grandes cantidades. Como los gorilas actuales, obtenía su alimento de los árboles y dormía en las ramas, mas pasaba parte del tiempo en el suelo. Pero era más pequeña y más liviana que el gorila, y no tenía la confianza que tiene éste en que su especie puede darle una buena tunda a cualquiera que ande por los bosques. Andaban por allí varias especies más grandes capaces de darle a nuestra amiga un susto de muerte.

Después de un par de millones de años de esta pacífica existencia, las primeras oleadas tórridas del Plioceno empezaron a abrasar el continente africano. En todo el contorno de los bosques los árboles empezaron a perecer debido a la sequía y fueron remplazados por matorrales y pastos. A medida que los bosques se reducían había cada vez menos espacio y alimento para todos los símidos que antes habían encontrado sustento en ellos. Las especies más pequeñas y menos agresivas, y las que mejor se adaptaban a descender al nivel del suelo, se vieron arrojadas a la sabana abierta, y entre ellas se contó nuestra protagonista.

En seguida se dio cuenta de que la cosa no iba a gustarle. Tenía cuatro manos mejor adaptadas para la prensión que para caminar, y no podía andar muy rápido por tierra. Se alimentaba de frutas y, por lo que se podía ver, por ahí no había ninguna fruta.

Cuando un carnívoro la asustaba, su instinto la impulsaba a trepar a un árbol o a escapar y ocultarse, pero en la llanura no había árboles y los escondrijos eran muy pocos. El hombre de la calle se sorprenderá ante el dilema, ya que ha visto películas sobre la prehistoria y sabe que lo único que tenía que hacer su antepasada era precipitarse en la caverna más próxima. Pero si lo dejáramos a él librado a su suerte en medio del campo, más todavía le asombraría descubrir que es posible andar por ahí semanas y meses enteros sin ver jamás una caverna donde meterse.

Con frecuencia, en la selva, ella había variado su dieta frutívora comiendo pequeños insectos y

orugas, y durante largo tiempo éste fue el único tipo de alimento que podía encontrar y que le parecía más o menos comestible. Jamás se le ocurrió excavar raíces; no era tan inteligente. Tenía sed también, y los pozos de agua eran trampas mortíferas en torno de las cuales acechaban, esperanzados, enormes felinos. Nuestra remota abuela se puso horriblemente flaca y escuálida.

Se podría pensar que la situación era tan desesperada para ella como para sus hermanos. Casi, pero no del todo. No olvidemos que era primate. Las crías de los primates son de desarrollo lento y la mayoría de las hembras de primates en libertad se pasan la mayor parte de su vida adulta gestando o amamantando a un nuevo infante quien, cuando ya está muy pesado, reduce su velocidad de desplazamiento. Podría ser posible, en un período de transición entre la dieta vegetariana y el aprendizaje de la carnívora, arreglárselas con saltamontes; pero cuando una come por dos mientras tal cosa sucede, se morirá de hambre en la mitad del tiempo. Y sin llegar a eso, se le secará la leche y se morirá el bebé.

Por lo demás, sus hermanos eran probablemente más fuertes y estaban mejor equipados. Nos cuentan que su familiar el *Procónsul* «tenía grandes colmillos aptos para la lucha». Ardrey los compara a «los magníficos puñales que portan símidos y papiones». Pero no es totalmente cierto que los papiones porten magníficos puñales. Eso vale sólo para los machos. En las especies vegetarianas esos colmillos se usan principalmente para defender la jefatura dentro de la especie, y las hembras no practican demasiado esas luchas. Bien puede haber sucedido lo mismo con los símidos del Plioceno, de modo que mientras su hermano, cuando se enfrentaba con algo del tamaño, digamos, de un ocelote, podía infligirle algunas peligrosas heridas, ella apenas si alcanzaba a masticarle tercamente una oreja mientras el otro la abría de arriba abajo.

A esta altura, los lectores formados en la escuela tarzanesca tendrán la vaga expectativa de que el padre de familia se va a dar cuenta de qué es lo que se espera de él y, precipitándose a derribar un antílope, lo va a arrastrar triunfante hasta ella, diciéndole: «Toma, querida. Sírvete.»

Lo siento, pero no hay tal cosa. Ya admití que ella no era muy inteligente, pero él era exactamente tan torpe como ella. Como no cargaba con pesos adicionales, podía desplazarse más rápido, y como todos los primates, no iba a desdeñar un trozo de carne si llegaba a estar a su alcance. Pero si se encontraba con los restos de la cacería de un león y se las arreglaba para ahuyentar a las hienas, jamás se le iba a ocurrir darle un trozo a una hembra. Los frutívoros no necesitan desarrollar esos instintos caballerescos. Por el contrario, si se daba el caso de que ella encontrara por su cuenta un pedazo de carne, él se apresuraría a quitárselo. Con razón observa Ardrey al hablar del macho dominante, que «entre los primales, es raro que sea la hembra un objeto por el cual instintivamente aquél se sacrifica». Si lo más probable parecía que todos se murieran de hambre sobre las resecas sabanas del Plioceno, ya se iba a asegurar él de que ella se muriera primero.

En una palabra, la situación se le hacía imposible. La única comida que abundaba era el pasto, y ella no tenía el estómago diseñado para comerlo. Todo lo que había en las inmediaciones (a no ser los insectos) era más grande, más feroz o más veloz que ella. Y muchos de sus vecinos eran más grandes, más feroces y más rápidos.

La única cosa que tenía a su favor era el ser miembro de una comunidad, de modo que si todos escapaban juntos, un atacante se conformaría con atrapar al que corría menos y los demás sobrevivirían algún tiempo más. Pero la ventaja no era muy grande. Si todos se mantenían juntos, la urgencia por los escasos —y poco conocidos— recursos alimenticios se haría más apremiante que nunca, y las hembras, como corresponde entre los primates, ocuparían el final de la cola. Los machos, recién descendidos de los árboles, no debían de haber ideado todavía la estrategia de los papiones de establecer feroces batidores cuando el grupo se desplazaba; y si el enemigo se comía siempre al miembro más lento de la tribu, el ciclo de la gestación aseguraba que muy pronto llegaría el momento en que la más lenta fuera ya sabemos quién.

Bueno, pero entonces, ¿qué hizo? ¿Siguió un cursillo acelerado de locomoción erecta, convenció a algún macho, de la noche a la mañana, de que ahora él debía ser el proveedor y para estimularlo se

avino a quedarse sin pelo y, de esa manera, a convertirse en un blanco más vulnerable y más visible para cualquier carnívoro que pasara? ¿Se convirtió en la mona desnuda?

Naturalmente que no. Simplemente, no había tiempo para nada de eso. Dadas las circunstancias, no había más que una cosa en que ella pudiera convertirse, y no tardó en hacerlo. Se convirtió en el almuerzo de un leopardo.

Para su compañero, esta situación imposible era apenas menos imposible. (De ahí que la predilección por el pronombre masculino haya ocultado lo totalmente desesperado de la situación.) Él vivió unos años más, pero una cadena no es más fuerte que su eslabón más débil, y cuando murió no vino nadie después que él. Claro que el proceso requirió mucho más de una generación; se dio lentamente a lo largo de muchos tórridos centenares de años mientras los bosques se reducían, pero la conclusión final era inevitable. No les quedó otra salida. Se extinguieron.

Al llegar a este punto, anticipo la protesta de los biólogos y la amargura del lector general. (Yo también me amargué cuando el razonamiento me llevó por primera vez a este callejón sin salida.)

He aquí la objeción del especialista: «Simplemente no es verdad la implicación de que a los primates arbóreos les resulta imposible adaptarse a la vida terrestre. Papiones, mandriles y macacos lo han logrado con notable éxito.»

Sí, claro que es cierto que los papiones sobrevivieron; entonces, ¿por qué no la pequeña símida que nos ocupa? Mi opinión es que los antepasados del papión deben de haber bajado mucho antes de los árboles, y gradualmente aprendieron a adaptarse a la vida en el suelo —desenterrando raíces, adoptando una organización social, una agresividad militante, etc.— en condiciones más propicias, antes de que empezara el calor, porque esas adaptaciones necesitan mucho tiempo para producirse Hay algunas firmes razones anatómicas para creer que no prolongaron la vida arbórea durante el tiempo suficiente para especializarse en ella como nuestros propios antepasados. Por ejemplo, jamás llegaron a ser braquiales, aunque la mayoría de los antropoides arbóreos empiezan a columpiarse bajo las ramas en vez de correr sobre ellas una vez que alcanzan un tamaño crítico, y algunos de los primeros papiones, como el *Simopithecus*, eran animales muy grandes. Podemos estar bastante seguros de que nuestros propios antepasados se quedaron en las alturas el tiempo suficiente como para haber braceado un poco, aunque jamás llegaron a la elongación de los brazos que se observa en los gibones y los gorilas, porque los primates braquiales pueden mover los brazos en un arco lateral, pasando por la posición del crucifijo, en tanto que el papión, como el perro, sólo puede moverlos hacia delante y hacia atrás.

La objeción del lector general es más espontánea. Si ese primate que bajó de los árboles se extinguió, ¿dónde queda el final feliz? *¿Qué pasa con nosotros?*

Ahora voy a jugar limpio y admitiré que en realidad no fue nuestra abuela, sino alguna tía tatarabuela por línea materna la que tuvo la mala suerte de vivir en mitad de un continente. A centenares de kilómetros, hacia la costa, vivía una prima de ella, de la misma especie, otra símida indiferenciada; tímida y velluda como todas las del Mioceno. El bosque que la cobijaba también se redujo y, a medida que el calor y la sequía se extendían a partir del ardiente corazón del África, se redujo a una estrecha franja; las especies arbóreas más grandes y más feroces le impidieron, como le habían impedido a su prima, que se abasteciera de sus menguantes reservas.

Ella tampoco podía digerir el pasto; también tenía un compañero voraz y fanfarrón; también carecía de colmillos; también cargaba con un bebé desvalido, y también a ella la persiguió un carnívoro y se dio cuenta de que no podía trepar a ningún árbol para escapar. Sin embargo, frente a ella había una gran extensión de agua. Dando alaridos de terror, corrió directamente al mar. El carnívoro era de especie felina y no le gustaba mojarse las patas; además, aunque él pesaba dos veces más que ella, su presunta presa, como la mayoría de los arborícolas, estaba acostumbrada a adoptar la postura erecta, por más que para la locomoción usara las cuatro patas. Por eso podía adentrarse en el agua más que el felino, sin ahogarse. Se metió hasta el cuello y esperó, abrazando a su bebé, hasta que el gato se hartó de esperar y se volvió a la pradera.

A ella también le molestaba mojarse los pies. Le parecía tan desagradable que a veces deseaba

no tener nada de piel. Por otra parte, cuando el domicilio de uno se convierte en un infierno, no es mala idea estar en la playa. Con placer, nuestra abuela encontró que casi todo lo que había en la playa y en el agua era o más pequeño o más lento o más tímido que ella.

Fácilmente, casi sin darse cuenta, pasó de comer pequeños insectos escurridizos a comer escurridizos camarones y cangrejitos. Miles de aves marinas anidaban en los acantilados, y como ella tenía mano firme y no la mareaban las alturas, llenó otro nicho ecológico que quedaba vacío convirtiéndose en recolectora de huevos.

Además de los camarones había criaturas más grandes y con conchas más duras, parecidas a mejillones, ostras y langostas. Su compañero solía destrozar o abrir los caparazones con sus colmillos como puñales, y ella se los envidiaba porque sin los puñales, no siempre podía arreglárselas. En una tarde de ocio, después de ensayar y fracasar bastante, recogió un guijarro —para lo que no se necesitaba mucha suerte, porque la playa estaba cubierta de guijarros—, golpeó con él uno de los caparazones y el caparazón se rompió. Volvió a hacer la prueba, y cada vez le dio resultado. Así que empezó a usar utensilios y el macho, que la observaba, la imitó. (Esto no quiere decir que ella fuera más inteligente que él, sino que la necesidad es la madre de la invención. Más tarde las necesidades de él, y por consiguiente su inventiva, superaron a las de ella.)

Cada vez que sucedía algo alarmante por el lado de tierra —o a veces porque hacía demasiado calor— volvió a meterse en el agua hasta la cintura e incluso hasta el cuello. Claro que eso significaba que tenía que caminar erguida sobre las dos patas traseras. Era lento y sin gracia, especialmente al principio, pero era absolutamente esencial para poder mantener la cabeza fuera del agua. Tampoco fue ella la única criatura que tuvo que aprenderlo. Aunque, como vimos, es casi la única que aprendió a caminar todo el tiempo erguida, hay otro mamífero que lo hace durante parte del tiempo, y probablemente por la misma razón. La hembra del castor, cuyos antepasados también se pasaron mucho tiempo en aguas poco profundas, siempre que tiene que transportar materiales de construcción o cargar con sus crías, tiene el hábito de levantarse sobre las patas traseras, adoptando un porte bípedo con el cual se maneja perfectamente.

A nuestra heroína la tranquilizó mucho observar que incluso los seres grandes y de aspecto amenazador que a veces se arrastraban fuera del mar —seres como las focas y las tortugas gigantes y varios tipos de vacas marinas, que eran mucho más comunes en esos días—, cuando estaban en tierra eran lentos para moverse, torpes y desvalidos, y que en la mayor parte de los casos no mostraban inclinación alguna a pelear cuando los atacaban.

Poco a poco su compañero amplió la maniobra de cascar caparazones y empezó a cascar cráneos también. Cuando se trata de dugongos o de crías de foca, no hay riesgo alguno ni se requiere que el principiante tenga mucha suerte para dar el golpe con la precisión que a un vegetariano le costaría siglos, e incluso milenios, aprender. Basta con seguir golpeándolos con un guijarro hasta que se mueran y después comérselos.

No era nada muy fascinante, pero al final el cazador empezó a tomarle el gusto. Aprendió a apreciar el sabor de la carne tanto como el del pescado (las focas al igual que las vacas marinas son mamíferos) y se convirtió en un matador más eficiente. Como los dos estaban bastante bien alimentados y en una vaca marina hay un impresionante montón de carne, el macho no siempre la hacía esperar a que él hubiera terminado para dejarla que se sirviera. Le tomó algunos millones de años ir deslizándose imperceptiblemente al rol de proveedor de carne para la familia, pero ella disponía de tantas fuentes de alimento alternativas que en realidad no había prisa. A veces el mar les llevaba la presa antes de que hubieran terminado de comerla, de manera que empezaron a arrastrarlas por la playa y a dejarlas en, alguna caverna. Era lo más natural, porque es en la costa donde siempre se encuentran cavernas.

Ella se pasaba tanto tiempo en el agua que la piel no le servía más que de molestia. Lo más frecuente es que los mamíferos que regresan al agua y se mantienen en ella el tiempo suficiente, especialmente en climas cálidos, pierdan el pelo como consecuencia perfectamente natural. En tierra, la piel mojada no le sirve de nada a nadie, y en e! agua tiende a estorbar la natación. Nuestra amiga

empezó a convertirse en una mona desnuda por la misma razón que la marsopa se convirtió en un cetáceo desnudo, el hipopótamo en un ungulado desnudo, la morsa en un pinípedo desnudo y el manatí en un sirenio desnudo. A medida que empezó a perder la piel se sintió cada vez más cómoda en el agua, y es allí donde permaneció durante el Plioceno, esperando pacientemente que las condiciones en el interior mejoraran.

Creo que son ésas las «circunstancias tan peculiares que se hacen increíbles» y que explican de qué manera un antropoide empezó a convertirse en un homínido. Todos los desarrollos que de otra manera parecen forzados, improbables y contrarios a lo que sabemos del comportamiento normal de los primates y de otros cuadrúpedos, en esas circunstancias no sólo se hacen creíbles y comprensibles, sino también naturales e inevitables. Muchos rasgos a los que desaprensivamente se describe como «peculiares» de los seres humanos son peculiares únicamente entre los mamíferos terrestres. Para la" mayoría de ellos, como vamos a ver, se encuentra multitud de paralelos tan pronto como uno empieza a fijarse en los mamíferos *acuáticos.*

Hasta el momento casi todo el mundo ha dado por supuesto que la *Australopitheca,* como era primitiva y carecía de mentón y tenía la frente deprimida, era necesariamente velluda, y los artistas la pintan siempre como una criatura hirsuta. No creo que haya buenas razones para pensar así. De la misma manera que durante tanto tiempo «supusieron» que el cerebro grande fue lo primero y vino antes del uso de utensilios, todavía siguen «suponiendo» que lo último fue la pérdida del pelo. Si yo tuviera que imaginarme a los homínidos villafranquenses, diría que lo más probable es que tuvieran la piel tan lisa como la nuestra.

Sin embargo, todavía no hemos llegado ni remotamente al *Australopitecus.* Cuando digo que nuestra mona se quedó en el agua hasta que las condiciones .empezaron a mejorar, no estoy hablando de una temporada de verano. Supongamos que se necesitaron un par de millones de años de sequía para desplazar a nuestra mona hacia el mar; además de esto, hay que tener presente que el Plioceno africano no empezó a atenuarse sino hasta pasados unos diez millones de años más.

Y en el curso de diez millones de años a una especie pueden pasarle una cantidad de cosas extrañas y perturbadoras.

Antes de seguir con la historia, cumpliré con un justo agradecimiento.

Esta teoría acuática de la evolución humana fue sugerida por primera vez por el especialista en biología marina profesor Sir Alister Hardy, en un artículo publicado en 1960 en *The New Scientist.* Posteriormente dio una charla sobre el tema en el Tercer Programa de la B.B.C., y la misma apareció en la revista *The Listener* que publica la B.B.C.

En ese momento yo no. oí hablar del asunto. Aparentemente produjo tanta impresión en el mundo científico como la lectura del primer artículo de Darwin sobre la evolución de las especies ante la «Sociedad Linneana». (En su informe anual para 1858, el presidente expresó: «Este año no se ha destacado por ninguno de esos descubrimientos sorprendentes que, por así decirlo, revolucionan en forma inmediata el sector de la ciencia al cual se refieren...»)

Posteriormente Desmond Morris, en *El mono desnudo,* dedicó más o menos una página a un resumen completo y honesto de los argumentos del profesor Hardy, y reconoció que se apoyaban en «impresionantes indicios indirectos»; pero algo le impidió ir más lejos. Puede que la traumática experiencia de haber estado a punto de ahogarse a los siete años, que durante los treinta años siguientes le impidió aprender a nadar, le haya impedido también aceptar que jamás un elemento tan peligroso como el agua pueda haber actuado benéficamente sobre nosotros. Por la razón que fuere, dejó de lado la teoría como insuficientemente fundamentada y, aunque fuera verdadera, como cosa de importancia secundaria, algo así como una «saludable zambullida».

Pero cuando yo leí esa página tuve la sensación de que todo el paisaje evolutivo hubiera sido transformado por un relámpago de luz cegadora. No podía creer que teniendo ya esa clave en las manos, la gente siguiera hablando del desplazamiento desde los árboles hacia las llanuras como si

nada hubiera sucedido.

Resumamos algunos otros de los argumentos de Hardy. No fue únicamente la desnudez del hombre lo que hizo que se le ocurriera la idea. Recordó el hecho, citado y ejemplificado por Wood Jones en .su libro *Maris Place Among the Mamnuals,* de que los vestigios de vello que se conservan en el cuerpo humano —y que se ven incluso con más claridad en el feto humano antes de que éste se desprenda del lanugo— están dispuestos de manera muy diferente de los pelos de los otros primates. Siguen precisamente la dirección que seguiría la corriente de agua sobre el cuerpo de un nadador. Si por razones hidrodinámicas el pelo se hubiera adaptado a la dirección de la corriente antes de terminar por desaparecer, esto es precisamente lo que esperaríamos encontrar. ,

Hardy mostró de qué manera el hecho de abrir las valvas de moluscos fomentaría el uso de utensilios. Señaló que el mono no fue el único mamífero que llegó a hacerlo. Hay otro animal acuático, la nutria de mar, que cuando se sumerge en busca de un erizo, sale también con una piedra en la mano y, flotando de espaldas, sostiene la piedra sobre el vientre y la usa para romper encima el caparazón.

Hardy observó que la vida acuática explicaría no solamente el hecho de que caminemos erguidos sino también el aumento de sensibilidad en las yemas de los dedos, gracias al hábito de tantear debajo del agua objetos que no podíamos ver claramente.

Señaló que la mejor manera de mantener la temperatura en el agua es contar con una capa de grasa subcutánea, análoga a la de la ballena, en toda la superficie del cuerpo; que es lo que han hecho todos los animales acuáticos, y que entre los primates el *Homo sapiens* es el único en quien de hecho se desarrolló esa capa, para .la cual no ha sido posible encontrar ninguna otra explicación.

Cuanto más se .piensa, más imposible se hace creer que el cazador se deshizo de su piel para poder estar más fresco, y *al mismo tiempo* desarrolló una capa de grasa cuyo único efecto posible sería el de abrigarlo.

Tanto el pelo en el exterior de la piel como una capa de grasa por debajo de ella sirven esencialmente al mismo propósito. La principal distinción entre ambos es que uno de ellos se adapta mejor a la vida en tierra, en tanto que la otra es mejor para la vida acuática, y no hay razón evolutiva concebible para que ningún animal empiece a abandonar un método en favor del otro, a no ser que su medio haya sufrido precisamente esa transformación.

La teoría de Hardy explica también por qué, por más lejos del mar que se los encuentre, los primerísimos utensilios de factura humana desenterrados junto con los restos de homínidos están siempre hechos de «guijarros».

Sobre todo, ofrece una explicación simple y adecuada para la larga brecha cronológica existente entre los restos del *Procónsul* y sus contemporáneos y los restos de *Australopithecus.* Si no se han encontrado rastros de ninguna criatura de transición entre los dos, bien podría ser porque los despojos mortales de los monos desnudos y de. sus primeras víctimas animales no quedaron depositados en algún cubil o cueva de Kenya sino que fueron barridos por la marea y devorados por los peces, en tanto que los primeros utensilios que hicieron quedaban mezclados con un millón de otros guijarros como las hebras de un pajar.

Desde que se discutió por primera vez esta teoría se han ido demoliendo poco a poco algunas de las posibles objeciones que se le opusieron. Por ejemplo, hay quienes encuentran difícil creer en aquella primera inmersión. ¿Acaso no se sabe que ios primates arbóreos tenían aversión por el agua?

Para la mayoría de ellos esto era perfectamente válido. Se cree que los antropoides en particular le tenían miedo al agua. En libertad no atraviesan ni siquiera los ríos más angostos. Ni siquiera necesitan pozos de agua, ya que obtienen la humedad suficiente del alimento y de los pequeños depósitos de agua de lluvia que se forman en las hojas y los troncos de los árboles. Era un «hecho» bien sabido que los chimpancés y los gorilas no son nadadores y cualquier Zoológico podía mantenerlos en un lugar abierto con sólo construir en torno de él un foso poco profundo. Si por accidente alguno se caía dentro, era presa del pánico y se ahogaba.

Pero escuchemos ahora lo que Robert Golding, guardián del Zoo en una Universidad nigeriana, tiene que decirnos sobre dos gorilas de seis y medio y siete años:

«Á la hembra en particular le gustaba que le echaran agua con la manguera. Cuando se le permitía acercarse al foso se metía directamente en el agua. Al principio, el macho era cauteloso, pero al ver que a ella le gustaba, la siguió. Ahora se quedan de pie en la parte más honda, con el agua a medio cuerpo, y se impulsan hacia delante con una especie de brazada de pecho. Lo hacen muchas veces por día y parece que les gusta, ya que hacen ruido, chapotean y juegan... Al ver a un hombre nadando del otro lado de la barrera, el gorila se pone en posición horizontal con los brazos extendidos hacia delante. Parece que lo hiciera con la mayor naturalidad.» Era claro que si tenían el incentivo suficiente, nuestros antepasados se habrían dado la misma zambullida.

Además hay ciertas razones para creer que en ocasiones se sumergían a bastante profundidad. En los mamíferos verdaderamente acuáticos, como la foca, hay un desarrollo fisiológico especial que les permite sumergirse y contener la respiración debajo del agua durante largos períodos sin quedarse sin oxígeno tan rápidamente como le sucedería a un mamífero terrestre. Cuando una foca se sumerge, algunos de sus procesos fisiológicos se hacen más lentos, con lo que se reduce el consumo de oxígeno del cuerpo. Una medida muy fácil de este proceso la da el grado en que disminuye la velocidad del pulso. A este mecanismo fisiológico se le denomina bradicardia, y se le encuentra en muchos mamíferos que se sumergen, incluso entre los de agua dulce como el castor y el coipo. Se le encuentra también en el *Homo sapiens.* Cuando un hombre se sumerge, el ritmo de su latido cardíaco disminuye, si bien no en forma tan notable como en la foca, pero es indudable que en alguna etapa de la evolución de los seres humanos este mecanismo empezó por lo menos a desarrollarse. ¿Cómo, cuándo y por qué? Esas cosas no pasan de la mañana a la noche, en el curso de unas vacaciones.

Hay quien rechaza la teoría acuática a causa del problema que plantean las crías de los primates, que nacen tan inmaduras y desvalidas. Se sabe de niños de tres o cuatro años que se han ahogado en medio metro de agua. ¿Cómo podría sobrevivir un mono acuático a los riesgos de esos primeros años? Pero sabemos que en Hollywood, los hijos de los astros del cine se desplazan alegremente por las piscinas en «estilo perro» mucho antes de poder caminar. Claro que están cuidadosamente adiestrados por expertos. ¿Qué sucedería si no lo estuvieran?

Anthony Storr nos da la respuesta:

«Los médicos que fundaron el "Peckham Health Centre" descubrieron que a los niños muy pequeños es posible dejarlos sin riesgo en la parte menos profunda de una piscina de natación. Siempre que no interfiera ningún adulto, aprenden solos a nadar y van explorando gradualmente el agua sin aventurarse jamás más allá del punto donde empiezan a sentirse inseguros.» Si los bebés del prehornínido eran capaces de hacer tal cosa, las playas del Plioceno eran para ellos el lugar más seguro de toda el África.

El hecho es que los tarzanistas, así como se olvidan de las hembras, también se olvidan constantemente de los infantes. Pasan muchos meses antes de que se pueda dejar solo a un bebé antropoide. Si la existencia de su madre no corre peligro, ello se debe únicamente a que casi desde el nacimiento los dedos del niño tienen la fuerza suficiente para aferrarse a la piel de ella y dejarle libres los cuatro miembros para ocuparse de sus cosas. En un lugar tan peligroso como la pradera abierta, la madre necesitaría más que nunca de esa libertad, y más que nunca el infante necesitaría no sólo de su propia capacidad prensil, sino de algo que pudiera aferrar. La cría desnuda de un antropoide desnudo jamás habría sobrevivido.

Únicamente en el mar la madre podría darse el lujo de prescindir de la piel. El bebé tendría muy pocos enemigos en profundidades de poco más de un metro. Los leopardos no se aventuran tanto dentro del mar, ni los tiburones se acercan tanto a la costa. El niño pronto se acostumbra al agua y una vez que está en ella su movilidad aumenta y, comparativamente, su peso disminuye. Lo único que necesita para encontrar tranquilidad y apoyo es, cuando se cansa, colgarse de la parte de la madre que queda encima del agua y que naturalmente es el cráneo, de modo que de esa parte de la

superficie de la piel, el pelo no desapareció nunca.

La explicación que da Hardy para la existencia del cabello conjetura que puesto que lo único que quedaba fuera del agua era la cabeza, expuesta al Sol, el pelo se mantuvo para protegernos de sus rayos. Otros evolucionistas, si es que se ocupan de explicarlo, se lo cargan por lo común al heterogéneo montón de rasgos peculiares humanos a los que se les adjudica el rótulo de «con fines de atracción sexual»; una solución cómoda y segura, ya que son muy pocos los rasgos físicos que en algún momento no le hayan resultado sexualmente estimulantes a alguien.

Tengo la sensación de que ni siquiera la protección contra el Sol constituye una explicación totalmente adecuada. Es verdad que si el pelo respondía a ese fin no habría desaparecido: podría haberse puesto grueso y crespo, como de hecho lo es en muchas tribus africanas. Pero esta teoría deja dos cosas sin explicar: la doncella de largos rizos flotantes y el calvo.

En algunas poblaciones de símidos debe haber aparecido, por mutación, el fenómeno del cabello largo, que constituyó un nuevo alejamiento del símido. Y la mutación debe de haber»resultado adaptable. ¿Por qué? Lo he visto explicado como consecuencia de un desplazamiento hacia el Norte o de una Edad de Hielo, es decir, como protección contra el frío, pero eso no me satisface. El frío es más cortante cuando sopla el viento, y el fino cabello castaño de Mariquita, «flotante como un céfiro» en la brisa, no le habría mantenido el cuerpo abrigado. El hecho es que cuando se llevan monos provenientes de un clima cálido a zoológicos septentrionales como el de Moscú, la adaptación se manifiesta en el espesamiento del pelo sobre todo el cuerpo. Él clima podría servir para explicar el cuerpo velludo de los amos, pero no las largas trenzas solamente. Hasta para un símido acuático, tiene que haber habido alguna ventaja que compensara la molestia de que a veces se le metiera en los ojos y tardara tanto en secarse cuando su dueño salía a la costa para dormir.

Sin embargo, para un bebé sería una importante ventaja que el cabello de la madre fuera lo suficientemente largo para que él pudiera aferrar-lo con sus deditos; y si el pelo flotara en torno de ella sobre la superficie a un metro de distancia o más, el niño no necesitaría nadar hacia ella con tanta precisión cuando quisiera descansar. Así se explicaría también un aspecto del dimorfismo que nadie ha justificado de manera plausible: en las comunidades donde los machos no desempeñan papel alguno en la crianza de la progenie no habría nada que se opusiera a que tengan la cabeza tan calva como el cuerpo, en cuanto este desarrollo estuviera vinculado con el sexo. AI niño no le importaría que la cabeza de papito fuera lisa y resbalosa porque en el agua, como antes en ios árboles, era de su madre de quien él se colgaba.

Hay una razón todavía más convincente para creer que el cabello de la mujer evolucionó más bien en beneficio de su progenie que para hechizar a su compañero. Sucede todavía que en la última etapa del embarazo la proporción de pelos finos en el cuero cabelludo se hace relativamente más reducida y la de cabellos gruesos relativamente mayor. La etapa final del embarazo no es una época en la cual la hembra tenga especiales razones para aumentar su atractivo sexual, y de todos modos el efecto visual es desdeñable. Pero si se considera que ofrece un anclaje temporario más seguro para un bebé que se moverá en el agua, el desarrollo tiene mucho sentido.

Y ya que hablamos de bebés, démosle un vistazo a los pechos. Una chimpancé amamanta perfectamente a sus crías con un par de flacos pezones ubicados en una superficie pectoral bastante plana, y en forma inmediata no parece haber razón para que la mona desnuda no pudiera haber hecho lo mismo. Pero las mujeres son diferentes; y la teoría androcéntrica favorita es que la diferencia es una mejora estética y que se desarrolló como una especie de estímulo sexual.

El argumento es netamente circular: «Para mí este atributo es excitante; por consiguiente debe haberse desarrollado para que yo pudiera encontrarlo excitante.» Es lo mismo que decir que las mujeres se contonean al andar porque eso es atractivo para el varón. En realidad, si se contonean al andar es únicamente porque sus hijos son tan inteligentes. La necesidad de que el cráneo de un infante cabezón pasara a través del anillo pélvico impidió que el esqueleto de la mujer se adaptara al bipedalismo con tanta gracia como el de sus hermanos; y si los varones encuentran que este defecto es atractivo, es únicamente porque lo asocian con la femineidad.

Es indudable que si se considera un proceso tan estrictamente funcional como la lactancia, y se observa alguna modificación en los dispositivos que la hacen posible, más razonable será pensar en el beneficiario principal del proceso —el bebé, claro— que intentar relacionarlo con la ocupación del padre del niño.

Pues imagínate, lector, que tú eres ese bebé antropoide. Te diviertes en grande chapoteando en el agua, hasta que al final te da hambre. Te aferras del cabello de tu madre y empiezas a chillarle en el oído para que salga del agua a alimentarte. Una ballena puede enviarle un chorro de leche a su cachorro casi como si fuera un aerosol; pero en cuanto animal acuático, la ballena está en un nivel profesional y tu madre apenas en la clase de principiantes. Una o dos veces, por haraganería o porque le pareció que las rocas eran demasiado duras para sentarse, trató de darte de mamar en el agua, pero había olas y tus hermanos mayores seguían jugando alrededor, y tragaste tanta agua de mar que después se te descompuso la barriguita, así que ahora te lleva a la costa para el refrigerio de media mañana. Va hasta la playa, se sienta erguida mientras el agua gotea de sus rizos de sirena, te pone en su regazo en la posición más natural, con la cabeza cómodamente apoyada en el hueco de su brazo, y entonces se relaja y se queda contemplando el mar mientras espera que te las arregles como desde tiempo inmemorial se las han arreglado tú y los de tu especie.

Pero ahora, como dicen los astronautas, te encuentras con un problema. De lo que la estúpida no se da cuenta es de que las cosas han cambiado. Ella ya no tiene piel para agarrarse. Si tú dejas la cabeza apoyada en el hueco de su brazo, la leche está fuera de tu alcance. Tienes que enderezar el torso e intentar conservar la cabeza en equilibrio y mantener de alguna manera los labios cerrados sobre un pezón no mayor que el de mamá chimpancé, y la cosa no es nada fácil. Tienes los brazos demasiado cortos para tomarla de la cintura, y si manoteas tratando de encontrar dónde aferrarte no encuentras nada más que una superficie apenas rugosa de costillas húmedas y resbalosas. Si ella tiene buena disposición te levantará más para ayudarte, pero también ella se harta pronto del asunto porque tiene que concentrarse más y le duele el brazo y, como te dirá cualquier ordeñador, ninguna lechera es de gran rendimiento si está incómoda o irritada.

Así que en realidad, necesitas dos cosas: necesitas que el pezón descienda bastante, y necesitas también algo menos huesudo, algo manejable y de tamaño adecuado para que tus manecitas lo aferren mientras tú descansas en su regazo y llevas los labios al lugar adecuado. O, alternativamente, llevas el lugar adecuado hasta tus labios. Y como toda la evolución se centra en torno de ti, en última instancia consigues lo que necesitas: dos hermosos, abundantes y pendulares pechos, tan fáciles de aferrar como un biberón, y ya estás contento.

Debido a esta nueva configuración, y al hecho de que era la época en que en todo el cuerpo estaba estableciéndose la capa de grasa subcutánea, era natural que buena parte del material aislante se concentrara en los pechos. Y como lo señaló Lila Leibowitz ante la «Northeastcrn Anthropological Association», la capa de grasa tenía otras ventajas: servía de amortiguador a los tejidos internos y más delicados, ayudaba a mantener tibia la leche y almacenaba reservas nutritivas.

No creo que en las condiciones primitivas la forma fuera típicamente hemisférica. En las hembras jóvenes debía pasar necesariamente por una etapa en que tal descripción le cuadraría, e incluso hoy, en condiciones civilizadas, con una alimentación de alto tenor de proteínas, educación física en las escuelas, selección sexual con miras a lograr el Aire Adolescente, control de nacimientos y corpinos bien cortados, es posible engatusar a los pechos para que mantengan durante largo tiempo esa configuración. Pero eso no es sino una forma de neotenia, porque como lo confirmarán ampliamente los relatos de viajes de cualquier antropólogo, no era ése su diseño original. La mayoría de los hombres los consideran como intrínsecamente hemisféricos, pero eso se debe a que, cuando se imaginan que piensan en la *mulier sapiens,* en lo que están pensando en realidad es en la competencia para elegir a «Miss Universo».

Hasta ahora vamos bien. Tenemos una explicación posible para el fenómeno de Raquel Welch en la teoría del bebé que no tenía de dónde agarrarse. Nuestra teoría se vería muy fortalecida si pudiéramos encontrar un paralelo en el mundo animal, así como la teoría del caparazón-guijarro-

utensilio resultó respaldada por el hallazgo de la nutria de mar. Sería estupendo seguirle la pista a la hembra de otro mamífero que se haya metido en el agua y descubrir qué le ha pasado con sus proporciones externas.

El problema con los animales acuáticos es que algunos de ellos han pasado tanto tiempo en ese elemento que es imposible saber dónde ni cómo vivieron antes de haberse metido en el mar. Han llegado a ser tan hidrodinámicos como los peces. Por ejemplo, nadie puede conjeturar la forma ni los hábitos de aquel cuadrúpedo inimaginable que avanzó torpemente por alguna playa prehistórica y empezó a convertirse en una ballena (aunque tengamos razones para creer que en realidad era bastante pequeño).

Sin embargo, es un hecho que las únicas hembras no humanas de pechos voluminosos que pude encontrar resultan ser acuáticas. Son los sirenios (o vacas marinas), una extraña clase de animales-marinos que incluyen el dugongo y el manatí; a los dos se les atribuye el haber sido la «sirena» originaria.

De ambos se ha dicho y creído que amamantan a su única cría mientras la sostienen con sus aletas, al tiempo que flotan en posición vertical en el agua. Yo no pude encontrar ningún testimonio contemporáneo de este hecho que fuera digno de confianza, pero ello puede deberse a que son animales cada vez más raros y a que su único pariente cercano, el voluminoso pero inofensivo ritino —la vaca marina de Steller— padeció una sistemática matanza que condujo a su extinción. (Digamos a su casi segura extinción, ya que hace algunos años se difundió el vago rumor de haber sido visto en el Ártico ruso.)

En cuanto a su configuración, el director de la Estación de Biología Marina de Al Ghardaqah describe al dugongo hembra como poseedor de un par de «mamas pectorales bien desarrolladas». En lo referente al ritmo, Steller escribió: «La conclusión de que tienen una sola cría se infiere de la pequeñez de las tetas y el número de los pechos», que eran dos y situados en posición pectoral.

En la Guyana, el nombre coloquial del manatí es, según refiere David Attenborough, «mamá acuática»; y Colin Bertram escribe sobre este animal: «Los pechos son un solo par y están en posición pectoral, como en el hombre... En el manatí el pezón parece estar casi sobre el borde posterior do la alela, en el punto preciso donde esta se une al cuerpo.» Indica que sería imposible señalar a un manatí poniéndole un marcador en la base de la aleta, como se hace con las focas, porque el pecho se interpondría; y agrega que durante el período de lactancia la glándula es «grande y bien formada».

Hasta aquí la teoría se sostiene. Pero, ¿existen pruebas de que haya habido alguna vez una época en que el manatí (y su progenie) tuviera manos? Admito que la palabra «manatí» no tiene conexión alguna con el latín *maus,* mano. Pero es interesante señalar que más de un observador perspicaz, más conocedor de la zoología que de la etimología, ha supuesto inmediatamente, al mirar esa aleta articulada y provista de uñas planas, que c! animal debía llamarse manatí debido a sus manos.

Claro que el antepasado del manatí no tenía nada de primate. Era sin duda un animal terrestre, como lo demuestran el esqueleto, los pulmones, los vestigios de pelo. Es tentador pensar que se asemejaba un tanto al antepasado de su vecino geográfico, el perezoso sudamericano, que en alguna época debe haber corrido por las ramas antes de alcanzar (como el orangután) un tamaño excesivo y empezar, en cambio, a suspenderse por debajo de ellas. Es tanto más tentador cuanto que la hembra del perezoso tiene las tetas en la misma posición extravagante que las del manatí —es decir, bajo las axilas— y cuanto que el manatí y el perezoso de dos dedos son los dos únicos mamíferos en la creación que tienen seis huesos en el cuello en vez de siete.

Pero los taxonomistas nos dicen que el perezoso no es, entre los vivientes, uno de los parientes más próximos de la vaca marina. Éstos constituyen un grupo pequeño y bastante mezclado y no nos sirven para nada si intentamos reconstruir un antepasado común. Uno es, improbablemente, el elefante. El segundo es un animal semejante al conejo, el damán, que vive en agujeros en las rocas y al que la Biblia se refiere como «conejo». El último es un animalito arbóreo, el hirax arborícola.

Lo único que sabemos con seguridad es que debe de haber habido alguna crisis ecológica (como

para nosotros el Plioceno) que indujo a la vaca marina a abandonar su medio habitual para dirigirse al agua; que la ubicación pectoral de las mamas se desarrolla de la manera más plausible y más frecuente en los animales que en una época se sentaban erguidos en los árboles; y que a lo largo de todas las vicisitudes la hembra ha conservado el vago instinto de que sus miembros anteriores le sirvieron alguna vez para sostener, ya que con ellos sostiene a su cría, de modo que podría haber habido una época, antes de que perdieran la piel, y cuando todavía la madre se sentaba en la playa a amamantarlo, en que el pequeño también usara los miembros anteriores para cogerse de ella. Si en verdad la vaca marina abandonó los árboles para dirigirse al mar es, casi sin duda, la única criatura que jamás lo hizo, aparte nosotros mismos. Sólo que en vez de quedarse allí durante diez millones de años se quedó para siempre, sus tejidos absorbieron agua, sus movimientos se hicieron torpes, perdió las patas y la mayor parte de los rasgos faciales, y degeneró en un montón de carne con ojos, voluminoso y feo.

Pobre vaca, qué lejos está de Raquel Welch: si miramos sus ojillos inexpresivos, la sola idea de que podamos ser hermanas bajo la piel haría que la mayoría de nosotras volviéramos a todo correr a refugiarnos en Tarzán.

Haría también que nos preguntáramos por qué diablos se les pasó alguna vez por la cabeza a los alegres marineros que vagaban cantando, por lejanos mares la idea de llamarlas «sirenas» e inventar historias sobre su magnetismo fatal. No puede haber sido únicamente la ración de ron; pero ya volveremos después sobre el problema.

3. LA SÍMIDA REMODELADA

Empezamos ya a tener una imagen de la posible apariencia exterior de la señora *Australopitheca* cuando después de diez o doce millones de años se decidió a salir del agua.

Sabemos que podía mantenerse y caminar erguida, o casi erguida. Su esqueleto nos permite decir que no podía enderezar las rodillas de la manera que lo hacemos nosotras, de modo que probablemente las mantenía ligeramente flexiona-das, y su porte nos habría parecido bastante extraño y falto de gracia.

Alister Hardy cree que bien puede haber tenido pies palmeados. «En 1926 —escribe— Basler examinó a 1.000 escolares y encontró que el 9 % de los varones y el 6,6 % de las niñas tenían membrana interdigital entre el segundo y tercer dedos del pie; y en algunos la membrana se extendía entre todos los dedos.» Este desarrollo no habría sido vital para la homínida si, como supongo, su habitat fuera litoral más bien que marino y si no pasara buena parte del tiempo fuera de las profundidades; y como la fase acuática tuvo lugar hace muchísimo tiempo, la membrana podría haber vuelto a desaparecer casi del todo una vez que dejó de servir a algún propósito útil.

Queda el hecho de que este fenómeno es desconocido entre otros primates. Pero en caso de que mis lectoras pertenezcan al 93,4 % de las chicas que no tiene membrana entre los dedos de los pies, y por esa razón contemplen con escepticismo toda la historia, intenten separar lo más posible el pulgar del índice. A diferencia de los símidos, no podrán abrirlos en un ángulo mucho mayor de 90"; y lo que nos impide aumentar ese ángulo no es la forma de disposición o articulación de los huesos. Es ese curioso trocito de piel, carente de función alguna y característico de los humanos, que permanece como un vestigio en el ángulo del pulgar y el índice.

Si tuviéramos bajo los brazos una membrana que nos impidiera levantarlos más allá del nivel del hombro, cavilaríamos seriamente si no habremos bajado de los árboles planeando suavemente como un falangístido volador, y si en vez de ser una invención, Batman no será un ejemplo de memoria de la raza. No creo que las manos del homínido hayan tenido en realidad más membrana que las nuestras, porque siempre fue más importante que fueran prensiles que su utilidad como remos; lo que sí me parece posible es que hayamos recibido ese trozo de piel interdigital cómo regalo de bautismo.

Hasta el momento tenemos, pues, razones para creer que para cuando estuvo lista para salir del agua, nuestra amiga era una criatura bípeda de piel lisa, miembros redondeados por la grasa subcutánea, y un contorno de busto de unos ochenta y cinco centímetros más o menos. Tenía probablemente la piel morena, pues la mayoría de los símidos tienen bajo su pelambre la piel pigmentada. El cabello era probablemente largo. Si era producto de una adaptación acuática, es concebible que la pauta más primitiva de la homínida fuera el cabello largo y lacio, y que el cabello corto y rizado haya sido una adaptación posterior y más compleja a la vida terrestre en climas cálidos, donde la melena sería una molestia por su peso y no serviría a fin alguno. Después nos ocuparemos del resto de su apariencia externa: vamos ahora a mirarle de cerca la cara.

Un rasgo facial que nos distingue muy nítidamente del resto de los símidos es la forma de la nariz. Las narices de los monos vienen en dos variedades principales, según que provengan del Antiguo o del Nuevo Mundo, y esta característica se usa para distinguir y dar nombre a dos grupos principales: los catirrinos, del Viejo Mundo, con estrecha separación entre las fosas nasales, y los platirrinos, los monos sudamericanos, con las fosas nasales más separadas. Ninguno de los dos grupos presenta una disposición que se asemeje ni remotamente a la del *Homo sapiens*, que se ha tomado la molestia de construir un elaborado techo cartilaginoso sobre sus narices y dirigir la abertura de las fosas nasales no hacia delante ni hacia los costados sino directamente hacia abajo,

apuntando a los pies.

Es muy poco lo que se ha especulado sobre las posibles razones de este hecho, probablemente por la razón que señala Medawar, es decir, que los científicos no hacen preguntas en voz muy alta mientras no pueden verle un asomo de respuesta. Para una símida acuática la respuesta es perfectamente obvia. Si una gorila intentara zambullirse o nadar debajo del agua, la presión de ésta haría que se le metiera en las narices y en las cavidades nasales y le causaría la más aguda incomodidad. Una foca lo evita al tener narices que puede abrir y cerrar a voluntad. Nuestra antepasada acuática lo evitó con la misma eficiencia modificando la configuración de su rostro de tal modo que una espléndida estructura hidrodinámica desviara el agua y sus senos nasales quedaran a salvo. Puede o no que sea pura coincidencia que el otro primate que se ha tomado algún trabajo para ponerse una tapa sobre la nariz sea el único, aparte nosotros, que regularmente se mete, en el agua por puro gusto. Es el násico o mono narigudo, una especie de langur que se encuentra en Borneo. Dice Irven de Vore: «A estos extravagantes monos les encanta nadar; su escapatoria favorita del calor del mediodía es arrojarse a un arroyo y chapotear a estilo perro.» En cuanto a su cara, es una caricatura bastante burda de la de Jimmy Durante.

La cuestión siguiente es cuándo apareció la nariz humana, ya que es de presumir que fue después de que a nosotros también empezó a «encantarnos nadar». Y la respuesta es: muy, muy temprano. La comparación de una vista lateral del cráneo de un chimpancé con el de los primeros homínidos demuestra que en tanto que la cara del chimpancé es cóncava desde la frente a la mandíbula, los precursores del *Homo sapiens* muestran una modificación de dicha estructura, una proyección ósea a la cual podría adherirse el cartílago nasal. W. E. le Gros Clark dice: «La nariz del *Homo erecíus* era ancha y plana, como la tienen todavía algunas razas humanas.» El hecho significativo es que existía, y tenemos con ello otro factor fácil de explicar en función de la adaptación acuática, muy difícil de explicar de cualquier otra manera y que, como la postura erecta y el uso de los utensilios, apareció mucho antes de que el *Homo* se convirtiera en *sapiens.*

Así que nuestra homínida tenía nariz. No me cabe duda de que también tenía nariz carnosa, pero sí dudo mucho de que hubiera llegado a tenerla para ser más atrayente para su compañero. Me parece que de ningún modo era la criatura simiesca, cadavérica y sin labios que reconstruyen a veces los artistas recubriendo los cráneos excavados con una ajustada envoltura de piel velluda. La capa de grasa que empezaba a redondearle brazos y piernas y a añadir volumen a los pechos le llenaba también las mejillas, la nariz y los lóbulos de las orejas, y daba relieve a los labios. Incluso hoy, en una persona muy delgada o a la que la edad ha desprovisto de la grasa subcutánea, los labios son a veces apenas visibles, pero en alguien regordete son siempre un rasgo notable. Sin duda no la habríamos considerado hermosa, con su frente deprimida y el prognatismo de la mandíbula, pero hay posibilidades de que fuera una criatura pequeña y rechoncha con varios rasgos superficiales que se parecieran más a los nuestros que a los de cualquier símido. Y en cuanto a las expresiones que pasaban por ese rostro prehistórico, los millones de años pasados en el agua también habían dejado, sin duda, su sello sobre ellas.

Charles Darwin escribió un libro fascinante sobre *The Expression of the Emotions in Man and Animals.* Al comparar al hombre con otros primates, encontró similitudes suficientes para reforzar su convicción de que tenían antepasados comunes.

Puede observarse que tanto el hombre como los símidos y los monos gritan cuando algo les duele, enrojecen de ira, bostezan cuando están cansados, besan para demostrar afecto, muestran los dientes para expresar hostilidad, les brillan los ojos cuando desafían, ríen cuando les hacen cosquillas, tiemblan de miedo, levantan las cejas como expresión de sorpresa y vuelven la cabeza cuando se ofenden.

Pero las expresiones que dieron más quehacer a Darwin fueron las que se han desarrollado únicamente en el hombre, especialmente cuando investigaciones realizadas en las partes más alejadas del mundo confirmaron que varias de tales expresiones no se limitaban a ser convenciones culturales europeas, sino que eran comunes a toda la especie. Como observó Darwin, los hombres de

todas las razas fruncen el ceño.

Con ello no se refería a la mirada fija y con descenso de las cejas que usan a veces los símidos para expresar disgusto. Aludía a rasgos tales como el arrugamiento de la frente y la «oblicuidad de las cejas» producidos por lo que él llamó «en homenaje a la brevedad, los músculos de la aflicción». Y comentaba que es posible ver que las cejas «asumen una posición oblicua en personas que padecen gran rechazo o angustia; por ejemplo, observé este movimiento en una madre que hablaba de su hijo enfermo; y el gesto aparece a veces por obra de causas bastante triviales o momentáneas de dolor real o imaginario».

Ahora bien, es obvio que tales expresiones no las heredamos de los símidos arbóreos. Señala Darwin:

«En comparación con el del hombre, sus rostros son inexpresivos, debido principalmente a que no fruncen el ceño al influjo de emoción alguna del ánimo... al menos, hasta donde yo he podido observarlo, respecto de algo a lo que presté cuidadosa atención... Formé con las manos una especie de jaula dentro de la cual coloqué una fruta tentadora, e hice que un orangután y un chimpancé jóvenes hicieran todo lo posible por alcanzarla; pero por más que se enojaron bastante, no dieron signos de fruncir el ceño. Tampoco lo fruncieron estando furiosos. En dos ocasiones llevé repentinamente a dos chimpancés desde su habitación, bastante oscura, a la luz directa del Sol, lo que sin duda a nosotros nos habría hecho fruncir el ceño; se limitaron a pestañear y parpadear, pero en una sola ocasión vi un fruncimiento muy leve. Jamás he visto el ceño fruncido en la frente del orangután.»

En realidad, los símidos usan tan poco el músculo corrugador que provoca el fruncimiento del ceño que, en su momento, C. Bell creyó que era privativo del hombre y lo llamó «el músculo más notable del rostro humano». Cabe establecer la misma distinción respecto de los músculos que Darwin llamó orbiculares inferiores, que arrugan y comprimen los párpados inferiores y son los responsables de la peculiar expresividad de la sonrisa, las lágrimas y la risa del hombre.

Darwin creía que la razón principal del fruncimiento del ceño y expresiones semejantes tales como la de pena —y posiblemente, también el mecanismo que pone en marcha las lágrimas humanas— es el hecho de que en un niño, las emociones que provocan el fruncimiento del ceño, si se intensifican, pueden provocar un grito; y al dar fuertes gritos, los ojos podrían inyectarse en sangre si no los protegiéramos contra este peligro cerrando fuertemente los párpados o comprimiendo de otra manera el globo del ojo mediante la contracción de los músculos que provocan el fruncimiento del ceño.

Creo que la explicación de estas diferencias entre nosotros y los símidos es mucho más sencilla. Creo que se debe simplemente a que los símidos moradores de la selva vivían en un ámbito sombreado y penumbroso, con un toldo de hojas sobre la cabeza; es decir que jamás desarrollaron de manera adecuada el músculo que les habría permitido fruncir el ceño ante la luz brillante porque era rarísimo que tuvieran que soportar una luz brillante.

Pensemos ahora en nuestra acuática antepasada, que no tenía sobre la cabeza otra cosa que el cielo, y el Sol ardiente que decoró todos los despejados milenios del Plioceno, reflejándose en la superficie de las aguas, brillando, deslumbran-do, cegando sus desacostumbrados ojos de primate.

Si su cría nadaba junto a ella del lado donde daba el Sol, difícil habría de resultarle verla contra el resplandor, y más difícil todavía distinguir su propio hijo de otro cualquiera. Hoy, en esas condiciones, se compraría gafas para sol. Lo único que podía hacer entonces era esforzarse lo más posible por bajar y unir más las cejas, al mismo tiempo que contraía el orbicular inferior para protegerse de los reflejos que venían de abajo. El fruncimiento del ceño se convirtió así en una reacción estructural ante la dificultad, la obstrucción, la frustración.

En cuanto a su compañero, tenía problemas similares. No andaban por ahí muchas especies hostiles, pero en general a un primate macho le preocupa mucho el predominio; piensa que, si no está alerta, cualquier miembro de su propia especie puede convertirse en enemigo. Cuando alguien se le aproximaba, él también miraba fijamente a través del agua, contrayendo la piel que rodeaba los ojos

para disminuir el deslumbramiento, y procurando ver bien quién era, qué intenciones tenía y si no empezaba a levantar demasiado el copete. De tal modo, el ceño fruncido se convirtió también en signo de hostilidad y enojo.

Pensemos finalmente en ese bebé a quien jamás debemos olvidar. Cada vez que se sentía asustado, ansioso o inquieto, intentaba observar el rostro de su madre para ver si ella se daba cuenta de que algo iba mal y si pensaba hacer algo para remediarlo. Como ni el padre ni la madre tenían muchas ocasiones de mirar hacia arriba, a la cría le tocaba la tarea más difícil. Tenía que procurar traer hacia dentro las cejas desde los costados para suprimir el resplandor excesivo, sin dejar que la parte media descendiera tanto como para obstruir la visión del rostro de la madre, situado directamente encima de él. Darwin describe perfectamente la solución definitiva: «...la contracción de ciertos músculos que tienden a bajar las cejas es parcialmente contrarrestada por la acción más poderosa de la aponeurosis central del músculo frontal, que eleva únicamente los extremos interiores...»

Milenio tras milenio, el bebé perfeccionó esa expresión, hasta que incluso siendo ya adulto, se hizo frecuente que el rostro asumiera instintivamente esa expresión cuando estaba física o anímicamente perturbado y sabía que la causa de su preocupación era algo que no podía enfrentar por sus propios medios. También nosotros asumimos esa expresión cuando estamos afligidos e indefensos, y la reconocemos inmediatamente en los otros, como signo de dolor. Es exclusivamente humana.

De ella decía Darwin: «Durante varios años, ninguna expresión me dejó tan perplejo como la que ahora consideramos.» Destacó incluso el efecto sorprendentemente familiar obtenido cuando hizo «sin darles ningún indicio de lo que me pro-' ponía, que tres de mis hijos miraran, durante tanto tiempo y con tanta atención como les fuera posible, a un cielo extremadamente luminoso... Las cejas y la frente se comportaron exactamente de la misma manera, en todos los detalles característicos, que si estuvieran bajo la influencia del dolor o la angustia».

Pese a ello, Darwin retornó finalmente a su teoría de defender los ojos del peligro de inyectarse en sangre y resultar dañados durante una posible explosión de gritos. En realidad, mencionó también la necesidad de protegerse contra la luz excesiva, pero sólo como un factor contribuyente de orden secundario. Tal vez si hubiera andado por allí Alister Hardy para refrescarle las ideas con un salpicón de agua de mar, habría recorrido el camino hasta el final y optado por la explicación simple y no por la compleja.

Pero, un momento: es precipitado hablar de agua de mar. Aunque tengamos pruebas suficientes de que hubo inmersión, nada tenemos hasta el momento que permita establecer si la inmersión se produjo en agua dulce o salada. Pues el hipopótamo perdió el pelo en agua dulce; el castor aprendió a arrastrarse en dos patas en agua dulce; el medio preferido del manatí es el agua de ríos y estuarios, y a veces es capaz de remontar un río por cientos de kilómetros.

¿Es posible que hayamos sido moradores de los lagos más bien que de los mares? ¿Tenemos, pasados tantos millones de años, alguna esperanza de encontrar algún indicio de cuál era la naturaleza del agua donde nadaban aquellos símidos acuáticos? Con probar no se pierde nada.

El agua de mar tiene una desventaja importante: a menos que uno sea pez, no se la puede usar para beber. Un mamífero del tamaño de una mujer tiene necesidad urgente e imperativa de absorber por lo menos 500 ce. por día de agua «libre» para que los riñones trabajen (sin contar lo que requiere para transpiración). Si los riñones no siguen funcionando, el animal no tardará en morir; y para eso no sirve de nada beber agua de mar, porque la concentración osmótica de la orina humana es apenas superior a la del agua de mar.

Esto vale prácticamente para todos los mamíferos. Pese a la leyenda, ni siquiera el camello podría usar agua de mar para bebería, y sobrevivir. En realidad no hay más que una excepción a esta regla, un pequeño roedor semejante al canguro, llamado dipodómido, que vive en Arizona, en desiertos de una aridez tal que para él la transpiración es un lujo que no puede permitirse, y que es capaz de concentrar la orina a niveles osmóticos más de cuatro veces superiores a la nuestra; de

hecho, a un nivel tan alto que la orina puede solidificarse al salir de la vejiga. Este animalito podría beber agua de mar sin sufrir daño alguno —como se ha comprobado en laboratorio— y no es más que una de las pequeñas ironías de la vida el hecho de que jamás pueda encontrarla allá en los desiertos de Arizona.

De todos modos, nuestra homínida no era un dipodómido. Su situación se parecía más a la del viejo marinero: agua, agua por todas partes, pero ni una gota para beber. Tal vez, como los manatíes, rondara por los estuarios, donde lo que quedaba de los ríos africanos se abría paso hasta el mar. Tal vez a la mañana temprano fuera a tierra en busca de plantas cubiertas de rocío. Podía disminuir su necesidad neta de agua si se ahorraba por día unos 1.000 cc. en transpiración, mediante el recurso de quedarse sumergida durante el día y, a la noche, durmiendo en una caverna fresca. El hecho es que, si la mayor parte de su alimentación provenía del mar, en su organismo debe de haber ingresado cierta cantidad de agua salada que no le haría precisamente bien. 1

¿Cómo enfrentan este problema otras criaturas marinas? Algunos mamíferos disponen de mecanismos de adaptación para mantener fuera del estómago el agua de mar: la ballena tiene en la boca un filtro gigantesco que le permite colar un enorme bocado de plancton y pequeños peces, para después apretarlo contra el paladar con la lengua y formar una masa compacta y pulposa; y para tragarse un pez bajo el agua, hay focas que cuentan con un esófago de diseño especial que virtualmente lo seca mientras desciende. Sus requerimientos de agua se satisfacen con la humedad contenida en los alimentos. Son animales que no transpiran y que si es necesario pueden reducir el flujo de sangre a los riñones y la tasa de filtración a niveles muy bajos. ¡

Más interesantes todavía son las aves marinas. El riñón de una de ellas no está en mejores condiciones que el nuestro para funcionar con la ingestión de agua de mar y sin embargo, aves como la tijereta, el petrel y el albatros pueden pasarse meses enteros sin ver siquiera la tierra. En 1956, Knut Schmidt-Nielsen llevó a cabo una investigación del equilibrio salino y acuoso del cormorán. Refiere. Homer W. Smith:

«Para determinar lo que sucedería con la ingestión de agua de mar, se administraron mediante un tubo introducido en el estómago cantidades que alcanzaban aproximadamente a un 6 % del peso del cuerpo. Como era de esperar, la concentración y la tasa de excreción de orina aumentaron rápidamente, sobre todo en relación con el aumento en la excreción de cloruro de sodio. Pero lo que representó una completa sorpresa fue la secreción de un líquido transparente semejante al agua por dos glándulas ubicadas en la cabeza, que desembocan en el interior de las fosas nasales y a las que los anatomistas designan como "glándulas nasales". Ese líquido se escurría por los orificios nasales y descendía a acumularse en el extremo del pico, de donde el animal se sacudía las gotas con movimientos súbitos de cabeza. La secreción resultó ser una solución casi pura de cloruro de sodio. El ave lloraba lágrimas de sal.»

Hace años que los anatomistas conocen esas glándulas. Sabían que aumentan mucho de tamaño en las aves marinas, en las que tienen una mejor provisión de sangre arterial y una estructura glandular mejor desarrollada que en las formas terrestres. Sabían que incluso dentro de un solo género, como la gaviota, el tamaño de la glándula aumenta con el rigor del habitat marino, pero hasta 1957 jamás supieron por qué.

Una vez hecho este descubrimiento, empezaron a fijarse en otras especies marinas, aparte las aves. Estudiaron la tortuga *Malaclemys* y descubrieron que si tragaba agua de mar lloraba lágrimas saladas; demostraron que lo mismo sucedía con la tortuga marina.

Todo el mundo conoce la antigua leyenda de que los cocodrilos lloran lágrimas de cocodrilo. Hasta no hace mucho tiempo la mayoría de nosotros «sabíamos» que eso no era más que una fábula, y la gente que entendía de cocodrilos y había trabajado años con ellos podían jurar que jamás habían visto tal cosa. Ahora sabemos que los cocodrilos que no lloran son los de agua dulce, y la anatomía de las glándulas nasales del cocodrilo de agua salada no deja lugar a dudas de que, si se llenara la panza de agua de mar, lloraría hasta que se le cayeran los ojos.

¿Hace falta más? Hay serpientes de tierra, de agua dulce y de mar. Hay lagartijas terrestres y por

lo menos una lagartija de mar, la iguana marina de las islas Galápagos. En todos los casos, las formas marinas tienen el par de glándulas nasales muy desarrolladas; y cada vez que ha sido posible capturar un ejemplar y hacerle tragar agua de mar, el resultado ha sido el mismo.

Ahora bien, nosotros no somos aves ni reptiles. Las glándulas de las cuales fluyen nuestras lágrimas no son directamente análogas a las glándulas que segregan las lágrimas en ellos, pero incluso entre ellos hay aspectos que difieren, y lo único que todos tienen en común es que les emerge y fluye un líquido salino de uno u otro lugar en las inmediaciones de los ojos, la nariz o el pico.

Cualquier científico nos explicará que a nosotros las lágrimas no nos sirven para lo mismo que las del petrel, porque no tienen la concentración suficiente. Es verdad. Es probable que jamás hayan sido otra cosa que una adaptación incipiente, como la membrana entre los dedos y la mayor abundancia del pelo en las embarazadas y el retardo del ritmo cardíaco al zambullir. Nunca llegaron muy lejos, porque no seguimos siendo animales acuáticos el tiempo suficiente; pero el proceso había empezado.

El hecho ineludible es que somos el único género de primates que lloran. Y si queremos encontrar los únicos mamíferos carnívoros que lloran, tenemos que volver al mar, en busca de las variedades de focas y de nutrias de mar que lloran.

Cabe objetar que nosotros no lloramos porque hayamos tragado agua de mar; que nuestras lágrimas se deben a una perturbación emocional. Si en nuestro caso eso es verdad, no lo es menos para nuestros camaradas marinos.

Dice Homer Smith del albatros: «Se observó que se producía goteo nasal cuando las aves habían estado peleando entre ellas, durante las danzas rituales e incluso que acompañaba a la excitación de la hora de comer.» De ello concluía que el control nervioso de la glándula podía reaccionar de esa manera en momentos de tensión.

En su libro *Grey Seal, Common Seal,* R. M. Lockley escribe que las lágrimas de la foca «fluyen copiosamente, como en el hombre, cuando el animal está alarmado, asustado o sometido a otra forma de agitación emocional».

En cuanto a la nutria de mar, dice Steller: «A veces he separado intencionalmente a las hembras de sus crías, y lloraban de aflicción exactamente como seres humanos.»

Hasta el momento nadie, ni siquiera Darwin, ha ofrecido una explicación convincente del origen y el propósito de las lágrimas humanas. Yo sugeriría que puesto que las únicas aves que lloran son las aves marinas y que también los únicos cocodrilos, serpientes, lagartijas, tortugas y mamíferos que lloran son los cocodrilos, serpientes, lagartijas, tortugas y mamíferos de mar, no excederá sin duda los límites de la razón suponer que el único primate que llora fue alguna vez un primate marino.

Creo que el agua donde retozaba nuestra acuática antepasada era tan salada como las lágrimas que vertía cuando empezó a funcionar el músculo de la aflicción. Y no tardó en tener mucho de que afligirse, pues en una parte diferente de su anatomía estaban sucediéndole cosas más extrañas todavía.

En *African Génesis* hay un momento en que Robert Árdrey te insta, lector, a ir al cuarto de baño, echar llave a la puerta, desvestirte y estudiar en el espejo la naturaleza primitiva y no especializada de tu anatomía. Señala que observarás ciertas características que te distinguen nítidamente de los otros primates: falta de pelo en el cuerpo, cabeza grande, el mentón, los pies planos, nalgas grandes y, en comparación con los símidos, brazos cortos y pecho pequeño. (No espera que vayas a encontrar en tu pecho ninguna otra cosa que lo diferencie del de un símido, porque, como es natural, piensa que su lector es un nombre, y no habla de la nariz porque no sabe para qué está allí.)

Afirma que dos de estos rasgos, en particular, llamarían poderosamente la atención de un zoólogo proveniente de algún lejano planeta porque constituyen la especialización verdaderamente humana: los pies planos y las «nalgas de tamaño excesivo», con su masa muscular especialmente desarrollada que permite girar, darse vuelta y balancearse en posición erecta.

Cuando se trata de explicar la presencia de esta masa muscular las opiniones están, como de

costumbre, divididas. Alister Hardy sostiene que nadar, zambullirse, darse vuelta y maniobrar en un elemento tridimensional como es el agua son actividades que estimularían grandemente la flexibilidad de la columna y que la consecuencia inevitable sería el desarrollo de un plexo muscular capaz de facilitar los nuevos movimientos. Los tarzanistas creen que apareció en respuesta a la necesidad del cazador de arrojar diversos proyectiles.

En realidad, la nutria es excelente para arrojar cosas, en tanto que sus parientes terrestres como el armiño, la marta cibelina y otros no dan muestra alguna de tal capacidad; eso nos hace pensar que cuando el cazador arrojó su primer venablo, debió haberle sido útil un medio acuático, si lo tenía. Sin embargo, lo que quisiera estudiar ahora no es tanto la causa como la consecuencia de esa nueva estructura anatómica que son las nalgas. En el cuadrúpedo pronogrado medio la parte trasera del cuerpo no se halla expuesta a muchas vicisitudes. Es una zona protegida. Cualquier encuentro hostil se maneja de frente; el peso del cuerpo durante las horas de vigilia es sostenido por las patas, y durante el sueño por los flancos en la mayoría de los casos. Incluso en animales como los caninos y felinos, que se «sientan» erguidos, los miembros están diseñados de tal manera que en la posición de sentados el peso se distribuye todavía entre los huesos largos del talón de las patas traseras y los dedos de las delanteras.

En esta zona posterior cuidadosamente protegida se encuentran ciertos orificios importantes y vulnerables, tales como el ano, la uretra y la vagina, que en la mayor parte de los mamíferos cuentan con la protección adicional de una cola movible que los cubre y los resguarda, cuando no están en uso, del frío y la lluvia y las lesiones accidentales. Es una disposición simple y eficiente. Lo es, por lo menos, para un mamífero que viva en el suelo, e incluso para un primate arbóreo, si es de tamaño pequeño como una musaraña, y puede enroscarse para dormir sobre una rama grande y gruesa, como un gato, o meterse en algún agujero en el tronco de un árbol.

Sin embargo, son muchos los primates que no se conformaron con ese tamaño pequeño y conveniente. Se hicieron tan grandes y pesados que les habría resultado peligroso y hasta imposible enroscarse a dormir en una rama. Ni siquiera estando despiertos podrían tenderse a lo largo de una rama con la relajada tranquilidad de una pantera o de un leopardo, porque sus miembros estaban especializados de manera diferente para alcanzar y coger cosas, y no les era posible plegarlos simplemente bajo el cuerpo. La forma en que se sentían más seguros mientras descansaban era cuando tenían por lo menos una mano aferrada a una rama bien firme más o menos al nivel de la cabeza. Descubrieron que la forma más segura y más cómoda de relajarse era sentarse en el cayado de una rama, precisamente donde se une al tronco, de modo que no oscile con el viento ni se suelte. Ello significaba que por primera vez el trasero cargaba con el peso, para lo cual no estaba en modo alguno diseñado. Cabe imaginar que les dolía bastante, ya que tenían un trasero mucho más huesudo que el nuestro. Después de aguantarse durante un tiempo esta situación, se adornaron con un par de almohadillas protectoras coriáceas que los primatólogos denominan «callosidades isquiáticas», una a cada lado del trasero. Los orificios seguían perfectamente porque los cayados de los árboles que elegían para sentarse eran en forma de V; el agarradero sostenía parte del peso, las callosidades isquiáticas los protegían de la fricción y los orificios no estaban en contacto más que con el aire. De esa manera no les resultaba más incómodo que sentarse en el excusado.

Algunos de los primates arbóreos de mayor tamaño (entre ellos nuestros antepasados) descubrieron que para el momento en que habían alcanzado esa etapa la cola les resultaba un poquito inútil y la descartaron sin más. Los más grandes de todos, como el gorila y el orangután, terminaron por ser tan grandes y tan pesados que ya no podían espatarrarse en el cayado de una rama sin mucha incomodidad, y entonces empezaron a construirse nidos con ramas como única forma de asegurarse un sueño tranquilo.

No podemos estar del todo seguros de cuál fue la etapa de este proceso durante la cual nuestra prehomínida se metió en el agua. Sin duda ya había perdido la cola. No creo que fuera bastante grande para haber empezado a construir nidos, ya que los animales que regresan al agua tienen tendencia a aumentar de tamaño, y ni siquiera los australopitequinos que emergieron millones de años

después eran especialmente grandes.

Se puede suponer con bastante certeza que durante sus días arbóreos, cuando no andaba correteando por las ramas ni se aventuraba a bajar al suelo a explorar, estaba sentada en las ramas, comiendo, mirando a su alrededor, amamantando a su bebé o durmiendo. Y en los árboles estar sentada era perfectamente tolerable.

Pero en la playa era otra cosa. El trasero de los cuadrúpedos no se parece en nada al nuestro. Cuando empezó por primera vez a vivir en el litoral, nuestra antepasada no tenía allí ninguna protección almohadillada. La vagina estaba en la posición normal de un cuadrúpedo, exactamente debajo de donde habría estado la cola, si la hubiera tenido; también estaba normalmente expuesta, a ras de la superficie para ofrecer fácil acceso. Sentarse ahí sobre los guijarros y el pedregullo salado y la arena húmeda, sobre rocas y lapas, teniendo en el regazo a su bebé antropoide, debe de haber sido un infierno.

Afortunadamente esa etapa no duró demasiado, porque el medio marino desencadenó inmediatamente el desarrollo de dos cambios morfológicos que, al principio por lo menos, resultaron benéficos.

El primero, como ya vimos, fue la capa de grasa subcutánea de los mamíferos marinos; al mismo tiempo que usaba parte de ella para beneficio de su bebé, podemos apostar a que también iba reservándose un poco para un par de hemisferios posteriores, tan rápido como se lo permitiera la evolución. Y, mal que les pese a los androcéntricos, creo que por más placer que haya sentido su compañero al contemplarlos, ella se los procuró principalmente por su propia comodidad y porque la necesidad tiene cara de hereje.

Pero allí también había músculos, como ya observamos, y sea cual fuere la razón que los llevó a desarrollarse, aumentaron la solidez de la nueva estructura. No podemos estar seguros de que fuera muy conspicua, porque el trasero es una característica perecedera que no aparece en los esqueletos de los australopitequinos. Entre los bosquimanes, que constituyen la población más antigua de África, encontramos el fenómeno de la esteatopigia, la acumulación de enormes depósitos de grasa en las nalgas, que pueden llegar a ser tan salientes como para «mantener en equilibrio sobre ellas un vaso de vino». Es imposible saber si se trata de un desarrollo excéntrico o de un rasgo que antes fue común y luego descartado.

Lo que podemos observar, incluso entre nosotros, es cierto dimorfismo sexual en este aspecto. El varón tiene un trasero un poco más reducido que el de la mujer. Comúnmente, cualquier intento de explicarlo va a parar a la gran bolsa de artículos varios que lleva el rótulo de «para atracción sexual»; pero en un comienzo bien puede haber habido verdaderas razones para que se desarrollara. Si lo hizo, como las callosidades isquiales, como elemento de protección, la que más lo necesitaba era la hembra del símido. El macho no tenía más que un orificio en vez de tres, y el que tenía era bastante menos sensible; además, no tenía que pasarse el tiempo sentado con el bebé en brazos, como le sucedía a ella durante todo el lapso en que le daba el pecho.

Simultáneamente en la hembra iba produciéndose otro cambio, que era en primer término un subproducto de su nuevo modo de locomoción erguida. Cuando empezó a pararse, el ángulo normal de 90 grados entre la columna vertebral y las patas traseras, común a todos los cuadrúpedos, se convirtió en un ángulo de 180 grados, lo que desplazó algunos de sus órganos internos dando por resultado el cambio que observa Desmond Morris:

«Está la anatomía básica del pasaje vaginal de la hembra, cuyo ángulo se ha desviado marcadamente hacia delante si se lo compara con el de otras especies de primates. Este desplazamiento es mayor de lo que se esperaría como simple resultado pasivo de la conversión en especie vertical.»

No sólo se desplazó hacia delante; también se refugió más hacia el interior de la cavidad corporal, posiblemente como una forma adicional de protección contra el agua salada y el picor que podía producir la arena. Esta modificación es normal en los animales marinos. Los oídos de las focas —excepción hecha de las otarias— se han interiorizado en virtud de un proceso similar, por razones hidrodinámicas y de protección; igualmente, los pezones se les han vuelto retráctiles y se hallan

cubiertos por un repliegue de piel.

Es natural esperar que la símida acuática seguiría en la medida de lo posible la modalidad de internalizar los órganos externos, protegiéndolos además con una membrana protectora dondequiera-que ello fuera practicable. Lo hizo también con la vagina; no sólo la retrajo sino que la cubrió con una membrana protectora que es la que se conoce como himen, que si bien no podía permanecer intacta durante toda la vida, le ofrecía protección durante diez o doce años, lo que siempre era mejor que no tener ninguna.

Claro que uno de los dogmas básicos del pensamiento antropocéntrico es que cualquier característica de la hembra tuvo como principal designio el beneficio y la conveniencia del macho, en la medida en que *a)* la hiciera más atractiva para él, y *b)* la hiciera más accesible para él; y a quien quiera divertirse en serio, le recomiendo que lea alguna de las explicaciones increíblemente intrincadas y retorcidas de un evolucionista varón que intenta explicar por qué, entre todos los primates, únicamente la mujer se equipó con un himen que, a primera vista, no parece tener otro propósito que mantenerlo a él afuera.

Ahora por fin, con la vagina pulcramente escondida y desplazada bastante más adelante de la zona del trasero que cargaba con el peso del cuerpo, sin hablar de un par de nalgas bien relle-nitas, la homínida podía sentarse con comodidad, y tal vez haya pensado que sus peores dificultades ya estaban resueltas.

Lamentablemente, las dificultades apenas si empezaban. Para ese entonces, su compañero la miraba cada vez con peores ojos.

Pongámonos en su lugar. El procedimiento normal de apareamiento en los primates es simple. El macho monta por detrás a la hembra, que se afirma en los cuatro miembros para soportar el peso, y si tiene cola se ocupa muy bien de sacarla del camino. La técnica habitual de un mono es pararse con los pies apoyados en las articulaciones de las patas traseras de la hembra. Si la hembra no está de acuerdo, irremisiblemente la cosa no anda, pero si ella está dispuesta —y por lo común está incluso más ansiosa que él— el macho no encuentra dificultad alguna. Comparadas con las nuestras, sus extremidades posteriores son delgadas como las de una araña y están tan bonitamente arqueadas como un aro de criquet, y la vagina es un órgano superficial cuya ubicación ofrece el máximo de comodidades. Es lo que los antepasados masculinos de la homínida se consideraban con derecho a esperar.

Y, sin duda, él también lo esperaba, por más que de ningún modo lo obtuviera. Por una parte, ella ya no estaba acostumbrada a sostener ni siquiera su propio peso en los cuatro miembros que, por el contrario, mostraban la tendencia, creciente y desconcertante, a doblarse en codos y rodillas y descender. Si fuera eso solo, a su compañero no le habría preocupado, ya que otros primates se han adaptado a cosas semejantes.

Pero al mismo tiempo, en vez de mantenerse esbeltas y apartadas, las piernas de ella se iban engrosando de rodillas arriba como troncos de árboles, uniéndose de tal manera que cuando estaba de pie, inmóvil, muchas veces no dejaban siquiera pasar la luz por el medio. El macho se preguntaba tristemente a dónde iría a parar todo eso, y si ella no se propondría en definitiva convertirse en una sola columna hidrodinámica como una morsa o un elefante marino. Y en cuanto a eso de las curvas... la sensación que él tenía era que "con ese asunto, su compañera iba un poco demasiado lejos. Para ella sería muy cómodo y muy neumático andar con su propio almohadón a cuestas, pero para un macho que monta por detrás eso no hacía más que complicar innecesariamente las cosas.

En cuanto a su comportamiento, ella seguía acercándosele con la misma ingenuidad de siempre, jugueteando como antaño, para ofrecerle el trasero con la mejor disposición y llena de lubricidad. Pero hay que tener presente que cuando todo esto empezó, su compañero estaba muy lejos de ser el *Homo sapiens,* que tiene el pene más grande que cualquier otro primate viviente. Se parecía más bien al chimpancé, que de ninguna manera está tan bien dotado. A cada millón de años que pasaba, a cada centímetro que la vagina seguía desplazándose constantemente hacia delante y hacia adentro,

la sensación de él se parecía más a la que había tenido su hijito en una situación diferente: «Para esta estúpida estará muy bien seguir así, pero no se da cuenta de que las cosas han cambiado y de que yo tengo un serio problema con esto.»

Como verán ustedes, ahora tenemos respuestas nuevas y revolucionarias a dos de las cuestiones vitales que proponía Desmond Morris. Las nuevas respuestas son menos ingeniosas, menos elaboradas y, me temo, un poco menos poéticas, pero tienen —como todas las respuestas acuáticas — el mérito de su extremada simplicidad.

Primera pregunta: ¿Por qué llegó el *Homo sapiens* a tener el pene más grande de todos los primates vivientes? No porque fuera cazador y tuviera que mantener la armonía de su horda estableciendo un vínculo de pareja y, para cimentarlo, tuviera que hacer del sexo algo más atrayente. Se le hizo más largo por la misma razón que le sucedió otro tanto al cuello de la jirafa: para poder alcanzar algo que de otra manera le resultaba inaccesible.

Segunda pregunta: ¿Por qué dejó de montar a la hembra por detrás para pasar a una aproximación frontal? No porque las señales que recibía de los labios y los ojos de su amada hicieran de la experiencia un contacto personal más memorable y contribuyeran así a inducir la monogamia. Empezó a hacerlo de frente porque ya no podía seguir haciéndolo por detrás.

Una vez más, si nos piden que creamos que la forma de contacto sexual humano tiene alguna remota conexión con una fase acuática de su historia, al principio puede parecemos algo difícil de tragar. Pero una vez que empieza a darse cuenta de que prácticamente *todos* los mamíferos terrestres usan la aproximación por detrás en el acto sexual, y de que prácticamente *todos* los mamíferos acuáticos usan la aproximación frontal o ventro-ventral, a uno no le queda más remedio que sospechar que la relación debe ser algo más que fortuita.

No hay casi mamífero terrestre cuyo *modus operandi* en lo sexual difiera básicamente de lo que se observa en el gato, el perro o el mono. Los detalles varían, pero la forma de aproximación es casi universalmente la misma: montar por detrás.

Para no pecar de incompleta, citaré una excepción. (Como pasaba con los riñones del dipodómido, siempre hay una excepción si una escarba lo suficiente.) En este caso la excepción se encuentra más próxima, ya que es un primate, y además un antropoide. Los orangutanes no se aferran en modo alguno al procedimiento de montar por detrás, pero las razones que tienen para no hacerlo son bastante obvias y prácticamente únicas.

Son a tal punto braquiales que, si de ellos depende, jamás se bajan de los árboles. En su habitat natural se pasan la mayor parte de su vida suspendidos de las ramas ya sea por las extremidades delanteras o las traseras, o por ambas, y son animales muy grandes y pesados. En tales circunstancias, por lo general se hace totalmente impracticable que la hembra se ponga en equilibrio en las cuatro extremidades sobre una rama para facilitar que la monten por detrás; por eso practican una técnica de contacto que les permite a ambos seguir suspendidos. En cautividad, cuando no hay ramas, no es raro que para copular, uno de los animales —o los dos— se tienda de espaldas. Es casi seguro que el perezoso, la otra especie que vive permanentemente suspendida, haya encontrado una solución similar, aunque sobre esto no tengo información precisa; y es posible que el gorila, el único braquiópodo de peso pesado que nos falta, haya pasado por lo menos por una etapa de experimentación con este método, pues por más que ahora se pase la mayor parte del tiempo en el suelo y prefiera el acercamiento por detrás que es normal en los cuadrúpedos, en ocasiones se ha observado que en los zoológicos usa un método semejante al del orangután, con la hembra boca arriba y el macho semisentado.

Por otra parte, una vez que se empieza a investigar en el mar, el acercamiento ventro-vcntral no es una aberración, sino que es-prácticamente obligatorio.

Claro que de ninguna manera podemos afirmar que todos los animales que regresaron al agua adoptaron en uno u otro momento la posición erecta. Lo que podemos decir es que todos los que se hicieron totalmente marinos se convirtieron en nadadores de líneas hidrodinámicas; y tanto un nadador de línea hidrodinámica como un animal que camina en posición bípeda, se encuentran con

que el ángulo de 90 grados entre la columna y las patas traseras se abre hasta 180 grados, con el consiguiente desplazamiento de los órganos internos y la probabilidad de que en la hembra la vagina tienda a emigrar hacia el lado ventral. Eso es lo que se esperaría que sucediera, y es lo que sucedió.

He aquí el testimonio de Steller sobre los ritinos:

«En primavera se aparean como los seres humanos, y especialmente al atardecer, si el mar está calmo. Antes de que se unan se producen multitud de juegos- amorosos. La hembra nada lentamente de un lado a otro, mientras el macho la sigue. Él despista a la hembra con muchas vueltas y giros, hasta que por último ella se aburre y se cansa, y se ve obligada a tenderse de espaldas, al ver lo cual el macho se precipita sobre ella para satisfacer su ardor y los dos se acoplan.»

Victor Schaffer describe el apareamiento de los mamíferos marinos más grandes que existen, en su libro *The Year of the Whale:*

«Hora tras hora, la pareja nada lado a lado, manteniendo en contacto las aletas y las colas, o simplemente rozándose los costados... Luego el macho pasa a ubicarse encima de la hembra, acariciándola suavemente el lomo... Ésta se da vuelta de buena gana, boca arriba, mientras el macho nada a través de su vientre inflamado... Por último la pareja se eleva sobre la superficie del mar, vientre contra vientre, los negros hocicos recortados contra el cielo, las aletas unidas, mientras el agua se escurre por lo. flancos lisos y cálidos. La cópula es cuestión de segundos, y vuelven a caer pesadamente en el mar con un resonante chapoteo.»

En su libro *In Search of Mermaids,* Colin Ber-tram cita este relato del comportamiento de los manatíes, hecho en 1955 por un testigo presencial:

«Los manatíes, en un grupo de catorce o dieciséis, retozaban hacia la ribera izquierda del río; daban la impresión de que estuvieran peleándose.

Después se fueron hacia la parte de la playa y treparon por la ribera hasta quedar con unos quince centímetros de agua. Una de las parejas estaba completamente fuera del agua. Se aparearon tendidos de costado.» (Como los órganos son ventrales, esto debe de querer decir frente a frente.)

Desde la introducción de los acuarios- marinos nos hemos familiarizado mucho más con las marsopas y los delfines. Cuando visité uno de esos acuarios y le pregunté al adiestrador cómo se aparean los delfines, juntó ambas manos palma con palma y dijo: «Así.»

Las focas y sus parientes son la única excepción notable. En el caso de la foca, el león marino y otros semejantes, el método de preferencia sigue siendo el contacto por detrás, y los órganos sexuales se han mantenido próximos al extremo del cuerpo fusiforme de estos animales. Puede que la razón de ello sea que se han mantenido fieles al hábito de salir y trepar a las rocas para copular. El dilema que se les plantea se ve con toda claridad en el caso del elefante marino. El macho puede llegar a pesar dos veces y media más que la hembra, alcanzando un peso de un par de toneladas. Cuando avanza como una aplanadora, centenares de crías mueren todos los años porque los machos son demasiado torpes y las aplastan sin más ni más. Si en vez de mantener hacia arriba la parte dorsal, la hembra se ofreciese en posición supina a semejante galanteador, lo más probable sería que sus órganos internos jamás se recuperaran.

Claro que cuando estos animales copulan sumergidos, como a veces lo hacen, su desabrimiento se esfuma y se hacen el amor con la gracia aérea de danzarines de ballet; y en estas condiciones hay por lo menos algunas especies de focas que adoptan la posición más convencional entre los mamíferos marinos. Gavin Maxwell describe el comportamiento de las focas en las Islas Shetland antes de la época de cría propiamente dicha: las parejas de focas «se dan vuelta y se retuercen en el agua, gruñéndose y tirándose mordiscones... Al parecer estos juegos son el equivalente de un cortejo, pues tras ellos se produce la copulación, con la hembra tendida de espaldas mientras el macho, encima de ella, la aferra con las aletas».

En realidad, entre los mamíferos acuáticos es tan constante la aproximación frente a frente que ni siquiera se limita a los animales marinos, sino que también los zambullidores de agua dulce se

comportan así. Aunque no es frecuente presenciar el apareamiento de los castores, ha sido posible observarlo en los criaderos rusos, y Lars Wilson lo describe así: «Al parecer el olor de la hembra en celo alcanza a ofrecer al macho un estímulo sensual suficiente, y cuando ella se mete en el agua de determinada manera, él la sigue y el apareamiento se produce vientre contra vientre, mientras los animales nadan lentamente hacia delante.»

Y si volvemos a los sirenios, un informe de H. A. F. Goohar sobre el dugongo confirma que estas vacas marinas del trópico se adecúan a la pauta cara a cara de los mamíferos acuáticos. El mismo informe ofrece la solución más probable al misterio del marinero y la sirena. Señala que hay una semejanza sorprendente entre los genitales de los dugongos y los de los seres humanos; y que en la zona del Mar Rojo existe la tradición oral de que en siglos anteriores, si después de haber pasado meses en alta mar un marinero encontraba en aguas poco profundas un dugongo hembra —grande, dócil, de sangre caliente, respiración pulmonar, piel lisa, pechos de mujer y órganos genitales en posición ventral, que se adaptaban sorprendentemente bien a los suyos propios— no le daba demasiada importancia al hecho de que comparativamente no tuviera cara. En aquellos días tal hija del mar puede haber resultado bastante tentadora por más que jamás hubiera aprendido a cantar las canciones de las sirenas.

Me permito pues sugerir que el importante cambio en nuestro comportamiento sexual, lo mismo que las grandes modificaciones de nuestra estructura sexual física que nos diferencian de todos los demás primates, constituyen pruebas clarísimas de que en una etapa del juego sufrimos un cambio impuesto por la vida en el mar. Las razones del cambio no son demasiado difíciles de deducir, y las modificaciones resultantes, para las cuales se encuentran paralelos en tantas especies de animales acuáticos, no tienen ningún otro paralelo en el mundo.

Si hubiéramos seguido el ejemplo de ellos, olvidándonos completamente de la tierra, jamás nos habríamos convertido en los señores de la creación, pero tampoco seríamos las criaturas locas y confundidas que somos hoy. Si por un momento puedo ponerme totalmente antropomórfica, parece que la mayoría de las especies que regresan al agua disfrutaran ilimitadamente de la vida.

Los pingüinos son a la vez más plácidos y más juguetones que las demás aves. Las nutrias son doblemente inteligentes, tres veces más curiosas, cuatro veces más amistosas y diez veces más despreocupadas que los hurones, las comadrejas y otros de sus parientes terrestres. Y si damos crédito a quienes mejor los conocen, los delfines son los seres más dulces, alegres y atractivos que hay sobre el planeta.

Nuestro drama es que nos quedamos a mitad de camino. Seguimos mirando por encima del hombro el paraíso que nos había expulsado, y tan pronto como llegaron las lluvias del Pleistoceno volvimos en tropel a tierra firme, sin tener conciencia de que cargábamos con un variado surtido de adaptaciones acuáticas.

Ahora, pasados diez millones de años en el agua y uno de vuelta en tierra firme, el *Homo sapiens* en el siglo XX no es, como diría el refrán, ni chicha ni limonada, y esta indefinición está en la base de muchas más dificultades de las que hasta ahora haya empezado a sospecharse.

4. LA AGRESIÓN

La parte siguiente de la historia ofrece una posible respuesta a otra cuestión muy enigmática. Intentemos primero poner en claro la pregunta, aunque ello implique dar cierto rodeo.

Se refiere al problema de la agresión humana, últimamente se han escrito montones de libros y artículos sobre el tema, y la cuestión que por lo común plantean es más p menos la siguiente: ¿Por qué la especie *Homo sapiens* arrastra desde su comienzo mismo la maldición de una propensión al asesinato y la violencia que no encuentra paralelo en todo el ámbito del reino animal?

Expresa sin ambages Anthony Storr: «La triste verdad es que somos la especie más cruel y más despiadada de cuantas hayan pisado jamás la tierra.» Y cuando se publicó en edición de bolsillo su libro *On Human Aggression,* los editores eligieron esa frase para imprimirla en grandes letras sobre la cubierta, convencidos (indudablemente con razón) de que es el tipo de cosa que a la gente le gusta leer.

Al leer con atención esos libros y esos artículos, se observará que al parecer no se refieren a la totalidad de la especie. Se refieren únicamente a la subsección *Homo sapiens* sexo masculino. Y dicen que los machos humanos son más agresivos que los machos de cualquier otra especie.

Intentemos definir con un poco más de precisión este enunciado. El hombre, ¿es más sanguinario que un tiburón o que una piraña? Es evidente que no, de manera que tal vez la afirmación se refiera únicamente a los mamíferos. ¿Es más feroz que un glotón? ¿Es más asesino que una rata? Tampoco. Puede que sea mejor limitar la comparación a los primates. Entonces seamos francos: ¿a quién nos cuidaríamos más de molestar, a un hombre o a un gorila? 0 si dejamos de - lado al gorila porque es más grande, comparemos la agresividad de un hombre con la de algunos de los primates más pequeños, por ejemplo, con la del mono lanudo de América del Sur, de aspecto tan encantador que dan ganas de tomarlo en brazos, pero que si se ofende le saltará a uno sobre los hombros desde lo alto de un árbol para estrangularlo con su cola prensil, al mismo tiempo que le clava las uñas en la cara y los ojos, sin dejar por eso de hincarle repetidamente en el cráneo sus afilados colmillos. ¿En qué forma, exactamente, se ha convertido el hombre en un agresor más maníaco que todos ellos?

¿O es que no es ése el caso?

Vamos a hacer un poco de trabajo de campo. Salga el lector a la puerta de su casa e intente distinguir algunos especímenes vivientes del *Homo sapiens* en su habitat natural. No ha de resultarle difícil porque la especie está protegida Iegalmente y no corre peligro de extinción inmediata. Observe minuciosamente el comportamiento y las interacciones de *los veinte primeros ejemplares que encuentre al azar.* Después, la próxima vez que tropiece con una rimbombante afirmación sobre el hombre, intente remplazar mentalmente el sustantivo colectivo por la imagen de uno de esos veinte rostros.

«Ese lavacopas es uno de los predadores más refinados que jamás se han visto en el mundo.»

«Las armas son el principal medio de expresión de mi cartero, y la única furma de resolver diferencias que conoce.»

«El impulso agresivo del lechero ha adquirido un potencial paranoide porque sus hijos se mantienen en total dependencia durante un período prolongado.»

Instantáneamente, el lector sospechará que los autores no piensan en modo alguno en gente así y que él, en cuanto observador, se ha equivocado estúpidamente de especie. Pero es que si vamos a ser buenos etólogos, debemos aprender a confiar en la evidencia de nuestros propios sentidos más que en lo que nos dicen la letra impresa y la imagen televisiva. Recordemos que nos hemos pasado toda la vida en medio de millares y millares de estos grandes carnívoros, en términos de mayor

intimidad que los que alcanzó Jane Goodall viviendo entre los chimpancés o Phyllis Jay entre los langures.

Algunos observadores, al estudiar pequeñas bandas de primates durante períodos de una a mil horas, han registrado cuidadosamente el número de «encuentros antagonísticos en los que hubo contacto físico» que se produjeron por papión-hora o por chimpancé-hora. El lector está en excelente situación para compilar una estadística similar referente al mono desnudo. Si hace más de seis meses que no vio a ninguno de ellos arrojarse sobre otro para infligirle grave daño corporal, entonces puede con todo derecho proclamar desde un polo hasta el otro la buena noticia de que, en lo que a agresividad incontrolable se refiere, esta especie no está entre las diez más votadas.

Claro que cabe preguntar qué pasa con Vietnam. Es por ello, naturalmente, por lo que con tanta frecuencia nos tragamos enteras las afirmaciones referentes a la agresividad del hombre. Los autores piensan en la guerra. Pero la guerra es un caso especial del cual me ocuparé en otro capítulo. Aquí anotaré únicamente cuatro consideraciones que hacer al respecto.

1*:* No se trata en modo alguno de una actividad común a toda la especie, ni siquiera a la mitad masculina de la misma. En todas las épocas, la mayoría de los hombres ha vivido y muerto sin haber intervenido jamás en la guerra. Las guerras que campean por los libros de historia fueron hechas por una pequeña minoría móvil, mientras el resto de la población seguía arando, ordeñando, torneando ruedas y dándole de comer a los cerdos. Incluso durante los terribles años de las dos guerras «mundiales», la abrumadora mayoría de los varones vivientes no destruyeron en ningún momento otra vida humana. Esto no significa desdeñar los horrores de la guerra; pero últimamente, obsesionados por la experiencia de los dos últimos holocaustos, los hombres tienden a referirse a la guerra como una pauta de corportamiento inextirpable y peculiar de la especie, o como un imperativo biológico semejante al que nos lleva a respirar o a comer, y eso es absurdo.

2. Tampoco es una «herencia primitiva» de la cual tratamos en vano de desprendernos. En la mayor parte de las culturas que todavía están en la Edad de Piedra, la guerra es desconocida. Por ejemplo, a los bosquimanes, como señala Marshall Sahlins, «les resulta incomprensible la idea de guerra».

3. Se nos dice a veces que el hombre es el único animal en quien se ha observado la forma de comportamiento que lo lleva a matar a los de su propio género. Sin embargo eso no es verdad. Las ratas no sólo pelean con ratas de otras especies y llegan a matarlas, sino que lo mismo sucede entre las de grupos diferentes de la misma especie. Y en el Zoológico de Londres hubo un día terrible en que entre los papiones hamadríades de la Colina de los Monos estalló una pelea de tal ferocidad que ningún guardián se atrevió a intervenir, y cuando la cosa terminó, el campo de batalla estaba cubierto por los cuerpos mutilados y descuartizados de muertos y moribundos.

Los etólogos se apresurarán a señalar que los animales sólo se conducen de esa manera en condiciones antinaturales y «patológicas» y que ahora se sabe que el desastre de la Colina de los Monos se debió a la ignorancia y los errores de los humanos. Lo acepto sin reservas, sólo que yo diría lo mismo del Somme.

4. Si el lector hubiera visitado el Somme, andando detrás de las líneas entre los soldados ingleses y alemanes, y hubiera seleccionado veinte al azar para ponerles electrodos en las sienes, medirles la presión sanguínea, la temperatura de la piel y el nivel de adrenalina, no los habría encontrado a todos hirviendo de odio y furia incontrolables, como sin duda estaban los papiones. Habría encontrado al lavacopas y al lechero y al cartero, muertos de frío, empapados, hartos a más no poder y llenos de nostalgia. Si algo no hubiera andado muy mal para todos esos seres, ni siquiera habrían estado allí; pero ese algo no era un nivel paranoide de agresión y violencia.

Volvamos ahora al grano de verdad que hay tras esta reputación de sanguinarios que se han

atribuido los hombres. Lo que parece peculiar e inquietante en ellos es que en algún punto de su senda evolutiva extraviaron una pieza muy valiosa de su mecanismo de comportamiento.

En la gran mayoría de las especies, el conflicto entre dos animales del mismo género termina casi invariablemente sin que haya matanza. La pelea sigue hasta que uno de los combatientes se rinde, ya sea retirándose o dando una señal de sometimiento.

El efecto de este gesto de apaciguamiento es inmediato y automático. Y así debe ser necesariamente, pues lo más frecuente es que el gesto de apaciguamiento deje totalmente desvalido al animal que lo hace. Konrad Lorenz ha descrito muchas de estas señales, apuntando que un grajo que pide tregua ofrecerá la indefensa parte posterior del cráneo al pico de su atacante; un lobo apartará la cabeza para dejar la vena yugular a merced de los dientes de su rival; una rata se rendirá poniéndose panza arriba para ofrecer las partes blandas del abdomen a la triunfadora; un pavo reconocerá su derrota extendiendo el cuello como Ana Bolena en el cadalso, y así sucesivamente.

Ellos pueden hacerlo con absoluta seguridad, porque el efecto de esas señales sobre el triunfador es imperativo. No va a deliberar para sus adentros si acepta o no la rendición, así como nosotros no deliberamos para contraer o no las pupilas cuando recibimos sobre ellas una luz fuerte. En los animales, es una cosa que les sucede; reciben la señal, y dejan de pelear.

Ahora bien, con un hombre no se puede apostar a eso. Es verdad que hasta cierto punto, la petición de apaciguamiento puede tener éxito. Si el hombre A levanta las manos, el hombre B —por lo menos probablemente, por lo menos temporalmente— se abstendrá de apretar el gatillo. Si el niño A grita: «¡Pido!», o «Me rindo», o lo que indique la costumbre local en señal de sumisión, el niño B tenderá a dejar de golpearle la cabeza contra el asfalto, quizá después de dos o tres sacudidas más, por si acaso. Pero, comparado con las otras especies, el proceso en el hombre es lento y poco confiable. Si lo que persigue es la venganza, y no sólo el botín de la diligencia, ya podéis elevar las manos al cielo, que de todas maneras va a disparar. Si forma parte de un pelotón de fusilamiento, la víctima puede estar atada, con los ojos vendados, de rodillas y suplicando misericordia —y no es posible mostrar más sumisión— sin que todo eso detenga las balas. Y con frecuencia no muestra signo alguno de tener que luchar contra un tabú biológico profundamente arraigado. Es posible que el tabú cultural que se opone a la muerte casual sea fuerte, pero si el sector que le corresponde en la sociedad contemporánea perdona o aprueba un acto de asesinato (como en la guerra, ejecución legal, *vendetta*, crimen pasional, sacrificios humanos, etc.), parece que al hombre le resulta bastante natural cometerlo.

Tal situación no es únicamente mala; es desconcertante. Todo el proceso de selección natural se endereza a perpetuar y reforzar los instintos que ayudan a la supervivencia de una población; y el tabú impuesto al asesinato es espléndidamente adaptativo. Ni siquiera una víbora usará el veneno de sus colmillos contra un enemigo de su propia especie. Entre las especies superiores es raro que se produzcan muertes debidas al combate entre ejemplares de la misma especie. (Sucede a veces, por ejemplo, con los hipopótamos, pero en la batalla torpe y pesada que libran estos animales, cuando se colocan paralelos largo a largo, es probable que el primer golpe asestado con semejantes colmillos atraviese el cuero hasta interesar el corazón, de modo que, aun si los hicieran, los gestos de apaciguamiento llegarían demasiado tarde para que sirvieran de algo.)

Cualquier banda de monos o papiones que se condujera de manera tan destructiva como el hombre se encontraría en situación muy desventajosa, ya que terminarían con un excesivo predominio de viudas y huérfanos. Aun si no sucumbieran a los predadores, se verían expulsados de los lugares donde abunda la comida por las tropas en que los tabúes contra la matanza dentro del grupo fueran más fuertes y existiera por consiguiente un mayor número de machos. Las fuerzas de la evolución natural garantizarían que los no asesinos heredaran su propio sector de la tierra, y que los asesinos tendieran a extinguirse.

Esto vale para todos los animales sociales que hallamos al ascender la escala, hasta que llegamos al mono desnudo. Él es otra cosa. Esta vez de nada sirve buscar paralelos, ni siquiera en el mar. Las especies acuáticas belicosas como el elefante marino pueden encabritarse, rugir y tirarse dentelladas

hasta que las olas se tiñan de sangre, pero jamás uno de ellos muere de esa manera. Un macho que se retira y deja de pelear está a salvo. Por eso, para hacerse amigo de los elefantes marinos basta con arrastrarse de panza por la playa.

Únicamente con el *Homo sapiens* el mecanismo se descompuso repentinamente. Debe de haber sucedido algo sin precedentes, y nadie sabe bien qué fue. Hay gente que tiene la vaga idea de que tuvo algo que ver con el hecho de habernos convertido de vegetarianos en carnívoros, pero no hay prueba alguna de ello. En realidad, los predadores no muestran más agresión hacia los de su *propio* género que los animales que comen plantas. Un toro es vegetariano, pero con los de su especie exhibe por lo menos tanta agresión como un león.

La teoría más plausible en la actualidad, respecto de la agresión intraespecífica, es la de Konrad Lorcnz. La ejemplifica de manera muy vivida con un relato horripilante de una ocasión en que el tabú del asesinato no funcionó. Lorenz había puesto en una jaula grande dos palomas, una tórtola macho y una torcaz hembra, y las dejó solas mientras él se iba a Viena. He aquí lo que cuenta:

«Cuando volví, al día siguiente, mis ojos tropezaron con un espectáculo horrendo. La tórtola yacía en el piso de la jaula, con la parte alta de ¡a cabeza y el cuello, lo mismo que el dorso en toda su longitud, no sólo completamente desplumados, sino tan despellejados que eran una sola llaga que manaba sangre. En medio de esa sangrienta superficie, como un águila sobre su presa, estaba parada la segunda mensajera de la paz. Con esa expresión facial soñolienta que tanto conmueve al observador sentimental, la encantadora dama picoteaba despiadadamente, con su pico plateado, las heridas de su postrado compañero. Cuando este último reunió sus postreras fuerzas en un desesperado intento de escapar, ella volvió a instalarse sobre él, lo aplastó contra el piso con un leve aletazo y continuó su lenta y despiadada labor de destrucción. Indudablemente, a no ser por mi intervención, habría terminado por matarlo, pese al hecho de que ya estaba tan cansada que apenas si podía mantener los ojos abiertos.»

La conclusión de Lorenz es que eso sucedió porque la función del pico de la paloma no es servir de arma letal, de modo que la evolución no ha puesto frenos internos a su uso. «La torcaz no necesita ese tipo de inhibiciones, dado que el daño que puede infligir es mucho menor [que en las aves predadoras], a la vez que su capacidad de huida está bien desarrollada, únicamente en las condiciones antinaturales de un rígido confinamiento se pone de manifiesto que la torcaz no tiene inhibiciones que le impidan dañar e incluso torturar a los de su propio género.» De tal modo, afirma Lorenz, las especies «inofensivas» como las palomas, las liebres o los corzos no tienen señales de apaciguamiento.

El espectáculo de la paloma torturada le recordó inexorablemente una ocasión en que, como cirujano militar, había visto infligir «laceraciones igualmente horribles durante la última guerra, cuando el más avanzado de todos los vertebrados perpetró la mutilación en masa de los miembros de su propia especie». Era inevitable que Lorenz encontrara una relación entre ambas situaciones y dedujera que el hombre era capaz de torturar por la misma razón que la paloma.

«Todo su problema surge porque es básicamente una criatura inofensiva, omnívora, carente de armas naturales que le permitan matar presas grandes, y por ende desprovisto también de los recursos estructurales de seguridad que impiden que los carnívoros "profesionales" abusen de su poder de matar para destruir a los miembros de su propia especie. En la evolución humana no fueron necesarios mecanismos de inhibición que evitaran el homicidio impremeditado y súbito, porque de todas maneras tal matanza rápida era imposible... En la prehistoria de la Humanidad no surgió una presión selectiva tendente a generar mecanismos de inhibición que impidieran la matanza de los miembros de la especie.»

La explicación es precisa y elegante, y durante largo tiempo me resultó satisfactoria. Es difícil no conformarse con algo que provenga de Kon-rad Lorenz, que fue el genio en quien se basó toda la ciencia de la etología. Es observador incansable, intérprete imaginativo, pensador original y excelente escritor. Tiene más capacidad de empatía con los animales que la mayoría de nosotros con las personas, y un carisma tal que se lo siente irradiar de la página impresa.

De todas maneras, ¿tenía razón en este asunto?

Me resulta muy fácil de entender que no pudiera sacarse esa paloma de la cabeza. Yo no pude dejar de pensar en eso durante una semana, y apenas si lo había leído. Pero lo que ahora me preocupa no es solamente lo cruento del episodio.

Si las palomas carecieran de frenos internos hasta el punto que sugiere Lorenz, ese animal sangrante sería un espectáculo común en cualquier palomar. Si todos los pájaros cuyo pico responde a un diseño inofensivo se comportaran de ese modo, no podríamos tener dos cotorras en la misma jaula, y quienes tienen periquitos tendrían que hacerles un pequeño bozal para que no se lastimaran entre ellos. Sin embargo, no es así.

Creo que aquella paloma fue víctima de alguna chifladura. Sabemos que es muy fácil que las pautas de comportamiento rígidamente diseñadas de las aves funcionen mal en una situación sin precedentes. Los científicos han demostrado que una gansa, que responde más bien al piar de sus pichones que a la vista de los mismos, adoptará y protegerá una mofeta embalsamada, siempre que píe, en tanto que una gansa sorda estropeará a sus propios polluelos obedeciendo al mismo instinto que la lleva a matar una rata o cualquier otra cosa peluda y movediza que emita un sonido que ella no puede reconocer.

No puedo explicar por qué esa torcaz atacó así a su compañero, pero creo que el incidente fue tan «patológico» como la pelea en la Colina de los Monos, y actualmente la mayoría de los expertos concuerdan en que fue un error intentar usarlo para fundamentar una teoría del comportamiento. A juzgar por ese único incidente, se podría haber deducido que tampoco los papiones tenían inhibiciones contra el asesinato, pero después de haber practicado extensas observaciones de papiones en libertad, sabemos que tienen un nítido repertorio de señales de apaciguamiento, y que normalmente funcionan muy bien.

Lo que dice Lorenz no es solamente que en la actualidad los hombres no tienen ese mecanismo de inhibición, sino que no lo tuvimos jamás en momento alguno de nuestra evolución. Ahora bien, vo lo dudo. El mismo Lorenz formula tres enunciados generales sobre los tipos de especies en que el poder de la señal de apaciguamiento es fuerte: *a)* tiende a ser fuerte en las especies sociales, por la razón obvia de que en ellas hay más probabilidades de que se susciten conflictos recíprocos; *b)* tiende a ser débil o inexistente en las especies que son especialmente veloces, como la liebre o el corzo, porque la víctima acosada siempre puede escapar; c) tiende a ser fuerte en los animales equipados con armas naturales como garras, colmillos, cornamentas o dientes afilados. Vamos a verlos por orden:

a) Con respecto al primer punto, el hombre indudablemente no debe haber llevado jamás el sello de Caín. Todos los primates superiores son animales sociales, y el hombre es tan social como cualquiera de ellos.

b) En cuanto a esta razón, también el hombre debe haber sido a prueba de asesinato. La especialización de los primates no es la velocidad, y como ya se ha observado, la lenta maduración de las crías de los primates superiores significa que en cualquier intento de fuga, por lo menos la mitad de los miembros de la especie están en gran desventaja respecto de lo que es normal en otros cuadrúpedos.

¿Qué pasa con c)? Es verdad que los antepasados del hombre jamás tuvieron cornamenta ni nada que se pareciera mucho a garras. Pero un análisis de su dentición y la anatomía de su mandíbula hacen ver claramente que hubo una etapa de su evolución en que tenían caninos grandes y fuertes, como los tienen todavía muchos antropoides. Los papiones los tienen; y son lo suficientemente peligrosos como para lograr que la agresión del mandril en libertad se interrumpa mucho antes de que los caninos sean usados hasta agotar sus posibilidades. Parece que en el hombre disminuyeron de tamaño en una etapa evolutiva bastante tardía; por lo general se supone que ello sucedió cuando el uso creciente de las armas determinó que los colmillos se le hicieran cada vez menos necesarios.

Se hace muy difícil creer que antes de que se produjera esa degeneración de los caninos, el símido ancestral —altamente social, torpe en la huida y equipado con armas naturales— no desarrollara una poderosa inhibición contra la matanza de los de su propia especie. La única inferencia posible es que la perdió.

¿Cuándo? ¿Y cómo? Si lo único que sucedió fue que los caninos se le acortaron y perdieron filo a medida que los cuchillos se hacían más largos y afilados, no habría razón para que ello condujera a un debilitamiento del tabú contra el asesinato. Cabría esperar que se mantuviera, e incluso que se reforzara.

Parecería que para que una pauta de conducta arraigada y que significa algo beneficioso para la especie desaparezca, debe haber habido un período durante el cual, por alguna razón, la misma empezó a actuar *en contra* de la supervivencia de la especie y no a favor de ella.

No es fácil imaginar un período o una situación así. Pero para explicar la peculiar deficiencia humana en este aspecto, es precisamente eso lo que tenemos que buscar. ¿De acuerdo? Entonces, volvamos a la costa africana durante el Plioceno.

Habíamos dejado a nuestra pareja de símidos acuáticos en el momento en que ella le ofrecía el trasero al macho, en el gesto de invitación sexual que durante millones de años usaron los primates. En algunas especies de primates las hembras tienen el recurso preliminar de insinuársele al macho con una exhibición de seudoagresión, cuya única finalidad es llamarle la atención —lo que no siempre es fácil— y que termina con el modo tradicional de presentación y, si el macho decide que ella está en su momento de mayor atracción, en la forma de copulación tradicional.

Eso era lo que ella tenía derecho a esperar, pero se equivocó de símido y eligió a uno de los innovadores, como el que por primera vez mató una foca y el primero que desbastó un guijarro, y el genio prometeico que encendió el primer fuego. En el dominio de la frontalidad sexual, como en todos los otros casos, debe de haber habido un momento en el cual la cosa aún no había sucedido nunca. En vez de responderle de manera adecuada y amistosa, el macho la arrojó de espaldas.

Para nosotros no es fácil apreciar cabalmente el efecto de tal actitud. El diseño general de la estructura de un cuadrúpedo es tal que el abdomen, lugar vulnerable que contiene órganos vitales, pero que no cuenta con la protección de los huesos de la caja torácica, se encuentra en todo momento defendido por una barricada de miembros. Cualquiera que lo arroje a uno patas arriba e intente atravesar esa barricada no puede tener más que un propósito: destriparlo. Y la única respuesta instintiva que uno tiene es contraer las patas traseras para protegerse y pelear en defensa de su vida.

Es natural que los lectores no crean una palabra de todo esto. Mientras le hacen cosquillas en la barriga a su perro, echado panza arriba, o acarician el mentón del gato tendido en posición supina, piensan que no son más que tonterías. Vamos pues a invalidar esas objeciones antes de proseguir.

En el caso de ciertos animales que viven en cubiles, es práctica obligatoria que las crías se echen panza arriba para que la madre les lama la orina y así conserve limpio el nido hasta que los cachorros controlen sus esfínteres. El gato se echa así ante nosotros porque durante toda su vida nosotros estamos *in loco parentis.* Seguimos alimentándolo cuando ya hace tiempo que su madre natural lo hubiera echado a patadas para que se las arregle solo. De hecho, el comportamiento de muchos animalitos domésticos se ha modificado hasta convertirse en una especie de infantilismo permanente.

El perro va más lejos: si se siente juguetón o adulador no sólo se echará ante su amo y los otros seres humanos, sino también ante los perros. Esto también es infantilismo, pero como señala Lorenz, en libertad, ese gesto de un cachorro hacia los machos adultos sirve a un propósito adicional. Deja al descubierto el vientre juvenil y lampiño, signo inconfundible de que es demasiado joven para significar una amenaza o ser un rival; y por las dudas, cuando es muy pequeño deja escurrir una o dos gotas de orina para que el macho pueda olerlo y asegurarse doblemente de que no es más que un bebé. En los perros domésticos adultos, esa postura se ha estilizado hasta convertirse en una ostentosa señal de su condición inofensiva.

En los primates arbóreos ni siquiera los infantes están acostumbrados a adoptar esta posición. Mamá mona jamás acuesta de espaldas a su bebé, como no lo haríamos nosotras si no tuviéramos otro lugar para dejarlo que una estrecha rama a diez metros del suelo. La cría se pasa toda la. infancia aferrada a la piel de la madre, al principio de frente y en posición aproximadamente erguida, y después a la espalda, a la manera de un *jockey*.

Entre los primates no se emplea, pues, normalmente la posición supina durante las interacciones entre individuos. Es posible que los ejemplares jóvenes de especies que habitan en el suelo se aferren y derriben uno a otro en peleas fingidas; los orangutanes y gorilas obesos y mortalmente aburridos del cautiverio suelen tenderse en esa postura en su jaula; y en el curso de una pataleta un monito puede llamar la atención de su madre arrojándose de espaldas en señal de desesperación suicida. A no ser en estos casos, es una postura que sólo adoptan en momentos soporíficos de gran seguridad, relajación, soledad o aburrimiento. Y un contacto sexual no tiene ninguna de esas cualidades.

Por lo tanto, nuestra acuática antropoide no tenía por qué estar preparada para lo que le sucedía: que la arrojaran al suelo, de espaldas, y la montaran al revés. Pero su consorte también tenía problemas. El único primate que además de él había intentado algo remotamente semejante era el orangután; y lo había conseguido. Porque una de las posiciones favoritas que adopta la hembra del orangután en la copa de los árboles es colgarse de una rama con las extremidades posteriores, irguiendo el torso entre ambas; de manera que puesta en el suelo puede adoptar fácilmente no sólo el ángulo de 180 grados, como las bailarinas, sino uno que se acerca más a los 250.

La situación de nuestra símida bípeda era diferente. Emitía penetrantes chillidos, como era natural, ya que pensaba que él se había vuelto loco furioso e intentaba destriparla. «¡Cállate!», la tranquilizó él, zurrándole un poquito y procurando pacientemente hacerle bajar y separar las rodillas, que ella en su pánico había cruzado en posición fetal. Su compañero seguía convencido de que una vez que ella entendiera qué era lo que él se proponía, se derretiría en sus brazos y cooperaría con el entusiasmo habitual.

Pero nada de eso. Arturdida por el terror, lo único que ella percibía era que, a merced de ese innovador absoluto, le aplastaban las vísceras y la dejaban sin aire en los pulmones, y que *eso* jamás le había sucedido en un contexto amatorio a ningún cuadrúpedo, reptil o mamífero, desde los comienzos del mundo. Todos ellos habían sido diseñados (lo mismo que nuestra amiga) para que el peso del macho fuera cómodamente sostenido por el esqueleto, y de esa manera no hay nada que se aplaste.

Aquí cabe oponer dos objeciones. La primera es si para el símido no habría sido más sencillo y más natural, mientras se acurrucaban juntos en la caverna en una noche de verano, usar el equivalente antropoide de una dulce charla y llevarla poco a poco a la cosa, hasta hacérsela entender.

Inicialmente, pienso que no, por las siguientes razones:

a) Recordemos que todavía eran animales y carecían de comunicación verbal. Los métodos de que dispone un símido para comunicar a sus compañeros sus intenciones y su estado general de ánimo son limitados y estereotípicos. Lo hace parcialmente mediante la expresión, en parte mediante una serie de ruidos, pero tanto o más que de todo ello se vale de un sutil despliegue de relaciones espaciales y posturas corporales. Y ésas eran precisamente las que se habían embrollado, como se diría en comunicación moderna.

b) Los símidos en libertad no se acurrucan juntos para dormir: están decididamente en favor de las camas separadas. Cuando una banda de seis gorilas se recoge a pasar la noche, construye seis nidos y no menos. Los construyen especiales para los pequeños, en forma de dedal para que no se caigan, pero excepto muy en la primera infancia, ni siquiera ellos se van a dormir con mamá.

c) Aun si hubieran estado acurrucados, a él jamás se le habría ocurrido buscarla sexualmente después de anochecer. Para todo hay momento y lugar. Los animales nocturnos hacen sus con-

tactos sexuales de noche; los animales diurnos de día. Los únicos antropoides que copulan de noche son los nocturnos, como el douroucouli; pues es natural que la actividad sexual coincida con el período de mayor actividad, y el hombre es la única especie en que ello no sucede. E incluso él apenas si se ha dejado persuadir de mala gana por las mujeres y la organización económica de que hay que esperar a la hora de acostarse; una investigación reciente estableció que en los hombres, la hormona sexual alcanza su nivel máximo entre las cuatro de la mañana y la hora de almorzar.

d) En todo caso, si alguien le hubiera sugerido a nuestro antropoide que a una hembra receptiva hay que engatusarla tiernamente para establecer un contacto sexual, su reacción habría sido el equivalente de: «¿Pero me están tomando el pelo?»

No se trata de que no fuera capaz de suavidad. Los antropoides machos pueden exhibir una paciencia sorprendente con los muy pequeños; y en momentos de tranquilidad se prestarán suavemente a asear y despiojar a otros miembros de la tropa, se trate de machos o hembras, o se quedarán a su vez inmóviles dejándose acicalar por los otros. Pero eso es sociabilidad. El sexo, repetimos, es otra cosa.

En el mundo de los primates el sexo es, en términos generales, asunto puramente funcional. Su sentido del olfato le decía a nuestro macho que ella estaba biológicamente dispuesta a recibirlo; por la postura de «presentación» sabía que estaba también psicológicamente dispuesta; y sin embargo, ahí estaba pataleando y armando todo ese .alboroto, haciendo como si todo el asunto hubiera sido idea *de él.* Es muy poco probable que el macho reaccionara instantáneamente con una cordial persuasión. Era mucho más fácil que en ese momento la odiara a muerte. En realidad, estoy convencida de que a partir de ese día, los de su sexo nunca volvieron a tener la misma actitud hacia el nuestro.

La segunda objeción sería que de ningún modo su experiencia era tan peculiar. Si los lectores han seguido hasta aquí la argumentación, estarán preguntándose: «Bueno, pero ¿y las ballenas» y las marsopas, y no sé qué? ¿No era que siglos y siglos antes que nosotros optaron por el contacto sexual ventro-ventral? ¿Cómo es que no pasaron por ese supuesto período de trauma?»

La pregunta es buena. Claro que para ellos no es traumático. Nada podría ser más libre, parejo y grato de ver que dos delfines frente a frente en el mundo tridimensional y casi sin peso que les ofrece el agua. Nosotros no vamos a experimentar nada semejante mientras no empecemos a enviar equipos mixtos de astronautas con lugar suficiente para juguetear en el espacio con gravedad cero. Me imagino que los cetáceos pasaron gradualmente al contacto ventro-ventral por el mismo camino que siguió el castor. Cuando la inclinación de la vagina hacia delante hizo que montar por detrás les resultara impracticable, empezaron a copular en el agua, un medio en el cual ninguno de los integrantes de la pareja tiene razones para sentirse constreñido ni desvalido ni amenazado.

Por alguna razón, las focas y las morsas se negaron obstinadamente a este procedimiento, y aparentemente lo mismo hizo el mono desnudo. No sé cuál es la razón por la que un ungulado o un roedor que se vuelve acuático se aviene a hacer el amor en el agua, en tanto que un cánido o un primate en las mismas condiciones conserva un arraigado prejuicio en contra de esta costumbre, pero parece que las cosas son asi.

Las focas han tenido bastantes problemas por eso. Vivirían mucho más seguras si jamás subieran a la playa, pues en tierra son casi tan torpes y desvalidas como un perezoso en el suelo. Hacen largas migraciones a lugares donde no tienen (o no tenían hasta que llegamos nosotros) ningún enemigo; y para evitar un doble desembarco, para el alumbramiento y para la copulación, vuelven a aparearse casi inmediatamente después que las hembras han parido, y tienen dispositivos especiales que aseguran que la progenie así concebida no llegue a término antes de un año.

El primate acuático tenía, sin embargo, una complicación extra con la que no se encontraban las focas. Para los pinípedos era posible detener la tendencia de sus órganos sexuales hacia delante, ya que en cuanto cánidos jamás se les había ocurrido sentarse, jamás habían tenido nalgas, y las patas

se les estaban reduciendo a menores vestigios, al mismo tiempo que se apartaban y se convertían en aletas. Aunque la vagina llegara a ser técnicamente ventral, un leve desplazamiento del extremo caudal atenuado la hacía fácilmente accesible. Y sobre todo, jamás habían intentado usar los miembros posteriores para caminar erguidos.

La configuración de nuestra primate era totalmente diferente. Su nueva forma hidrodinámica no había llegado a evitar que se pusiera voluminosa en el medio, y en cuanto bípeda litoraleña, las piernas se le estaban desarrollando en el sentido opuesto a las patas de la foca: en vez de disminuir de tamaño, adelgazarse y separarse, se le alargaban al mismo tiempo que engrosaban y se unían. La solución de la foca era imposible para los símidos acuáticos. El dilema de ellos era peculiar.

La habíamos dejado, pues, de espaldas, pataleando y defendiéndose aterrorizada mientras su compañero empezaba a irritarse. Cuando lo vio gruñir y mostrar los caninos, su pequeño cerebro de antropoide se convenció finalmente de que él pensaba almorzársela y de que su última hora había llegado. Inútil resistir más. La tímida dejó de pelear y dio cuantas señales de apaciguamiento, sumisión y derrota podía expresar con tan poco espacio para moverse.

Inmediatamente, el incidente terminó. El macho era un animal adecuadamente programado, y le resultaba imposible seguir castigando a un miembro de su propia especie que daba claras indicaciones de que había dejado de defenderse. Con expresión intrigada, se apartó; por un momento había pensado que se le había ocurrido una buena idea, pero evidentemente algo no andaba.

Sin embargo, sabemos que la cosa no se detuvo ahí. Los etólogos japoneses han realizado observaciones sobre macacos durante largos períodos, y han descubierto cómo ese tipo de innovaciones se difunden de uno a otro miembro de una tropa de monos. Si el que prueba un alimento nuevo o adquiere un hábito nuevo es un miembro de baja jerarquía en el grupo, la difusión es lenta; pero si la innovación se origina en un macho dominante o es adoptada por él, se extiende como un reguero de pólvora. Y por cierto que si es de algún interés para la especie, en última instancia será copiada e incorporada a la pauta de comportamiento de toda la población, así como la costumbre de abrir las botellas de leche se difundió entre los paros de toda Inglaterra después de haber sido iniciada por un innovador anónimo.

Se podría suponer que la copulación era un proceso a tal punto básico e «instintivo» que sería muy poco afectado por el aprendizaje y la imitación. Después de todo, ningún animal tiene que aprender de otro a tragar, estornudar o defecar. Pero en lo que se refiere al sexo, y por lo menos entre los primates, nos equivocaríamos. Harlow y Harlow demostraron de manera indudable con sus experimentos de 1950 que si se cría en el aislamiento a un monito, sin darle la posibilidad ni de experimentar con sus contemporáneos ni de observar a los adultos mientras copulan (cosa que los jóvenes primates hacen con gran curiosidad y frecuentemente a una distancia embarazosamente reducida cada vez que les es posible), cuando el animalito crece no tiene ni la más remota idea de cómo arreglárselas, y si es un macho, muere sin tener descendencia.

Podemos, pues, estar bastante seguros de que el experimento de nuestro pionero debe de haber sido observado con profundo interés por los circunstantes, y de que tarde o temprano se volvió a intentar. Si se dio el caso de que el innovador fuera un macho dominante, los nuevos inventos habrán sido inmediatos y frecuentes, tanto más cuanto que para entonces ya todo el mundo empezaba a tener alguna dificultad con la penetración por detrás.

Inevitablemente, el primer macho que en realidad obtuvo *éxito* en la nueva posición sería uno cuyo mecanismo de comportamiento era muy levemente defectivo; sería un mínimo menos obediente que los demás al tabú que imponía que en cualquier refriega entre miembros de la especie, si el otro combatiente se rinde, uno lo/la deja en libertad. Sería el que persistía un momento más frente a los chillidos de terror y los ruegos de misericordia; y su linaje se incrementaría.

A medida que pasaban millones de años y la nueva posición se convertía en norma aunque las hembras siguieran rechazándola, los machos que observaran más escrupulosamente el tabú tendrían escasa o ninguna descendencia; los más despiadados serían los más prolíficos.

Esto ofrecería una explicación posible de la forma en que una inhibición tan valiosa y adaptativa

quedó evolutivamente excluida de una sola especie, y de una especie en la cual tenemos todas las razones para creer que había funcionado antes normalmente.

Quizá los lectores tengan la sensación de que me he precipitado con la fácil suposición de que «las hembras siguieron rechazándolo». ¿Será así? Eran animales jóvenes, sanos, bien alimentados y en quienes el celo se daba sin inhibiciones. Una vez que la nueva forma de contacto dejara de ser un experimento fracasado para convertirse en una práctica que funcionaba verdaderamente, ¿no empezarían a recibirla con los brazos abiertos?¿No empezarían a disfrutarla?

Ésa fue la parte más irónica de todo el asunto. No. No podían. Y para explicar por qué necesitaremos la mayor parte del capítulo siguiente.

Entretanto, por primera vez en la historia de la vida, el acto sexual se había llevado a cabo por fuerza y en una atmósfera de hostilidad, temor y violencia. Habían comenzado a establecerse las primeras tenues conexiones mentales entre sexo y crueldad por una parte y entre sexo y sufrimiento por otra. Habíamos dado el primer paso por la tortuosa senda que condujo a la guerra de los sexos, al sadomasoquismo, y en definitiva a toda la confusión contemporánea, a la prostitución, la gazmoñería, Casanova, John Knox, Marie Stopes, la trata de blancas, el movimiento de liberación femenina, la revista *Playboy,* los *crimes passionels,* la censura, los clubs de *strip-tease,* las querellas por alimentos, la pornografía y una docena de manías diferentes.

Eso fue la Caída. No tuvo nada que ver con las manzanas.

5. EL ORGASMO

En este punto nos acercamos a uno de los terrenos más nebulosos en todo el campo de la evolución del comportamiento: el problema de la reacción sexual femenina.

En la actualidad, como lo destacó Jane Austen respecto de algo totalmente diferente, es «un hecho universalmente reconocido» que las mujeres pueden experimentar y de hecho experimentan el orgasmo. Como es obvio, tiene que haber algo verdaderamente muy peculiar en torno de este proceso fisiológico, porque de otra manera no sería necesario empezar por semejante afirmación. A nadie le parece necesario insistir en que «en la actualidad todos los biólogos serios admiten que las mujeres bostezan», ni en que «ya no se puede negar que tanto los hombres como las mujeres son capaces de tener escalofríos».

Sin embargo, ha habido sociedades y períodos que de ninguna manera han reconocido universalmente el hecho de la respuesta sexual femenina. Las mujeres iban al lecho nupcial con poca o ninguna idea de qué era lo que debían esperar, provistas de vagas advertencias en el sentido de que la experiencia que les esperaba sería repugnante, pero que debían soportarla. Los médicos más idóneos pontificaban afirmando que el concepto mismo de orgasmo femenino era la fantasía de mentes depravadas y algo totalmente increíble. Havelock Ellis cita a Acton, importante autoridad inglesa de la época, quien condenó la sugerencia de que las mujeres tuvieran sentimientos sexuales como una «calumnia vil»

Naturalmente, esos días pasaron, y es posible que los lectores tengan la impresión de que en nuestra época todas las dudas y confusiones se han esclarecido y toda la verdad se ha puesto de manifiesto por obra del esclarecimiento de la cien-cía de nuestro siglo. Sin embargo, no es exactamente así como están las cosas en este momento. Podríamos ponernos a atisbar entre la niebla a ver si podemos determinar qué espesor tiene.

Para empezar, las investigaciones del fenómeno del orgasmo femenino se han limitado casi exclusivamente a la especie *Homo sapiens.*

Es perfectamente comprensible que así haya sucedido en la época de Kinsey, cuando estas investigaciones se realizaban mediante interrogatorios verbales. No se conseguiría mucho con acercarse n una vaca para preguntarle en qué porcentaje alcanzó la culminación sexual. Incluso en la época de Masters y Johnson, cuando se deja en buena parte de lado el elemento verbal en favor de ¡a medición instrumental de las reacciones físicas, es fácil imaginarse que podría ser más difícil conseguir ia cooperación de un animal que la de una pareja humana convencida de la importancia científica de lo que están haciendo. A la vaca sería bastante difícil convencerla de eso.

Sin embargo, en ocasiones el ingenio de los investigadores encontró manera de sortear estas dificultades cuando se dedicaron al problema. Lo interesante es el hecho de que hasta el momento son muy pocos los que lo han encarado con seriedad.

Un resultado de esta omisión —o muy posiblemente una causa de ella— es la difundida creencia de que las hembras de los mamíferos que están por debajo del nivel humano jamás experimentan orgasmo. Este supuesto es una curiosa inversión de la actitud característica del siglo XIX. Entonces los hombres creían que el amor humano era un asunto espiritual y que una mujer que gozara del aspecto físico del matrimonio «se conducía como un animal». Pero de acuerdo con los últimos cánones en lo que al goce carnal se refiere, la mujer —aunque no el hombre— deja muy atrás al resto del reino animal. Después estudiaremos con más detalle esta extraña teoría, para la cual no hay, naturalmente, el más leve asomo de prueba.

Cuando pasamos de los animales a la gente, el cuadro es totalmente diferente. Mucho se ha dicho

y escrito sobre la reacción sexual femenina, y el tema ha producido y sigue produciendo gran acaloramiento entre expertos rivales y escuelas de pensamiento divergentes. Pero el ámbito de los hechos bien establecidos y sobre los cuales existe acuerdo sigue siendo sorprendentemente reducido. No llega a ser mucho más que mi afirmación inicial, el hecho universalmente aceptado de que verdaderamente la cosa sucede. Masters y Johnson han particularizado de manera exhaustiva tal afirmación. Se adentran en minuciosos detalles sobre las manifestaciones físicas que se producen en diversas partes del cuerpo antes, durante y después de su producción; observan, y filman, y miden fenómenos tales como la tumescencia, detumescencia, rubor, velocidad del pulso, transpiración, etcétera, la mayor parte de los cuales encuentran paralelo en reacciones similares en el varón.

Aclaran también una cuestión previamente enojosa. Kinsey había enunciado que un 14% de las mujeres afirmaban que, a diferencia de los hombres, eran capaces de experimentar orgasmos múltiples. Los expertos rivales se burlaron despiadadamente de esa idea. E. Bergler y W. S. Kroger, por ejemplo, declararon: «Una de los historias más fantásticas que las voluntarias consultadas le contaron a Kinsey (y que él se creyó) fue la del orgasmo múltiple. Es obvio que ese 14 % pertenecía al tipo de frigidez ninfomaníaca en que la excitación aumenta repetidas veces sin alcanzar su culminación. Kinsey se dejó engañar por las que casi podían.» Masters *y* Johnson confirman el hecho nada sorprendente de que las mujeres sabían de qué estaban hablando, y de que Kinsey tenía razón.

Hasta ahora vamos bien. Pero fuera de esta pequeña zona iluminada, todo es caos. Sabemos que la cosa sucede; pero en qué porcentaje de mujeres sucede, durante cuánto tiempo (en términos evolutivos) ha venido sucediendo, dónde sucede, qué importancia tiene el que no suceda, cuál es precisamente la causa de que suceda, y por qué con frecuencia no alcanza a producirse, son todas cosas que todavía se discuten acaloradamente.

Los hombres experimentan algo y las mujeres experimentan algo, con efectos fisiológicos aproximadamente similares, pero si el orgasmo femenino es una cosa independiente o un pálido eco del de su compañero («una respuesta seudomasculina», como enuncia sucintamente Desmond Morris), es algo que sigue sin demostrar. (Por supuesto que nadie ha cometido la herejía de preguntar si el de él no será un pálido eco del de ella.)

Algo experimentan las mujeres, pero se discute furiosamente si *es un* algo o son *dos* algos. Una escuela cree que hay un orgasmo clitórico y otro vaginal; una subdivisión de la escuela pretende que el primero es infantil y el segundo un signo de madurez; otro sector vocifera que el único orgasmo que cuenta como real es el vaginal; hay expertos que en voz no menos alta protestan que, lejos de ser el único que cuenta, el orgasmo vaginal es puro mito.

Las mujeres experimentan algo, y durante el último medio siglo han admitido que lo experimentan, se las ha alentado a esperarlo e incluso se les ha dicho que tienen derecho a exigirlo; y a los hombres se les han dado prolijas instrucciones para ayudarlas a experimentarlo, pero así y todo puede no producirse. Entonces se plantea la cuestión de cuál de ellos tiene que disculparse —si es que alguno debe hacerlo— y de si debe atribuirse la culpa a la frigidez de ella o a la falta de pericia de él, o a que hace años alguna de las respectivas suegras (o las dos) no prestó debida atención a los consejos del doctor Spock. Esta discusión no ha quedado debidamente zanjada ni siquiera entre los eruditos, y se puede apostar a que tardará mucho más en acallarse en algunos dormitorios.

Por si puede parecer que exagero sobre la falta de consenso en torno del asunto, he aquí algunas citas y opiniones:

Respecto de la falta de reacción:

Dice Robert D. Knight: «Es posible que el 75 % de todas las mujeres casadas obtengan poco o ningún placer del acto sexual.» Kinsey dice que sólo el 10 % de las mujeres son frígidas. Marie Robinson se arriesga a afirmar que lo son más del 40 *%; L.* H. Terman da el 33 %; Weiss y English lo llevan a un 50 %, y Eustace Chesser se queda en el 15 %. Bergler afirma que la frigidez es un problema que «aflige del 70 al 80 % de todas las mujeres», en tanto que en *The ABC of Love,* Inge y Sven Hegeler reiteran que «no hay eso que llaman una mujer frígida»; «no hay eso que llaman una mujer frígida» (p. 60); «no hay eso que llaman una mujer frígida» (p. 62).

Respecto de la naturaleza del orgasmo:

Freud creía que el orgasmo clitórico era expresión de inmadurez, neurosis, masculinidad y/o frigidez, y que para ser plenamente madura, normal y femenina, una mujer debe aprender a desplazar o «transferir» la reacción desde el clítoris a un tipo de orgasmo supuestamente más intenso v más satisfactorio localizado en la vagina. Bergler fue más lejos y declaró que cualquier mujer que no pueda tener o no tenga orgasmo vaginal es frígida. (Una de las cosas qué hacen que la lectura de la bibliografía referente al sexo se parezca tanto al juego de la gallina ciega es que cada autor tiene su propia definición particular de términos como «frigidez».)

Por su parte, Kinsey —cuyos adherentes son igualmente numerosos— es paladín del clítoris. «Es difícil... —dice— a la luz de nuestro conocimiento actual de la anatomía y fisiología del comportamiento sexual, entender qué se quiere decir con orgasmo vaginal. En la literatura al respecto se da a entender por lo común que la vagina misma debe ser el centro de la estimulación sensorial, cosa que para la mayoría de las hembras es una imposibilidad física y fisiológica.»

Theodoor H. Van de Velde se niega a establecer entre ambos ninguna distinción cualitativa y los compara con «el sabor y el aroma de dos vinos finos o las glorias y sutilezas cromáticas de dos diseños de color muy diferente». Otros expertos consideran que ambos se complementan, en tanto que Hastings señala que «ninguno de los que proponen la teoría de la transferencia, ni siquiera Freud, ha enumerado los signos o síntomas mediante los cuales se pueda distinguir entre tales tipos de orgasmo, presumiblemente diferentes»; en cuanto a Masters y Johnson, informan autorizadamente que, por lo que se refiere a las reacciones físicas colaterales, es imposible distinguir dos tipos.

Entonces, ¿hay uno o hay dos? Si hay uno, ¿cuál es? ¿Y qué es lo que dio origen al mito del otro? Si hay dos, ¿de qué sirve tener dos cuando los hombres no tienen más que uno? ¿Cuál es el más importante y cuál el secundario? Para responder a todas estas cuestiones no hay más que pagar y elegir al experto que se quiera. Es un poco como los teólogos cismáticos cuando discuten sobre la verdadera naturaleza de la Santísima Trinidad.

Tampoco hay acuerdo respecto de si el descubrimiento, o redescubrimiento, del hecho de la reacción sexual femenina fue para las mujeres una importante victoria o no. La feminista Eva Figes lo acoge con vítores: «Cuando la mujer moderna descubrió el orgasmo, ello fue (combinado con el moderno control de los nacimientos) probablemente el más firme de los clavos que aseguran el ataúd de la dominación masculina.» Pero la feminista Ann Koedt se inclina a desdeñarlo, y ha escrito un opúsculo titulado «El mito del orgasmo vaginal», donde parece querer decir que éste es pura propaganda urdida por los varones lujuriosos para convencer a las mujeres no sólo de que se acuesten con ellos, sino de que al hacerlo encontrarán tanto placer que después les den amablemente las gracias.

De todos modos, ¿qué importancia tiene? Kinsey: «Incluso sin orgasmo, es posible encontrar considerable placer en la excitación sexual y en los aspectos sociales de una relación sexual.» Van de Velde: «En la actualidad es imposible estimar qué monto de desequilibrio mental y nervioso, y de desdicha matrimonial se debe a este bloqueo y privación de una relajación total en el coito.» E. Havemann: «Muchas mujeres que jamás tienen orgasmo disfrutan mucho de cada acto de contacto sexual, que les ofrece profunda satisfacción sensual y psicológica.» G. V. Hamilton: «Salvo que el acto sexual culmine en una descarga plenamente liberadora por lo menos en el 20 % de las uniones, es probable que se produzcan perturbaciones. La consecuencia menos grave es una sensación crónica de insatisfacción, tensa e inquieta.» C. R. Adams: «Si la mayor parte de los demás factores son favorables, una esposa puede ser feliz en el matrimonio aunque no tenga reacción sexual alguna.» Pero la pobre y valiente Marie Stopes, que combatió a tal punto la ignorancia fanática y el prejuicio que terminó por pensar que lo sabía todo, llegó al extremo de inducir a su marido a que le firmara un documento por el cual, como simple medida higiénica, le permitía buscar en alguna otra fuente la necesaria satisfacción sexual, si él en algún momento no era capaz de proporcionársela.

La verdad es que el progreso realizado ha sido más aparente que real. Freud dijo al final de su

vida: «Si se quiere saber más sobre la femineidad, hay que interrogar a la propia experiencia, o volverse hacia los poetas, o si no, esperar a que la ciencia pueda darnos información más profunda y más coherente.» Y no hace mucho tiempo, Robert Ardrey arrojó la toalla de manera semejante a como lo hizo Freud: «Nuestros estudios sobre la hembra en las sociedades de primates no han alcanzado todavía un nivel definitivo. Y hasta que lo alcancen, el hastiado analista tendrá que seguir tanteando entre las trivialidades del pasado de su paciente en busca de las fuentes de problemas cuya dimensión es intemporal; y tendremos que seguir hablando únicamente de tendencia, y limitarnos a conjeturas, y considerar a nuestras compañeras femeninas con mirada nuevamente especulativa.»

La mayoría de los lectores honestos estarán de acuerdo en que es razonable considerar nebuloso el estado de cosas que describimos. No se me ocurre nada más que otro tema en el cual, en el mismo período, hayan proliferado tantos expertos que se contradicen acaloradamente entre ellos, y es la economía política. Quizás en ambos casos la razón sea que la gente percibe subconscientemente que su propio interés personal, su poder, su felicidad, su dominación o autoestima pueden resultar afectados por el resultado de la discusión. Por eso tal vez el mejor lugar para empezar con un enfoque «nuevamente especulativo» sea lo más alejado posible de nuestro yo humano, es decir, entre los animales.

El supuesto actual respecto de las hembras subhumanas es que no experimentan nada que corresponda al orgasmo tal como nosotros lo conocemos. Se nos dan dos razones para esta creencia y se nos ofrecen dos explicaciones para el hecho de que la esposa del *Homo sapiens* se haya tomado la molestia de introducir este mecanismo por primera vez sobre el planeta.

La primera razón para creer que los animales no Jo tienen es que en las mujeres el mecanismo es tan lamentablemente defectivo, que debe de ser una innovación reciente que no ha tenido tiempo para perfeccionarse mediante los procesos de selección natural. E. Elkan deduce por consiguiente que la capacidad de tenerlo está todavía emergiendo. L. H. Terman, después de buscar en vano resabios freudianos entre la mayoría de sus pacientes femeninas «sexualmente inadecuadas», llega a la conclusión de que la causa puede ser biológica o genética más bien que psicológica. Arriba a la misma conclusión que Elkan, y Desmond Morris supone también que incluso si no está todavía en proceso de emergencia, por lo menos fue en el *Homo sapiens* donde apareció por primera vez.

El segundo argumento se basa en el hecho de que la hembra cuadrúpeda promedio, después de la cópula se manda mudar, como si nada hubiera pasado, con lo cual indica claramente que el sabor y el aroma y las glorias cromáticas y todo lo demás son para ella un libro cerrado.

Las supuestas razones de la súbita aparición del fenómeno en nuestra especie son:

a) Nuestro viejo amigo: el hecho de que su compañero se había convertido en un Poderoso Cazador y tenía que cimentar el vínculo de pareja haciendo del sexo algo más atractivo. Por consiguiente a ella, en cuanto esposa del cazador, había que darle una nueva «gratificación conductual» por estar disponible en cualquier momento en que a él se le ocurriera regresar a la base doméstica. Esa gratificación conductual es el orgasmo.

La razón *b)* es todavía más ingeniosa. Se nos sugiere que cuando la mujer se convirtió en bípeda, su fertilidad se vio amenazada por el nuevo ángulo de la vagina, que permitiría el escurrimiento y la pérdida del semen si su propietaria se levantaba y echaba a andar inmediatamente. Por eso había que dejarla temporalmente demolida por esa experiencia tremenda y abrumadora, con lo que se conseguiría mantenerla horizontal hasta que los espermatozoides hubieran llegado a destino y a ella le fuera permitido levantarse.

En realidad nada de eso me convence. Estoy de acuerdo en que el mecanismo en las mujeres es defectivo, y no dudo de que Terman tuviera razón al concluir que es muy raro que esa condición

pueda ser atribuida al hecho de que a los cinco años vieron algo horrible en el sótano. Pero no creo que esté en proceso de emergencia. Ese tipo de cosa sólo «emerge» en una especie si de alguna manera contribuye a la supervivencia de la población. Si se trataba de un mecanismo diseñado para favorecer la fertilidad humana mediante la superación de la postulada renuncia femenina a participar de la actividad sexual, entonces es muy sorprendente observar que cuando las hembras son jóvenes, tímidas y fértiles, el funcionamiento del mecanismo es muy aleatorio; de acuerdo con las cifras de Kinsey, no llega al máximo de confiabilidad hasta después de quince o más años de matrimonio, cuando la fertilidad empieza a declinar y sin duda la timidez ha pasado a la historia. Además, cuando pensamos en el tamaño de las familias en la época victoriana, durante la cual la sola idea del orgasmo femenino era considerada una calumnia vil, se hace evidente que si en alguna medida afecta a la fertilidad, su efecto debe de ser estrictamente mínimo. En una palabra, el orgasmo solamente comenzaría a emerger, o seguiría emergiendo, si las mujeres que lo experimentaran fueran más fértiles que las mujeres que no llegaran a sentirlo. Y nada hay que sugiera que actualmente tal sea el caso, ni que lo haya sido jamás.

Y en cuanto a la sangre fría de las cuadrúpedas, ¿no podemos atribuirla al hecho de que para todo los animales son menos barulleros que nosotros? Simplemente con que tengamos que vomitar, lo más probable es que hagamos bastante escándalo al respecto y después nos quedemos, cinco o diez minutos, pálidos, transpirados y jadeantes, sentados en el borde de la bañera hasta que se nos normalice el metabolismo, en tanto que son muchos los animales que pueden descargar el estómago casi tan callada y pulcramente como se lo llenan, y que al momento «se van como si nada hubiera pasado», Si sabemos que algo *ha* pasado es únicamente porque hay, por así decirlo, un resultado. De la misma manera, parece que todo el mundo cree que los animales machos experimentan el orgasmo porque también en ese caso hay un resultado; pero si esperamos que un chimpancé macho registre sus sensaciones dando muestras de éxtasis o agotamiento o simplemente de tristeza posterior al coito, tendríamos que aguardar mucho tiempo y quizá llegaríamos a la errónea conclusión de que también en el hombre esa forma de gratificación apenas si empezaba a desarrollarse.

Cabe también objetar la idea de que a una sola especie le haya sido concedida una gratificación conductual para que las hembras se mantuvieran fieles a sus maridos cazadores y se les mostraran accesibles en todo momento. En todo caso, sería difícil reforzar la fidelidad de esa manera: si la recompensa era tan tentadora, la infidelidad permitiría gozar con más frecuencia de ella. En cuanto a la accesibilidad, es verdad que entre muchos primates inferiores las hembras sólo son receptivas en determinados períodos fijos y relativamente breves del ciclo sexual, en tanto que la hembra del *Homo sapiens,* biológicamente hablando, es receptiva en todo momento.

Pero ello no se debe de ningún modo a algún repentino salto que haya dado cuando su compañero empezó a arrojar venablos. No tiene nada que ver con la caza; no es más que el punto culminante de una extensión gradual del período de receptividad, que se incrementa de manera constante a medida que ascendemos en la escala desde los primates inferiores a los superiores. Para cuando llegamos a los monos superiores y a los símidos, por más que las hembras sigan estando sujetas a un ciclo de celo sexual, por lo común son receptivas a los avances sexuales del macho en cualquier momento del ciclo, y en algunos casos incluso durante la preñez. Es posible que esta tendencia ya bien establecida haya continuado funcionando incluso más arriba en la escala, desde el antropoide al homínido, pero no se aceleró, y no hay razón para suponer que en esa precisa etapa de la evolución intervenga ningún factor nuevo.

Finalmente, está la teoría de que el orgasmo femenino es una manera de mantener a la mujer en posición supina para que los pequeños espermatozoides lleguen más rápido a destino. Esto no me convence. No creo que la duración de la lasitud poscoital sea significativamente mayor en las mujeres que en los hombres. Es indudable que en la práctica la mayoría de las mujeres se quedan durante cierto tiempo acostadas; pero es que en nuestra cultura hay marcada tendencia a que la. actividad sexual se produzca en la cama, muy frecuentemente al término del día, y en todo caso en

un momento y un lugar en que las interrupciones son improbables. No hay mayor incentivo para que ella se levante de un salto, diciendo: «Todo estuvo muy bien, pero tengo prisa.»

Sin embargo, apostaría a que, por más que su compañero fuera un virtuoso insuperable, si una mujer de pronto huele a quemado y se da cuenta de que hace media hora que dejó la plancha enchufada, él se va a encontrar con que el orgasmo como garantía de horizontalidad no funciona, ni siquiera hoy. Y entre nuestros antepasados diurnos, bajo el radiante sol de las praderas, donde se supone que empezó el proceso, y rodeados por la incesante actividad del grupo, no creo que ella se hubiera quedado de espaldas más que algunos segundos.

Podríamos, pues, dejar de lado todas esas suposiciones y empezar por el principio, con una hipótesis realmente atrevida. Supongamos que nos apartamos sin más trámite de la concepción androcéntrica que ve un mundo en el cual los animales machos son creados con necesidades y deseos sexuales cuya satisfacción va acompañada de placer sexual, y los animales hembras son creados para servir a las necesidades de los machos, facilitar sus placeres y dar a luz sus crías.

Procuremos imaginarnos un tipo de Universo más democrático, donde la Naturaleza, o Dios, o la evolución, o lo que ustedes quieran, considere la cosa de manera un poco más imparcial en vez de tomar a las hembras como ciudadanos inferiores.

El problema era bastante sencillo: cómo inducir al animal A y al animal B a que se unieran con fines de procreación. La respuesta también parecería simple: hagamos que gocen al unirse. ¿Cabe concebir algún propósito evolutivo que fuera servido quedándose a mitad de camino y haciendo que el animal A experimentara deseos, buscara el placer y obtuviera la gratificación de sensaciones placenteras, en tanto que el animal B se limitara a ser manso y sumiso y a estar programado para apenas soportar la situación?

Todas las pruebas circunstanciales que poseemos respecto del comportamiento animal apuntan a la conclusión de que el impulso sexual es cosa recíproca: que ambos sexos sienten necesidad, ambos se ven impelidos a satisfacerla y ambos experimentan la cópula como un acto de consumación. Sarel, Eimerl e Irven de Vore señalan:

«La gente no come porque necesite alimentarse para sobrevivir, ni se une sexualmente porque la copulación sea esencial para la preservación de la especie. Tampoco una madre levanta y acaricia a su bebé porque éste moriría si se viera privado de su atención. Comemos, copulamos y, si somos madres, cuidamos de nuestros pequeños porque esas actividades son placenteras.»

Claro que es teóricamente posible considerar al sexo no como un vínculo social cooperativo sino más bien como una forma especializada y no letal de predación, y señalar que cuando un gato se come a un ratón, es probable que el gato goce al hacerlo, pero no es necesario que también el ratón se derrita de placer.

Verdaderamente, a juzgar por su terminología, el paralelo con ia predación acosa con curiosa persistencia a los hombres. En la mayor parte de las lenguas se da con variantes la metáfora que considera a un hombre en persecución de una hembra como un lobo, en tanto que la muchacha es algo comestible: un bombón, un churro o un melocotón.

Sin embargo, en el mundo animal el paralelo no tendría validez alguna. Al ratón se lo comen contra su voluntad; pero eji ninguna especie de mamíferos, con la única excepción del *Homo sapiens,* una hembra, en condiciones naturales, se aparea jamás contra su voluntad.

Nos recuerda Leonard Williams: «De hecho, el mono macho no puede aparearse con la hembra sin que ésta lo invite y esté dispuesta a cooperar. En la sociedad de los monos no existen cosas tales como violación, prostitución, y ni siquiera consentimiento pasivo.»

Podemos descender más allá de los primates y nos encontraremos con la misma cosa. En *The Social Life of Animáis,* Marcel Sire habla así de la rata parda: «Las hembras, por ejemplo, buscan machos de elevado rango social; se sabe de una hembra que durante dos meses se negó a copular, pese a que son normalmente receptivas cada cinco días; probablemente los machos le parecían insatisfactorios hasta el día que encontró un macho de buen peso al que aceptó inmediatamente.»

Sigamos descendiendo hasta la *Drosophila.* Hal-dane relata un experimento con estas moscas de

la fruta, en el cual se encerraron moscas hembras negras con machos que por acción de un gen recesivo tenían el cuerpo amarillo en vez de negro, y cuya rutina de cortejo era algo más tosca. Los machos intentaron el apareamiento, pero a las hembras simplemente no les vino bien la cosa. El 97 % de ellas «se resistieron activamente, esquivándose, pataleando o sacando fuera el oviscapto». Sólo el 3 % puso huevos fértiles, y eso no fue porque se hubieran resistido en vano sino porque, como lo demostraron nuevos experimentos genéticos, su inocencia en materia de prejuicios de color era innata. \

Excepción hecha de la Humanidad, entonces, para que un contacto sexual pueda tener éxito, la hembra ha de estar dispuesta. En muchas especies hay indicaciones de que está incluso mejor dispuesta que el macho. En un experimento descrito en 1970 por el doctor Stuart Dimond, se tomaron ratas machos y hembras y se les permitió solicitar compañero sexual oprimiendo una palanca. En el momento adecuado de su ciclo sexual, las hembras tendían a seguir apretando la palanca cuando ya los machos se habían hartado de la diversión.

Los primates no son de ningún modo la excepción de la regla. Explica Robert Ardrey: «En la vida diaria de los primates superiores, la hembra se convierte en el agresor sexual. Alguien tiene que iniciar el acto de amor, y lo más frecuente es que lo haga ella... Las apetencias son por lo común de ella.»

Lo único que quiero deducir de todo esto es que mucho antes de que subiera a escena el *Homo sapiens,* las hembras de los mamíferos se conducían como si el sexo fuera para ellas, lo mismo que para sus compañeros, una experiencia deseable y placentera; que no hay razón para creer que, si los machos obtenían una gratificación conductual, las hembras se vieran privadas de una gratificación equiparable. No hay razón para creer que en términos puramente fisiológicos, la gratificación que obtiene un hombre del acto sexual sea biológicamente diferente en género de la que obtiene un gorila; y exactamente lo mismo vale para las consortes femeninas de ambos.

En realidad hay ciertas razones para creer que en ambos casos el mecanismo es exactamente el mismo. Expresa un informe de 1953 del Instituto Kinsey: «Casi instantáneamente, o en cuestión de segundos o de un minuto aproximadamente después de la iniciación del contacto sexual, ciertas áreas del cuerpo pueden hincharse, dilatarse y mostrarse rígidas por el exceso de sangre. Ello vale igualmente para los seres humanos *y para las especies inferiores de mamíferos, tanto machos como hembras.»* (La bastardilla es mía.)

Me parece que el supuesto más simple y más plausible es que la reacción sexual femenina evolucionó y se perfeccionó hace muchos millones de años; no podemos decir hasta dónde descendió en la escala de los mamíferos, pero indudablemente se da en criaturas mucho más simples y más primitivas que nosotros. La razón de que ellos hagan tan poco alboroto en torno del asunto es precisamente que *era* una reacción perfeccionada; algo tan simple y que requería tan poco esfuerzo como comer, y que en términos de placel recibía una gratificación igualmente automática.

Así que la cuestión de la que debiéramos estar ocupándonos no es cómo y por qué llegó la especie humana a desarrollar ese mecanismo femenino tan tremendamente complicado y misterioso. Es, más bien, cómo demonios llegó nuestra especie a perder, traspapelar, y/o de modo general estropear un proceso tan simple y directo.

Intentemos primero tener una idea clara de en qué consiste el proceso, y que es exactamente lo que lo desencadena. Sería muy útil que aquí nos olvidáramos de todo lo referente a Kinsey y Johnson y a las glorias cromáticas y todo el blablablá humano y no tuviéramos presente otra imagen que la de un gato o un mono *Rhesus,* por ejemplo. Bien parados en las cuatro patas.

Entonces la respuesta es simple. Lo que desencadena es una breve pero vigorosa aplicación de fricción rápida y rítmica. Es lo único que hace falta.

Algunos teóricos han buscado por todas partes un paralelo para el orgasmo femenino, y últimamente el favorito ha sido el estornudo. Es de presumir que aquí el paralelo está en que uno .o siente venir mucho antes de que venga, y que experimenta una fuerte sensación de frustración si cambia de idea y se vuelve a ir. (Si no se va no hay parecido alguno.)

Sin embargo, si lo consideramos en sus términos más simples como un fenómeno que conduce a una pauta de comportamiento destinada a aliviarlo mediante una aplicación breve pero vigorosa de fricción rápida y rítmica, se nos ocurre inmediatamente un paralelo más cercano. No es de ningún modo una especie de estornudo. Lo que nos preocupa es una especie de picazón bastante especializada. Desde el punto de vista subjetivo, no se lo siente como una picazón; estéticamente tenderíamos a rechazar la comparación porque sus asociaciones son, en el mejor de los casos, indignas; en lo fisiológico el paralelo no es perfecto porque habitualmente una picazón aparece en la superficie de la piel, y esto no; pero pese a todas esas desventajas, cuando lo consideramos en función de su efecto sobre el comportamiento del animal, es lo más cerca que podemos llegar.

La fricción deseada se aplica, generalmente desde atrás, a la pared interna de la vagina. Debido a esa localización, la gata por ejemplo, no puede aplicar la fricción de la manera que le es habitual, con su propia pata trasera, sino que debe buscar la ayuda de otro gato; y lo mismo vale para el mono *Rhesus.* Y solicita esa ayuda tan simple y naturalmente como solicitan que los espulguen si tienen una pulga entre los omóplatos.

Hay otro punto que debemos observar aquí, y es que en muchos primates y en otros cuadrúpedos la presión no sólo se ejerce desde atrás, sino desde arriba hacia abajo, de manera que se aplica a la pared *ventral* de la, vagina. En algunos primates esto se asegura mediante el dimorfismo sexual: el macho es más alto y tiene las patas más largas. En algunas especies en las que el dimorfismo sexual es desdeñable, como en el mono *Rhesus,* el ángulo hacia abajo se obtiene haciendo que el macho se apoye con ambos pies sobre las articulaciones de las patas traseras de la hembra, a fin de ganar altura.

En el gato se obtiene mediante la postura de .a hembra, que separa las patas traseras y baja la columna todo lo posible al nivel del suelo, y muchos otros animales exhiben un comportamiento similar. Dice Morris del agutí verde: «Cuando la hembra está receptiva, deja de apartarse del macho y adopta la postura sexual en cuclillas, que difiere en varios aspectos de la postura de sumisión en cuclillas. Primero, el cuerpo de la hembra desciende pero sin tocar el suelo. Segundo, al aplanar el lomo lo hace de manera de elevar el trasero...», etc. Parece que en los mamíferos, por lo menos, el blanco está muy localizado.

Si hasta el momento vamos bien, estamos ahora en buena posición para poner en claro uno de los clásicos puntos de discusión entre los expertos, a saber, si la clave arquetípica de la gratificación sexual femenina tiene por centro la vagina o el clítoris.

Basta con echar un vistazo a la anatomía de una gata o de casi cualquier otro cuadrúpedo para ver que en lo que a la mayor parte de ellos se refiere, el clítoris no tiene nada que hacer. Hay unas pocas especies en las que este órgano, en vez de estar reducido a un vestigio diminuto, es grande y prominente. Algunos animales hasta tienen un hueso en el clítoris, así como otros tienen un hueso en el pene, pero incluso en estas especies parece que su desarrollo no tiene importancia inmediata para el acto sexual.

Nadie ha dado una explicación definitiva de por qué en algunas especies está tan desarrollado; pero Leonard Williams, que está en términos más amistosos que ningún otro hombre viviente con un grupo de estas hembras, cree que el hecho puede tener una correlación más estrecha con la micción que con el sexo. Después de haber observado minuciosamente la conducta de sus monos lanudos, sugiere que en el caso de éstos el clítoris ha llegado a ser largo y rígido porque son animales a los que les preocupa mucho mantener limpias las ramas de los árboles donde construyen sus casas y que mediante ese recurso las hembras pueden dirigir la orina fuera de su domicilio casi con tanta precisión como sus compañeros.

Otra especie famosa por el tamaño del clíto-ris es la hiena, en la que este órgano rivaliza en longitud con el pene —incluso se pone en erección de la misma manera— de manera que para los observadores es imposible usarlo como indicio para diferenciar los sexos. Sin embargo, en este caso tampoco se ha podido correlacionar esta característica con ningún desusado apetito sexual de parte de la hembra. Pasa que en esta especie las hembras son más dominantes que los machos y por eso se

ha argumentado plausiblemente —tanto más cuanto que ella tiene también dos bolas de grasa que se asemejan de manera impresionante a un escroto— que se trata de una adaptación imitativa destinada a advertir a cualquier extraño que se aproxime que la chica es de cuidado y no hay que tratarla a la ligera.

Por otra parte, la hembra del mono lanudo decididamente no tiene nada de dominante. La única tenue insinuación de que aquí pueda haber un factor común es el posible deseo de precisión al orinar, pues también en la hiena el tracto urinario termina en el clítoris. (Innecesario es decir que en las mujeres están totalmente separados.) En cuanto dominante, la hiena hembra asume un importante papel en la demarcación del territorio que es habitual en los caninos. Es posible que durante cierto período se haya usado para eso la orina, a la manera convencional, aunque ahora la especie ha desarrollado glándulas olorosas especiales para ese propósito; pero la hembra todavía usa la orina para la demarcación cuando se encuentra en celo.

Si eliminamos, pues, este órgano como algo que a semejanza de lo que sucede en la mayor parte de los cuadrúpedos carece de importancia en lo sexual, nos queda una sola posibilidad: que el centro de gratificación residiera originariamente en la vagina. Al afirmarlo nos metemos en graves dificultades: la protesta unánime del equipo de campeones. Por una vez, Kinsey y Masters y Johnson se ponen de acuerdo y declaran a una sola voz que eso es fisiológicamente imposible. Nos remiten a un hecho desconsolador: en tanto que el clítoris está ricamente provisto de terminaciones nerviosas de gran sensibilidad, en la mayor parte de su extensión las paredes internas le la vagina no tienen ninguna terminación nerviosa. Es una superficie totalmente insensible. Con su habitual escrupulosidad, Masters y Johnson verificaron este punto acariciando suavemente tal pared interna y confirmaron que la propietaria de la pared no registró sensación alguna.

No me cuesta creerlo. Pero ya habíamos establecido que lo que les pasaba a la gata y a la mona *Rhesus* no era una caricia suave sino un masaje rápido y vigoroso, como el que se aplica un perro detrás de la oreja. Si por el momento nos atenemos a esta analogía, todo el mundo sabe que una picazón no se alivia acariciándola suavemente. Si alguna vez mis lectores tuvieron varicela y les advirtieron que si se rascaban y se rompían una de esas ampollitas les quedaría una cicatriz para toda la vida, es posible que hayan intentado acariciársela, porque es casi imposible quedarse ahí quieto sin hacer nada; pero habrán descubierto que acariciar es peor que nada. Sea cual fuere el mecanismo transmisor de la exquisita sensación de alivio que nos da una buena rascada, con seguridad lo que lo pone en marcha no es nada que esté en la superficie de la piel, sino algo mucho mas profundo que no llega a activarse acariciando.

Supongamos entonces que en esa gata, y en aquella mona *Rhesus,* y en la mayor parte de los otros cuadrúpedos superiores, el mecanismo desencadenante de la experiencia de consumación sexual se encuentre en los tejidos musculares que están precisamente por debajo (es decir, hacia el lado ventral) de la vagina horizontal. Lo que se necesita es una enérgica fricción de la pared ventral o inferior, y precisamente para eso está programado el macho. Como cualquier otro mecanismo dé comportamiento altamente evolucionado, funciona siempre como una seda... *en tanto que ella se mantenga en la posición correcta.*

Para nuestros antepasados, ésa fue la condición irónica. Cuando él le dio vuelta, la símida no se sintió únicamente asustada c incómoda; se vio despojada de su gratificación conductual. Por más enérgicamente que él se frotara, la fricción ya no se aplicaba a la superficie ventral de la pared vaginal, sino a la superficie dorsal que no tenía detrás de sí ningún acolchado de tejido muscular especialmente sensibilizado. Lo que había detrás eran principalmente las vértebras caudales. Desde el punto de vista de la hembra todo el asunto iba a pura pérdida. Por supuesto que el símído no tenía la menor idea de qué era lo que había fallado. Hasta donde él podía darse cuenta, todas las hembras de su especie se habían puesto quisquillosas y completamente frígidas en un tiempo sorprendentemente breve, y sin ninguna razón comprensible.

Una consecuencia bastante inevitable fue la progresiva extinción del celo en la símida acuática. Fue una evolución saludable. De nada habría servido mantener un ritmo periódico de intensidad en

un deseo que no se satisfacía. Probablemente hubo un período durante el cual la convivencia era menos imposible con las hembras en las que el ciclo se manifestaba con menos fuerza, o por lo menos en ellas era menos probable que una lujuria imposible de apaciguar las distrajera de -la atención de los pequeños, y de esa manera la selección natural aseguró el predominio de su progenie y el celo periódico terminó por dejar de ser parte de nuestra dotación genética.

Se podría imaginar que también la capacidad de alcanzar el orgasmo se hubiera extinguido en las hembras; pero la evolución no funciona necesariamente de esa manera. Era lo que creía Lamarck; pensaba que cualquier dotación biológica que no fuera utilizada por determinada especie tendería a desaparecer. En la actualidad, sin embargo, los científicos creen que la falta de uso por . sí sola no alcanza para provocar la desaparición, v que esta modificación se produce únicamente si de ella resulta alguna ventaja adaptativa para la especie.

Ni para las hembras ni para la población en su conjunto habría resultado ventaja alguna de la eliminación de la capacidad de orgasmo; de tal manera, la misma persistió y persiste hasta hoy, por más que en su función de gratificación sexual pueda permanecer latente, sin duda en muchos individuos y posiblemente en comunidades enteras, durante períodos muy largos.

Sin embargo, es muy dudoso que haya estado jamás tan universalmente latente como podrían hacer pensar los escritos de la época anterior a Marie Stopes. Si el mecanismo es tal como yo lo sugiero, es muy fácil entender por qué la cosa sucede con más frecuencia en los matrimonios de larga data. En los recientes, el varón alcanza rápidamente su propio orgasmo y no es muy probable que con eso suscite reacción alguna; pero después de algunos años, incluso en los matrimonios Victorianos donde no se esperaba que sucediera nada, había probabilidades de que sucediera, y con frecuencia.

A medida que las reacciones de él se hacían más lentas y que mantenía durante más tiempo su actividad, la excitación de su mujer podía hacerse más intensa. Aunque él no pudiera dar con el ángulo correcto —y nadie podrá jamás volver a encontrar exactamente ese ángulo— una fricción prolongada *paralela* a la superficie ventral de la vagina terminaría por tener el mismo efecto que una fricción breve y enérgica hecha en ángulo. Si volvemos al niño con varicela (lamento usar una analogía tan poco poética, pero la poesía todavía no era parte del asunto), y la picazón se le hace intolerable y le han prohibido rascarse como Dios manda y acariciarse no le sirve de nada, terminará por descubrir que si durante un buen rato se frota rápidamente con la mano puesta de plano, se puede obtener alivio por más que la presión ejercida no sea grande.

El cielo sabrá qué fue lo que pensaron aquellos Victorianos que había sucedido. Naturalmente que no se lo habrán dicho a nadie; pero más de un matrimonio languideciente debe de haber recibido una inyección de inesperado optimismo precisamente cuando se había quedado sin magia alguna. Y una vez que hubo sucedido podía suceder cada vez con más frecuencia, porque ella iba a empezar a saber cómo contribuir a que sucediera. A eso se alude cuando se dice que el orgasmo vaginal es «una respuesta aprendida».

Es también la explicación de algunos fenómenos que los caballeros que escriben novelas describan con amorosa minucia e interpretan lamentablemente mal. Cuando uno de esos muchachos se mete en una gráfica escena de alcoba tiende a suponer que la presión frenética de la heroína para hacer descender la base de la columna de su pareja significa: «No te vayas... no me abandones jamás.» El significado real es: «Tengo la convicción subconsciente de que si pudieras bajar dos o tres centímetros el punto de apoyo, con eso llegarías al lugar donde estarías más a punto.»

Cuando él describe cómo la rubia arquea involuntariamente la columna, lo traduce así: «Ay, me siento morir, esto es el éxtasis. Es como si hubiera tomado estrictina, la risa sardónica, la convulsión espinal.» Pero lo que eso significa, por más subterráneo que sea el nivel, es: «Y bueno, si tu no puedes adaptar el ángulo del pistón, me imagino que yo tendré que adaptar el ángulo del cilindro.»

Ya es hora de que volvamos a los miembros de la escuela del clítoris, que andaban paseándose furiosamente de un lado a otro. Porque ellos -saben que su sistema funciona. No lo voy a negar; lo único que digo es que es un sustituto. El clítoris era un órgano rudimentario, un homólogo del pene

que no servía a ninguna función más útil que las tetillas del varón. Como ellas, si originariamente estaba ahí era sólo debido a que el plano embriológico básico es ambivalente y empieza por ser el de un ser humano puro y simple antes de entrar en minucias tales como si el modelo va a ser varón o nena; también, como las tetillas del varón, estaba bien provisto de terminaciones nerviosas porque en el modelo alternativo habrían sido necesarias.

Sin embargo, cuando el mecanismo sexual normal empezó a funcionar mal, ahí estaba el clítoris, que comenzó a desempeñar su papel. Desmond Morris expresa que si un hombre o una mujer se encuentran verdaderamente en un estado de gran excitación, es posible inducir el orgasmo sin otro recurso que palpar los lóbulos de las orejas. Evidentemente, si es así, entonces la estimulación del clítoris tendrá mucho antes un efecto similar, ya que aun siendo tan ajeno como las orejas a ese propósito originario, es mucho más sensible y su ubicación más estratégica.

La historia de la evolución está llena de tales sustituciones. Por ejemplo, los huesos que hay en el ángulo del maxilar de los reptiles fueron usa dos con gran sentido de la economía para formar los huesos del oído interno de los mamíferos, ya que de otra manera en éstos habrían sido redundantes. Si en nuestra estructura sexual hay algo que todavía esté «emergiendo», es posible que sea la facilidad con que ese órgano que inicialmente no tenía nada que ver es capaz de compensar el mal funcionamiento de la pauta de comportamiento originaria de los cuadrúpedos.

La verdad es que nos encontramos en estado de transición. No hay forma de volver al Edén de los cuadrúpedos. Los métodos de penetración por detrás son totalmente insatisfactorios, porque aunque en teoría constituyan un retorno a algo que se parece más al diseño originario, el diseño ha ido modificándose en forma tal que hoy ya es irreversible (bajo la presión del bipedalismo la vagina ha desarrollado una curva contraproducente doblándose en torno del hueso púbico, y una mujer en esa posición es incapaz de hacer ningún arreglo constructivo. El orgasmo clitórico apenas está emergiendo y el vaginal, aunque sea el más completo, a algunas mujeres les resulta difícil de alcanzar incluso en condiciones óptimas.

Admito que todo esto es hipotético. Pero se trata de una hipótesis que da cabida a más hechos que la mayor parte de las otras, y que explica también algunos pequeños misterios anatómicos, tales como por qué, en las partes de la vagina donde la pared misma es sensible, la sensibilidad es notablemente más acentuada del lado ventral.

Después de haber llegado a la hipótesis precedente como respuesta lógica a algunas de las cuestiones más enigmáticas, tuve por primera vez noticias del doctor A. H. Kegel, quien ofrecía una confirmación bastante sorprendente de fuente to talmente inesperada.

El doctor Kegel era un ginecólogo que trabajaba sobre el problema de la incontinencia urinaria por tensión, trastorno que con frecuencia se corregía quirúrgicamente en los casos graves. Kegel descubrió que se le podía corregir de manera menos drástica mediante una serie de ejercicios destinados a reforzar los músculos púbico-coxígeos que rodean las paredes de la vagina y se insertan en ellas. Tales ejercicios no sólo curaron la incontinencia de sus pacientes, sino que les hicieron el presente de un beneficio inesperado, como lo informó Kegel en una carta dirigida al editor del *Journal of the American Medical Association.* Varías mujeres mencionaron espontáneamente que su sensibilidad y capacidad de satisfacción sexual habían aumentado, y algunas experimentaron el orgasmo por primera vez en su matrimonio.

Ruth y Edward Brecher mencionan este hallazgo en su libro *An Analysis of Human Sexual Responses,* y comentan: «Esto llevó a la conclusión de que la base fisiológica del orgasmo vaginal ponía en juego terminaciones nerviosas altamente especializadas en los músculos púbico-coxígeos qué son estimulados por la penetración del pene durante el coito, que da origen a una reacción a la presión o al tacto profundo», y: «Por lo que se refiere al tratamiento de la frigidez, Kegel informa que el reforzamiento de estos músculos mediante la ejercitación diaria obtiene éxito en más de seis mujeres de cada diez.»

De manera muy semejante a como *El mono desnudo* echó un breve vistazo al pasar a Hardy y su teoría acuática, así el libro de los Brecher le dedica a Kegel una página entre 350, como teórico

original digno de cierto apoyo. Creo que Kegel decía simplemente la verdad y que cuando se le haya entendido con más amplitud eso va a significar q'ue largos pasajes de las otras 349 páginas, especialmente los relatos de algunas de las teorizaciones más intrincadas de Sigmund Freud, no tienen ahora otro interés que el histórico.

Así fue, pues, cómo el mono desnudo llegó a enfrentarse con una situación que era única y anti-natural, una situación en la que la mayor parte de la motivación y la mayor parte de la gratificación de la actividad sexual se limitaban únicamente a una de las partes: al lado masculino.

El celo jamás volvió a la hembra del *Homo sapiens.* Por ahí en los estratos más profundos de la conciencia masculina existe la convicción hondamente arraigada de que en la forma en que se conducen las mujeres hay algo de falso y remilgado, y de que si las malditas no fueran tan hipócritas habría veces en que todas y cada una de ellas —digamos cada cuatro semanas— andarían correteando alegremente por las calles, admitiendo que estaban locas por el varón, ofreciéndose a todo el mundo como un mono chillón y persiguiendo a su presa hasta la caída del sol, cuando todos los hombres se refugiaran agotados en secretos escondrijos masculinos.

Lamentablemente para el *Homo sapiens,* ya no nos conducimos así. No somos para él la pareja que originariamente estábamos destinadas a ser. Vamos tras él en busca de amor, de compañerismo, de excitación, por curiosidad, por deseo de seguridad, de hogar y familia, por prestigio, por escapar o por la alegría de que él nos tenga en sus brazos. Pero sigue habiendo un desequilibrio básico entre la urgencia de su deseo y la del nuestro, así que cuando hay que ir al grano, las acciones de la prostituta siempre se cotizan.

Creo que este desequilibrio no era parte del diseño original de los primates. Es una cicatriz que nos quedó, entre otras, para que no olvidemos el «saludable bautismo» que nos permitió sobrevivir al Plioceno.

No es culpa del hombre. Y tampoco de nosotras. Pero es posible que tengamos que esperar otro par de millones de años antes de que los últimos rescoldos del subterráneo resentimiento de nuestro compañero terminen por extinguirse.

6. EL AMOR

«La pauta psicosexual en el hombre —escribe Alex Comfort en su libro *Nature and Human Nature*— se asemeja mucho al resultado de una emergencia biológica.»

Lo que enfrentaron nuestros antepasados después de que los cambios morfológicos impuestos por la vida acuática y el bipedalismo los apremiaron a iniciar el contacto sexual ventro-ventral fue sin duda una emergencia biológica de magnitudes traumáticas.

Los conductistas saben muy bien que si se condiciona a un gato para esperar que cierta acción (por ejemplo, abrir una tapa) sea gratificada con consecuencias placenteras (encontrar comida), y después se le somete a condiciones en las que con frecuencia la misma acción dé como resultado consecuencias desagradables (un golpe de aire frío), se terminará por tener un gato totalmente perturbado. Decaerá hasta el punto de llegar a beberse un trago si tiene alcohol a su alcance, y terminará en el equivalente felino del parroquiano de tabernas.

En un aspecto la situación de los monos desnudos era peor aún que la del gato del experimento, pues lo que los había condicionado para esperar que el sexo fuera una experiencia gratificante no eran unos pocos meses de condicionamiento individual, sino millones de años de evolución. Ahora la hembra se encontraba con que sus requerimientos no obtenían una respuesta comprensible y satisfactoria, sino que provocaban una reacción alarmante y que no ofrecía satisfacción alguna. Y el macho se hallaba con que la cálida bienvenida que había acogido siempre sus atenciones había desaparecido. Un avance sexual —digamos una mano en la cintura, como es costumbre entre los símidos actuales—- provocaba la alarma y la fuga; si él la perseguía e insistía, la cosa tenía que ser a despecho de pataleos y mordiscos, de chillidos y lágrimas. Y una vez terminado el episodio, lejos de encontrar que la experiencia hubiera «cimentado el vínculo» entre ambos, no había hecho más que ahondar la brecha, y lo más probable era que ella corriera sollozando al mar para alejarse de él.

(Freud, a quien se le ocurrieron explicaciones para tantos simbolismos de los que decoraban los sueños de sus pacientes, jamás explicó realmente los torrentes de agua que los inundaban cada vez aue tenían complicaciones en su vida sexual. Y en *Men in Groups,* después de haber alabado la superioridad atlética del varón, Lionel Tiger agrega al pie esta nota mezquina: «Irónicamente, el único deporte en que las mujeres superan a los varones es la natación de larga distancia, precisamente, una habilidad inadecuada para un mamífero terrestre.»)

Sin embargo, en otro aspecto al homínido le iba mejor que al gato neurótico, porque como era más grande y más fuerte que la hembra, y la posición supina es particularmente desvalida, lo más frecuente era que él obtuviera su gratificación acostumbrada, por más que junto con ella recibiera un golpe de aire frío. Y debemos estar agradecidos de que así fuera, porque de otro modo ninguno de nosotros estaría aquí ahora.

Puede que los lectores se pregunten por qué una discordancia biológica aparentemente tan simple y de escasa importancia no se rectificó por sí misma en el curso de algunos millares de generaciones. Después de todo, hasta el momento hemos venido hablando, con el aire casual con que suelen hacerlo los evolucionistas, de los cambios morfológicos más sorprendentes que se han dado en la estructura de los primates, tal como si hubiera algún catálogo celestial que permitiera pedir por correo infinitas variaciones en cuanto a la forma, tamaño y disposición de los órganos.

Muy señor mío:
Le devuelvo el abrigo de piel, ya que después de todo no me sirve; le ruego que me lo cambie

por un par de lóbulos para las orejas y seis o siete kilos de grasa subcutánea. Los músculos corrugadores llegaron en buenas condiciones y son satisfactorios, pero tanto el cerebro como el pene son tres números más pequeños que mis necesidades actuales; le ruego remplazarlos. Si dispone de surtido, también podría usar una nariz.

Atentamente, le agradece

N. Símido

Ya sabemos que en última instancia todos esos pedidos fueron satisfechos. Parece un poco raro que en el mismo sobre la esposa no hubiera incluido su pequeño encargo: «P. D. Últimamente mi marido ha adquirido hábitos nuevos y ahora me encuentro con que tengo la parte sensible de la vagina del otro lado. ¿No tiene un modelo nuevo? Agradecida de antemano.»

Si lo hubiera hecho, no habría sido la primera vez que obtuviera una respuesta mezquina. Ella era físicamente un poco más compleja que sus hermanos y buena parte de su mecanismo estaba mal adaptado a su nuevo modo de vida. Durante el embarazo, por ejemplo, los músculos que soportaban el peso del niño por nacer pendían todos de la columna, lo que estaba muy bien para un cuadrúpedo, pero cuando ella empezó a caminar erguida todo se le deslizó de costado como sucede al levantar un extremo de una línea de ropa tendida. A nuestra antepasada le habría venido muy bien una disposición completamente nueva, con los músculos insertados en los huesos de los hombros, pero por más que esporádicamente se quejara de dolores de espalda, prolapsos y venas varicosas y otras molestias femeninas, jamás se hizo nada al respecto.

En realidad, todas las modificaciones evolutivas se rigen por dos reglas principales. Una de ellas es que las modificaciones no se producen porque les faciliten la vida a los individuos, sino porque ayudan a la supervivencia de las poblaciones. Piénsese en los dramáticos esfuerzos de una tortuga gigante que arrastra por la playa su cuerpo exhausto para cavar un agujero donde depositar los huevos, o en un salmón que se golpea contra las rocas de una catarata, o en un grupo de pingüinos emperadores que se someten durante seis semanas al más severo de los ayunos en medio de las ventiscas del Antártico. Se puede ver que en la escala de prioridades evolutivas la conveniencia de los padres ocupa un lugar muy bajo. Mientras el impulso sexual de su compañero siguiera siendo lo bastante intenso y preciso como para moverlo a violarla, el hecho de que la símida no hallara placer en el proceso no tendría absolutamente ningún influjo evolutivo.

La segunda regla es que nunca se producen cambios súbitos en el plano fundamental básico. Los cambios son cuantitativos. En nosotros, por ejemplo, el pelo corporal jamás desapareció: apenas si fue haciéndose cada vez más exiguo. Los cambios que llevan del pie de un reptil a la mano de un mono, al casco de un caballo o al ala de un murciélago fueron todos producidos por cambios cuantitativos graduales en las longitudes relativas de los huesos. De manera que esperar que el disparador de la reacción sexual de las hembras de los primates al tacto profundo se desplazara ubicándose en una relación espacial muy diferente con todo el resto de sus órganos sería lo mismo que esperar que la boca se le corriera a la frente.

Ni siquiera una emergencia biológica directa puede ser remediada por semejantes recursos.

Así que ahí estaba la pareja, metida en su in-satisfactoria situación. Durante los primeros milenios la supervivencia de la especie no se vio amenazada. En esa etapa, los períodos de celo seguían repitiéndose regularmente en ella; y es probable que durante un largo período, por más que muchas veces estuviera desilusionada, la hembra siguiera con sus solicitaciones, porque no conocía otra manera de reaccionar ante el impulso de celo. En todo caso, el macho recibía señales inequívocas de su estado y se manejaba en función de ellas. A eso me refiero al decir «mientras su impulso sexual siguiera siendo lo bastante intenso y preciso».

El peligro estaba en que pudiera llegar un momento en que hasta eso dejara de ser verdad. Y de hecho, hasta cierto punto dejó de serlo. He aquí otra cita pertinente de Alex Comfort:

«Tal vez la característica biológica más extraña del desarrollo psicosexual humano sea la sor-

prendente y nada darviniana vaguedad de su objetivo. La fijeza del objeto sexual, por lo menos en cuanto lleva a aparearse con una hembra potencialmente fértil, parecería el comportamiento mínimo que cabe esperar en un sistema donde la adecuación es correlato, simplemente, de la progenie fértil total. Pero el objeto sexual humano no es fijo, sino que, por lo menos en las condiciones actuales, se desplaza con bastante facilidad.

»No sólo hay gran variación, tanto personal como social, en los atributos femeninos que atraen al varón, sino que hay también burdas desviaciones del impulso sexual respecto de su objeto biológico y que lo llevan a objetos inadecuados tales como miembros del mismo sexo, prendas de vestir, rituales o situaciones determinadas, objetos inanimados que, para el desdichado individuo así afectado son atractivos de manera tan compulsiva como lo es una mujer normal para la mayoría de los hombres. La mayor parte de estas desviaciones se observan en varones.

«Afirman los freudianos que estas desviaciones, parafilias o fetiches reflejan una angustia infantil persistente... Para el biólogo, sin embargo, resulta extrañísima esa indefinición de la meta, que va totalmente en contra de lo que encontramos en los animales, en los cuales, aun cuando se pueda condicionar en las aves una reacción maternal de tal manera que traten a una caja de cartón como si fuera la madre, el comportamiento sexual es la variedad "cerradura y llave"; tal es lo que nos haría esperar el darvinismo.»

Cada vez que no encontremos lo que el darvinismo nos haría esperar, en alguna parte debe haber una explicación satisfactoria.

En este caso nos llevó tiempo encontrarla porque, como «la mayor parte de estas desviaciones se observan en varones», cabría esperar que el problema, fuera cual fuese, apareció en el lado masculino. No olvidemos tampoco la embrutecedora tendencia a suponer que el macho ha sido siempre el iniciador de la actividad sexual, y que la hembra no es más que un instrumento o receptáculo pasivo de su deseo.

En realidad, entre los mamíferos, aunque el macho pueda ser el participante más activo y más acosador en la relación sexual, es raro que sea, en última instancia, el que la inicia. Como cualquier otra relación, es una cosa. recíproca.

Si tomamos la relación madre-infante, la que asume el rol activo es la madre que alimenta, baña, cambia pañales, viste y desviste, esteriliza, lava, levanta y lleva, en tanto que el bebé se mantiene pasivo; pero a ella no le cabe jamás la menor duda de que es el bebé quien ha iniciado toda esa actividad febril, y quien por lo común puede reactivarla en cualquier momento del día o de la noche con un lloriqueo desde su cuna. La madre responde a un estímulo específico. Si el estímulo no llega a hacerse presente —es decir, si la mujer no tiene hijos— es posible que con todo sienta activarse en ella un impulso maternal; y en ese caso cabe que, como sucede con los varones fetichistas o parafílicos, encuentre que su impulso se proyecta sobre objetos sustitutivos, sean éstos animales, o inválidos, o varones adultos deseables cuya necesidad de madre nunca estuvo adecuadamente satisfecha.

De manera similar, en el mamífero macho el sexo es una reacción ante un estímulo, y en este caso el estímulo proviene de la hembra. Creo que también en este caso la «indefinición de la meta» se instaló en el *Homo sapiens* cuando el estímulo adecuado no llegó a producirse. Pero esa vez la falta de estímulo no afectó únicamente a los individuos, sino que asumió carácter endémico en toda la especie." Fue la desaparición del celo.

Aquí es necesario establecer claramente la distinción entre dos ciclos totalmente separados que afectan a las hembras de los primates. Uno es el ciclo menstrual, que es una característica peculiar de los primates y que no se encuentra en otros mamíferos. En los primates la menstruación se produce regularmente después de la pubertad, a intervalos aproximadamente equivalentes a los nuestros —es decir, mensuales— independientemente del tamaño del animal. No tiene efecto apreciable sobre el comportamiento de la hembra —aunque en ocasiones, en libertad, una chimpancé hembra puede advertir la sangre e intentar enjugarla usando hojas a modo de papel higiénico— y no tiene efecto alguno sobre el comportamiento del macho.

A diferencia de éste, tenemos el ciclo del celo sexual que afecta no solamente a los primates sino a todas las hembras del orden de los mamíferos. En algunas especies se produce anualmente o estacionalmente. En otras se observa cada tantos días e incluso a veces a determinadas horas del día. En la mayor parte de los primates se produce, como la menstruación, alrededor de una vez por mes, pero cae precisamente entre los períodos menstruales. Su efecto sobre el comportamiento, tanto de las hembras como de los machos, puede ser espectacular.

En varias especies de primates, como el chimpancé y la mayor parte de los macacos y mandriles, va acompañado por cambios en una zona de la piel que cubre la región genital y a la que se denomina piel sexual, que comienza a hincharse después de la menstruación y para el momento de culminación del celo está roja, brillante y distendida. (Es el estado que a veces despierta la despistada indignación de los visitantes del zoológico, que no entienden por qué no se atiende y se «cura» una afección de aspecto tan doloroso.)

Durante este período la hembra misma manifista un incremento del apetito sexual. Busca la compañía de los machos y los solicita; y en especies como el papión, que se caracterizan por un orden jerárquico bien definido, el *status* de la hembra en celo se eleva inequívocamente. Hasta las demás hembras tienden a mostrar más interés por ella. En algunos casos tienden a hostigarla; otras veces la acicalan y asean con más frecuencia. Se le permite frecuentar la zona central reservada para los miembros más importantes del grupo, una especie de recinto real invisible y móvil, típico de los antropoides. Cuando el celo alcanza su culminación uno de los machos dominantes (la camarilla gobernante) no sólo se digna aparearse con ella sino que la monopoliza brevemente, por más que pocos días antes, por lo que a él se refería, ella fuera doña Nadie.

Una vez pasada la fase det celo, la hembra vuelve a descender a los últimos estratos sociales y pasa la mayor parte del tiempo con las otras hembras, ignorada por los machos dominantes; sólo ocasionalmente enfrenta las burlas y bravuconerías de algún macho adolescente que quiere practicar las técnicas de dominación con una oponente no demasiado temible. La hembra queda en libertad de vagabundear al sol, comer, dormir y olvidarse de que alguna vez fue objeto sexual hasta la vez siguiente; la tarea es estrictamente de dedicación parcial.

Por lo que se refiere al rango, no tiene por qué preocuparse. Nunca está tan pendiente del *status* como sus hermanos varones, porque sabe que ya le va a tocar de nuevo el turno de estar arriba, y tampoco va a tener que pelear para lograrlo. Cuando vuelva llevando en brazos a un flamante papión bebé no habrá hembra en todo el grupo que la supere en rango.

Entonces, es obvio que en algunas especies sociales de primates el celo es uno de los factores más importantes que influyen sobre las relaciones especiales de una hembra con todos los demás animales del grupo. En la gran mayoría de las especies de mamíferos, sociales o solitarios, es por cierto una especie de señal cuyo efecto se hace sentir tanto sobre los machos como sobre las hembras.

En cuanto a la naturaleza exacta de la señal emitida ha habido cierta incertidumbre. En muchos mamíferos la señal es nítidamente olfatoria; por ejemplo, si por donde él anda ha pasado una hembra en celo, un perro no necesita verla para tomar conocimiento de su existencia y de su estado. Pero como en los primates el sentido del olfato no es tan agudo, y basándose también en el vivo colorido de la piel sexual, algunos autores han supuesto que en los monos y símidos la señal es ante todo visual y de comportamiento.

Los últimos estudios sugieren que no es ninguna de ambas cosas. Cito a J. Herbert, de Birmingham, Inglaterra:

«Investigamos este punto apareando monos machos con hembras que, por haberles sido extirpados los ovarios, tenían la piel sexual de color pálido; como esperábamos, la actividad sexual fue muy baja. Después se frotó directamente sobre la piel sexual una pequeña cantidad de hormona sexual, en dosis demasiado reducida para producir efectos si se la hubiera inyectado. La piel sexual se puso de color rojo vivo, pero apenas si se observó algún cambio en el comportamiento sexual del macho. En ese momento se introdujo directamente en la vagina una pequeña cantidad de hormona

sexual y casi inmediatamente el macho empezó a copular... Por el momento parece, pues, que la hormona sexual provoca cambios en la vagina (tal vez alteraciones del olor) que difieren de las alteraciones producidas en la piel sexual o se suman a ellas, y que son esos cambios los que desencadenan el interés sexual del macho.»

Tenemos pues un fenómeno biológico que afecta a las hembras de muchas especies de mamíferos por mediación de una especie de reloj hormonal, y que da por resultado la emisión de una señal, probablemente olfatoria, que despierta la apetencia sexual en el macho. He aquí el iniciador sexual, el estímulo cuya reacción prevista era la sexualidad masculina. Y la especie *Homo sapiens* se ha visto despojada de este estímulo.

No es muy sorprendente que algunos hombres exhiban una «indefinición de la meta» y se hagan homosexuales o queden fijados en prendas interiores femeninas o en el olor de la goma o en cualquier cosa igualmente ajena al tema. Cuando la emergencia biológica se agudizó y la perversidad del destino condenó a los homínidos a vivir con mujeres que habían perdido el celo de manera total y permanente, lo único realmente raro es que hayan conservado la suficiente estabilidad de propósito como para que la raza pudiera seguir existiendo. Para muchas criaturas menos avanzadas, la desaparición del celo acarrearía automáticamente la extinción de la especie.

Afortunadamente nuestros antepasados eran primates, y en los primates superiores la copulación se ha ido convirtiendo en una actividad aprendida. Aun cuando le faltara el estímulo específico, el mono desnudo sabía qué era lo que tenía que hacer. El conocimiento del proceso le había llegado por transmisión: él recordaba. D. H. Lawrence solía hablar con el más profundo desprecio del «sexo en la cabeza»; pero en los primates superiores, como lo han demostrado los experimentos de Harlow, buena parte del sexo está ya en la cabeza, y eso es más válido para el *Homo sapiens* que para cualquier otro primate. Sin la dirección de la corteza cerebral, el corazón, el hígado y los riñones de un hombre seguirían desempeñando las funciones que les son propias con la habitual eficiencia; pero el pene no. Lawrence sobreestimó demasiado su autonomía.

Hay autores que al ocuparse del tema se han mostrado siempre renuentes a aceptar que un mecanismo tan vital cómo el celo haya abandonado realmente a nuestra especie. Marie Stopes fue uno de ellos. Se interesó muchísimo cuando tuvo noticia de la existencia del orgasmo femenino y cuando empezó a escribir sobre el tema, tanto más cuanto que en esa época ella no lo había experimentado. Le intrigaba, como ha intrigado siempre a todo el mundo, su carácter aparentemente fortuito; la forma en que se sustraía a veinte mujeres para dignarse aparecer en la vigésima primera, que aparentemente no era más sana ni más amada ni más meritoria que las demás... y ni siquiera con ésa se daba todas las veces.

Marie trató de difundir en su clínica para mujeres de clase obrera no sólo la idea de que se podía planificar la paternidad, sino también el concepto de que en la vida matrimonial el sexo podía ser para ambos miembros de la pareja una experiencia de belleza y elevación; y grande fue su dolor frente al número de sus clientes que ante tal proposición soltaban la carcajada.

No sé si leyó algo sobre los primates. Es probable que sí, porque una vez que se metía en un tema era muy poco lo que dejaba por leer.

De todos modos, llegó a la conclusión de que todo el problema residía en que las mujeres, aunque ya el trasero no se les pusiera de color rojo vivo, aunque ni ellas ni nadie se diera cuenta, seguían estando sometidas a períodos de nubilidad. Decía que las mujeres que encontraban repugnante al marido eran aquellas a quienes se las había cortejado en mal momento. La madurez es todo, les aconsejaba a los novios. Les preguntó a las mujeres que acudían a su clínica si no encontraban que a ciertos intervalos mensuales regulares aumentaban temporariamente sus deseos de actividad sexual (o disminuyera su poca inclinación hacia ella); y les rogó que se esforzaran por recordar en qué época del mes reaparecían tales sensaciones y de qué manera se relacionaban según el calendario con los períodos menstruales, y que le informaran de todo eso.

En las respuestas a la segunda pregunta había algunas discrepancias, pero Marie era una mujer de personalidad apremiante, y a una buena proporción de sus clientes les faltaba carácter para

contradecir la premisa. «Sí, tal vez... —decían—. Ahora que usted lo dice...» (Si ella les hubiera preguntado en qué época del año y no en qué época del mes, le habrían dicho: «Ahora que usted lo dice, claro. ¿En la primavera, no? ¿Es así, señora?»)

Marie compiló ansiosamente estadísticas de las respuestas, dibujó gráficas, sus libros circularon por el mundo entero y durante un tiempo la gente creyó que la señora *Sapiens* estaba de vuelta en el antiguo negocio del celo. Havelock Ellis, entre otros, atribuyó varios aspectos del comportamiento femenino a la periodicidad del deseo.

Pienso que todo fueron cuentos. Las investigaciones posteriores que en Inglaterra y Estados Unidos siguieron una línea similar no dieron resultados congruentes. Algunas mujeres reconocían dos períodos en un mes, otras uno, en tanto que muchas no podían detectar nada en particular. Entre las que decían que experimentaban una intensificación regular del deseo, las épocas elegidas por la mayoría no eran, como en los otros primates, los momentos en que la concepción era más probable sino aquellos en que la probabilidad era menor. Si eso era verdad, estaba muy bien para los católicos que practican el control de nacimientos mediante el sistema del ritmo, pero en términos biológicos sería un cambio genocida y sin sentido.

También se les ha preguntado a los hombres por su ciclo; y diferentes expertos han proclamado que el ciclo masculino es *a)* anual, *b)* semestral, *c)* lunar.

En *The Physiology of Sex,* Kenneth Walker expresa que «en la mayoría de los hombres es de alrededor de una semana». Es probable que tenga razón. Pero yo diría que no tiene que ver tanto con las hormonas del varón como con el hecho de que sabe que el domingo no tiene que levantarse temprano.

Para la etapa a que habíamos llegado, la mala suerte de los símidos acuáticos no podía ser más completa. Habían tenido un golpe de suerte increíble cuando escaparon de la tórrida sequía de África hacia un litoral de abundancia; pero a partir de ese momento, los problemas derivados de haberse convertido en seres acuáticos se habían ido acumulando sin cesar y en ese momento alcanzaban una aguda crisis de tensión socio-sexual que duró el tiempo suficiente para dejar, tanto en los hombres como en las mujeres, cicatrices psicológicas que todavía nos falta superar.

Sin embargo, esa etapa también terminó. Recordemos que el homínido era una criatura bastante adaptable como para reaccionar a las crisis ambientales cambiando de animal terrestre a animal acuático (y después de vuelta a terrestre), de vegetariano a carnívoro y de cuadrúpedo a bípedo. No era probable que se quedara varado en forma permanente en el problema de cómo copular con una hembra de su propia especie sin que cada vez le escupieran en la cara.

Una cosa que hay que recordar es que si bien en esa época su relación amorosa iba necesariamente acompañada de cierta violencia, contenía muy poca hostilidad. No siempre es fácil que alguien a quien están dándole una paliza se dé cuenta de que es posible que se la estén dando sin maldad. Quizá la mejor manera de entender el punto de vista del homínido sea buscar un paralelo femenino. Pensemos en las veces que nos hemos tenido que acercar a un infante que llora a gritos con una cucharada de precioso antibiótico. Lo que le decimos es, esencialmente, lo que el símido acuático habría querido decirle a su pareja:

«Vamos, tesoro, abre de una vez, que ya sabes que hay que hacerlo y que es por tu bien... No, *no* es horrible, te prometo que si pruebas te va a *encantar*... Mira, ACABA DE UNA VEZ, que voy a terminar volcando todo... ¿Vamos? ¡Ay, por Dios, termina de una vez por todas...! ¡Ya sabes que no te va a servir de nada, así que mejor no discutamos...!» Y finalmente, sobre todo si es una madre joven e impaciente, termina por sujetar los brazos del bebé y recurre a medidas de fuerza que lo dejan furioso, rojo como un tomate e histérico de rabia porque querría vomitar toda la inmunda poción otra vez sobre el babero, y no puede.

Nuestro homínido se enfrentaba con un problema esencialmente similar, salvo que él estaba espoleado por una fuerza menos racional que la profilaxis y que su coprotagonista apenas si pesaba unos kilos menos que él. Y tenía *dientes,* además.

Terminado uno de esos encuentros entre madre e hijo, cualquier mujer sensata hace votos de no

volver a pasar jamás por *esa* experiencia. Tiene que haber una forma de conseguir que al bebé le guste, o por lo menos que lo tolere, o por lo menos que no se dé cuenta de lo que pasa hasta que sea demasiado tarde. Es posible que nunca encuentre una forma absolutamente segura, pero la madre seguirá intentándolo. Y sin duda el mono desnudo debe haber hecho lo mismo. Le ' habría sido muy difícil salir de esa situación si el sexo fuera el único (o incluso el principal) vínculo que diera cohesión a las comunidades de primates.

Afortunadamente no es ése el caso. Para casi todos los primates superiores, los vínculos perdurables nada tienen que ver con la copulación. . Hay toda una compleja red de relaciones sociales, que son todas más permanentes y durables que el sexo. Está primero la cohesión que mantiene unida a toda la tropa y que es análoga al instinto que cohesiona a los enjambres de abejas y a las bandadas de gansos y a los rebaños de venados y a las colonias de ratas y a los bancos de ballenas.

Está también el vínculo entre madre e hijo, que en los símidos puede mantenerse hasta bien entrada la adolescencia. Está el vínculo masculino, que Lionel Tiger ensalza con tanta elocuencia, y que une en cohortes a los machos. Está el vínculo femenino, que él se resiste a dignificar con la palabra «vínculo», pero que hace que las hembras se reúnan en sus propios grupos. Está el vínculo entre coetáneos, en virtud del cual los jóvenes se reúnen para jugar y experimentar. Y está el vínculo específico de la amistad, que —tanto entre los monos y símidos como entre los seres humanos— hace que dos individuos busquen de manera constante la compañía recíproca, como si encontraran placer en ella.

En su mayor parte, esos vínculos tienden a reducir el miedo y la hostilidad y a inducir la confianza mutua y el aflojamiento. También la mayor parte de ellos tienen sus propias señales, gestos y gratificaciones para cimentarlos.

De modo, pues, que lo que hizo el macho para reducir el miedo de su compañera y despertar su confianza fue empezar a poner en práctica esas señales al por mayor, extrayéndolas de otras relaciones menos perturbadas para incorporarlas a su repertorio sexual. De hecho, le decía: «Está bien, mira. Estoy de tu parte. Piensa que soy tu camarada... tu bebé... tu hermana... tu padre... tu amigo.» Veamos algunos ejemplos concretos.

Si empezamos con el vínculo entre madre e hijo, se ve claramente que es de vital importancia para todos los animales cuya progenie se encuentra desvalida al nacer, de modo que en esos casos está reforzado por un marco definido de pautas de comportamiento y de gratificaciones psicológicas mutuas. El niño obtiene satisfacción de la comida, el abrigo, la seguridad y el íntimo contacto con la madre; la madre goza al amamantarlo y al estar en estrecho contacto con el niño. Los labios del bebé y los pezones de la madre abundan en terminaciones nerviosas sensibles a los contactos placenteros y ello ayuda a que la relación pueda iniciarse bien.

Creo que la mayoría de las mujeres gozan realmente con este proceso, aunque en diversas épocas a algunas les hayan lavado el cerebro, haciéndoles creer que *a)* es algo propio de las vacas y de la clase baja, o 6) es un deber sagrado para con el bebé, y el no hacerlo dañará su salud y lesionará la relación madre-hijo, o c) es un impedimento para la unión de la pareja, porque si papá quiere que mamá lo acompañe a cenar con el jefe mientras el nene está todavía con la mamada de las diez, el matrimonio corre peligro. Con uno solo de estos mitos basta para estropear completamente lo que para un animal es puro placer; y hay mujeres que se las arreglan para creerse los tres al mismo tiempo.

Cabe preguntar cómo *sabemos* que a un animal le da placer amamantar a su hijo y estar en contacto con él. La pregunta es buena, pues ya vimos que no podemos interrogar a los cuadrúpedos sobre sus sensaciones subjetivas. Sin embargo hay una especie lo bastante sensual y obsequiosa como para rendir tributo vocal a sus placeres físicos; y cuando una gata se tiende a dar de mamar a los gatitos no vamos a oír únicamente los ronroneos de aficionados de las crías, sino que lo más probable es que la madre les conteste con un ruido que se parece más al de un «Rolls-Royce».

Los que tienen gatos sabrán también que al frotarles cierto punto debajo del mentón se obtiene por lo común la recompensa de un ruido especialmente fuerte y lánguido, como si ese lugar

estuviera hecho especialmente para que lo frotaran. No es fácil ver a qué propósito sirve esto, hasta la próxima vez que, mientras llevamos una bandeja, el gato nos irrite paseándose insistentemente de un lado a otro entre nuestras piernas, al mismo tiempo que levanta la cabeza todo lo que puede. Claro que si él fuera todavía un gatito y nosotras fuéramos realmente la madre (una relación en la que la domesticación lo ha fijado) ese comportamiento no resultaría irritante sino completamente adaptativo, porque de esa manera nos masajearía repetidas veces con el cráneo la parte inferior y deliciosamente sensible del mentón y conseguiría que nos abrumaran los sentimientos de devoción maternal y nos tendiéramos a darle de mamar.

En los monos las zonas que ofrecen gratificaciones maternales no incluyen el mentón porque las relaciones espaciales entre madre e hijo son diferentes. Pero indudablemente las gratificaciones no han de ser menores para una hembra primate que para una gata, porque las exigencias de los jóvenes primates son con mucho más prolongadas y más rigurosas que las de los gatitos. Para nosotros no es tan fácil decir dónde se localizan, porque los monos no ronronean; pero seguramente es probable, por ejemplo, que la madre arbórea reciba alguna sensación placentera del continuo desplazamiento de la presión y el peso de las manos y los pies de la cría a lo largo de su espina dorsal cuando ella se mueve entre las ramas. Si así no fuera, la carga constante se convertiría en una molestia intolerable mucho antes de que el hijo estuviera en condiciones de arreglárselas solo. Para las crías, además de la succión, las gratificaciones posteriores del vínculo maternal incluyen el compartir la comida.

El principal comportamiento que sirve para cimentar el vínculo de amistad —y es una actividad más común entre las hembras que entre ningún otro tipo de parejas— es el acicalamiento mutuo. Es un proceso útil, en cuanto incluye quitar parásitos, al mismo tiempo que se limpia cuidadosamente cualquier herida o laceración descubierta durante el proceso, pero sobre todo es un proceso placentero. Un mono solicita que lo acicalen aproximándose a un semejante y presentándole la nuca o cualquier otro lugar sobre el cual quiera llamarle la atención, de la misma manera que un perro pide que lo palmeen metiéndole a uno la nariz bajo la mano e intentando conseguir que se la pongan sobre la cabeza con un par de sacudidas.

Los individuos jóvenes afianzan sus relaciones jugueteando y correteando alegremente, en el estado de ánimo que en los seres humanos se expresa mediante la risa. Entre los primates hay además innumerables modos de contacto físico que expresan en general amistad y buena disposición. El abrazo es un gesto muy común y que muchas especies emplean de manera entusiasta. Es frecuente que los monos lanudos lo conviertan en un ritual de gran expresividad emocional; se reúnen cubriéndose los ojos con el antebrazo, hinchando las mejillas, haciendo pequeños ruidos sollozantes, para terminar en la intimidad de un estrujón o un abrazo. El beso es otro gesto común de camaradería. Los douroucoulis, por ejemplo, se besan en los labios por cualquier nimiedad.

Lo que hay que tener presente es que entre los primates subhumanos ninguno de esos gestos tiene nada que ver con el sexo. Los gestos y rituales de la copulación son totalmente distintos y estereotípicos. Pero parece perfectamente claro que el homínido ancestral hizo todo lo que pudo para incorporar tantos gestos de cordialidad como le fue posible en su intento de convertir una vez más la cópula en una relación pacífica y amistosa. Y en la actualidad lo más probable es que el preludio del contacto sexual recorra toda la gama.

Él la abraza y la besa, como hacen los primates con sus camaradas. Le ofrece regalos, frecuentemente de comida —chocolates y golosinas— como hacen los primates con sus hijos. Procura entretenerla y hacerla reír, como hacen los primates con sus compañeros de juego. A medida que la relación se hace más íntima le acaricia los pechos y estimula los pezones como hace un infante primate cuando mama. Si está al día con los manuales de técnica amatoria es posible que experimente un poco con la columna vertebral. Juega con el pelo y se lo acaricia, porque es lo más que puede aproximarse al comportamiento de acicalamiento. La toma en brazos con ánimo de protección, como hace un primate con su hijo.

Es indudable que a ella todas esas actividades, o la mayor parte al menos, le resultarán placente-

ras, y que reaccionará ante ellas. Y el androcentrismo de él es de una profundidad tan inconmensurable que está totalmente convencido de que la mujer está hecha de la manera que está con el simple y exclusivo propósito de que a él le resulte sexualmente deseable y sexualmente accesible. Cada vez que encuentra en la anatomía de su compañera un punto sensible le pone el rótulo de «zona erógena», como si hubiera evolucionado con un solo y único propósito, y ese propósito fuera erótico.

La cosa es tan descabellada como catalogar entre las «zonas erógenas» el mentón y los pezones de la gata, por más que ningún gato que se respete les presta jamás ni la atención más leve, ni falta que le hace. En realidad, en la especie humana (o en cualquier otro mamífero) no hay más que dos zonas «erógenas» en el sentido literal y que evolucionaron específicamente. Una es el pene y la otra la vagina. Todo lo demás estaba destinado a otros fines, y si la Humanidad llegó a explotarlo con fines sexuales fue únicamente porque el mecanismo normal funcionaba mal.

Todas estas nuevas modalidades de cortejo y otras más se describen en *El mono desnudo* como formas de «hacer que el sexo sea más atractivo». A mí me parece que todas ellas llevan el sello distintivo de una decidida tendencia en la dirección opuesta: una campaña para conseguir que el sexo sea algo menos específicamente copulativo y para integrar en él todos los diferentes elementos de cohesión social que alguna vez contribuyeron a que los primates se condujeran como si gustaran unos de otros. No creo que él estuviera haciendo del sexo algo más atractivo, y estoy segura de que la homínida tampoco era de esa opinión. Lo que pensaba era que él estaba haciéndole el amor.

Ya hemos dado el temerario paso de admitir en la discusión lo que muchos hombres de ciencia tienden a considerar como la peor de las malas palabras. Masters y Johnson son bastante deslenguados, pero saben dónde trazar la línea y no es frecuente encontrar que se manejen con términos semejantes. Está muy difundida la creencia de que «sexo» es una palabra precisa e inequívoca, en tanto que «amor», es un término desvaído, y que si las mujeres tienden a hablar de amor en tanto que los hombres tienden a hablar de sexo ello se debe únicamente a que las mujeres son demasiado remilgadas para expresar lo que realmente quieren decir.

Son muy pocos los pensadores que se han detenido a estudiar seriamente la hipótesis de que quizá, si hablan de amor, sea porque lo que *quieren decir* es amor.

Hubo probablemente una época en la cual el orgasmo femenino faltó por completo, porque la cópula era breve (el primate promedio entra y sale en cosa de ocho segundos) y el término de vida demasiado corto para que hubiera muchas esperanzas de redescubrirlo por casualidad; y el celo, si no había desaparecido, estaba desapareciendo. En esa época toda la gratificación de la hembra no residía en ninguna forma de alivio localizado, sino en el resplandor difuso, generalizado y cálido de las caricias y la dulzura, de la seguridad, la felicidad y el deseo de agradar generado por las frustradas tácticas nuevas del homínido, en las que se incorporaban elementos de apoyo paternal, de atracción infantil, de buena disposición y camaradería. Eso era lo que ella encontraba en la situación, y eso fue el nuevo elemento activador de la receptividad sexual.

Y sigue siendo una parte importante de lo que sus tataranietos encuentran en la situación. El macho *sapiens* de la actualidad puede quemarse las pestañas sobre los manuales de técnica sexual hasta que las velas no ardan; puede sacar la impresión de que en nuestra era tecnológica con poner un dedo en un pezón se pueden obtener resultados tan seguros como al poner un dedo en un interruptor, y de que si la cosa no funciona debe de ser porque a él le entregaron un modelo fallado; puede pasarse años perfeccionando su técnica, pero lo más probable es que tarde o temprano ella le confunda toda la claridad del esquema haciéndole alguna pregunta que no viene al caso, en el estilo de: «¿Pero me quieres de veras, Juan?»

El año pasado el doctor Marc Hollendcr, de la Facultad de Medicina de la Universidad de Pennsylvania, publicó en *Archives of General Psychiatry* un artículo referente al deseo de contactos no sexuales que él había descubierto entre las mujeres. Hay ciertas situaciones, decía, que pueden conducir a malas interpretaciones en una pareja. Cuando una mujer desea que la tomen en brazos y nada más, el mensaje puede ser mal interpretado por el marido, y con frecuencia lo es. Ella separa el

deseo de que él la abrace del deseo de actividad sexual, pero es mucho menos probable que el marido lo haga. Si la situación termina en actividad sexual, la mujer puede sentir que abusaron de ella; en el caso contrario es posible que él sienta que ella lo provocó por puro gusto de rechazarlo y tomarle el pelo.

Lo que este tipo de mujer busca principalmente por la vía del contacto corporal, dice el doctor Hollender, es una sensación de seguridad, de consuelo, de contento, y «la convicción de ser amada». Hubo sectores de la Prensa que citaron sus descubrimientos con un leve aire de estupefacción, como si Hollender acabara de dar vuelta a una piedra y hubiera encontrado una extravagante minoría de mujeres con desviaciones sexuales. Algún día un encuestador hará una investigación preguntando a las mujeres en general qué importancia relativa le asignan *a)* al orgasmo, y *b)* a la convicción de ser amadas, y a cuál preferirían renunciar si no pudieran tener ambas cosas. (¿Creerán los lectores que haya una minoría de «desviadas» del 90 por ciento?)

El amor como concomitante de las relaciones sexuales no es una invención romántica de cuño reciente. Como Venus Anadiodema, ya había empezado a asomar la cabeza entre las olas del Plioeno.

Tampoco se limitaba a las hembras. Desde el comienzo mismo, cuando el homínido la tomó en brazos y la besó, no era únicamente para conseguir que se callara la boca. Como cuando la madre levanta y besa a un bebé que llora, lo hacía también por cariño, porque no le gustaba verla asustada. Y las demostraciones de afecto y buena disposición, como el arrastrar de pies de los monos lanudos, eran recíprocas y tendían a originar en él los mismos sentimientos cálidos y agradecidos que despertaban en ella. Y en tanto que entre los primates el sexo es asunto pasajero y relativamente impersonal, los otros vínculos característicos de los primates, cuyos elementos iban ahora incorporándose a la relación sexual, eran más personales y duraderos. Para ambos miembros de la pareja, semejante experiencia se aproximaba más a aquella emoción que en la actualidad reconocemos como amor.

La única diferencia entre ambos era que él obtenía su gratificación conductual aunque la emoción se hallara ausente, en tanto que para ella era todavía más válido de lo que lo es actualmente, que sin ese embellecimiento, o por lo menos sin algún ritual que se le asemejara, toda la acción le parecía singularmente insatisfactoria y sin sentido.

Para esc momento ya habían pasado la emergencia más traumática, y empezaban a entrar en una nueva dimensión de las relaciones personales. Quizás hasta había veces en que, si hubiera tenido las palabras, él la habría comparado con un día de verano. Pero todo sucedía hace muchísimo tiempo, antes del *Australopithecus*, y el mono desnudo no había dejado de ser un animal mudo.

¿O sí?

7. EL HABLA

En diferentes oportunidades nuestra especie ha sido definida como el mono bípedo, mono carnívoro, mono desnudo, mono cazador y mono fabricante de herramientas; pero el único desarrollo que más que ningún otro puso a la especie en camino de convertirse en *sapiens* fue el hecho de haber llegado a ser mono parlante.

Ése fue el gran salto hacia delante que nos colocó a una distancia enorme de todos los otros primates. En el principio fue el Verbo. Y uno de los interrogantes más enigmáticos que se ciernen sobre la evolución humana es cómo, cuándo y por qué adquirimos el Verbo [la Palabra].

La adaptación previa con que contábamos no era más que lo que teníamos en común con otros antropoides. Somos una especie social, y en esa medida necesitábamos comunicarnos unos con otros... pero todos los antropoides son seres sociales. Como habíamos pasado por una etapa arbórea teníamos un tipo especial de cara, con ojos dirigidos hacia el frente, el hocico aplastado casi hasta desaparecer, labios flexibles e incisivos verticales y planos bien al alcance de la lengua; características todas muy útiles para la producción de consonantes labiales, dentales y fricativas. Pero son muy pocos los ruidos que podemos hacer nosotros y que un chimpancé se vea impedido de producir por barreras puramente físicas. Sus cuerdas vocales son muy similares a las nuestras y la boca no es tan diferente que lo excluya. Seguramente debe de haber intervenido algún factor nuevo que nos indujo a explotar de manera tan brillante recursos que se han mantenido latentes en todos los demás antropoides.

Ni siquiera sabemos cuándo sucedió. Muchos creen que es un desarrollo muy reciente. En 1955, J. B. S. Haldane conjeturaba que probablemente el «lenguaje descriptivo» sólo se introdujo con la «revolución tecnológica del Paleolítico superior».

Sin embargo, esto no se refiere al verdadero origen del lenguaje sino a su elaboración en pautas verbales más sutiles y más fecundas. Lo mismo vale para una explicación similar que ofrece P. Marler en *Notes on Developments in the Study of Animal Communication,* donde atribuye este desarrollo a razones de seguridad. «Una vez que nuestros remotos antepasados hubieron logrado una sociedad más compleja que contribuía a aliviar al individuo de su extremada preocupación por la supervivencia personal en un ambiente difícil, iría haciéndose cada vez más útil un vocabulario más amplio y más variado. Ello a su vez permitiría separar el complejo de información de cada mensaje característico en una variedad de sonidos que después pudieran ser usados por separado.»

K. P. Oackley propone una teoría interesante para explicar por qué decidimos recurrir a las cuerdas vocales en primer término. Conjetura que «la primera vía de comunicación de ideas en el hombre fueron los gestos con las manos», y tal vez «la creciente dedicación de las manos a la fabricación y el uso de utensilios haya conducido al cambio de la gesticulación manual por la oral como medio de comunicación». La idea es ingeniosa, pero no creo que haya habido jamás un stajanovista tan ferviente que cuando tenía algo urgente que transmitir no interrumpiera el trabajo para decirlo. En todo caso, es casi seguro que el contenido de las primeras comunicaciones haya sido emotivo y tendente a transmitir enojo, advertencia, amenaza, apaciguamiento o deseo sexual, y es improbable que bajo el imperio de ninguna de esas emociones nuestros antepasados hayan seguido golpeando sus pedernales y se hayan limitado a verbalizarlas.

Como es habitual, parece que los tarzanistas suponen que en realidad aquí no hay ningún problema. El hombre se convirtió en cazador, ¿no? Pues eso lo explica todo. Desmond Morris: «Socialmente el mono cazador tenía que incrementar su urgencia de comunicarse y de cooperar con sus compañeros. Las expresiones faciales y las vocalizaciones tenían que hacerse más complicadas.

Al disponer de nuevas armas, tuvo que arbitrar poderosas señales que inhibieran el ataque en el interior del grupo social.»

Robert Ardrey: «La vida cinegética exige la división del trabajo; el león espanta la presa para que la leona la mate. Es difícil creer que el pequeño *Africanas* no hubiera organizado más sutilmente aún sus especializaciones. La división del trabajo requiere la comunicación entre participantes interdependientes, pero el león es únicamente capaz de un rugido. Además se me hace difícil creer que en los días de la experiencia pre-humana del Plioceno no hubiéramos puesto ya los cimientos del lenguaje humano.»

La cosa no es tan simple. George A. Bartholo-mew y J. B. Birdsell tienen el fecundo hábito de escudriñar prolijamente este tipo de argumento elíptico y señalan:

«La actividad cinegética en grupo no implica necesariamente un elevado nivel de comunicación como puede ser el habla, o la permanencia de la organización, dado que es característica de varios vertebrados carnívoros y no primates, como muchos cánidos, algunas aves comedoras de peces y las ballenas asesinas.»

Los estudios del etólogo suizo R. Schenkel establecen que los lobos, por ejemplo, usan ya por lo menos veintiuna señales de comunicación, de las cuales quince probablemente pongan en juego algunos elementos visuales, en tanto que las otras son olfatorias y táctiles. No puede haber sido muy común que el líder de una partida de caza prehistórica deseara transmitir señales más complejas que las que transmite en la actualidad un adiestrador a los sabuesos o un pastor a sus perros; pero el pastor puede hacerlo, y con frecuencia lo hace, sin recurrir a un vocabulario verbal, porque quiere enviar señales a distancias tales que una voz se perdería, pero donde un silbato aún llega; v cuando una cacería de zorros está en su apogeo, dudo que las expresiones verbales que se vociferan a través del campo necesiten alguna vez llegar a más de veintiuna, especialmente si descontamos las interjecciones.

En realidad, a juzgar por las expediciones de caza de las primitivas tribus africanas de la actualidad, las más solicitadas deben de haber sido precisamente las señales visuales, ya que el éxito depende en tan gran medida de la sorpresa. El cazador que tiene éxito, es el que jamás pisa una ramita, el que se acerca siempre contra el viento y el qué puede permanecer durante largos períodos perfectamente inmóvil y con la boca abierta para que no se le oiga la respiración. La descripción que hace Laurens van der Post de la caza con los bosquimanes está llena de relatos como el siguiente:

«Era asombroso cómo se transmitía el ruido en el aire inmóvil del anochecer. Por más silenciosamente que el cocodrilo bruñido o el obeso hipopótamo se deslizaran en el agua densa que nos rodeaba, ésta se rizaba con un sonido de flauta entre las cañas... Directamente ante nosotros se elevaba un montículo que formaba un islote amarillento donde se veía un gran antílope macho rodeado por siete menores. El guía les hizo señas a los otros dos botes de que volvieran a meterse en las cañas... y le indicó a Longaxe que transbordara a ellos, y los dos solos nos introdujimos en una alta mata de juncos que había al lado. Una vez allí dejó los remos, se tendió boca abajo con el mentón apoyado en la proa y empezó a avanzar poco a poco hacia el antílope, tirando de los juncos para impulsar el bote. Lo hacía tan bien y con tal paciencia que una garza color malva descendió planeando por encima de mi cabeza sin mirarnos siquiera. Una vez que miré hacia un costado vi que pasábamos junto a una hilera de pequeños cocodrilos y le toqué el hombro para advertirlo. Con una sonrisa cordial, me señaló la ribera opuesta... Finalmente, el guía me hizo seña de disparar.»

Tal es la realidad de una cacería primitiva en la jungla. El tiro era de rifle, pero también (y más silenciosamente) podía haber sido una flecha envenenada. No hubo «vocalizaciones complicadas». El ruido más intenso de toda la expedición fue el grito de un papión asustado y la furiosa protesta del bosquiman (que no sirvió más que para descargar sus sentimientos):

«¡Bicho del demonio! ¿De qué sirve que nosotros guardemos silencio si tú le gritas a todo el mundo que tenga cuidado?»

Claro que una partida de caza puede haber necesitado, como los lobos, múltiples señales de co-

municación, pero eso no explica por qué los homínidos, a diferencia de los lobos, optaron por las señales vocales y no por las visuales, especialmente si para el homínido, que tenía que confiar más en su cautela que en su rapidez, la vocalización implicaba desventajas tan evidentes.

Es verdad que cuando cazan, los lobos pueden gritar para aterrorizar a su presa, y es posible que en ocasiones el homínido haya vociferado para movilizar a la caza. Pero ya un símido es capaz de vociferar, y ni un grito de caza ni un grito de guerra nos habrían acercado necesariamente ni un solo paso a un sustantivo o a un verbo.

Como observó en 1965 Peter Marler, «la capacidad de producir sonidos nuevos no es desconocida en los animales, y parece razonable suponer que pudo haberse desarrollado en los primates no humanos si la selección natural la hubiera favorecido... El problema principal no consiste pues en explicar, en función de mecanismos neurofisiológicos, cómo se inició el aprendizaje vocal, sino por qué dicho aprendizaje empezó a ser favorecido por la selección natural». Ése sigue siendo el problema principal.

Vamos a empezar por el principio. ¿Cuáles son los modos de comunicación de que disponían los primates antes de que- uno de ellos aprendiera a hablar? Estaba el olfato, el tacto, el sonido y la vista. Aquí el tacto no nos sirve de mucho. En el capítulo anterior hablamos de algunos mensajes que se comunican principalmente mediante el tacto y por lo general, ya sea que pensemos en un beso en los labios o en un directo a la mandíbula, tienen un matiz un tanto inefable que todavía no hemos aprendido a remplazar por fonemas.

En la mayor parte del reino animal el olfato es una de las formas de comunicación más básicas, más indispensables y más universales. También fue una de las primeras en desarrollarse. Hasta un organismo unicelular tan primitivo como los mixomicetos puede recibir impulsos químicos de sus semejantes y es capaz de reconocer a los de su propia especie y formar agregados con ellos detectando la pauta rítmica según la cual se transmiten los efluvios de acrosina, configurando una especie de código Morse del olfato.

En muchas especies de mamíferos hay una gran proporción del cerebro dedicada exclusivamente a analizar e interpretar señales olfativas. El *Homo sapiens* tiene tendencia a subestimar la sutileza y eficiencia de tales señales porque todos nosotros funcionamos con una desventaja física fundamental: nuestros órganos olfatorios nos resultan tan útiles como le resultan los ojos a un topo. Tampoco hasta ahora hemos tenido ningún hombre de ciencia que nos proporcionara un amplificador de olores. Como decía tristemente el perro de G. K. Chesterton:

Even the scent of roses
Is not what they supposes,
And goodness only knowses
*The noselessness of Man.**

* Ni siquiera el aroma de las rosas / es lo que ellos se imaginan / y sólo Dios sabe / lo desnarigado que es el hombre.

Pues en un perro el sentido del olfato no es diez veces mejor que el de su amo, ni cien veces, ni mil, sino que anda mucho más cerca del millón de veces.

Como forma de comunicación es difícil de superar. Puede cubrir distancias más largas que la vista o el oído; la mariposa del gusano de seda chino puede detectar la presencia de una hembra de su especie a una distancia de más de once kilómetros. Puede transmitir información con gran exactitud: hay peces que pueden distinguir el agua que pasa por encima de un miembro de su cardumen de la que pasa por encima de otro. Es un poderoso recurso de control del comportamiento: lo que evita que el renacuajo del sapo devore a sus congéneres no es ningún elaborado gesto de mansedumbre, sino el hecho de que al recibir la menor herida su piel segrega una sustancia que los

alemanes llaman *Shrekstoff* —sustancia del miedo— que aterroriza a los demás renacuajos. Sobre todo, el olfato les da a los animales la posibilidad de transmitir mensajes que puedan ser descifrados en su ausencia y después de transcurrido un tiempo considerable... en tanto que nosotros tuvimos que esperar a la invención de la *escritura* como primera forma de hacer lo mismo. El aire que nos envuelve está lleno de tales señales, de la misma manera que, como se ha descubierto recientemente, el «silencio» de los océanos vibra con el canto de las ballenas y la charla de los camarones. ¿Cómo, cuándo y por qué perdimos la capacidad de interceptar las señales olfativas?

Una razón es que nos quedamos demasiado tiempo en los árboles. Los olores son más interesantes y variados a nivel del suelo y especialmente, cuando está húmeda, la tierra es un medio muy adecuado para retenerlos. Un perro puede salir a la puerta y percibir inmediatamente muchos de los acontecimientos de las últimas horas, quién pasó, si era hombre, mujer, gato, perro o caballo, en qué dirección iban, cuánto tiempo hace. Puede saber si el perro era conocido o extraño, macho o hembra, cachorro o adulto, grande o pequeño, sexualmente dispuesto o no, belicoso o cobarde.

Las especies que viven en los árboles o en el aire no tienen ia misma facilidad por razones obvias. Al volar, un ave no tiene posibilidades de saber quién o qué pasó volando antes que él por determinado lugar del cielo, porque en el aire las partículas químicas no se mantienen el tiempo suficiente. De la misma manera, una rama calcinada por el sol no retiene los olores tan bien como la tierra, y aunque lo hiciera, sería difícil seguirle la pista a un gibón, por ejemplo, a lo largo de todos sus saltos de un árbol a otro, valiéndose de un rastro olfativo.

De manera que en este aspecto de su herencia, a las aves y a los primates les correspondió una mejor visión. Los lóbulos olfatorios en el cerebro se redujeron y la vista llegó a tener mayor importancia relativa para ellos. La mayor parte de las aves (como los reptiles y los peces) han retenido la visión de los colores, pero todos los mamíferos, excepción hecha de los primates arbóreos, han perdido esa modalidad de percepción. (Es un disparate eso de que el toro ve el rojo.) Por eso a veces las aves y los primates se ornamentan con azules, amarillos y rojos brillantes, para impresionar a su pareja sexual que tiene visión de los colores, en tanto que los cuadrúpedos, que viven en tierra, jamás se ponen colores primarios.

Y, como señaló Haldane, a eso se debe también que, aunque las aves estén tan alejadas de nosotros desde el punto de vista zoológico, tengamos la sensación de que entendemos su comportamiento social y sus pautas de galanteo, ya que a semejanza de las nuestras, se basan en señales auditivas y visuales que somos capaces de percibir. En cambio en los mamíferos esas actividades se manejan mediante señales odoríferas, en un lenguaje para el cual somos en buena medida insensibles.

Sin embargo hay que tener cuidado de no llevar este razonamiento demasiado lejos. Un símido no es de ninguna manera tan desmañado como nosotros en el campo olfatorio, ni lo era nuestra antepasada cuando bajó de los árboles. Hay algunos monos sudamericanos que siguen delimitando los territorios mediante los olores con la misma asiduidad que el castor. Y si los tarzanistas hubieran tenido razón y nuestra primera mudanza hubiera consistido en trasladarnos a las llanuras, los órganos olfativos tendrían que haber adquirido más importancia para nosotros y no menos. Incluso en las aves que vuelven al nivel del suelo, como los patos, el sentido del olfato se reactiva hasta convertirse en algo perfectamente útil.

Los primates mantuvieron principalmente el sentido del olfato no como medio de percibir su ambiente, porque para eso los ojos les resultaban más eficaces, sino como una forma de comunicarse, entre otras cosas, sus estados de ánimo.

Imagínese el lector que es un lémur que avanza a lo largo de una rama y se da de manos a boca con otro lémur. Tal vez quiera expresar fastidio para que el otro se aparte del camino. Tal vez quiera expresar disculpas y apaciguamiento, porque el otro es más grande. Si es una hembra puede que quiera expresar lo contenta que está con el encuentro. Pero el rostro de un lémur no es muy expresivo, y tampoco dispone de un gran repertorio sonoro. No puede gesticular mucho porque necesita las cuatro patas para suspenderse de la rama. No puede modificar mucho sus relaciones espaciales —por ejemplo, cediéndole el paso al otro ni poniéndose panza arriba en señal de

sumisión— porque la rama es estrecha. Afortunadamente nada de eso es necesario. Si exhala el olor del enojo, el otro lo sabrá; si exhala el olor del miedo, también. Y el celo es siempre una señal olfativa.

Es casi seguro que este sistema haya seguido teniendo gran importancia para nuestros antecesores del Plioceno. Y en realidad, todavía hoy conservamos rastros del mismo. Por ejemplo, una mujer puede detectar fácilmente el olor de la exaltolida, una sustancia cuya constitución química es similar a la del civeto (y que presumiblemente transmite la esencia de lo masculino). De niña no puede olerlo, ni tampoco después de la menopausia; pero un hombre jamás puede olerlo a menos que se le ponga una inyección tíe estrógenos.

¿Y qué hay de los estímulos sonoros? Los biólogos que investigan el nacimiento del lenguaje han trabajado mucho con las señales vocales de los primates superiores. Son muchas y variadas: aullidos, gruñidos, resoplidos, sollozos y rugidos, chillidos y risitas, cloqueos, chasquidos con los labios, rechinar de dientes y gimoteos. Muchas de ellas son más o menos específicas no sólo de una especie, sino de un contexto emocional definido: el rugido de cólera, los chasquidos con los labios de propuestas sexuales, los resoplidos de amistad. Después de mucho estudiar una especie determinada es frecuente que el observador pueda establecer distinciones más sutiles y significados tales como: «Bien venido... me alegro de verte.» «Atiéndeme, por favor.» «Basta de pelear... ¡me rindo!» «¡Mamá, socorro!» «¡Miren, peligro!», y cosas semejantes, o es posible que observe que determinado sonido con determinado tono y frecuencia se articula únicamente cuando un monito se cae de un árbol. Incluso en este nivel el lenguaje es mucho más flexible y significativo que el canto de los pájaros, por ejemplo. Pero los antropoides tienen en la vista un recurso comunicativo más flexible y significativo todavía.

Para empezar, tienen la cara. Leonard Williams: «La cara del mono lanudo es tan expresiva que un mono puede entender e interpretar las intenciones y estados de ánimo de otro sin más que mirarlo a la cara... Son artistas de la mímica calculada. Si se les mira fijamente y con aire acusador, fruncen la cara y miran de través, confundidos y fastidiados, muy levantado el mentón, con los ojos casi cerrados y los dientes descubiertos en una mueca que es al mismo tiempo de disculpa y de desdén.» Y la cara de los símidos es más expresiva todavía.

También tienen el cuerpo, que es elocuente hasta el último rincón: la inclinación de la cabeza, la posición de la cola, la rigidez de la columna, el ángulo en que se aproximan, la velocidad de los movimientos, el balanceo de los brazos, el eriza-miento o alisamiento del pelo en la cabeza, la tensión del cuero cabelludo. No se trata de gestos ritualizados estereotípicos de «agresión» o «apaciguamiento», sino que cada elemento de ellos está sujeto a infinitas gradaciones, matices y combinaciones, todos ellos significativos del estado de ánimo del animal.

Tienen los ojos, y sería posible dedicar un capítulo entero exclusivamente a las señales sociales oculares de los primates, desde la total atención que se concede a los movimientos de un macho dominante hasta el absoluto «desaire» de mirar ostentosamente para otro lado.

Más fácil aún sería escribir otro capítulo sobre el intrincado sistema de relaciones espaciales recíprocas que mantienen. No se trata simplemente de que cada uno mantenga en torno de sí un ámbito de lo que Jane Goodall llama «espacio personal», cuya extensión difiere con el *status* y que no ha de ser infringido a no ser por razones sexuales o dé acicalamiento. La cosa es mucho más sutil. Un observador que conozca las personalidades y el orden jerárquico de tres monos en una jaula podría predecir con bastante exactitud la forma y el tamaño del triángulo que formarán las posiciones de los tres después de ofrecerles una banana en un punto X de los barrotes de la jaula.

Ahora bien, todo esto configura un sistema de comunicación intraespecífica de orden muy elevado y que combina de manera sensible y elástica señales de tipo olfatorio, vocal y visual, infinitamente más sutiles y adaptables que las del lobo. Si el símido ancestral se hubiera convertido en animal de presa, sin duda el sistema habría estado a la altura de las exigencias que pudieran planteársele.

Supongamos sin embargo que las exigencias de la vida cazadora impusieran que el sistema al-

canzara un nivel de refinamiento todavía más elevado. Aceptemos por el momento que al cazador le hubiera resultado útil disponer de una señal que significara «antílope».

¿Cuál de esos tres canales de comunicación habría utilizado un antropoide cazador para transmitir la señal «antílope»? Evidentemente no habría sido el olfatorio. Las señales odoríferas no se transmiten deliberadamente; son reacciones fisiológicas involuntarias ante estímulos hormonales o emocionales.

Tampoco habría sido una señal vocal. La razón es precisamente la misma. En la mayor parte de los mamíferos, incluyendo los primates no humanos, las señales vocales están tan poco sujetas a la volición como las odoríferas.

Se puede adiestrar a un perro para que en respuesta a una orden de «sentarse», «venir», «quedarse» o «acostarse» formulada en voz baja y tono neutro, realice las acciones correspondientes.

Pero por más paciencia que se derroche en la tarea, o por más inteligente que sea el perro, no se le podrá adiestrar para que «ladre» o «llore» o «gruña» en voz baja y tono neutro, o pueda distinguir entre esas órdenes y llevarlas a la práctica. El perro no tiene capacidad para manejar esas cosas. Se le puede inducir a ladrar si uno da muestras de excitación o si se coge el collar y se dirige hacia la puerta, pero eso significa únicamente que se ha provocado en el animal un estado emocional del cual el ladrido es el concomitante involuntario.

Con un condicionamiento realmente intensivo se pueden inducir incluso estas reacciones «involuntarias»; por ejemplo, se ha condicionado a perros para que incrementen la salivación, y hasta que inhiban la salivación en respuesta a un estímulo o para conseguir una gratificación deseada. De la misma manera, con el adiestramiento asiduo de un experto se le puede enseñar a un perro a que «hable» obedeciendo a una orden, es decir, a que articule una curiosa imitación de ladrido. Pero eso es difícil de enseñar, de la misma manera que es difícil enseñarle a hablar a un niño sordo; el perro normal, como el niño sordo, se comporta como si no obtuviera «realimentación», es decir, la percepción inmediata y automática de que ha hecho lo que se esperaba de él, y le falta también la capacidad de modificar y refinar la respuesta vocal de la misma manera que un perro pastor, por ejemplo, puede modificar y refinar las reacciones físicas de agazaparse, acechar y flanquear.

Si bien los ruidos que hacen los primates son más variados que los del perro, no son menos involuntarios. Todos los experimentadores que se han esforzado en intentar enseñar a hablar a los símidos se han buscado una tarea tan ingrata como sería la de un marciano intentando enseñar a los hombres a dilatar la pupila, a ruborizarse o a tener una erección en respuesta a una orden. Por más que se apoyaran en el sistema de premios y castigos, tendrían una tarea bien ardua.

El agente de condicionamiento más poderoso que hasta hoy hayan descubierto los investigadores en Biología es un cable delgado capaz de aplicar estimulación eléctrica en forma directa a los «centros de placer» del cerebro de un animal. Una rata a la cual se le permita procurarse ese estímulo apretando una palanca seguirá apretándola hasta quedar agotada. A los animales se les puede enseñar a realizar complicadas maniobras con el incentivo de obtener esa gratificación suprema. Pero un mono es simplemente incapaz de aprender a conseguirla mediante la emisión de un sonido voluntario. No es que tenga que pronunciar una palabra o una sílaba específica, nada que requiera darse tanta maña. Bastaría con que hiciera un ruido vocal, pero no puede llegar a tanto.

Es verdad que dos psicólogos norteamericanos, K. J. y Caroline Hayes, enseñaron a hablar a su chimpancé *Vicki. Vicki* llegó a pronunciar cuatro palabras, no con demasiada claridad, y a los tres les costó seis años de sudor y esfuerzo conseguir ese resultado. En última instancia es posible para nosotros, y también para los primates, obtener el control volitivo de un proceso que normalmente es involuntario. *Vicki,* con el incentivo suficiente, aprendió a emitir sonidos a voluntad, en la misma forma como un yogui puede aprender a retardar sus pulsaciones o reducir su presión sanguínea a voluntad.

Claro que hay formas mucho más fáciles de conseguir que los chimpancés se comuniquen. Alien y Beatrice Gardner, de Reno, enseñaron lenguaje de signos a su chimpancé *Washoe,* y en el término de dos años la símida tenía un vocabulario de treinta y cuatro signos. Con la voz únicamente podía

comunicar emociones, pero con las manos y brazos podía designar nombres y verbos y especificar sus deseos en forma comparable a como- lo hace un niño sordomudo de la misma edad. Llegó incluso a acuñar frases. Al despertador que señalaba la hora de su almuerzo lo llamaba «escuchar-comer» y a la nevera «abrir-comida-bebida».

A mí me parece bastante seguro que si un primate arbóreo se hubiera mudado de los árboles a la pradera y hubiera estado muy necesitado de una señal que expresara «antílope», habría usado el antiguo recurso de los primates, la señal visual. Habría sido como *Washoe,* o como un cazador inglés que para explicarle a un guía chinuco que quiere encontrar un ante, extiende y eleva las manos con las palmas abiertas como si fueran astas palmeadas. Habría *imitado* a un antílope, como todavía las danzas ceremoniales de las tribus primitivas imitan los movimientos de presas y atacantes.

No creo que, en la práctica, el primate hubiera sentido jamás la necesidad de tener una señal así. Era un animal. La idea de «antílope» sólo le pasaría por la cabeza si oliera un antílope en el aire, o lo oyera andar entre las malezas, o si viera el rastro en la tierra o la cabeza recortada contra el cielo. En esa situación, si quisiera comunicarle esa idea a un compañero, lo único necesario sería un ruido o un movimiento para llamarle la atención: algo equivalente a un chistido. Su compañero observaría la inclinación de su cabeza, la dilatación de sus narices, la dirección de su mirada, y seguiría su ejemplo; y cualquier cosa que estuviera percibiendo el primer animal sería también percibida por el segundo.

Mientras prevalecieran esas condiciones, el sí-mido jamás sentiría necesidad de hablar. Sin duda, jamás se habría embarcado como *Vicki* en la difícil empresa de hacer que sus aullidos y gruñidos obedecieran a su voluntad, a menos que algún importantísimo cambio ambiental hubiera sido causa de que *todos* los demás canales de comunicación con que contaba —las glándulas odoríferas, las expresiones faciales, la postura corporal, los gestos, los movimientos de los ojos, las relaciones espaciales— empezaran *simultáneamente a funcionar mal,* de modo que sólo pudiera confiar en el recurso más improbable y más difícil de manejar.

Pues eso fue lo que sucedió. Y sucedió mucho antes de que se convirtiera en cazador. Cuando se fue a vivir al mar, la comunicación olfatoria dejó virtualmente de funcionar. Es posible que éste haya sido otro factor que contribuyó a la desaparición del celo, y debe de haber sido válido también para la señalización de cualquier otra reacción emocional.

Cualquier partícula química emitida por un primate acuático se disolvería muy rápidamente en el agua. Ahora bien, los peces pueden detectar i fácilmente los olores disueltos en el agua, como los insectos y animales pueden detectar los suspendidos en el aire; mas para oler, un primate de respiración pulmonar tiene que inhalar aire, y si empieza a inhalar agua la cosa se le complica.

Sin embargo, más desconcertante que esto fue la distorsión del sistema de señalización habitual. Cuando uno está nadando no puede erguirse con las piernas rígidas; no puede lanzarse rápidamente dos metros hacia delante y después detenerse en seco; no puede mantener la vista fija incesantemente en un antagonista mientras una ola le pasa por encima o la marejada lo empuja hacia atrás; no puede apaciguar al adversario ni dominarlo mediante las posturas convencionales; no puede erguirse ante él en toda su estatura de bípedo; no puede humillarlo volviéndole la cara si no está seguro de que el otro lo está mirando o de que no va a atribuir el movimiento de cabeza a un nuevo estilo de *crawl;* no puede respetar, ni esperar que el otro respete, la adecuada extensión de espacio personal o el equilibrio justo de la relación espacial en un medio que los tiene a ambos en movimiento como si fueran corchos; y algunas de las expresiones faciales más clásicas, como el gesto de amenaza con la boca abierta para enseñar los dientes, terminarían fácilmente por ahogarnos si uno insistiera en mantenerlas demasiado tiempo.

El mar era seguro y fresco, y ofrecía comida en abundancia; pero estaba descalabrando las relaciones sociales y la estructura jerárquica. Gradualmente, a lo largo de muchas generaciones, el homínido fue dándose cuenta, como *Vicki,* de que las únicas veces que obtenía su gratificación mientras estaba en el agua no era cuando se encrespaba o fruncía el ceño o agitaba los brazos, sino

cuando su garganta emitía ese ruido al que nunca había prestado mucha atención consciente en cuanto fenómeno que se originaba en él mismo, por más que reconociera los mismos ruidos cuando los producían sus compañeros. En su caso, la gratificación era la atención que le prestaban los demás miembros del grupo. Como *Vicki,* tenía un incentivo para esforzarse por someter al control consciente esa función fisiológica; como *Vicki,* encontraba que ni siquiera los mayores esfuerzos le servían de mucho. Pero le daban un mínimo de supremacía sobre sus compañeros; entre los primates, los machos que más llaman la atención son aquellos que tienden a ser dominantes, y son los machos dominantes los que producen la mayor parte de las crías. Los individuos que eran capaces de producir ruidos a voluntad fueron los que genéticamente tuvieron más éxito, de modo que finalmente todo el mundo fue capaz de hacerlo.

Más adelante, cuando verdaderamente se convirtió en cazador y necesitó una señal para «antílope», eligió una señal vocal; pero eso sucedió únicamente porque diez millones de años de evolución acuática le habían transformado el canal vocal de comunicación. Era el canal que menos probabilidades tenía de expandirse y diversificarse, y se había convertido en el que tenía más. A ningún mamífero terrestre le ha sucedido jamás algo semejante.

¿Y a los mamíferos marinos? Claro que sí. Ellos tropezaron con el mismo problema y encontraron la misma solución. Para gran cantidad de ellos la vocalización se ha convertido en una actividad conscientemente controlada. No hace falta que una pareja de psicólogos se afane durante seis años para enseñar a un delfín a que represente su papel. Cualquier novicio que se embarque en un curso de adiestramiento con una buena provisión de pescado y un poco de paciencia conseguirá en unos pocos meses que su delfín canturree cortesmente ante un micrófono con sólo arrojarle un arenque, y tendrá espectadores hasta en los pasillos.

En los delfines el canal vocal-acústico se ha convertido en la principal vía de comunicación, incluso en medida mucho mayor que en el hombre. Los lóbulos olfatorios del cerebro, que en el hombre se encuentran muy disminuidos, casi han desaparecido en el delfín; y estos animales no usan el sonido únicamente, como nosotros, para la comunicación intraespecífica. Mediante un sistema de *sonar,* lo usan para explorar el medio inanimado, es decir, como una especie de ojo auxiliar.

(Probablemente no sea accidental que el murciélago sea el único mamífero terrestre que hace lo mismo. La combinación del vuelo con la suspensión inerte mientras el animal se halla en reposo contribuiría en mucho a invalidar tanto las señales olfatorias como las de posición y estimularía el control vocal como adaptación previa necesaria para el sistema de *sonar.)*

Los delfines reúnen la mayor parte de los requisitos previos al habla. Primero, pueden vocalizar a voluntad. Segundo, los ruidos que emiten son muchos y variados, y cubren largas distancias. El repertorio vocal de un delfín incluye chasquidos de la lengua, graznidos, gemidos, silbidos y sonidos musicales tanto sónicos como supersónicos. El rorcuat de joroba ajusta el tono de su canción a la distancia que necesita alcanzar: usa tonos altos para comunicarse a distancias cortas, y usa tonos bajos cuando quiere transmitir a larga distancia.

En tercer lugar, tienen «realimentación»; escuchan su propia voz. Aprenden, a solicitud, a emitir sonidos que puedan transmitirse por aire y a reconocer el alcance de la audición humana y pueden ubicar los sonidos que emiten entre los tonos que nosotros alcanzamos a oír.

En cuarto lugar, como los niños, tienen la capacidad y el instinto de imitar los sonidos que oyen.

Dice J. C. Lilly de SIL delfín *Elvar:* «Después de haber oído únicamente voces humanas durante varias semanas, su vocalización empezó a ser menos "delfinesca" y a descomponerse en explosivos esfuerzos de graznar como el *Pato Donald,* que producían sonidos más humanoides y semejantes a palabras.» Se dice que al oírla, los delfines imitan la risa humana, especialmente la de una mujer, y que articulan sonidos semejantes a frases que la buena voluntad de sus oyentes recibe como si fueran sílabas significativas.

Tienen, por último, algo que puede o no ser un requisito previo para el lenguaje: un cerebro de tamaño comparable al nuestro, y con frecuencia el tamaño del nuestro ha sido considerado una

consecuencia del desarrollo del habla en el hombre. Como es natural, nos resistimos a usar este razonamiento en relación con el cerebro del delfín, y tendemos a explicar a la ligera su tamaño como un derivado de la localización de ecos: los mecanismos neurales del complejísimo sistema percep-tual del sonar no pueden menos que necesitar mucho espacio, y por eso el delfín necesita un cráneo tan grande. (¿O no? Y si ésa es la razón, ¿por qué el murciélago no tiene un cráneo igualmente grande?)

Sin embargo, la suma de todas estas condiciones no demuestra que un delfín pueda hablar, ni siquiera con otro delfín. Es posible que signifique únicamente que el delfín está en la misma etapa que un infante humano, que emite ruidos involuntarios, elocuentes, imitativos y con frecuencia —para la madre, por lo menos— perfectamente inteligibles; sin embargo, como implica literalmente la palabra «infante», todavía no son más que ruidos y no habla.

Antes de que pudiéramos llamarlo «habla», habría que dar un paso más. Recientemente un adiestrador de delfines de un acuario marino de Florida le dijo a un periodista que entre las diversas manifestaciones sonoras de un delfín se habían identificado cien sonidos diferentes y se había establecido que «veintisiete de ellos se referían a la alimentación». Aunque eso sea verdad, todavía significa muy poco. Si son todo variaciones sobre temas como «hambre» o «tragar» o «uf» o «más», los sonidos denotarían únicamente que un delfín puede expresar gradaciones más sutiles que un chimpancé de emociones tales como incomodidad, placer o deseo. Pero si llegamos a descubrir que de los veintisiete sonidos con que los delfines se refieren a la comida, uno significa «arenque», podremos tener la seguridad de que no somos los únicos lingüistas sobre nuestro planeta.

De todo esto sólo hay un punto estrictamente pertinente al tema de este libro: aparte de nosotros mismos, en la totalidad del reino animal no hay más que un grupo en el que se pueda investigar semejante descubrimiento aun por los optimistas más desaforados. Se trata de un grupo de mamíferos de hábitos sociales que volvieron de la tierra al mar. Claro que puede no ser otra cosa que un eslabón más en una larga cadena de coincidencias, pero no lo creo. Creo que las mismas fuerzas que llevaron a los delfines al umbral mismo del habla fueron las que también llevaron hasta allí al homínido y con ello dejaron a todos los demás primates incomparablemente más atrás.

¿Qué nos empujó a pasar el umbral, cuando todas las otras especies tanto acuáticas como terrestres se quedaron del otro lado? En parte el hecho de que éramos, con mucho, la especie más compleja y adelantada que jamás hubiera adoptado la vida acuática. Nuestra organización social estaba muy desarrollada —entre las especies acuáticas únicamente los delfines y las ballenas asesinas se nos aproximan en ese aspecto—, nuestro sistema de señalización era enormemente sutil y expresivo, y cuando esas señales dejaron de funcionar se hizo imperativo sustituirlas. Donde anteriormente habíamos usado el rostro y el cuerpo, empezamos a usar la boca para llamar la atención, para dominar y para regular las relaciones.

Sin embargo, todavía tenemos que explicar el primer sustantivo, la señal significativa que jamás había necesitado el símido mientras vivió en tierra.

Es posible que esa necesidad surgiera precisamente en el medio altamente especializado que configuraba el litoral. Supongamos que el símido anduviera sumergiéndose en aguas poco profundas y viera un dugongo. Eran animales muy comunes en esa época, porque hasta que apareció el mono desnudo no tenían enemigos. Era un ejemplar de dos metros y medio de largo y el símido necesitaba ayuda, de modo que vociferó «eh» para que lo oyera su hermano que estaba sentado en una roca. Cuando el hermano miró, él volvió a gritar y le hizo señas. Pero el hermano no tenía ganas de ir a nadar un rato, y no había forma de hacerle entender a qué venía tanto alboroto. Lo único que él podía ver era a nuestro homínido que le hacía señas, y el sol que resplandecía sobre la superficie del agua. No era suficiente con chistar y señalar. Ya no era el caso, como había sucedido en la pradera, de que el segundo animal pudiera también percibir lo que percibía el primero.

Al que estaba en el agua lo consumía la necesidad de comunicar su noticia exclusiva, y el canal que podía usar era el vocal, con su llamante flexibilidad. No sabemos qué ruido le salió: tal vez un ruido como de tragar, que quería decir «aquí hay comida»; o un sonido profundo que indicaba

«esto es grande»; o un sonido emocionado que imitaba el ruido sofocado que produciría la informe criatura al ser arrastrada por la playa sobre las algas húmedas. Para simplificar, supongamos arbitrariamente que el homínido dijo «pez». Claro que no le sirvió de nada. Ninguna palabra sirve de nada mientras no haya por lo menos dos personas que sepan lo que significa.

Pero el homínido se había sentido acicateado por la necesidad de disponer de un nombre, de una manera que no había experimentado jamás otro animal. Sin embargo, el fracaso lo había dejado con la espina, y a la vez siguiente que el mar trajo un dugongo, agarró a su hermano de los pelos y le refregó la nariz contra la piel lisa y húmeda mientras repetía entre dientes: «¡Pez! ¡ Pez!», y pateaba al dugongo y abofeteaba a su hermano para enseñarle que la próxima vez no fuera tan estúpido. Con que durante algunos millones de años se repitiera este tipo de incidente, tarde o temprano el hermano de alguien terminaría por captar el mensaje; y los dos juntos formarían un equipo eficaz y adaptable, y toda su tribu aprendería de ellos; y los que fueran más rápidos para entender palabras serían los que tendrían más probabilidades de sobrevivir y propagar su especie.

Pero todavía seguían diciendo «pez» únicamente cuando había un pez; todavía no era un sustantivo común del cual se podía disponer libremente, sino que se vinculaba siempre con un espécimen individual y concreto que en un momento dado estuviera en las inmediaciones. Pero llegó una noche en que el homínido se había recogido en su caverna. Su hijita estaba contenta y vocalizaba espontáneamente al azar, como lo haría alegremente un delfín joven, practicando los ruidos que había oído ese día en la playa. «Pez», dijo, y sus padres se rieron porque lo había dicho tan clarito, y como ellos se rieron, ella lo repitió. Y se hizo un silencio breve y luminoso porque había sucedido una cosa misteriosa y nueva. En la caverna no había ningún pez; ni carne, ni huesos, ni olor ni movimientos de pez; pero en la mente de ellos se había introducido un pez, un nombre común que encerraba la esencia de todo su género; que no resultaba de señales sensoriales provenientes del medio físico, sino que por primera vez se generaba de la nada, por mediación de la interacción mental y vocal de los homínidos.

La nena siguió parloteando hasta que el padre gruñó y se fue a dormir y la madre le puso el pezón en la boca para hacerla callar. Aunque no tenía tanta hambre como para chupar, le gustaba tenerlo en la boca. Siguió canturreando para sí, a veces tomando el pezón con los labios, a veces soltándolo, mientras acuñaba el clásico bisílabo que dio su nombre a la totalidad del poderoso orden biológico que la había producido.

«Ma-ma —dijo la nena—. Mamá.»

8. EL RETORNO

Finalmente, llegaron las lluvias. Durante un largo período, que los arqueólogos nunca han delimitado con precisión, el Plioceno fue confundiéndose con el Pleistoceno.

Los desiertos reverdecieron, la caza se multiplicó, los estrechos ríos que se habían escurrido por sus lechos rocosos hasta llegar al litoral donde se cobijaba el homínido volvieron a ensancharse y a tener caudal. El agua que llevaban era buena para beber; a lo largo de sus riberas brotaron árboles y arbustos. En los árboles había fruta, y había peces en los ríos. Los monos desnudos descubrieron que los ríos eran muy agradables y los remontaron, aventurándose cada vez más hacia el interior.

Ya no le tenían miedo al interior. Ahora que el agua y la comida abundaban, la vida no era tan difícil. Además, probablemente ellos eran un poco más grandes que antes (los seres que se trasladan al mar aumentan casi invariablemente de tamaño) y se tenían más confianza. No les faltaban razones. Habían aprendido a comer prácticamente de todo; tenían armas y utensilios; y tenían el dominio de dos elementos, lo que constituía una gran ventaja.

Las barreras geográficas que resultaban insuperables para los gorilas y los chimpancés nada representaban ahora para los homínidos. Si se sentían deseosos de vagabundear, podían atravesar a pie grandes llanuras y a nado los ríos más anchos. Durante el Pleistoceno, las Grandes Edades de Hielo del hemisferio norte encerraron periódicamente vastas extensiones de la superficie de la tierra en nieves perpetuas y glaciares, de modo que el nivel del mar descendió y aparecieron nuevos puentes terrestres; los homínidos los atravesaron también, y penetraron en Europa y Asia.

Algunas de esas migraciones alcanzaron distancias tales que se han descubierto restos de especies semihumanas del Pleistoceno medio, tales como el *Sinanthropus* y el *Homo erectas,* tan apartados como en Choukoutien, en China, y en Java; y esta especie asiática difiere en varios aspectos de la mayor parte de los australopitequinos africanos.

Dije que cruzaron los puentes terrestres recién descubiertos, porque se supone comúnmente que las migraciones hacia el Norte y hacia el Este se hicieron por tierra y que no podrían haber empezado antes de la primera glaciación del Pleistoceno. Eso es perfectamente posible, y hasta la fecha ninguno de los restos descubiertos en el Lejano Oriente es tan antiguo cómo para refutar este supuesto. Sin embargo, según la hipótesis de Hardy la dispersión podría haber empezado en fecha más temprana.

En el momento culminante de su período de adaptación acuática, y por más que nunca hubieran llegado a ser tan marinos como los delfines o los sirenios, quizá los homínidos ancestrales hayan sido capaces de atravesar por sus propias fuerzas amplias extensiones de agua; y sin postular que en un período tan temprano de su evolución se convirtieran en constructores de botes, es muy posible que se hayan dado cuenta de alguna de las utilidades de un leño flotante. Si podemos creer que el *Homo sapiens* atravesó el Atlántico y el Pacífico en balsas de juncos y de madera, es posible que sus antepasados, menos humanos, pero más acuáticos, atravesaran la brecha, más angosta, entre África y la masa territorial euro-asiática mientras todavía estaban separadas, y que a partir de esos colonizadores haya evolucionado el *Homo erectus.* Si llegan a descubrirse en Asía restos que se remontan a los comienzos del Pleistoceno, nos veremos llevados a suponer que así debe de haber sido.

Pero en cualquier parte que hubiera vuelto a tierra el homínido, se enfrentaba ahora con problemas nuevos. Descubrió que los mamíferos terrestres eran más rápidos y más feroces que los del mar; pero tenía que hacerles frente, porque una vez pasada la larga ola de calor, se encontraba con frecuencia con que los vientos helaban su piel desnuda, y necesitaba tanto de las pieles como de la

carne de otros animales.

Afortunadamente, el desafío no fue demasiado para él. Un gran cambio ambiental —el paso de la tierra al mar— había significado una gran sacudida para toda su constitución biológica, planteándole nuevos problemas, introduciendo tensiones nuevas, modelando nuevamente su cuerpo, imponiendo una nueva configuración a sus métodos para percibir su medio y a sus semejantes, manteniendo alerta y flexible su mente. Un segundo cambio, en un lapso breve desde el punto de vista evolutivo —el retorno a la tierra— repitió la sacudida antes de que hubiera tenido tiempo de superespecializarse y caer en la especie de rutina evolutiva que se apodera de una especie demasiado bien adaptada para un solo nicho.

Puede que mis lectores hayan observado que el pronombre se convirtió en «él». Ello se debe a que nos aproximamos al período en que el comportamiento de los machos empieza a cambiar más rápido que el comportamiento de las hembras. El homínido empieza a pensar en especializarse en la caza; Tarzán, finalmente, está entre bastidores.

Antes de que salga a escena, dediquemos un capítulo más a estudiar el océano y su influencia.

En este libro nos hemos propuesto sugerir que una cantidad sorprendentemente grande de las diferencias que nos separan de nuestros parientes zoológicos más próximos se pueden explicar postulando que después de haber evolucionado inicialmente como mamíferos terrestres, retornamos al mar y ROS hicimos acuáticos. No es difícil pedirle a un zoólogo que acepte este solo paso, puesto que es algo que repetidamente ha sucedido en la historia del mundo. Pero la teoría postula además que después de andar un buen trecho por la senda que la convertiría en una criatura acuática, una especie dio una espectacular pirueta evolutiva y volvió a salir del agua para regresar a tierra en forma permanente.

Esto no ha sucedido repetidas veces. La cuestión es si alguna vez sucedió con alguna otra especie que no fuera el *Homo sapiens.* Después de todo, ya hace muchísimo tiempo que andan animales por el mundo, y algunos de linaje más antiguo que el nuestro. Y ha habido grandes trastornos climáticos, sequías y Edades de Hielo mucho antes del Plioceno y del Pleistoceno. Debe de haber habido especies más primitivas que los primates que encontraron que la tierra se les hacía inhóspita y que encontraron una vía de escape hacia el agua; pero, ¿hubo jamás alguna que volviera a sus antiguas querencias cuando la tierra comenzó otra vez a sonreírle? Sería bueno que la hubiera. Siempre es más fácil creer en una cosa que ha sucedido dos veces.

Cuando buscamos entre los animales terrestres del mundo un compañero de retorno podemos reducir inmediatamente el campo descartando a cualquiera que luzca un abrigo de piel. La piel habría sido lo primero en desaparecer.

Sospecho que todos los mamíferos sin pelo (excepto algunos raros mutantes como cierto perro mexicano) han pasado en uno u otro período por una época de remojo. Algunos, como el hipopótamo, todavía chapotean alegremente en ella.

Consideremos, por ejemplo, el cerdo. Como nosotros, no carece totalmente de pelo, pero tampoco se le podría llamar peludo. Ni siquiera entre sus parientes que lo tienen encontramos un pelaje de primera; es áspero y desparejo, la piel de un animal que alguna vez perdió la receta para hacerla crecer y que ahora se esfuerza por recordarla. El cerdo doméstico ni siquiera se esfuerza mucho. Tiene, como tantos acuáticos y ex acuáticos, una capa de grasa subcutánea como aislante térmico, y los que tenían motivos para saberlo solían informar que su carne es de sabor muy semejante a la nuestra, especialmente la piel. No es muy sorprendente que, según cuentan, los caníbales hubieran llamado «cerdo largo» a la carne humana, porque como la del cerdo, nuestra piel tiene el mismo pelo largo, la misma epidermis gruesa, el mismo contenido elevado de tejido elástico, y en 1966 Weinstein estableció que contiene proteínas similares.

Ahora el cerdo vive en tierra, pero ocasionalmente da señales de inadaptación. Por ejemplo, en Norteamérica se observó que los cerdos decentes y civilizados, en cuanto la temperatura está por debajo de los 20 grados, usan siempre el estercolero adecuado para sus funciones naturales; cuando verdaderamente hace calor, orinan y defecan en su vivienda y se revuelcan en sus desechos, no

porque les guste estar sucios (a los cerdos no les gusta la suciedad, y pueden aprender a hacer funcionar un tanque de agua de botón si se les coloca uno), sino porque su piel está especializada para chapotear, y por encima de cierta temperatura, la necesidad de humedecerse se les hace intolerable.

Sin embargo, no podemos hablar del cerdo como si hubiera efectuado un retorno en el sentido que nos interesa, pues no hay señales de que alguna vez se haya dirigido al mar. Como la mayor parte de los mamíferos, puede nadar un poco si está en juego su vida, y la leyenda de que un cerdo que intenta mantenerse a flote se cortará la garganta con las patas no es más que una historia de viejas. Pero ostenta todas las insignias de un morador de pantanos: las patas de aspecto inadecuado (porque en el fango su cuerpo sufriría una relativa pérdida de peso y no necesitaría velocidad), los ojos pequeños e ineficaces (es inútil tratar de ver entre el barro) y la nariz chata y húmeda en forma de *disco, como* la del manatí, para desarraigar los vegetales que crecen bajo el barro (y que también funciona para las trufas que crecen bajo la tierra suelta).

Los moradores de pantanos han aparecido y reaparecido en grandes cantidades a lo largo de la historia de la Tierra. Había enormes cantidades de fango cuando el mundo era joven. Muchas especies de dinosaurio vivieron toda su vida en esa clase de medio, y posteriormente, en el Pleistoceno, hubo animales que se especializaron de manera fantástica para habitar en él, como por ejemplo el *Hippopotamus gorgops* que usaba los ojos sobre unos pedúnculos, a modo de periscopios, para mantenerlos fuera del barro.

Todo esto no viene muy al caso para nuestra especie, que jamás llevó semejante vida. Hundirse durante varios millones de años en una ciénaga para después volver a arrastrarse fuera no se puede comparar con nuestra elegante vuelta a la tierra. Pero creo que uno de los paquidermos fue más lejos, que pasó como nosotros por un bautismo marino —millones de años antes que nosotros— y volvió a tierra. Les propongo el elefante.

Sabemos que la mayor parte de los elefantes tienen la piel virtualmente desnuda; sabemos también que las crías nacen con vello suficiente para confirmar que alguna vez tuvieron pelo y que debe de haber alguna razón para que lo hayan perdido.

Sabemos que uno de los parientes más próximos del elefante se fue al mar y se quedó allí en forma permanente, pues la prima más cercana del elefante es la vaca marina. Sabemos que en las primeras especies de elefantes- las disposiciones dentales que se desarrollaron eran extrañas y aparentemente sin sentido, totalmente inútiles para animales que viven en tierra. Estaban por ejemplo los que tenían colmillos en forma de pala como el *Ambelodon y* el *Platybelodon gran-geri.* Ahora bien, contar entre sus dotes naturales con elementos como palas y cucharas es valiosísimo para los animales de alimentación acuática como los patos, espátulas y platipos; mas, ¿Para qué demonios va a querer un animal terrestre recoger una palada de tierra? Otro elefante primitivo tenía colmillos que apuntaban hacia abajo, como los de la morsa. No sabemos para qué los usaba, pero a la morsa le resultan muy cómodos para izarse fuera del agua cuando tiene que trepar a rocas y témpanos.

Sin embargo, lo que tenemos que estudiar para determinar si el mar le dejó su sello es el elefante actual. Miremos su tamaño. Provino dé antepasados de sesenta centímetros de alzada. ¿Por qué llegó a tener una masa tan voluminosa y a necesitar tales cantidades de alimentos? (Todos los animales terrestres de mayor tonelaje han perdido la piel.) Es frecuente que un elefante salvaje dedique dieciocho horas diarias nada más que a alimentarse. Sin duda creció, como la ballena, en un elemento en el cual el peso no es un obstáculo v el tamaño se convierte en una ventaja positiva para la conservación del calor.

Mirémosle la trompa. Nadie ha dado una explicación adecuada para esa trompa. Dicen que cuando aumentó de estatura la boca le quedó más lejos del suelo y que, con los colmillos, la cabeza era tan pesada que no podía permitirse aumentar el largo del cuello, de modo que la trompa tuvo por finalidad llegar al suelo para recoger la comida.

Pero eso no explica mucho. Si era un animal que pastaba, y el pasto era tan corto, jamás le habría

alcanzado un día de trabajo para recoger con la trompa las matas necesarias para mantener en marcha semejante bulto; y si ramoneaba (como en buena parte sucede), de todas maneras no necesitaba llegar con la boca al suelo. Y si se trataba de tomar agua, podía haberse metido dentro o arrodillado, sin que le representara más inconveniente de lo que le significa despatarrarse a la jirafa.

Relata Richard Carrington: «En África son pocos los ríos suficientemente profundos para que un animal tan grande como el elefante necesite nadar, y lo habitual es que, al migrar, los rebaños los vadeen. A veces el agua cubre completamente a los animales, y entonces atraviesan a pie el lecho del río y sólo se ve sobre la superficie, a modo de periscopios, la punta de las trompas.»

Pues ésa habría sido una razón sensata para empezar a desarrollar una trompa, especialmente allá por el Eoceno, cuando buena parte del norte de África estaba todavía cubierta por las aguas del antiguo Mar de Tetis. Un snorkel tiene sentido. Al *Moeritherium,* un elefante prehistórico de las marismas del Sahara, ya se le habían cambiado los ojos y las orejas a un punto alto de la cabeza. Si uno de su linaje abandonaba el fango y se iba a vivir al litoral sobre las playas de Tetis, le resultaría útil tener las narices sobre un pedúnculo (como los ojos del *gorgops)* a medida que el agua subía a su alrededor, teniendo en cuenta sobre todo que su forma no era la más adecuada para pararse sobre las patas traseras.

Sin embargo, si hemos de establecer que se hizo marino,, no es suñciente que lo encontremos chapoteando en aguas poco profundas, ni siquiera con ayuda de su snorkel. Tendría que saber nadar.

George P. Sanderson: «Los elefantes adultos nadan quizá mejor que ningún otro animal terrestre. Una tanda de setenta y nueve que despaché desde Dacca a Barrackpur, cerca de Calcuta, tenía que atravesar el Ganges y varios de sus grandes afluentes periódicos. En el tramo de natación más largo pasaron seis horas sin tocar fondo; después de descansar en un banco de arena, nadaron tres horas más; ninguno se perdió. Tengo noticia de proezas natatorias más notables que ésta.»

Tal vez eso fue bajo compulsión, por más que Carrington comenta que «a veces los elefantes se van a nadar por el puro placer de estar en el agua. Las crías corretean por la playa, chillando alborozadas y arrojándose al agua a empujones». Lo mismo que el *Homo sapiens* cuando joven.

Así y todo, periódico o no, el Ganges no es más que un río, y es cosa muy distinta lanzarse al mar abierto. Pero Carrington relata también un ejemplo de esto: «Más recientemente, el teniente coronel Williams registró el caso de un elefante que hizo un paseo de más de trescientos kilómetros de isla en isla por el Golfo de Bengala. El animal necesitó doce años para completar el viaje, y algunos de los tramos de una isla a otra le exigieron atravesar por lo menos un kilómetro y medio de océano abierto.»

Estudiemos más de cerca al animal. Si realmente vivió en el agua salada del mar sería lógico suponer que, como nosotros, podría haber intentado resolver el problema del equilibrio salino mediante actividades especiales de sus glándulas lagrimales.

Sobre esto hay un párrafo de Darwin: «Se sabe que el elefante de la India llora en ocasiones. Al describir los que vio capturados y atados en Ceilán, Sir E. Tennent dice que "yacían inmóviles en el suelo, sin dar más muestras de sufrimiento que las lágrimas que les bañaban los ojos y manaban incesantemente". Al hablar de otro elefante, relata: "'Cuando se lo dominó e inmovilizó, su pena era conmovedora; su violencia se convirtió en total postración y se tendió en el suelo, emitiendo gritos ahogados, mientras las lágrimas le corrían por las mejillas." En el Jardín Zoológico, el cuidador de los elefantes de la India afirma sin lugar a dudas que en varias ocasiones ha visto correr lágrimas por la cara de la vieja hembra, cuando la apenaba que le hubieran sacado la cría.»

Darwin escribió hace mucho tiempo, y como yo no había encontrado ninguna referencia a esto en libros más recientes sobre los elefantes, decidí que era mejor investigar un poco. Visité la biblioteca de la «Sociedad Zoológica de Londres» y me llevé la sorpresa de descubrir que tan copiosa actividad de las glándulas lagrimales del elefante era literalmente imposible, por la sencilla razón de que no las tiene. Afirma una monografía sobre *The Elephant in East Central África:* «No hay verdadero aparato lagrimal, sino una glándula de Harder, asociada con la membrana nictitante,

ubicada entre el *rectus medialis* y la pared media de la órbita. Su conducto se abre sobre la superficie de la membrana nictitante.»

Pero cuando atravesé la calle, entré en el Zoológico y le pregunté al guardián de los elefantes por el asunto, obtuve la misma respuesta que había obtenido Darwin tiempo atrás: «Sí, los he visto llorar.» Le pregunté en qué ocasiones. «Bueno —me contestó—, me imagino que. si algo les inquieta, entonces lloran. O por lo menos —especificó cautelosamente—, por lo menos, vierten lágrimas.»

Creo que en verdad vierten lágrimas. Pienso que nosotros usamos las glándulas lagrimales, la gaviota las glándulas nasales y el elefante las glándulas de Harder; pero pienso que todos vertemos lágrimas.

No voy a pedir a mis lectores que le miren las patas a un elefante, porque yo lo intenté y no encontré en ellas nada de marino. Sin embargo, mientras estaba en la Biblioteca del Zoológico echándole un vistazo a *The Life of Mammals,* de C. Harrison Matthew, encontré la siguiente afirmación, que cada uno puede interpretar como le plazca. Parece que el elefante «tiene cinco dedos en cada pata, unidos por una membrana».

Les pediré, sí, que se fijen en las características de la piel, y que hagan lo mismo con otro paquidermo desnudo, el rinoceronte. (Este último era habitante de pantanos, y el rinoceronte de la India sigue siendo bastante acuático. Se alimenta de plantas acuáticas, y Paul Steineman, del Zoológico de Basilea, el primero que los crió en cautividad, dice: «En verano se pasan tanto tiempo en el agua que un visitante me preguntó con toda seriedad si vivían de peces.»)

¿Qué función adaptativa tiene todo ese exceso de piel, y esas profundísimas arrugas? No hacen más que albergar garrapatas y otros parásitos, a tal punto que el rinoceronte ha tenido que establecer una relación simbiótica con un pajarito que anda siempre en torno a él para sacárselos de entre los pliegues. Sin embargo, si pudiéramos encontrar manera de inflarles la piel con una «mancha» de bicicleta, para ver qué forma solían tener el rinoceronte y el elefante cuando toda esa bolsa estaba llena de grasa subcutánea, nos aproximaríamos mucho a la configuración rechonda de una foca o un dugongo. Naturalmente que tuvieron que desprenderse de buena parte de esa grasa cuando empezaron a pasar más tiempo en las masas de tierras tropicales, de modo que es natural que actualmente el cuero les quede un poco grande. Cualquiera que haya conseguido esforzadamente perder unos cuantos kilos de peso nos dirá que tiene el mismo problema con la piel.

Pero también, si el elefante fue marino, sería lógico suponer que hubiera aprendido a emitir ruidos vocales a voluntad. Pues así fue. Y si le decimos que lo haga, lo hará.

Si realmente el elefante fue marino, sería lógico preguntarse si, como nosotras, la hembra sufrió el cambio habitual producido por el mar, desplazando la vagina hacia el lado ventral. Sí observamos una sección longitudinal de un elefante hembra, lo primero que vamos a pensar es que no hay tal cosa. Ahí está la vagina, exactamente donde está en una mona o en una gata, bien debajo de la cola y paralela a la columna vertebral. Pero después uno observa algo absolutamente fantástico. No hay salida bajo la cola. (Me imagino que un androcéntrico habría dicho que no hay entrada.) Desde el extremo posterior de la vagina sale un tubo al que se da el curioso nombre de «vestíbulo» que por dentro del cuerpo corre hacia abajo por todo el enorme trasero del animal, curvándose hacia delante en el vientre para emerger finalmente en un punto aproximadamente equivalente al del pene del macho. El órgano genital externo de la elefanta es más ventral todavía que el de la hembra del delfín, por más que después de millones de años de haber vuelto al modo de locomoción cuadrúpedo que impone la tierra, los órganos internos hayan vuelto a su situación anterior.

Carrington: «Esta distribución poco usual de los órganos sexuales hizo creer a los antiguos naturalistas que los elefantes debían de copular frente a frente, en la posición convencional humana, y ello fue considerado como prueba adicional de la sabiduría e inteligencia del animal.»

Si es que alguna vez lo hicieron, ya no lo hacen. El macho se acerca a la hembra por detrás, se baja todo lo posible, casi sentándose en el suelo, hasta hacer el contacto, y después vuelve a levantarse y toma una posición que se aproxima más a la normal.

Pero si a alguien se le ocurre otra buena razón evolutiva por la cual la elefanta haya desarrollado ese largo tubo que impone a cada espermatozoide un arduo y largo viaje de unos 60 centímetros hacia arriba, antes de llegar a destino (y ella tampoco se queda de espaldas hasta que llegue), tendré mucho interés en oírla.

Volvamos ahora al *Homo sapiens.* También en nosotros se mantienen muchas características que no han sido explicadas. Algunas son demasiado triviales para haber llamado mucho la atención; otras tan básicas que rara vez nos damos cuenta de hasta qué punto son anormales.

¿Por qué, por ejemplo, hay tan pocos casos de *voyeurismo* femenino? ¿Por qué no se encuentran mujeres emancipadas que acudan a ver espectáculos de *strip-tease* masculino? Las cubiertas de las revistas destinadas a los hombres presentan con frecuencia la imagen de una hermosa muchacha desnuda. Eso no significa que sus lectores sean viejos de mente sucia: está perfectamente, y es natural, que la visión de una figura desnuda del sexo opuesto sea un estímulo placentero para un hombre.

Pero, ¿qué es lo que ofrecen con más frecuencia las cubiertas de las revistas femeninas? ¡Pues, *otra* muchacha hermosa! Lo más frecuente es que se vea la cabeza y no el cuerpo, y es más común verla vestida que desnuda; pero por algo los editores están en el negocio, y si los desnudos masculinos fueran más vendedores para las mujeres que las imágenes de muchachas con hermosos vestidos, imprimirían desnudos masculinos. Y no lo hacen. ¿Por qué? ¿Y por qué se siente como cosa razonable explicar el horror de las mujeres por las víboras diciendo que son símbolos fálicos?

Cuando se piensa un poco en el asunto, es muy raro. Para muchas de las hembras de los primates no humanos, el falo es un espectáculo hermoso. El mandril, por ejemplo, suele sentarse erguido y sacar a relucir ante una hembra un pene erecto y destacado en forma permanente por un color rojo brillante, con el realce adicional de las manchas escrotales de un azul vivo, y a ella el espectáculo le resulta fascinante.

En realidad, en todas las especies de primates en que hay ornamentación visual, se la encuentra en el macho, de la misma manera que en las aves. En el pavo real y el ave lira, son los machos los que tienen las colas más espléndidas; en el papión hamadríade es el macho el que ostenta la crin flotante; y la nariz imperial del mono narigudo ha crecido, en el macho, más allá de cualquier requerimiento del sentido común. En todas estas especies, las hembras son criaturas comparativamente grises, cuyo papel es contemplar y admirar. Hasta los homínidos, o por lo menos algunos de ellos, empezaron a transitar por esta senda haciendo alarde de magníficas barbas. Pero en algún momento, por alguna razón, y en el *Homo sapiens* únicamente, estos roles se confundieron un poco, de modo que hoy día tendemos a suponer que la hembra de nuestra especie es más contemplada que contempladora.

Pese a millones de años de desilusión, el hombre no ha perdido del todo la convicción de que, como el mandril, es dueño de un apéndice sexual irresistiblemente bello, por más que no tenga colores primarios. Personalmente, lo admira; y si es bastante grande, se lo admiran sus camaradas en los vestuarios. Pero en su ánimo se ha deslizado una pequeña duda. Actualmente, cuando los hombres especulan sobre las reacciones de las mujeres ante un exhibicionismo al estilo de los mandriles, se ponen positivamente esquizofrénicos.

De pronto hablarán como si la vista o la representación de un pene debiera ser «un placer» para una mujer, de la misma manera que la desnudez femenina puede ser un placer para un hombre; o aceptarán la risible pretensión de Freud de que la mujer considera como la tragedia de su vida el hecho de no tener uno; pero a renglón seguido les parecerá muy natural que una víbora, dado aue tiene cierta semejante (bastante remota) con un pene, sea suficiente, sin ninguna otra razón, para hacernos estallar en alaridos. Y parece que el hombre que acecha a las mujeres para hacerlas objeto de actos de exhibicionismo lo hace con la intención de provocar disgusto y rechazo, no admiración; y lo más frecuente es que lo consiga.

Una honesta apreciación estética de una mujer promedio, por más placer táctil que pueda obtener del objeto en cuestión, sería probablemente: «Bueno, la verdad es que muy bonito no es.» Sin

embargo, con eso no se explica nada. No es menos bonito que el de cualquier otro símido, pero en ningún otro símido la reacción que provoca es tan ambigua, y en este contexto es tan válido como en cualquier otro que la belleza, o la falta de belleza, está en el ojo del que contempla. Ninguna jabalí hembra bien adaptada encuentra nada desagradable en la apariencia de su compañero, ni él en la de ella. Si tal cosa sucediera sería violentamente antinatural. Así que si los hombres encuentran más deleite visual en las mujeres que ellas en los hombres, no puede ser que algo ande mal en el cuerpo de ellos. Donde debe haber algo que anda mal es en nuestros ojos.

Pero tampoco es en los ojos, que transmiten con bastante precisión lo que ven. Es en el cerebro que hay tras ellos donde se han impreso antiguos rastros que no sólo reciben las impresiones visuales, sino que dictan las reacciones emocionales, irracionales y en ocasiones hasta violentas, frente a dichas impresiones. De tal modo es posible que reaccionemos con miedo ante una imagen visual, no porque en la actualidad sea necesariamente amenazadora para nosotros, sino porque para algún remoto antepasado tuvo asociaciones desagradables o aterradoras. La idea de una memoria de la raza en el sentido directo en que creía en ella Samuel Butler ha caído en descrédito; pero, como enuncia específicamente el propio Haldane: «Un instinto puede evolucionar *como si* la memoria se heredara.»

Uno de los ejemplos más famosos de este mecanismo fue ilustrado por un experimento realizado por Niko Tinbergen, que demostró que en los pavos, faisanes y gansos silvestres es posible provocar una reacción que los lleva a agazaparse aterrorizados haciendo pasar sobre sus cabezas una forma móvil que se asemeje a la de un ave de presa. La reacción aparecía independientemente de que en la vida real los animales hubieran tenido o no ocasión de ver al atacante, o de haber -sido alertados contra él por la agitación materna.

La forma y el movimiento del objeto eran decisivos. Si la misma forma se hacía mover en sentido opuesto no se producía el pánico, porque entonces no sugería un halcón, con su larga cola hacia atrás, sino un inofensivo ganso con el pescuezo estirado hacia delante. En algún rincón del cerebro del faisán anida la convicción inconmovible de que cuando en la retina se forma determinada imagen visual, eso es muy malo y significa peligro.

Es posible que nosotros llevemos en el cerebro la impronta de similares. recuerdos cuasi-raciales, aunque no siempre tengamos cabal conciencia de cómo operan. Hace algunos años, en Norteamérica, un científico de apellido Hess ideó una técnica para detectar las reacciones subconscientes ante las imágenes visuales, midiendo y registrando la dilatación y la contracción involuntaria de las pupilas mientras los sujetos miraban imágenes de diversos objetos.

Se descubrió que cuando se les mostraban rostros sonrientes, las pupilas se dilataban, pero al enfrentarlos con rostros ceñudos o amenazadores, se contraían. Al ver la imagen de un sangriento accidente de tráfico, las pupilas se dilataron mucho con el *shock,* pero después.se contrajeron en seguida nítidamente, porque el espectáculo era nenoso y desagradable.

Constituyó un descubrimiento interesante el hecho de que tales reacciones estuvieran en apreciable medida vinculadas con el sexo. Las mediciones registradas revelaron que, como podía esperarse, las mujeres exhibieron considerable interés en las imágenes de bebés, y los hombres mucho menos. También era comprensible que el espectáculo de un bebé con su madre fuera más placentero que ver un bebé aislado, cosa que en un contexto primitivo ocasionaría cierta angustia.

No habría sido tan fácil prever que según esta escala, los hombres mostrarían mucho más interés que las mujeres en las imágenes de paisajes. Pero esta diferenciación encuentra su paralelo en otras especies, incluso en las gaviotas de Tinbergen, entre las cuales el macho muestra aguda y tensa conciencia de la ubicación, extensión y límites de su territorio, mientras su consorte se conduce como si pensara, a la manera del gato de Kipling: «A mí todos los lugares me dan lo mismo», y es necesario tomarla repetidas veces de un ala y, entre graznidos, llevársela de vuelta a tirones al interior del límite invisible.

Estas reacciones pupilares son totalmente independientes de los niveles más conscientes del cerebro y escapan a su control. Es posible que un rígido y austero pilar de la sociedad respetable

verbalice sus críticas cuando le muestran la fotografía de una ondulante rubia desnuda; puede que frunza el ceño y lo califique de vulgar y repugnante, pero sus pupilas emiten silenciosamente el más estridente de los silbidos. Y creo que estos fenómenos pueden ofrecer indicios tan valiosos para el estudio de nuestra historia evolutiva como lo ofrecen la estructura de un maxilar o la ontogenia de un feto.

Si se le muestra a una mujer la imagen de un varón desnudo, también sus pupilas se dilatarán, y mucho más si ella es joven y sensual. Pero si se recurre a la ayuda de otro dispositivo que permita medir dónde se detiene su mirada, se encontrará que cuando se le muestra la imagen de un hombre, los ojos de una mujer se demorarán en la cabeza, el rostro, el torso y los brazos tanto como en el abdomen, en tanto que al mostrarle a un hombre la imagen de una mujer, es frecuente que no se moleste siquiera en mirar más arriba del cuello. De una manera u otra, parten evidentemente de diferentes premisas.

De modo que si desde el punto de vista de ella, la evaluación definitiva de la mitad inferior de un varón bien de frente y lozano consiste en que se trata de un espectáculo interesante pero no simpático, y que sin duda no la motivaría a espiar ni a pagar para echarle un vistazo, no podemos considerar el hecho como una reacción cultural. Es posible que, a diferencia de la hembra del mandril, la hembra humana haya pasado por una prolongada etapa evolutiva en que sus asociaciones fueron más inquietantes que placenteras. Por más que su mente y su cuerpo puedan decir: «Bonito», detrás de la retina hay algo que dice: «Apesta.» Ello es quizá lo que motiva el extraño fenómeno que registra Kinsey, a saber, que un hombre prefiere hacer el amor con la luz encendida, pero una mujer lo prefiere en la oscuridad. De esa manera puede reaccionar sin reservas.

Ya que estamos en esto meditemos un poco en la araña y la víbora, que a tantas de nosotras nos provocan escalofríos. La vista de una tarántula puede estrecharnos las pupilas como ninguna otra cosa. No basta como explicación decir que algunas especies de arañas son venenosas. Las arañas que pican a la gente son infinitamente más raras que los insectos voladores que pican a la gente; pero aunque consideremos a las abejas con cautela y respeto, no son muchas las personas que ante ellas reaccionan con horror.

Desmond Morris señala una marcada diferencia sexual en la reacción ante las arañas, y decide que estos animales deben ser un símbolo más. «La única clave que tenemos —escribe— es la reiteración con que las hembras se refieren a las arañas como cosas feas y peludas. Sabido es que, con la pubertad, empiezan a poblarse de vello algunas zonas del cuerpo, tanto en los chicos como en las muchachas. A los ojos infantiles el vello del cuerpo debe aparecer como una característica esencialmente masculina...» Esto no me resulta del todo convincente, aunque una encuesta demuestre que la repugnancia femenina hacia las arañas aumente al llegar a la pubertad. No lo creo porque la misma chica que grita al ver una araña se quedará boquiabierta ante una oruga velluda y no vacilará en tomarla en la mano.

Pienso que, como pasa con los faisanes, la mujer reacciona ante el contorno y el movimiento; y pienso que la pauta antiaraña se estableció, como otras reacciones oculares, en las arenas de aquella playa ancestral, donde casi el único ser dotado de la velocidad y la audacia suficiente para constituirse en un peligro para ella o para su desvalido infante era ese otro artrópodo excavador, de cuerpo aplastado y alargadas patas: el cangrejo. Y cabe esperar que la preocupación por los artrópodos aumente cuando una mujer llega a la edad en que puede tener bebés, impedidos de escapar. Tal vez en esos días algunos cangrejos fueran más grandes y más feroces; pero en todo caso, si uno anda demasiado tiempo desnudo por una playa tropical, es posible que los peores sean los más pequeños, no mayores que una araña, pues algunos pueden meterse debajo de la piel y, estableciéndose allí como parásitos, causar horribles laceraciones en brazos y piernas.

Por lo común se ha explicado nuestra fobia a las víboras como algo que nos trajimos al bajar de los árboles, porque si se le muestra una víbora a un chimpancé en el Zoológico, le producirá pánico.

Pero yo no estoy tan segura de que el horror del chimpancé sea de la misma índole que el nuestro. Vernon y Francés Reynolds señalan: «Hay pruebas de que los chimpancés en libertad no

manifiestan reacciones de pánico ante las serpientes como los que se encuentran cautivos. Adriaan Kortlandt ató una gran víbora viva en el camino de un grupo de chimpancés y los animales se limitaron a apartarse un poco al pasar.» Naturalmente, no estamos muy dispuestos a creer que en este aspecto los chimpancés sean menos irracionales que nosotros; pero en realidad el objeto víbora, como el objeto araña, parece ser una especialidad humana.

Quizá no sea una mera coincidencia que la única, otra amenaza que enfrentaba el homínido en las playas puedan haber sido las anguilas que moraban ocultas bajo las rocas donde él solía zambullirse. Los músculos de estos animales son mucho más poderosos que los del hombre, y sus dientes no sueltan la presa; si estando bajo el agua una anguila le mordía un dedo del pie o de la mano, sin que él tuviera un arma lo bastante afilada como para cortarse el dedo o cortarle la cabeza a la anguila, era seguro que jamás volvería a inhalar aire. Estoy de acuerdo en que la teoría parece traída por los pelos. Pero las investigaciones estadísticas han demostrado que la víbora es, por un margen enorme, el animal que la mayoría de la gente más aborrece (con la araña en segundo lugar), y lo más raro del asunto es que cuando se amplía el cuestionario para determinar cuál es la característica del animal que despierta tal disgusto, la mayoría de los que odian a las serpientes explican con presteza que no pueden aguantarlas porque son «viscosas». Ahora bien, la anguila es muy viscosa, pero la piel de una serpiente es tan seca como una cuerda puesta al sol. Esa serpiente viscosa que nos acosa en nuestras pesadillas no existe en el mundo entero, a no ser en los remansos de la memoria racial del *Homo sapiens.*

Claro que todo esto es muy teórico, pero no más que otras explicaciones propuestas para los mismos fenómenos. Pero si alguna verdad hay en todo ello, es muy importante que lleguemos a ver estas cosas de la manera correcta.

La mayoría de los que escriben sobre el sexo, y especialmente sobre las actitudes de las mujeres ante el sexo, han tendido a suponer que debiera existir una predisposición biológica inequívoca y abrumadora a aproximársele con regocijo y deseo, y que cualquier vacilación o recelo tendría que ser resultado de gazmoñería e inhibiciones artificiales, que merecerían ser combatí-dos con reproches y burlas; o bien que puede ser fruto de la perversión o de algún trauma sufrido en la niñez, a lo cual la respuesta adecuada es: «Estás enferma.»

Es muy posible, como sucede con el miedo a la inocente culebra, que la verdad sea lo contrario: que haya una predisposición *innata* a la angustia, susceptible de ser superada por la razón y la experiencia, y por la aseveración proveniente de la tribu de que eso es Bueno, pero susceptible también de resultar enérgicamente reforzada por cualquier situación alarmante. Es el miedo lo que es subcortical; es la mente consciente la que aprende a desecharlo como atávico e inadaptado, como el miedo a las tormentas.

En un momento u otro, la mayoría de las mujeres se han indignado —con justa razón— ante los sentimientos de aversión de los hombres hacia ellas, ante su horror frente a la «impureza» de la menstruación, ante el hábito del confinamiento después del parto y tantos otros bárbaros disparates por el estilo. Pero también a los hombres les ha tocado en suerte que los tildaran de sucios y bestiales; nosotras, tanto como ellos, tenemos nuestra paja en el ojo. Sería bueno que todos pudiéramos librarnos de ellas. También sería bueno que en este aspecto no esperáramos milagros unos ni otras; que nosotras toleráramos en ellos y ellos en nosotras, el hecho de que en ese recíproco fastidio hay elementos cuyas raíces no se remontan, como pensaba Freud, a veinte años atrás, a la infancia de un individuo, sino a quince millones de años... a la infancia de la raza.

9. EL CAZADOR

Y ahora hemos llegado al Pleistoceno. Los homínidos remontan los ríos y se establecen en las costas de los nuevos lagos de tierra adentro. Después de diez millones de años están tan acostumbrados a usar guijarros como utensilios que usan los guijarros de río, y en última instancia (en las zonas muy interiores donde no se encuentran guijarros) lo más parecido a guijarros que puedan encontrar, como el pedernal. Están tan acostumbrados a vivir en cavernas que, como es más difícil hallar cavernas tierra adentro, tienden a establecerse en los lugares donde pueden encontrarlas, y allí dejan sus huesos y sus reliquias: de aquí «hombre de las cavernas».

Tal como se habían habituado a cubrir el piso de la caverna con algas secas, ahora lo cubren de paja o de pieles de animales. Los arqueólogos han encontrado en Niza, Francia, una caverna donde sobreviven reliquias de ambas tradiciones. Allí excavaron los restos del lugar donde ardía el fuego, y hallaron en torno de él una serie de minúsculas conchas de moluscos, del tipo de los que se adhieren a los cordones de algas marinas, y precisamente encima de ellas, una cantidad de uñas (pero no huesos) provenientes de las pieles de los animales. Es claro que no fue un paso de gigante el que hubieron de dar cuando empezaron las lluvias del Pleistoceno; no fue mucho más que un cambio de local.

Pero la brecha se había superado. En forma dramática, sus huesos volvieron a aparecer en las llanuras donde, durante millones de años, no había quedado de ellos rastro alguno. Como dice Afdrey. «A pie volvimos desde donde habíamos estado.» Y volvimos cambiados por el mar y diferentes: erectos, con la piel desnuda, omnívoros, usando utensilios, en las primeras etapas de recuperación de la emergencia biológica y en las primeras de una verdadera comunicación verbal.

Me propongo estudiar en detalle cuatro facetas de la leyenda androcéntrica referentes a los principales desarrollos de esta etapa de nuestra historia. Una de ellas es un informe disidente, bastante romántico, de Robert Ardrey, quien sugiere que en esa época se sembraron las semillas de nuestra sociedad destrozada por las guerras, porque había dos líneas de australopitequinos, una pacífica y otra belicosa, y que la belicosa borró del mapa a la pacífica y se convirtió en antecesora de la sanguinaria raza humana.

Las otras tres son mucho más importantes, porque son casi universalmente aceptadas. Es posible que los especialistas tengan sus reservas respecto de ellas, pero en su mayor parte, tales reservas no han trascendido al conocimiento público: el hombre de la calle se traga esas historias sin masticarlas.

El primer mito relata que en esa época el hombre se convirtió en carnívoro cazador y la mujer, por no ser cazadora, se quedó en casa con sus crías esperando que su compañero aportara el sustento sin el cual ninguno de ellos habría sobrevivido.

El segundo mito afirma que, como consecuencia de lo anterior, ya en tan temprana época la mujer se convirtió en ama de casa y no contribuyó en nada a la cultura humana, en tanto que los varones ponían todos los cimientos de la tecnología y el arte.

Según el tercer mito, durante esa época la raza humana estableció el vínculo de pareja, porque el cazador necesitaba una paz de espíritu basada en el monopolio sexual, de modo que a cambio de sus favores sexuales, mantuvo a una mujer en su caverna y le dio de comer a ella y a sus hijos, con lo que se originó la familia nuclear monogámica: un hombre, una mujer, y su progenie.

Empecemos, pues, por los australopitequinos. No cabe duda de que en África, durante el Pleistoceno, reapareció más de un género de criaturas semejantes al hombre. En diversas partes de África (casi exclusivamente donde hubo antiguos ríos y en las costas de los antiguos lagos) se han

excavado cráneos, dientes, fémures y otros vestigios. Se han reconocido en particular dos tipos, que podemos agrupar bajo los títulos generalizados de *Australopithecus robustus* y *Australopithecus africanus.* El *africanus* era considerablemente más pequeño; a juzgar por sus dientes, era más carnívoro; su cráneo se asemejaba más al nuestro. El *robustus* era más grande y más torpe, con una cresta ósea en el cráneo, como un gorila; tenía grandes molares trituradores provistos de una gruesa capa de esmalte, adecuados para masticar fibras vegetales, y se han encontrado muchos de ellos desgastados de tal manera que sugieren que quizás el homínido tuviera el hábito de extraer raíces a las que no alcanzaba a sacarles toda la arena y cascajo antes de comérselas.

No todos reconocen esta división en dos especies o subespecies; pero de hecho estos tipos generales polarizan algunas de las diferencias entre los homínidos, y es mucho lo que se ha discutido respecto de cuál de ellos (si es que fue alguno) dio origen a la raza humana. El *robustus* tiene el cráneo más feo y de aspecto más brutal, y en las cavernas del *africanus* se amontonan los huesos de animales sacrificados, lo que lo aproxima a la popular imagen de Tarzán, de modo que resulta tentador considerarlo como de rango evolutivo «superior». Lamentablemente, sus huesos se remontan a una época incluso anterior a la del *robustus;* lamentablemente, también, parece que fue este último el que inventó los útiles de guijarro labrados a los que se saluda habitualmente como el comienzo mismo de la cultura «humana».

Robert Ardrey resuelve elegantemente el problema. Con él siempre se sabe bastante bien de qué lado del cerco se va a descolgar. Le da a *robustus,* el vegetariano, la parte de Abel, reserva para el *africanas* (propenso a matar tanto a su propia parentela como a las bestias del campo) el papel de Caín, y postula que en algún momento y en alguna parte: «Caín encontró a Abel y lo mató, y a partir de entonces fabricó sus armas de cuarcita y lava, y engendró la raza humana.» Debemos, pues, descender del *africanus,* de cuyos restos se supone que ofrecen «una demostración positiva de que la primera forma reconocible de afirmación humana fue la capacidad para el asesinato». Y cualquiera que no quiera creerlo es un liberal empedernido.

Desde que se escribió *African Génesis,* los hechos se han vuelto algo más claros. Parece ahora evidente que la guerra, o duelo, entre esta pareja particular, no existió nunca, por cuanto actualmente se han encontrado por toda África restos coexistentes de estas dos especies. *Robustus,* según se ve, no debe haber muerto por asesinato, sino por causas naturales, como infinidad de otras especies antes y después.

A medida que pasaba el tiempo, parecía cada vez menos un competidor al título de antecesor del *Homo sapiens.* La teoría que sostiene que fue el inventor de los primeros útiles de piedra desconchada, no ha sido reforzada por descubrimientos posteriores —actualmente los útiles se atribuyen de ordinario al *Homo habilis*—, y los últimos descubrimientos fósiles han hecho surgir la opinión de que ni siquiera fue un bípedo, propiamente hablando, sino que caminaba apoyándose en los nudillos, como el gorila.

Tal vez estos animales descendían de una especie de *Dryopithecus,* cuyos miembros encontraron un rincón de África con cierta vegetación, y se las ingeniaron para sobrevivir allí en pequeño número a través del Plioceno, sin tener nunca contacto con el mar. Cuando volvió el clima templado, comenzaron a multiplicarse y extenderse; pero, careciendo de las recientes habilidades y adaptabilidad de la rama acuática de su primo *africanus,* no lograron adaptarse para sobrevivir.

Pero lo que más me interesa combatir en la tesis de Ardrey es el supuesto de que, si dos grupos de primates humanoides se han enfrentado en esos lejanos días, el resultado inevitable haya tenido que ser el genocidio.

Vamos a retroceder un poquito para hablar del proceso de formación de las especies.

Como observó Darwin mientras estudiaba la fauna de- las islas Galápagos, todo lo que se necesita para producir dos especies de un animal donde antes no existía más que una es segregar-los mediante alguna barrera (por lo común geográfica, tal como un tramo de océano) en dos grupos a los que, de tal manera, se impide la hibridación. Si la separación se mantiene durante un período prolongado, las dos poblaciones empezarán a divergir entre sí, ya sea en la apariencia o en el

comportamiento o en ambas cosas; y si se prolonga el tiempo suficiente, la divergencia llegará a ser tan extrema que aunque se ponga a las dos poblaciones en situación de mezclarse, ya no se hibridarán.

Si volvemos ahora al Plioceno y pensamos en esa símida semejante al *Procónsul* que había al comienzo mismo del relato, podemos suponer que se movía más o menos libremente por los bosques y junglas que cubrían el suelo de África. Sabemos también que cuando un continente padece temperaturas extremas, ya sean los extremos de frío o de calor, las zonas costeras se mantienen comparativamente templadas. Es posible, pues, que cuando, en el Plioceno, África empezó a cocerse y resquebrajarse, y los bosques a mermar, fuera del cinturón ecuatorial y de los enclaves en tierras altas donde se refugiaron los gorilas, la tendencia de los bosques haya sido a extinguirse a partir del centro y en dirección al mar; de tal modo el símido ancestral, al retirarse junto con los bosques, no estaría retrocediendo en una única línea recta hacia el océano. Debe de haber habido pequeños grupos de esos animales que fueron, por así decirlo, radiados desde el centro a la circunferencia, y que alcanzaron el seguro refugio del mar en diferentes puntos de la costa de África. Allí deben de haber vivido, posiblemente durante períodos muy largos, sin contacto alguno unos con otros, pero inevitablemente configurados en direcciones aproximadamente paralelas por las influencias de su nuevo medio.

Sin embargo, la dispersión debió facilitar la aparición de algunas divergencias morfológicas. En un pequeño grupo aislado, cualquier mutación secundaria habría tenido oportunidad de establecerse, en tanto que en una población más extensa lo más probable habría sido que desapareciera. No cabe duda de que la raza manifestaba entonces una gama de variaciones más amplias que ahora.

Algunas de esas variaciones se extinguieron. Algunas sobreviven únicamente en poblaciones que se han mantenido como estaban quizá desde el comienzo mismo. Los bosquimanes de África, por ejemplo, exhiben peculiaridades físicas, como la esteatopigia, que no se encuentra en otras razas. Y por más que ahora se hayan visto obligados a refugiarse en algunas de las zonas más áridas de la Tierra, es posible que algunos de sus atributos característicos se hayan originado en la era acuática. Por ejemplo, en los días de la emergencia biológica habría sido ventajoso que a la dificultad de la situación no se le sumara el riesgo y la incertidumbre de tener y mantener una erección: el bosquimán varón tiene el pene permanentemente semierecto, desde que nace hasta que muere. Y las mujeres nacen con una cubierta natural sobre los genitales, que recibe el nombre de *tablier égyptien.* Puede que haya sido un ejemplo incipiente de adaptación hidrodinámica como la que encerró los pezones de la hembra del delfín en una vaina de piel retráctil.

Deben de haber aparecido también diferencias de tamaño. La dispersión de una especie tiene como resultado casi invariable divergencias de tamaño; con la mayor parte de las especies de sangre caliente la diferencia de latitud por sí sola basta para producirlas. Cuanto más cerca del polvo viven, más grandes son. El tamaño de las avefrías aumenta en más del uno por ciento por cada grado de latitud norte, de modo que en Spitzbergen las avefrías tienen casi el doble de tamaño que las de Bretaña. En las latitudes meridionales sucede lo mismo con los pingüinos.

El término que suelen usar los biólogos para describir a una población que se multiplica aisladamente es «demo». La cuestión es: ¿qué sucedió cuando los demos dispersos del símido acuático volvieron a reunirse? Es algo que puede haberse producido repetidas veces al azar de las migraciones a lo largo de la costa; pero las probabilidades de tales encuentros deben haber aumentado mucho cuando la fertilidad del Pleistoceno volvió a abrirles las puertas del interior.

Deben haberse enfrentado como extraños. Tal vez, como vimos, en su apariencia diferían notablemente unos de otros. Quizá los machos de uno de los demos hayan atacado y se hayan producido luchas. No es una conclusión tan inevitable como sugerirían algunos autores, ya que es frecuente que diferentes especies de primates vivan juntas en paz en el mismo sector del bosque; pero aunque pelearan, el resultado difícilmente sería el genocidio.

Es improbable que en una refriega así hubiera asesinado también a todas las hembras y a los individuos jóvenes que no ofrecían resistencia. Y si los dejaban con vida, podemos estar bastante

seguros de que las viudas y los huérfanos, dado que pertenecían a una especie compulsivamente social, tenderían más bien a irse con los vencedores que a optar por la dispersión y el aislamiento, aun cuando, medidos con su vara, los triunfadores fueran demasiado altos o demasiado bajos, o demasiado largos, o comieran cosas raras o hicieran ruidos extraños.

En este momento se descompone el mecanismo que Darwin estudió en las Galápagos. En la mayor parte de las demás especies, una gran divergencia en el aspecto o en el comportamiento constituye una brecha demasiado grande para salvarla. Imaginemos, por ejemplo, una especie de aves que hubieran estado separadas en dos islas hasta que entre las dos poblaciones se diera una diferencia de tamaño del veinte por ciento, pongamos por caso. Lo más frecuente sería que al volver a reunirse, la selección natural operara de tal modo que esos demos no se hibridaran, sino que se mantuvieran separados y cristalizados en dos especies, como el alca grande y el alca pequeña.

Y el factor de que se vale la selección natural para lograrlo es la reticencia de las hembras, que tienden a ser conservadoras en sus preferencias. Desde la *Drosophüa* hacia arriba, tienden a rechazar a los machos cuyo aspecto o comportamiento se aparta de la norma. Y desde la *Drosophüa* hacia arriba (con una única excepción), son ellas los árbitros inapelables. Si patalean y se escabullen y sacan el oviscapto, simplemente no hay boda.

Pero cuando regresó a tierra, la hembra del homínido ya no era ni la iniciadora ni el arbitro inapelable dei proceso de selección. Las viudas y los huérfanos que acompañaban a un grupo extranjero victorioso no tenían oportunidad de hablar de la pureza del demo. En realidad, es posible que ya hubieran empezado a perder el instinto de hacerlo y que en alguna medida participaran de la «vaguedad de metas» del macho. En todo caso, lo más probable era que los consideraran como botín de guerra. Entonces ni siquiera una variación de magnitud —-digamos unos treinta centímetros de diferencia de altura— habría representado una barrera para la hibridación, y así ha seguido siendo desde entonces. Las únicas barreras son geográficas y culturales.

No puedo, pues, aceptar el supuesto de Ardrey, según el cual dado que hubo australopitequinos grandes y pequeños, debemos llegar a la conclusión de que fatalmente se produjeron choques entre ambos, y decidir además de cuál de las ramas descendemos, puesto que una debe haber exterminado a la otra

Admitamos, muchachos, dice Ardrey (y ojalá lo admitiera con un poco menos de placer), que provenimos del grupo sanguinario, de los asesinos, de los carnívoros, de los caníbales bajos y fornidos; a los gordos mojigatos los borramos del mapa.

De nuevo se olvida de que existían las hembras. Equivale a decir que, como Guillermo el Conquistador enfrentó al rey Haroldo, tenemos que decidir si los ingleses descienden de los normandos o de los sajones. Si verdaderamente *robustas* y *africanas* se enfrentaron en ese imaginario encuentro de Caín y Abel, no es necesario poner la señal de Caín de manera tan indeleble sobre la frente de toda la especie. Me atrevo a decir que no había pasado un año cuando por nuestras venas empezó a correr, por línea femenina, un generoso aporte de la sangre de Abel-*robustus.*

La variabilidad, la versatilidad, la viabilidad de la raza humana se derivan en no escasa medida del hecho de que, desde el punto de vista biológico, ha seguido siendo una sola especie; que por grande que sea la frecuencia con que se han erigido nuevas barreras —geográficas, sociales o de cualquier índole—, por más frecuentemente que las poblaciones humanas se hayan apartado y hayan diferido en sus rasgos morfológicos, en el color de la piel o en su cultura, una vez que se restablece el contacto las corrientes empiezan siempre a converger de nuevo y a enriquecerse recíprocamente, con lo que acrecientan el potencial evolutivo de la raza como un todo.

Si debemos este aspecto tan peculiar e infinitamente fecundo de la biología humana al hecho de que la hembra se haya visto desalojada de lo que Ardrey llama la posición de «especialista sexual», entonces es posible que la emergencia biológica, por penosas que fueran sus repercusiones, haya sido una de las cosas más creativas que jamás nos sucedieron. Si eso no hubiera pasado, y dado que los hombres al esparcirse por la superficie de la Tierra han alcanzado mayor difusión que los papiones, en la actualidad habría más especies de *Hornos* que de *Papio.* Tal como están las cosas, y

por más que los racistas intenten cegarse ante los hechos, raza no hay más que una.

No hay más que una, y —hasta que aparecieron mutaciones culturales como la de George Bernard Shaw— hace millones de años que es carnívora. Esta evolución de un primate comedor de carne se encara a veces como si fuera un fenómeno nuevo y peculiar. Es verdad que, en general, los primates están abrumadoramente en favor de la dieta vegetariana. En un hábitat arbóreo, la vegetación es lo que más abunda para comer, y en ciertas formas los primates se han especializado en este sentido. Les atrae, por ejemplo, la dulzura del azúcar de frutas, en tanto que ninguno de los auténticos carnívoros como el gato (con la extraña excepción del perro) tiene papilas gustativas capaces de percibir el sabor dulce. Tratar de conformar al gato poniéndole azúcar en el pan y en la leche es un esfuerzo tan superfluo como elegir hermosos colores para adornar la cesta en que duerme, pues la dulzura está tan lejos de su alcance perceptual como el amarillo o el azul.

Pero no es verdad que, como enunció Ardrey en *African Génesis*, «cualquier emoción que le permita a una especie de primates la digestión de la carne debe ser una transformación de proporciones genéticas revolucionarias». Puede que tal afirmación haya estado de acuerdo con los hechos que se conocían en el momento en que él la formuló, pues los estudios sobre los primates progresan con rapidez tal que cualquier libro que se ocupe de ellos (y éste también) corre el riesgo de quedar desmentido pocos meses después por nuevos descubrimientos realizados en ese campo.

De todas maneras, en la actualidad sabemos que los antropoides en libertad comen frecuentemente carne y pescado, y que no es raro que lleguen a matar para procurárselos. Hay un macaco comedor de cangrejos que obtiene la mayor parte de las proteínas que necesita cazando y comiendo crustáceos. Todos los papiones comen animales pequeños y pájaros implumes; algunos matan y comen gallinas pintadas, y los hay que deliberadamente persiguen, matan y comen liebres, gacelas jóvenes e incluso monos pequeños. En ocasiones, los chimpancés matan y comen las crías de los antílopes y puercos salvajes. Jane Goodall vio cómo uno de ellos capturaba un colobo, lo mataba rompiéndole el cuello y se lo comía.

En ninguno de esos animales se convierte en un hábito regular tal forma de comportamiento, pero como forma de variar la dieta, la carne evidentemente les llama la atención. Los demás chimpancés suelen amontonarse en torno al matador y extender la mano para pedir su parte, como los niños que les piden chicle o chocolate a los soldados, pero no se observa este comportamiento en relación con alimentos vegetales, que están al alcance de todo el mundo.

Se ve, pues, con claridad que el homínido no fue el primero ni el único primate carnicero; y que no necesitó tampoco de ninguna «transformación genética revolucionaria» que le permitiera digerir le carne, porque gran cantidad de sus familias primates pueden hacerlo con la mayor facilidad.

Es posible que algunas de las dispersas poblaciones de homínidos no alteraran sus primitivos hábitos de vegetarianos hasta después de haber regresado a tierra; quizás el australopitequino *robustas* era un vegetariano tan inveterado como hace pensar su dentición. No hay en ello nada muy sorprendente. Todos los demos costeros del sí-mido acuático deben haber necesitado aprender nuevos hábitos en lo que se refiere a comida. Así como algunos de ellos pasaron de comer insectos a comer camarones, y después mamíferos marinos, es posible que en la misma difícil situación otros hayan pasado en cambio de la vegetación terrestre a la marina, de las hojas a las algas. Cuál camino habrían de seguir era siempre algo un poco aleatorio. Las algas son un alimento muy nutritivo. La vaca marina de Stelle no comía otra cosa, y tenía un volumen muchas veces mayor que el nuestro. Y también tienen sabor agradable, aunque últimamente hayan pasado de moda. Siempre ha habido, y hay en la actualidad, regiones donde las diversas formas comestibles son consideradas como un manjar delicado.

Así que *robustus* calza muy bien en la teoría acuática. Pero si encuentra cabida en la teoría de Hardy, sin duda les da una buena sacudida a las obras de los tarzanistas. Si el homínido se hizo bípedo para poder correr mejor tras de su presa, ¿de dónde surgió este vegetariano bípedo? Si fabricó armas afiladas para matar animales, ¿cómo explicamos el vegetariano que tallaba guijarros?

El hecho es que en estos estratos muy tempranos es imposible distinguir «El Arma», con ma-

yúscula como se lo escribe muchas veces, del utensilio. Todo depende del contexto. Un cuchillo es un arma o un utensilio, según que uno lo use para despanzurrar a un enemigo o para picar perejil. Un hacha es un utensilio para partir troncos y un arma para partir cabezas. Es posible que *robustus* haya afilado sus utensilios para partir nueces de coco y que al día siguiente los haya usado para despellejar un conejo, porque la dicotomía herbívoro/carnívoro nunca fue tan tajante como nos imaginamos a veces. El *Zinjanthropus* del doctor Leakey, por ejemplo, tenía molares de vegetariano, pero en su tumba se encuentran junto a él huesos de animales pequeños. Como el papión y el chimpancé, no hacía cuestión de lo que comía.

Y la recíproca es todavía más significativa. Los homínidos que se habían convertido en comedores de carne tampoco hacían cuestión de lo que comían. La mayoría de nosotros comemos carne, y sin embargo, en peso, la carne no constituye más que una pequeña parte de nuestro consumo total. Lo mismo era casi indudablemente válido para nuestros antepasados cazadores. No parece haber razón para dudar de la conclusión de Bartholomew y Birdsall, según la cual «como la mayoría de los pueblos cazadores de la actualidad, los australopitequinos usaban probablemente las plantas como principal fuente de alimentos» y se mantenían de «huevos, pescado, crustáceos, insectos, pequeños mamíferos, reptiles, restos que dejaban otros carnívoros, bayas, frutas, nueces, raíces, tubérculos y hongos».

Cuando las condiciones eran desfavorables, debía haber menos variedad. En 1956 Ralph Solecki excavó en los montes Zagros, en Irán, una caverna que resultó haber servido durante miles de años, en forma más o menos continuada, de albergue para el hombre, que al parecer en el estrato 2 —correspondiente no a los australopitequinos sino al propio *Homo sapiens* del Mesolítico— atravesaba un período de escasez, en el cual no hay rastros de productos agrícolas ni de animales domésticos, y «a juzgar por el gran número de conchas de caracoles terrestres que se encontraron, es probable que estos animales fueran el artículo principal de su dieta». Por más heroica que sea la imagen de sí mismo que pintó en las paredes de su caverna, el hombre primitivo no siempre estaba asando piernas de mamut y de gnu.

Si lo señalo no es para disminuir sus logros. Estoy segura de que era magnífico en su plenitud; de que en cuanto a rastrear, sus ojos no le iban en zaga a la nariz de los félidos, de que era incansable en la marcha, de valor indomable, mortal puntería, ingenio sin par, y que cuando volvía al hogar con la carne del puchero, hallaba una acogida cálida y bulliciosa. Todo lo que se refiere a su habilidad, su osadía, sus armas y su inteligencia es perfectamente cierto.

Pero así y todo, hay que volver a ajustar la balanza. Porque cuando un tarzanista habla de «carnívoro», piensa en un lobo y se dice: «Sí, claro, eso es lo que pasó con nuestra sociedad. La mujer se quedaba en la caverna con su cría, como la loba con los cachorros que no pueden participar de la cacería, y allí permanecían hasta que él volvía a casa con las provisiones, sin hacer otra cosa que esperar su regreso para ayudarlo a comérselas.» Y si el tarzanista vive en una sociedad atormentada por el culto a la madre, la dietética y las úlceras de ejecutivos, la imagen cristalizará en su mente y sus corolarios subconscientes serán del tipo de «y desde entonces las mujeres jamás han hecho otra cosa», y «la única ventaja que *él* obtenía era la oportunidad de acostarse con ella cuando volvía de cazar, así que por lo menos para eso tenía que ser buena si quería ganarse su tajada de venado».

En *Back to Methuselah*, Bernard Shaw pone en boca de Caín lo esencial de la versión romántica de la vida doméstica del cazador:

«Cazaré: lucharé y me esforzaré hasta el fin de mis fuerzas. Y cuando a riesgo de mi vida haya cobrado el jabalí, se lo arrojaré a la mujer para que lo cocine y por su trabajo le daré un bocado. Otra comida no tendrá, y con eso la haré mi esclava. Y el que a mí me mate se la llevará como botín. El Hombre ha de ser arma de la Mujer, no su hijo ni su ganapán... Solamente cuando [un hombre] ha peleado, cuando ha enfrentado el terror y la muerte, cuando se ha esforzado hasta agotar el último adarme de sus fuerzas, puede saber lo que es descansar amorosamente en los brazos de una mujer.»

La respuesta de Eva intenta mostrar el anverso de la medalla:

«¡Tú, amo de ella! Eres su esclavo, más que el buey de Adán o que tu propio perro pastor. Con riesgo de tu vida matas al tigre, pero ¿quién se queda con la piel listada por la cual afrontaste el riesgo? Es ella quien se tiende encima, y te arroja la carne pútrida imposible de comer. Peleas porque piensas que al pelear haces que ella te admire y te desee. Tonto: ella te hace pelear para que le traigas los adornos y los tesoros de las piezas que matas. ¿Qué eres tú, pobre esclavo de una cara pintada y de un montón de pieles de zorrino...? Tú eres a los otros machos lo que el armiño es al conejo; y ella es para ti lo que la sanguijuela es para el armiño.»

Todo esto es pura dialéctica, y un hermoso resumen de los pros y los contras del mito del Hombre Carnívoro, mito que todavía vive y alienta en el subconsciente colectivo de los más fornidos grupos unidos por el vínculo masculino.

«La hembra —dice Desmond Morris— tenía que estarse quieta y cuidar de los nenes.» Parecía que en todo el día no tenía otra cosa que hacer. Además, claro, de prepararse para un posible «fantástico despliegue de actividad sexual» cuando el cazador volviera a casa, para mantener bien cimentado el vínculo de pareja.

En un contexto mucho más rigurosamente científico (un simposio sobre el hombre como cazador, en 1968), S. L. Washburn llega a una moraleja muy similar: «La caza alteró el rol del macho adulto en el grupo. Dado que compartir la matanza es el comportamiento normal en muchos carnívoros, es posible que *la responsabilidad económica de los varones adultos* y la práctica de compartir la comida con el grupo resulten del hecho de ser carnívoros.» (La bastardilla es mía.) Esto implica que a partir de ese momento en la prehistoria, las mujeres se convirtieron en seres dependientes y consumidores.

Ya es hora de refutar toda esta leyenda, porque no es un mito puro y simple: es un mito político. Se lo usa para reforzar con seudohistoria y seudoantropología la creencia de que es ir «contra la naturaleza» que las mujeres desempeñen un papel en la vida económica; que «desde tiempo inmemorial» los hombres han dicho «otra comida no tendrá y con eso la haré mi esclava»; y que descendemos de hembras cuya única función consistía en aplacar a los cazadores, hacerlos felices y ocuparse de los nenes.

En realidad las cosas jamás fueron así, ni lo son tampoco ahora entre las comunidades cazadoras que sobreviven. Para empezar, si realmente las mujeres se hubieran conducido así se habrían muerto de hambre. Informa Richard B. Lee, que durante quince meses estudió la vida económica de una tribu de bosquimanes de Botswana:

«No es excepcional que un hombre cace ávidamente durante una semana y después no vuelva a hacerlo durante dos o tres. Como la caza es una actividad impredecible y sujeta al control mágico, a veces los cazadores experimentan una racha de mala suerte y dejan de cazar durante un mes o más. Durante estos períodos, las principales actividades de los hombres son las visitas y distracciones, y especialmente la danza.»

También en el Kalahari, Laurenz van der Post nos informa sobre las actividades de las mujeres y los niños:

«Diariamente las mujeres jóvenes y los niños salían con sus escardas a buscar alimentos en las arenas del desierto. Cada vez que yo les acompañaba no terminaban de asombrarme la inteligencia, diligencia y velocidad con que hacían su cosecha. Una hoja minúscula, casi invisible entre el pasto y los espinos y que apenas asomaba sobre la superficie de la arena roja, hacía que se arrodillaran a cavar hábilmente con sus escardas de madera hasta extraer lo que yo, en mi ignorancia de la botánica del Kalahari, llamaba zanahorias, papas, puerros, nabos, patatas y alcauciles silvestres. Uno de sus manjares más delicados era una nuez de tierra que, después de asada sobre el fuego, habría derrotado a todos los rivales sobre las mesas de copetín. Les encantaba cierta variedad de melón silvestre y había una especie de pepinos muy buscados... Como todo esto lo obtenían en la peor época del año, yo me moría por ver las riquezas que podrían acopiar en la plenitud del verano...»

Y los niños:

«Una noche el monte y la llanura empezaban a vibrar con la llamada de las chotacabras, los gritos melancólicos de los cuervos y el lúgubre ladrido de los chacales... Dimos alcance a una valiente procesión de tres o cuatro niños metidos hasta las orejas entre el pasto y los espinos. Un muchachito, escarda en mano, guiaba el cortejo llevando un atado lleno de raíces, tubérculos, orugas y larvas suculentas. Lo seguía una niña con un montón de bayas silvestres secas por el sol, y de nueces de tierra... El más pequeño de todos llevaba en la mano, a la altura del hombro, una gran tortuga, e iba quedándose sin aliento por sus esfuerzos para no soltar su carga ni quedarse atrás de los mayores.»

Estoy de acuerdo en que van der Post ama muy cálidamente a los bosquimanes, y en que el amor tiñe sus palabras; hay gente a la cual esto le resulta un tanto molesto y que puede, por ende, estar menos dispuesta a aceptar los hechos que él presenta. Volvamos, pues, a Richard Lee en busca de una evaluación estadística y puramente objetiva:

«Los alimentos vegetales integran el 60 a 80 por ciento del peso total de la dieta, y su recolección requiere a cada una de las mujeres dos o tres días de trabajo por semana. Los hombres son cazadores responsables, pero no especialmente afortunados; y aunque el esfuerzo laboral de hombres y mujeres sea aproximadamente equivalente en términos de día-hombre, el aporte alimentario de las mujeres duplica o triplica el peso de lo que aportan los hombres.» Aparte el Ártico, este 60 a 80 % es válido para *todos los grupos cazadores-recolectores estudiados hasta la fecha.*

(La pauta de los esquimales, aleutianos y otros grupos del Ártico es diferente por la sencilla razón de que durante buena parte del año no hay alimentos vegetales, pero estas comunidades no tienen demasiada importancia para nuestra historia evolutiva, ya que el *Australopithecus* era africano.)

Tal es, pues, el verdadero cuadro de la vida del primate cazador. Está muy lejos de la leyenda del varón que llega al fin de sus fuerzas mientras su pareja se reclina en un lecho de pieles hasta poder satisfacer gratuitamente su voracidad y la de su cría con los frutos del esfuerzo del cazador. Y si él lleva sus armas adondequiera que va, también ella lleva con qué moler semillas y nueces que aporten su riqueza proteínica a la dieta de ambos.

Al hablar de la dieta de los pueblos cazadores-recolectores en la mayoría de las partes del mundo, los antropólogos tienden a usar frases como: «La carne es alimento importante desde el punto de vista del prestigio...» «considerada como un especial agasajo...» «una interrupción de la rutina de la alimentación vegetariana...».

Por más que no quepa esperar que los alimentos vegetales dejen depósitos arqueológicos en el suelo en la misma medida que los huesos de los animales capturados, allí donde las condiciones del suelo han favorecido su preservación, los estratos del Mesolítico y del Paleolítico han aportado pruebas —en forma de semillas, cáscaras de nueces, piedras para moler y escardas— que confirman que la pauta no se ha modificado mucho. La idea de que en la etapa cazadora de su desarrollo el varón asumió la «responsabilidad económica» simplemente hace agua. Lo único que sucedió fue que el hombre era el que ganaba la carne y la mujer la que ganaba el pan.

Pero el mito de que la hembra primitiva era improductiva persiste, y me temo que jamás lo erradiquemos de la conciencia humana —especialmente del varón— a menos que por orden gubernamental, así como en los paquetes de cigarrillos se advierte del riesgo que representan para la salud, se disponga que cualquier publicación que se ocupe del tema deba llevar en la solapa una fe de erratas: «Respecto del *Homo sapiens:* Donde dice carnívoro, debe decir omnívoro.»

De las nuevas pautas de comportamiento de la mujer que se ganaba el pan y de su marido cazador y matador resultó una importante consecuencia: ahora tenían más tiempo para pensar, y también problemas nuevos en que pensar.

En términos generales, los vegetarianos del mundo son los que tienen más probabilidades de encontrarse con que la alimentación es virtual-mente una tarea de jornada completa. Un gusano de seda, por ejemplo, jamás descansa un minuto de su esfuerzo. Un elefante en libertad dedica la

mayor parte de sus horas de vigilia a buscar y comer los casi trescientos kilos de forraje fresco que necesita diariamente para mantenerse en condiciones; y las vacas, cuando descansan un rato de la actividad de comer pasto, se limitan a regurgitarlo y procesarlo de nuevo. Por contraste, cuando están hartos, un león o un buitre o una boa constrictor pueden quedarse pacíficamente al sol durante toda la mañana o todo el día o toda la semana, sin hacer otra cosa que digerir.

Como vegetarianos, sin embargo, ya los símidos antropoides lo pasaban bastante bien: un gorila en un lujuriante rincón de la selva no necesita pasarse el día entero comiendo, y la siesta es práctica habitual entre los primates.

Sin embargo, la nueva economía que combinaba la recolección y la caza mejoró aún más la disponibilidad de ocio. Hace algunos años, Marshall Sahlins despertó una controversia al oponerse a la visión del hombre primitivo como alguien que llevaba una existencia abrumadora, siempre acosada por el fantasma del hambre, refiriéndose a ese estadio de nuestro desarrollo como «la sociedad afluente originaria», después de definir una sociedad afluente como aquella en la cual las necesidades de todos se satisfacen fácilmente.

Los antropólogos que estudian la mayoría de los grupos cazadores-recolectores, aparte los del Ártico, presentan detallados informes que lo confirman. Frederick D. McCarthy y Margaret McArthur realizaron un estudio sobre el tiempo y el movimiento en los aborígenes australianos, donde se revela que el tiempo dedicado a la obtención y preparación de la comida asciende en un grupo a un promedio de cinco horas por día, y en otro grupo a menos de cuatro. Para la tribu bosquimana citada da de dos a tres días de trabajo por semana, en tanto que para los hadzas. James Woodburn da un promedio de dos horas por día. Claro que según nuestro criterio, el nivel de vida no es alto; pero una semana laboral que bastaría para poner verde de envidia a un sindicalista norteamericano les alcanza para vivir, criar a sus hijos, mantener a los adultos improductivos y les asegura una dieta variada con un tenor de calorías y proteínas que excede en mucho a la Cuota Diaria Recomendada de los dietistas.

Si los homínidos —y por esta vez nos podemos referir a ellos como australopitequinos— llevaban ese tipo de existencia, ella posibilitó un paso más hacia el *status* humano. Cuando un león está lleno, se limita a tirarse a dormir al sol, pero un primate, especialmente si es joven, es una criatura más inquieta y más curiosa. No sirve para quedarse ahí sentado los tres o cuatro días semanales que le quedan libres. Se sienta, sí, pero para manosear algo, o juguetear con algo, para hacer algo en suma. Y este esfuerzo y práctica constantes deben haberle servido para evolucionar desde su condición de *Australopithecus,* con su cerebro reducido y su actividad manipulador de guijarros, a la de *Homo sapiens,* el auténtico artesano.

Aquí no podemos reprocharles a los androcéntricos la deducción, ejemplificada por Washburn y Lancaster, de que «los útiles de los cazadores incluyen los primeros objetos bellos de factura humana, los bifaciales simétricos, en especial los de la tradición chelense». Después de todo, fue el varón el que tuvo el incentivo necesario para imponerle a la piedra formas funcionales. Las mujeres usaban la piedra; pero para moler granos y nueces lo que se necesita no es, básicamente, más que una piedra plana donde apoyarlas y una piedra redondeada para aplastarlos con ella, y con un poco de paciencia para buscarlas, por lo general se las encuentra ya hechas.

Sin embargo, el hombre empieza aquí a perfilarse como tecnólogo. Los problemas de su nueva actividad ponen a prueba su cerebro: quiere armas que se puedan blandir y arrojar. Como observa Washburn: «Un hacha o una lanza, que se han de usar con velocidad y potencia, responden a exigencias técnicas muy diferentes de los instrumentos destinados a raspar y excavar, y es muy posible que el intento de obtener armas eficientes y de alta velocidad haya sido lo primero que produjo objetos bellos y simétricos.» Y señala tentativamente más lejos aún, el pasaje del artesano al artista: «Es claro que el éxito de los útiles ejerció gran influencia sobre la evolución del cerebro, y creó las habilidades que hicieron posible el arte.»

Pero, ¡ay!, la mujer jamás arrojó lanzas. ¿Será posible que ya aquí tengamos los comienzos de la dicotomía que explica por qué no hay réplica femenina reconocida de Leonardo, Rembrandt y Pi-

casso? Sería muy triste que así fuera.

Tratemos de imaginarnos cómo pasaba ella las horas de ocio. Cuando estaban en movimiento, los ojos de él se ocupaban constantemente en la busqueda de rastros, excrementos, carroña o cualquier signo de presa o de predador; los de ella tampoco dejaban de buscar bayas atractivas, hojas, semillas, raíces o panales. La tarea de él le exigía valor, rapidez y un arma; la de ella requería paciencia y (ahora que iba recogiendo más de lo que necesitaba comer) un recipiente. Media cáscara de coco no estaba tan mal, pero la cáscara de un huevo de avestruz era mejor, porque era más fácil controlar el trozo que se sacaba para hacer la abertura. Pero a veces en la llanura no había ni cocoteros ni calabazas ni huevos de avestruz; y cuando no tenía otra cosa que hacer, nuestra abuela solía vagabundear en busca de algo cóncavo y portátil, y probablemente circular, ya que los recipientes a que estaba acostumbrada eran circulares.

Sus ojos no tropezaban con nada que se asemejara de algún modo a esa configuración, a no ser las huellas resecas por el sol que habían dejado los pozos de agua. Una y otra vez, sus ojos deben haberle dicho: «Ésa es la forma», mientras su cerebro rechazaba el mensaje porque las huellas no eran portátiles.

Inevitablemente, algún día, mientras el varón tallaba sus pedernales, ella debe haber intentado excavar y sacar entera una de esas huellas, que por supuesto se le rompió. También habrá sido inevitable que tarde o temprano, en una larga tarde de verano, bien comida y después de otro intento fallido, se haya puesto a jugar con el barro húmedo, dándole la forma de una cáscara de coco artificial, y haya tenido que dejarla cociéndose al sol mientras ella se iba a preparar la cena.

En términos arqueológicos, la alfarería es posterior a Las Armas. Es mucho menos duradera que la piedra, y los primeros trabajos de aficionados deben haberse desintegrado sin dejar rastros. En todo caso, cuando nos ponemos a considerar cuál fue el «primer objeto bello y simétrico» que jamás se hizo, vemos que debe haber sido en alguna medida obra del azar, se tratara de la punta de lanza de él o del recipiente de ella. De todas maneras, no es que a ella le hayan adjudicado alguna vez el mérito del recipiente. Las armas son invento del «cazador», del «varón», en tanto que la alfarería, como saben todos los escolares, la inventó «el hombre».

Admito que es un término genérico y que puede abarcar a su esposa tanto como a él; pero no puedo dejar de sentir que la mayoría de los autores, hasta donde se les ocurre pensar en eso, tienen una nebulosa teoría más o menos así: «Un día él observó con una leve sonrisa que su mujercita estaba afanadísima llevando los cereales a casa a puñados. Sin decir una palabra, hizo a un lado sus hermosas armas simétricas y durante unas semanas se apartó de sus compañeros y del vínculo masculino para dedicarse al problema, y finalmente inventó el cacharro. Le dio a ella algunos prototipos y un curso elemental de fabricación, le palmeó la cabeza y corrió hacia la pradera a reunirse con el grupo de cazadores.»

Bueno, puede que haya sido así. Nadie puede demostrar lo contrario, como nadie puede demostrar que no fue ella la que un día dijo: «Chicos, hoy jueguen sin hacer ruido que estoy inventando el arco y la flecha para papá.» Lo único que yo sostengo es que en la segunda de estas historias no hay más improbabilidad inherente que en la primera; pues la necesidad es la madre de la invención, y como los roles económicos de ambos divergían, el recipiente era una necesidad de ella y no de él. Nadie necesita un cacharro para llevar el venado a casa.

Y cuando llegamos al *Homo sapiens* prehistórico, tenemos como guía algo más que la probabilidad. Por segura que sea, nuestra conjetura de que los que hicieron las armas prehistóricas fueron los varones no es más que una deducción, pero en la cerámica prehistórica quedaron las huellas de los dedos que las modelaron, y el arqueólogo soviético P. N. Tretyakov, entre otros, ha señalado que la forma de las impresiones digitales indica, muy claramente que fueron obra de mujeres.

La última forma de comportamiento importante que se considera por lo común como legado de la era de la caza y la recolección es la monogamia. ¿O habrá que decir «vínculo de pareja?» No, creo que no. Suena espléndidamente científico, pero de hecho encierra un montón de falacias referentes a la naturaleza de las relaciones humanas.

En primer lugar, el *Homo sapiens* no es ni ha sido jamás una especie donde exista el vínculo de pareja, y hay muy pocas especies así. Únicamente una selecta y bastante heterogénea banda de criaturas, que incluye el cuervo, el gibón, el ganso y el camarón pintado, se permiten el hábito de elegir compañero y serle fiel hasta que la muerte los separa. Y esta característica es, al parecer, la única que todos ellos comparten. Hay entre ellos carnívoros y herbívoros; aves, mamíferos y crustáceos; especies sociales y no sociales, que habitan diferentes partes del planeta, diferentes tipos de ambiente e incluso elementos diferentes. Parecería casi que, fuera cual fuese el hada madrina que tuvo ei poder de concederles el don biológico de la fidelidad de por vida, tomó al azar el nombre de sus beneficiarios, sacándolos de un sombrero. Y allí no había ningún papelito con nuestro nombre.

Si estuviéramos dotados de la misma pauta de apareamiento del ganso, no podría haber poligamia, ni promiscuidad, ni celibato, ni harenes, ni matrimonios por grupos, ni matrimonio de prueba, ni tampoco divorcio en ninguna comunidad humana ni en parte alguna del mundo. Decir «mi ex mujer» no tendría más sentido que decir «mi ex hermana». El vínculo de pareja le llegaría a un hombre de manera tan ineluctable como la pubertad o la muerte, y se aparearía de por vida con la mejor hembra libre que estuviera a su disposición durante el breve período en que estuviera maduro para esa impregnación. Si en ese momento se encontrara en la selva de Vietnam se aparearía, *faute de mieux,* con el soldado más próximo que llegara a estar en la misma situación de vulnerabilidad; y en lo sucesivo, con o sin actividad homosexual, ambos serían inseparables mientras vivieran, y la mismísima Brigitte Bardot sería impotente para arrancar a ninguno de los dos de su fidelidad. Es un sistema inflexible, bastante en el estilo de la poción amorosa de Titania, salvo que no se le conoce antídoto. Y evidentemente, no es el sistema bajo el cual funcionan los seres humanos.

Sin duda es posible argumentar que, dado que la esencia de la evolución es la modificación y el cambio, puede que estemos saliendo de —o entrando en— un período de vínculo biológico de pareja que todavía (o ya) funciona parcialmente.

La probabilidad de que estemos saliendo de él es virtualmente nula. No hay especie estrechamente relacionada con la nuestra que dé signo alguno de este tipo de comportamiento. El único símido monógamo es el gibón, y Washburn y Lancaster advierten a cualquiera que se sienta tentado de equiparar nuestra vida familiar con la de estos lejanos primos asiáticos:

«El grupo familiar del gibón se mantiene por obra de un comportamiento extremadamente territorial en el cual ningún macho adulto tolera a otro; por las hembras agresivas y dotadas de fuertes caninos y por un impulso sexual muy bajo en los machos. El grupo macho-hembra es toda la sociedad. El grupo de gibones se basa en una biología diferente de la de la familia humana y no tiene ninguna de sus funciones económicas recíprocas. Por más que en el tipo de vida social que llevan los chimpancés falte una organización familiar, para convertirla en la vida social del hombre se requeriría una evolución mucho menor que la que sería necesaria en el caso de los gibones.»

Si por otra parte postulamos que nos casamos porque vamos *hacia* un período de vínculo biológico de pareja, parece entonces que este movimiento hubiera operado de manera muy esporádica y fragmentaria, sin haberse universalizado en ningún momento, y que últimamente diera signos de estar invirtiéndose. Esas fluctuaciones rápidas son más típicas de las pautas culturales que de las biológicas; y por eso prefiero el término cultural «monogamia» a la expresión seudobiológica «vínculo de pareja».

El «impulso sexual muy bajo» del gibón nos llama la atención sobre una tercera falacia: que el vínculo de pareja se base en la atracción sexual. Konrad Lorenz, que dirigió una clásica investigación sobre el vínculo de pareja en los gansos, enuncia bien categóricamente: «El vínculo que mantiene unida para toda la vida a una pareja de gansos es la ceremonia del triunfo y no las relaciones sexuales entre sus miembros.» Y de hecho presenta algunas pruebas de que la solidez del vínculo de pareja en una especie es un indicador bastante confiable de su nivel de agresividad hacia los de su propio género. Eso tiene sentido. Si uno odia a muerte a todos los que lo rodean, se hace absolutamente necesario desarrollar un sistema que exima por lo menos a un único individuo de esa hostilidad general, porque de otra manera la especie no podría sobrevivir.

Lo que nosotros tenemos no es vínculo de pareja, sino una pauta de organización que los científicos denominan familia nuclear, a saber, papi, mami y los nenes.

Como esta característica nos resulta tan familiar en nuestra propia vida, la mayoría de la gente tiende a proyectarla de manera demasiado indiscriminada en la vida de otras criaturas. Les contamos a nuestros hijos el cuento del cálido hogar de «Papá Oso y Mamá Osa y Bebé Oso», olvidándonos del hecho de que Papá Oso se engulliría con toda seguridad a Bebé Oso a la primera oportunidad, si Mamá Osa no le diera al bebé un riguroso adiestramiento de trepador de árboles antes de dejarlo solo sin su vigilancia. El hecho de que muchos Zoológicos sigan el estilo del Arca de Noé y pongan juntos un macho y una hembra de la misma especie anima a los padres a decirles a sus hijos: «Ahí tienes al papito elefante y a la mamita elefanta con el elefantito»; «Mira el papá jirafa y la mamá jirafa y la jirafita»; «Ahí están papá mono y mamá mona con...» y así *ad infinitum*, como si la familia nuclear fuera una característica natural en la vida de los paquidermos, ungulados, primates, etc., etc., por no hablar de gatos, perros, caballos, gallinas y ovejas.

En Ja gran mayoría de tales casos el rol de papito es puramente genético; lo más fácil es que su interacción con cualquier mami individual sea casual y pasajera, y que su reacción individual ante su progenie sea mínima o ni siquiera exista.

El grupo de los primates, de los cuales derivamos, no se exceptúa en general de la regla. En *Social Groups of Monkeys, Apes and Men,* Michael Chance y Clifford Jolly señalan que entre la mayoría de los primates los machos procuran a toda costa evitar la proximidad de los infantes, y que las hembras apoyan de buena gana esa tendencia. Entre los langures, por ejemplo, es raro ver a una madre con su infante a menos de siete metros de un macho adulto, y si es éste el que infringe el límite, es posible que la madre lo amenace o lo rechace.

Papá Gibón es insólito en cuanto mantiene un grupo familiar nuclear. Pero sólo tolera la presencia de sus descendientes mientras todavía son infantes, y después su mujer coopera con él en la tarea de alejarlos mediante un tratamiento desagradable tan pronto como empiezan a madurar.

Sin embargo hay un grupo en el cual los machos se interesan profundamente en los infantes. Entre los papiones y los macacos un bebé es centro de la más viva atención de todos los miembros del grupo. Tanto los machos como las hembras están ansiosos de examinarlo y de tenerlo en brazos. Los machos adultos despiertan atracción en los individuos jóvenes y son tolerantes con sus juegos, y hay especies en las que es tan probable que sea un macho como una hembra quien «adopte» a un pequeño huérfano para protegerlo y acicalarlo.

Así y todo, el hecho es que ni siquiera en estos casos nos acercamos a la familia nuclear. Un macho dominante ayuda a criar a los pequeños no en su rol de padre —puesto que no tiene relación de apareamiento estable ni exclusiva con ninguna de las hembras— sino en su rol político y pedagógico, como uno de los ancianos de la tribu. Es un tipo de sociedad que no tiene relación alguna con la nuestra.

En algún momento y por alguna razón nos apartamos de las costumbres de nuestros parientes y amigos para embarcarnos en la senda que conducía a la vida familiar privada. En lo que se refiere a cuándo sucedió, las pruebas apuntan al Pleistoceno, el apogeo vital de los homínidos cazadores-recolectores, la era que produjo finalmente hombres verdaderos. Lo que no está tan claro es por qué sucedió.

Los tarzanistas parten de la premisa lógica de que debemos empezar con algo más simple y más básico todavía que la familia nuclear de papá, mamá y los chicos. Toman, pues, como mínimo irreducible, la pareja un-macho-una-hembra y se empeñan en explicar su existencia. Naturalmente, se lo adjudican todo al sexo y a las necesidades del varón cazador. Él tenía que asegurarse de que su compañera le fuera fiel mientras él seguía las remotas pistas, y todo eso.

Pero sin duda esta afirmación es extraordinariamente subjetiva. A la mayor parte de los primates les importa un rábano si sus compañeras les son «fieles» o no. Es frecuente que los machos más ferozmente dominantes observen sin pestañear siquiera cómo una de sus hembras favoritas copula con otro a unos metros de distancia. Es verdad que el gibón aleja a todos sus rivales potenciales, y

nosotros tendemos a suponer que no puede soportar que estén cerca de su mujer; pero bien puede ser que no soporte que estén cerca de *él,* pues aleja tanto a sus hijas como a sus hijos. Es que, simplemente, no quiere mucho a nadie.

La verdad es que en la relación sexual no hay nada que sea inherentemente exclusivo, o inherentemente permanente. No hay ninguna razón por la cual una criatura cualquiera haya de necesitar que una relación sexual se convierta en una sociedad bilateral perdurable, como no lo necesita de una relación cuyo fin sea rascarse la espalda. Entre los diversos vínculos que facilitan la coherencia de las sociedades animales, el vínculo sexual es, con mucho, el que tiene más probabilidades de ser efímero. Donde no lo es, es siempre porque operan otros factores más poderosos.

Volvamos a revisar esa premisa: que la familia nuclear comienza con la pareja macho-hembra. Si pensamos en términos de lluvia de arroz y campanas de boda, es una de las verdades que podemos considerar como de suyo evidentes. Pero si pensamos en función de la evolución, entonces lejos de ser evidente, de suyo es un disparate insigne.

El mínimo irreductible que precedió en muchos millones de años a la familia nuclear no era de ninguna manera el grupo papá-y-mamá. Era el grupo mamá-y-los-nenes.

Michael Chance y Clifford Jolly: «Entre los primates la relación madre/infante es una relación mínima que en las sociedades de primates subhumanos constituye una estructura de sostén que llega incluso a sobrepasar la cohesión característica de las cohortes de machos.»

Recientemente S. I. Washburn expresó que la fuerza y la importancia de esa estructura de sostén era «uno de los principales descubrimientos de los últimos años». No es cuestión de la provisión de leche, ni tampoco del contacto corporal que según han establecido los psicólogos, también es vital para un desarrollo sano. La necesidad de leche y de contacto llega a su fin en una etapa temprana, pero la relación se mantiene.

En los monos *Rhesus,* por ejemplo, sigue un vínculo poderoso hasta bien entrada la progenie en su edad adulta. Donald S. Sade observó un caso en que «una madre protegió a su hijo, que ya era totalmente maduro, desviando de él el ataque de un macho adulto».

Además el vínculo sobrevive al nacimiento de hermanos y a medida que ascendemos en la escala de los primates su fuerza tiende a incrementarse más bien que a disminuir. Los escritos y los filmes de Jane Goodall y de su marido presentan la vida de los chimpancés en libertad, y he aquí el comentario de Irven de Vore al respecto: «Lo que me sorprende en ellos —especialmente en los filmes recientes— es hasta qué punto las crías siguen estando ligadas a la madre aun cuando ya hayan alcanzado la condición de adultos jóvenes. Uno no se encuentra con una banda o grupo organizado en el sentido en que esto se observa en los monos, sino con muchas hembras mayores rodeadas de sus crías inmaduras, que pueden ascender hasta cuatro e incluir jóvenes machos adultos.»

También los estudios de los monos realizados en Japón y los de los macacos *Rhesus* en la India establecen que en estas especies se da el vínculo igualmente poderoso.

De modo que actualmente sabemos que en los chimpancés, por ejemplo, una interacción que se solía describir como un vínculo madre-«infante», al tiempo que se la consideraba en buena parte unilateral y centrada principalmente en la nutrición, es en realidad una fuerte relación recíproca que puede durar arriba de ocho años, lo que es mucho en la vida de cualquier primate. Eso les habría parecido encantador a los Victorianos más sentimentales; como en la actualidad retrocedemos con un asomo de pánico ante el culto a la madre, puede que a nosotros nos resulte un tanto incómodo. Pero eso no quita que en su estado natural, y sin que ningún freudiano les señale que están enfermos, esos símidos desinhibidos se conduzcan realmente de esa manera.

Se me hace imposible contemplar esa estructura poderosa y universal, característica de los primates, que en las especies más avanzadas mantiene unidos en una relación consanguínea duradera a uno de los progenitores y a uno, dos, tres o cuatro de sus hijos, y que dura hasta que estos últimos son totalmente adultos, sin verme arrastrada a la conclusión de que ahí está el origen de la familia nuclear humana. Lo único que falta es papá.

Mientras la organización familiar de los primates siguió siendo matrifocal, los machos desempeñaron un rol importante como líderes y defensores del grupo y de su territorio; eran importantes para las agrupaciones de machos jóvenes como mentores y modelos; y llevaban una vida sexual promiscua y satisfactoria. A ninguna de esas criaturas espléndidas y libres se le habría pasado jamás por la cabeza la idea de unirse permanentemente a una hembra individual y a los hijos que ésta producía regularmente y de los cuales iba rodeándose. Sin embargo, eso es precisamente lo que terminó por hacer: tenemos que preguntarnos por qué.

Hay muchas especies en las cuales el padre desempeña un rol que trasciende lo genético, y es frecuente que no podamos delimitar con precisión los factores que dictan ese tipo de comportamiento. Pese a ello, algunos determinantes son fáciles de percibir.

Son todas especies en las que las crías son incapaces de valerse por sí solas, como los bebés, los pichones o los lobeznos. Pero eso no es suficiente, porque también los pequeños denlos monos y de los canguros son desvalidos, pero no despiertan ningún sentimiento paternal.

Son todas especies en las que los pequeños son alimentados y criados en un solo lugar, sea éste un nido, guarida o arrecife donde los padres deben retornar. Al parecer, éste es un factor vital, y no puedo recordar que haya excepciones. En realidad, Robert Ardrey defiende convincentemente la creencia en que, en tales casos, lo realmente básico es el apego al lugar, y que la devoción hacia la hembra (y a veces hacia las crías) que lo habita temporalmente no es más que un corolario.

Sin embargo, esto tampoco es suficiente, pues los gatitos y los osos y los roedores también son desvalidos en sus escondrijos, pese a lo cual el Señor Don Gato y Papá Oso y el Hermano Conejo se aferran a sus descuidados hábitos de solteros.

Parecería que papito sube a escena únicamente como último recurso, cuando por una razón u otra la tarea de ocuparse de los pequeños es demasiado pesada para que uno solo de los padres le haga frente. Esto es válido para muchas aves, cuyos pichones üenen que cumplir su ciclo de crecimiento en una sola estación y tienen un apetito tan voraz que ambos padres necesitan de todas las horas que Dios les da para llenar los picos siempre abiertos. Es válido para el castor, pues el hogar y la casa y la seguridad del cuarto de los niños dependen de que el servicio de reparaciones del dique funcione veinticuatro horas diarias, tapando cualquier agujero tan pronto como aparece. Es válido para algunas especies árticas que viven en un medio tan despiadadamente hostil que sin un sistema de turnos rotativos ninguno de los padres podría empollar un huevo, y no hablemos de criar un pollo, sin morirse de hambre y" frío en el intento. En este tipo de situación, papá se pone espléndidamente a la altura de las circunstancias: es una torre de fortaleza. Cuando la vida es fácil, es probable que se limite a copular y siga su camino silbando: Cualquier cosa que pase después es estrictamente asunto de la hembra.

De todos esos factores, ¿cuántos se aplicaron al homínido? Sus hijos nacían desvalidos, pero apenas por un margen muy estrecho más desvalidos que los del gorila. Sin embargo, a medida que el cerebro iba haciéndoseles más complejo y que necesitaban cráneos más grandes, tuvieron que nacer en una etapa cada vez más «prematura», porque de otra manera jamás habrían pasado por el anillo pélvico; por ende, su período de desvalimiento se prolongó, y como la madre no tenía piel de donde pudieran aferrarse, transportarlos se convirtió en algo más incómodo.

En segundo lugar, la guarida. A medida que la economía de recolección y caza fue haciéndose la norma, tanto los machos como las hembras se encontraron con frecuencia en posesión de más comida de la que necesitaban para esa vez. Tenía que haber algún lugar para llevarla y almacenarla; y en una etapa posterior, un lugar para cocinarla. Ya en los primates subhumanos era parte de la pauta de la familia matrifocal que la madre compartiera la comida con sus pequeños: así sucede con los chimpancés. En las raras ocasiones en que un chimpancé consigue un poco de carne, la compartirá con los que están cerca de él; pero una madre compartirá con sus hijos cualquier tipo de comida si ellos se lo piden.

Entonces, a medida que la hembra del homínido aumentaba en eficiencia para recolectar alimentos y en ingenio para procesarlos, los chicos iban a llegar a saber que si tenían hambre y no

había nada rico a la vista, siempre podían ir a ver si Mamá les daba algo. E iban al lugar donde ella guardaba sus recipientes y su piedra de moler: en realidad, iban a casa. Y si encontraban algo interesante pero que no se podía comer, por ejemplo, una tortuga, lo llevaban a casa para que ella lo preparara.

Recordemos que era una relación que incluso en los símidos se prolonga durante ocho o más años. Cualquier homínido que se hubiera pasado la primera década de su vida yendo a comer a casa, donde había una mujer, debía haberse acostumbrado a eso. Habría empezado a hacerse a la idea de que ésa era una de las cosas para las que estaban las hembras, y cuando su madre moría o el vínculo matrifocal terminaba por debilitarse, automáticamente buscaría a su alrededor otra hembra.

Como es natural, no era tan dependiente como los niños. Era frecuente que saliera a cazar pequeños animales y que se los comiera en el monte, o animales grandes y los trajera a casa, como solía traer pequeños roedores y tortugas. Pero cuando la presa se le escapaba, o su lanza no daba en el blanco, o simplemente no tenía ánimo, le gustaba saber que tenía dónde ir a comer un bocado.

Se enfurecía terriblemente si encontraba otros machos adultos rondando a la misma hembra y sirviéndose. El sexo era una cosa —de eso había abundancia y su propia cuota no se reducía si algún otro se lo había procurado antes—, pero la comida era algo muy distinto. Un intruso hambriento podía hacer desaparecer en diez minutos el resultado de varias horas de recolección y molienda, y una vez desaparecido ya no había remedio. Pero no tardó mucho en descubrir que era más prudente preocuparse también por el asunto sexo, porque desde que el sexo se había puesto menos *sexy* y lo habían mezclado intempestivamente con el amor, la mujer tendía a mirar con ojos tiernos y casi maternales a cualquiera que la mimara y la tratara con ternura, y permitirle sin ningún inconveniente que se sirviera bizco-chitos.

Eso lo ponía furioso. A veces dedicaba tanta atención a evitar que sucediera y a reafirmar sus propios derechos prioritarios a tener relaciones sexuales con ella, que casi no le quedaba tiempo para seguir ejerciendo la promiscuidad por su cuenta. «Esta mujer es *mía* —se dijo—. Y esta casa es *mía.* Y las ollas que hizo la mujer son *mías.* Y esos bebés que hizo la mujer —por más que no tuviera idea de que él había ayudado a fabricarlos— son hijos *míos.»* Inadvertidamente, se había introducido en el grupo familiar matrifocal, y estaba en camino de convertirse en Papi.

Pero el hombre verdadero, el *Homo sapiens* propiamente dicho, es hijo del Pleistoceno. Durante aquellos milenios turbulentos en que el ho- minido vagaba sobre la superficie de la Tierra, mientras el hemisferio norte oscilaba entre edades de hielo y edades de verdor, y el hemisferio sur entre la polvorienta escasez y las lluvias torrenciales, entonces entró en juego el tercer factor. Si para esa época la familia nuclear no hubiera tenido padre, habría habido que inventarlo. Una y otra vez la familia humana debe haber pasado por épocas de crisis climáticas en que casi todos los niños vivientes tenían un padre cuya devoción hacia el grupo familiar era inconmovible; y no porque en el corazón humano haya alguna reserva de nobleza que invariablemente se moviliza con la adversidad, sino simplemente porque un bebé se hubiera muerto si tenía cualquier otro tipo de padre.

Es innegable que la era del hombre como cazador fue decisiva, pero creo que se la ha comprendido mal en muchos aspectos. Principalmente, se ha sobreestimado su duración, ya que los hombres tendían a imaginar que sus antepasados aprendían a cazar en las llanuras africanas durante los diez millones de años faltantes, que según afirma Hardy pasaron en otra parte. Si aceptamos la teoría acuática, entonces el tiempo transcurrido entre el retorno a tierra y el pasaje a la agricultura y la cría de ganado en la mayoría de las comunidades humanas se reduce a un par de millones de años. El único rasgo físico reconocible que eso nos ha dejado es la capacidad del varón para arrojar cosas con más fuerza y más destreza que la mujer. Por eso son tan buenos para el *cricket* y el *baseball.*

Como los tarzanistas, creo que fue ésa la época en que empezó a evolucionar la familia nuclear; pero creo que su evolución estuvo más bien vinculada con la economía que con el sexo; y creo que ha contado con mucho menos tiempo de lo que se suele suponer para ponerse en marcha, y también que, en términos biológicos, es algo a lo cual estamos muy imperfectamente adaptados.

Si decidimos que el matrimonio es un sistema que vale la pena conservar —y por más que habitualmente los iconoclastas se hagan oír más que los tradicionalistas, no faltan argumentos en su favor— de nada nos servirá suponer que en esta empresa, Madre Naturaleza está ahí jugando para nuestro equipo en algún nivel subliminal, y que lo único que necesita para conseguir que todo marche sobre raíles es un poco más de ayuda en el departamento de atletismo del dormitorio. Juega para el gibón, para el castor y para el camarón pintado, pero no para nosotros. Quizás haya otra forma de adaptación que tenemos que alcanzar antes de que el sistema monogámico funcione sin tropiezos. Pues en los mamíferos que tienen un vínculo de pareja permanente se observa otra peculiaridad que todavía no comentamos. Admito que ello no vale para las aves, que tienen este tipo de vínculo, y los mamíferos que lo exhiben constituyen una muestra tan reducida que no podemos sacar ninguna conclusión firme.

De todas maneras, es interesante que en varias de estas especies falte solamente la relación normal de dominio entre macho y hembra. En su libro *The Social Contract,* Robert Ardrey menciona que «el gibón es la única especie [primate] donde, que sepamos, la hembra iguala casi el ascendiente de su pareja». Es obvio que él no pudo decidirse a llegar más allá de la frase «iguala casi»; pero su información proviene de los estudios de C. R. Carpenter, y lo que dice en realidad Carpenter es: «Se puede concluir que en este primate, aunque los adultos sean muy agresivos, hay equivalencia en el predominio de los sexos.»

En el caso de los castores, las hembras son las más dominantes y las que tienen más espíritu territorial. Dice Lars Wilsson: «Cuando la hembra quiere atraer a un macho, empieza por depositar castóreo en el interior de su futuro territorio, cosa que le da el estímulo que necesita para obtener rápidamente la dominación necesaria sobre la pareja que tiene en vista.» Cuando criaba castores, Wilsson descubrió que era mejor aparear una hembra grande con un macho pequeño, porque así la cuestión se resolvía con más rapidez; pero independientemente de ello, el resultado era una conclusión decidida de antemano, en la medida en que la hembra podía escoger su territorio antes del combatef «Cuando *Findus* se precipitó hacia ella, la hembra se mantuvo tranquilamente firme y le dio la recepción que se merecía. Después de algunos encuentros violentos, *Findus* tuvo que admitir que había sido derrotado por la hembra, considerablemente más pequeña, pero ella tuvo que esforzarse durante varias noches antes de estar segura de que había puesto en su lugar al obeso y consentido *Findus...»*

Parece una ceremonia nupcial bastante terrorífica, mas para los castores es el preludio de una larga vida de felicidad. «Una vez terminadas las ceremonias de apareamiento, por lo común un tanto violentas, jamás vuelve a notarse entre los miembros de la pareja ningún signo de discordia. Durante el día se acurrucan uno junto a otro para dormir, y a la noche se buscan a intervalos regulares para acicalarse recíprocamente, o simplemente para sentarse muy juntos a "conversar" un rato, emitiendo sonidos especiales que para los oídos humanos no parecen expresar otra cosa que intimidad y afecto.»

La unión se mantiene mientras ambos viven, y un macho que pierde su pareja da muestras de intenso dolor: «Durante más de una semana no comió nada y se limitó a vagar con inquietud, recorriendo su encierro.» Y en estado salvaje, a menos que una viuda decidida tome firmemente las riendas, es fácil que el macho termine por casarse con su hija mayor e inicie con ella un nuevo tramo de felicidad doméstica. Aparte este matiz incestuoso, la vida de casado del castor es ejemplar.

El *Caüicebus* es otro ejemplo de mono que establece un vínculo monógamo de pareja, y en este caso no hay dimorfismo sexual, y las hembras tienen tanta probabilidad como los machos de ser dominantes.

Claro que puede ser pura coincidencia que en el mundo de los mamíferos se encuentre con tanta frecuencia que la monogamia haya desgastado el ascendiente masculino que pudo haber existido. Es posible que el hábito del predominio masculino haya evolucionado en el sentido de regular principalmente las interacciones entre los machos, y que un macho que vive permanentemente en el seno de su familia no lo necesite y termine por descartarlo. O también puede ser que lo primero en

aparecer haya sido cierta medida de igualdad sexual, y que la misma sea el preludio necesario para que en una especie de mamíferos el vínculo de pareja tenga verdaderamente éxito.

Si tal es el caso, todavía nos espera un largo camino, porque la preocupación del varón humano por el liderazgo ha sobrevivido a todas sus vicisitudes evolutivas terrestres y marítimas. En la actualidad, sigue siendo tan fuerte en él como lo era en sus antepasados cuando rugían en lo alto de los árboles, y necesitaremos todo un capítulo para rascar su superficie.

10. LA POLÍTICA DE LOS PRIMATES

Entramos ahora en el dominio de la política de los primates. Como el del sexo, es un ámbito en el cual es fácil que los protagonistas pierdan la cabeza. Es probable que conceptos tan abstractos como la naturaleza de la agresión, o la respectiva influencia de la herencia y el medio, se discutan con un aire de tensa cortesía que deja leer claramente entre líneas los suprimidos rótulos de «¡Anarquista!», «¡Fascista!», «¡Marxista!». Yo tengo tan pocas probabilidades como cualquiera de manejarme con celestial objetividad, pero supongo que ésta es la clase de alboroto en el que cualquiera puede intervenir... y de todas maneras, «¡Feminista!» será un regocijante epíteto nuevo para que lo disparen los etólogos.

Cuando se empieza a leer sobre el comportamiento social de los primates y su importancia para la evolución humana, lo primero que llama la atención es que al parecer todo el mundo habla de los papiones y los macacos, pero especialmente de los papiones.

Al principio eso resulta un poco raro, porque biológicamente no estamos muy relacionados con esos animales. Ni siquiera son símidos; no son más que monos. Pero los estudios más populares sobre la herencia social humana se han centrado exclusivamente, en su mayoría, en esas dos especies. El índice del *Social Contract* de Robert Ardrey da treinta y ocho líneas de referencias a los papiones y los macacos, en tanto que ningún otro primate —símido, mono o prosimio— tiene más de cuatro. El capítulo de su libro *Men in Groups* que dedica Lionel Tiger al vínculo masculino entre los primates se concentra totalmente en estas especies, salvo un breve pasaje sobre los langures. A los símidos no les dedica ni una línea.

Ahora bien, ¿a qué se debe eso? Admitamos que el papión es una especie popular y de mucho éxito, y que como habitan principalmente en el suelo son más fáciles de estudiar que otros. Pero los chimpancés y los gorilas, que se relacionan más de cerca con el *Homo sapiens,* han atraído recientemente la atención de muchos observadores, y es mucho lo que hemos aprendido sobre su comportamiento. Es sorprendente que los divulgadores tengan tan poco que decir sobre nuestros amigos y parientes más próximos.

Lo que me parece es que les han echado un vistazo a nuestros parientes y amigos y han llegado rápidamente a la conclusión de que la manera en que se conducen los gorilas y los chimpancés no *explica* nada. Pero es que todo depende de lo que uno se proponga explicar. Si se parte de la premisa de que el hombre es la criatura más agresiva y sanguinaria que hay sobre la Tierra, entonces esos primos nuestros no nos sirven más que de molestia. Algunas citas bastarán para ponerlo en claro.

Primero, el gorila, de quien dice Ardrey que es una «criatura suave, inofensiva y dócil con quien un mínimo de tiranía da un máximo de resultados». Irven de Vore lo describe como «un vegetariano de modales suaves al que le gusta ocuparse de sus cosas» y que vive «en un estado dé cordial y amistosa serenidad... Su liderazgo sobre el grupo es absoluto, pero normalmente afable... Los líderes son por lo común muy accesibles. Las hembras se acurrucan contra ellos y los infantes trepan alegremente por sus corpachones. La amistad reina. Cuando una banda de gorilas descansa, los pequeños juegan, las madres cuidan de sus hijos y los otros adultos se tienden pacíficamente a tomar el sol». Ya se ve que con semejantes noticias no se venden diarios.

Y el chimpancé es igualmente frustrante para los muchachos de la sangre y el fuego. Ardrey: «Al parecer, el amistoso chimpancé no necesita para su sociedad mucho más fundamento que su propio buen carácter. Hay un orden de liderazgo, pero de ningún modo es severo. Cuando una banda se encuentra con otra en la selva o en la sabana, hay enorme alboroto pero no antagonismo, y es

posible que todos terminen comiendo en los mismos árboles. Presumo que el chimpancé ha demostrado que debemos contar con cierto grado de amistad innata en el potencial de los primates... El chimpancé es el único primate que ha logrado esa existencia arcádica de inocencia primordial que una vez consideramos como el paraíso que de alguna manera el hombre había abandonado...»

De Vore: «Los chimpancés son los símidos más dóciles. Les encantan los aplausos y llamar la atención... Aprenden a controlar sus emociones. En libertad, a medida que madura, el chimpancé pequeño aprende a no irritar a los adultos. De joven, aprende a controlar su exuberancia natural cuando juega con los infantes del grupo para no lastimarlos...»

Repito que estos dos son nuestros parientes evolutivos más próximos. Sería razonable esperar que si uno entra en una biblioteca podrá encontrar allí tres o cuatro libros que expliquen que a eso se debe que el *Homo sapiens,* en general, sea también una especie nada arrogante y de modales suaves. ¡Qué esperanza!

Pues no: nos invitarán a contemplar al papión. Ardrey saca rápidamente de escena al chimpancé y a modo de despedida se burla de él porque está muy bien ser amable, pero fíjense dónde está llegando con eso (lo considera «un fracaso evolutivo», como si sólo las criaturas amables se extinguieran). Después se dedica a la parte interesante:

«El estudioso del hombre puede encontrar en el papión la más instructiva de las especies. Entre los primates su agresividad le va en zaga [sic] únicamente a la del hombre. Es un prepotente nato, un criminal nato, un pretendiente nato a la cuerda del verdugo. Es tan dócil como un camión, tan inofensivo como una apisonadora, tan suave como una cortadora de césped de motor. Tiene inclinaciones de fiera y nada le da tanto placer como matar y devorar los cervatillos recién nacidos de la delicada gacela. Y es capaz de robar cualquier cosa...» Y sigue en el mismo estilo, mientras sus lectores varones limpian ávidamente sus gafas, pensando: «Pero, claro, así soy yo. Cuénteme algo más de la apisonadora y de cómo destruí a esa delicada gacela.»

Y sigue leyendo y se entera de que el papión macho tiene dos veces el tamaño de la hembra. Tiene un rebaño de hembras sumisas y aterrorizadas y es tremendamente quisquilloso cuando está en celo; cualquier extravío será severamente castigado y siempre se encuentra dispuesto a luchar contra la intrusión de cualquier macho; si tiene la fuerza suficiente se atiborrará con la mejor comida e impondrá brutalmente su voluntad a los machos más débiles. Exige una obediencia instantánea e incuestionable, y cuando amenaza un peligro, comanda sus tropas, resiste y pelea como un héroe, hombro a hombro con sus leales camaradas.

En realidad no se parece mucho al hombre que está leyendo el libro. Pero el hombre que está leyendo el libro (por no hablar del que lo escribe) no termina de regodearse imaginando que toda esa potencia, esa pasión y esa brutal virilidad bullen dentro de él apenas por debajo de la piel y sometidas con dificultad al control consciente de su intelecto. Cuando los juzgaba por la cara y por los rugidos, solía gustarle leer historias de gorilas, pero cuanta más información tiene sobre ellos, más empieza a sospechar que son un algo flojones; de manera que aparta los ojos del árbol genealógico de los primates, se olvida de que desciende de los símidos y, por más que eso signifique hacer el ridículo, se identifica con un mono como el papión.

Algunos hechos generales referentes a la estructura de las sociedades de antropoides nos ayudarán a ubicar la imagen en la debida perspectiva. Omitiremos las especies muy peculiares, como el gibón, cuya sociedad consiste únicamente en la familia nuclear, para ocuparnos de la gran mayoría que se reúne en bandas o tropas más grandes.

Se dividen en dos categorías principales, según que sus sociedades sean acéntricas o centrípetas. Tomo estos términos de un estudio detallado de las sociedades de primates que llevaron a cabo Michael Chance y Clifford Jolly. Una sociedad acéntrica es individualista y débilmente estructurada. (Si uno está en favor de ella la llamará democrática; en case contrario la tachará de anárquica.) Una sociedad centrípeta se encuentra altamente estructurada y se organiza en torno de uno o más líderes que son machos dominantes. (Si uno está en favor de ella la considerará una sociedad de orden y derecho; si la desaprueba dirá que es una tiranía.) Ejemplo predilecto del tipo acéntrico es el

mono patas, y ejemplo de sociedad centrípeta es el papión.

El factor que las separa diametralmente es su forma de reaccionar ante el peligro. Si fueras, lector, un mono patas y te aventuraras en espacio abierto, te mantendrías durante todo el tiempo agudamente alerta. Incluso mientras avanzaras, tus ojos saltarían de un lado a otro, asegurándote de que el camino está expedito para retirarte por donde viniste o buscando una forma más rápida aún de escabullirte entre las ramas cuando eso sea posible. A la caída de una hoja o al rumor de una voz escaparías en un abrir y cerrar de ojos, y tus compañeros, igualmente alertas, harían lo mismo. Toda la banda se dispersaría como las chispas de un fuego de artificio, hasta refugiarse todos, a salvo, en lo más alto de las ramas.

En cambio, los papiones asumen una actitud diametralmente opuesta. Le prestan comparativamente poca atención al medio. Supongamos que están en medio de una llanura donde el medio es bastante inestructurado. Es posible que tengan la sensación de que los árboles están muy separados, y de que a un leopardo hambriento o a un granjero furioso no les costaría demasiado atraparlos antes de que pudieran refugiarse en ellos. Si se dispersan lo único que consiguen es que a una fiera le resulte más fácil capturar a alguno. Mucho mejor es que todos se queden juntos, y el lugar más seguro para estar es la vecindad de aquel camarada que tenga los dientes más afilados y sea más valiente. Así que cuando los ojos de un papión saltan de un lado a otro, lo que el animal verifica es dónde se encuentra en relación con el macho o los machos dominantes. Si éste avanza, uno no se puede quedar atrás; y si señala algún peligro que uno no alcanzó a percibir, indudablemente lo mejor es confiar en que él sabe lo que hace, cerrar filas y hacer lo que a uno le dicen.

Es evidente que la posición de los machos en esas dos sociedades tiene que ser radicalmente diferente. Si una tropa de patas olfatea el peligro, lo primero que sucede es que el macho se aleja tanto como le es posible del grupo de hembras y, mientras ellas se dispersan, él hace un despliegue de bravatas y fanfarronerías para distraer la atención del atacante antes de escapar a su vez. No es cuestión de que le obedezcan, es cuestión de que se dispersen. Dispersarse es la respuesta que tienen para cualquier cosa. Los monos patas no tienen gestos de sumisión, porque si los amenazan se escapan y nada más; pero de todas maneras son bastante poco agresivos, y entre ellos son desconocidas las amenazas de las sociedades de papiones.

En términos generales, es el tipo de comportamiento que exhibían los «bandarlog», aquellos monos que enloquecían de irritación a Rudyard Kipling, porque Kipling era un señor cabal y los monos eran una turba indisciplinada e incapaz de cooperar y de concentrarse, ni siquiera (tal como él los pinta) de terminar una frase:

> *¡Hermano, la cola te cuelga por detrás!*
> *Ahora vamos a... ¡no importa!*

Entre los papiones, por otra parte, los machos tienen que ser matones. La tropa tiene que unirse tras ellos. Y como ni siquiera los papiones *nacen* disciplinados, la disciplina hay que inculcarla. A las hembras, los jóvenes y los subordinados hay que enseñarles su lugar, y recordárselo con frecuencia, valiéndose de amenazas, castigos y mordiscos en el pescuezo. Por lo general aprenden rápido, y basta una exhibición de caninos o una mirada severa de un macho dominante para que todo el mundo esté en línea. Y mientras se mantienen en línea, la autoridad del macho dominante es benévola y se ejerce como una ruda justicia y una caballerosidad de viejo cuño. Las madres que cargan infantes van siempre flanqueadas por machos que las protegen cuando la tropa se mueve, y en las discusiones entre subordinados, el líder se pone del lado del más débil. (Aunque tal vez caballerosidad no sea la palabra justa, porque si la discusión es entre una hembra y un subordinado, el macho dominante apoyará por lo común al macho.)

Aunque no podamos aprender nada más de la sociedad de los papiones, por lo menos podemos

aprender a dejar de lado la idea de que la capacidad humana para cooperar y formar una sociedad disciplinada y altamente estructurada únicamente pudo haber evolucionado porque el *Homo sapiens* tuvo que aprender a «cooperar en la caza». Una estructuración semejante se presenta claramente entre los papiones. El despliegue de una tropa de papiones en movimiento se rige por un complicado sistema de reglas que especifican dónde está cada uno en relación con la jerarquía central, de acuerdo con su edad, sexo, *status*, competencia y otras variables. Y sin embargo, el papión es vegetariano entre un 90 y un 98 por ciento, y la matanza en mínima escala que a veces se permiten no es nunca «cooperativa». La urgencia por relacionar el potencial de cooperación del hombre con su dieta no es más que otra aberración de los tarzanistas.

Según una teoría de Lionel Tiger, los sistemas políticos del tipo de los papiones son la consecuencia de «la vida en la sabana por oposición a la vida arbórea». Es una teoría muy cómoda para cualquiera que se proponga equiparar la sociedad humana con la de los papiones, porque sugiere que aunque *biológicamente* seamos semejantes a los chimpancés, socialmente nos fuimos volviendo cada vez más semejantes a los papiones al dejar la selva a nuestras espaldas y trasladarnos a las llanuras.

Más tarde volveremos sobre esta teoría, porque creo que algún sentido tiene, aunque hay una cantidad de hechos que no se adecúan a ella. Por ejemplo, el arquetipo de sociedad acéntrica, el mono patas, también es habitante del suelo. Es frecuente que habite precisamente el mismo territorio que los papiones, y de hecho se adentra hacia el Norte en zonas más áridas de lo que puede soportar el papión. Por otra parte, hay especies centrípetas que jamás bajan de los árboles si pueden evitarlo.

La otra gran cuestión, dado que el *Homo sapiens* se relaciona más de cerca con los símidos, es cómo clasificamos al gorila y al chimpancé. ¿Son acéntricos como el patas o centrípetos como el papión? En realidad no se comportan en forma muy semejante a ninguno de los dos; pero dos de los criterios para identificar la base de su estructura social son: *a)* ¿hay un macho que sea el líder, o hay signos de orden jerárquico entre los machos?; y *b)* cuando hay peligro, ¿se dispersan o se reúnen?

La respuesta a ambas cuestiones sugiere que, a semejanza de los papiones, los símidos forman sociedades centrípetas. Los signos de ello no son tan claros e inequívocos como entre los papiones —a no ser por la dominante muy obvia del gorila jefe—, pero si se observa cuidadosamente su reacción ante el peligro, no quedarán dudas de que son centrípetos.

Nos enfrentamos ahora con dos cuestiones importantes: primera, si nuestros propios instintos sociales son análogos a los de ellos, y segunda, de qué manera se las arreglan para hacer que una sociedad centrípeta funcione sin los mordiscos y los gruñidos, sin la fanfarronería y la sumisión que son tan características de las interacciones sociales de los papiones.

La dificultad para comparar la sociedad humana con la de cualquier otro animal es que en ella los componentes culturales son tan poderosos que tienden a empañar los posibles instintos hereditarios. Si estudiamos una escuela pública inglesa, o un pelotón nazi de S.S., cada uno de ellos nos convencerá en su propio estilo de que nuestros instintos son los mismos de! papión. Si consideramos las maneras de una colonia *hippie*, o las reacciones de la gente durante un terremoto, nos sentiremos bastante seguros de que nuestros instintos son los de un grupo relativamente amorfo, como el mono patas.

Sin embargo, afortunadamente es muy fácil encontrar grupos sociales de seres humanos que se conducen exactamente de la misma manera en todo el mundo y en cualquier tipo de cultura. Me refiero, como es de suponer, a las agrupaciones de chicos; a grupos no supervisados de niños de hasta seis años más o menos.

Adriaan Kortland ofrece un vivido relato de la respuesta de los chimpancés a una amenaza potencial; la obtuvo colocando un leopardo embalsamado en una posición estratégica y observando las reacciones de los animales. Si mis lectores han observado alguna vez (o si de niños participaron de ella) la reacción de un grupo de niños pequeños ante un animal desconocido y levemente alarmante —una culebra grande, por ejemplo— les sorprenderá la semejanza.

«Después de un momento de silencio mortal al avistar el leopardo, hubo una explosión de ladridos y gritos, al mismo tiempo que todos los miembros del grupo embestían en diferentes direcciones. Algunos huyeron, pero pronto volvieron a reunirse con la mayoría, que empezó a dar saltos y amenazar al leopardo valiéndose de palos y ramas arrancadas... Algunos de los ladridos, capaces de helar la sangre, fueron lo bastante fuertes como para despertar a un vecino a 600 metros de distancia... Con los ataques individuales o en común se alternaba» momentos en que los animales buscaban y se ofrecían recíproca seguridad extendiéndose las manos y tocándose entre ellos... Observé fenómenos de diarrea y un enorme aumento de la tendencia a rascarse y frotarse el cuerpo. Los ataques dirigidos al leopardo eran más o menos rítmicos e iban seguidos por breves aumentos de los síntomas de miedo y de búsqueda de seguridad, y por períodos más largos en que los chimpancés se sentaban a observar al leopardo. Los aspectos agresivos fueron atenuándose gradualmente después de una hora y fueron remplazados por una intensa curiosidad... Uno de los chimpancés lo empujó con el puño, otro lo olió, y terminaron por separar del cuerpo la cabeza del leopardo y echarla a rodar. Otro chimpancé se apoderó de la cola y después todos huyeron al monte llevándose el cuerpo.»

Es una reacción que no se parece en nada a la del papión, y de ninguna manera a la del mono patas; pero me parece que se asemeja más que cualquiera de ellas a la primitiva reacción humana.

En cuanto a la forma en que funciona la sociedad centrípeta de los símidos, la clave esencial para ubicarse bien en el orden jerárquico de los primates es la capacidad de llamar la atención de los otros miembros de la tropa. Tal como lo han demostrado los trabajos de H. B. Virgo y M. J. Waterhouse, y los de V. Reynolds y G. Luscpmbe, hay dos maneras de conseguirlo.

Michael Chane clasifica los dos métodos como el agonal [del griego «agonía», lucha, combate] y el hedonístico [placentero]. El papión que aspira al poder llama la atención mordiendo y amenazando con sus enormes caninos. Es el modo agonal, y es bastante eficaz. Si ayer alguien me marcó la cara, lo menos que voy a hacer es tener buen cuidado con él cuando vuelva a encontrármelo en la calle, especialmente si vuelve a sacar el cuchillo y gruñe.

Robert Ardrey se extasía de admiración ante la sociedad de primates construida sobre este principio, y la usa para señalar una moraleja a los liberales despistados: «Es como si, oculta en el subconsciente del papión, la verdad, como la propia sombra, nunca pudiera estar muy lejos... El secreto de su éxito debe de estar en ese cerebro no individualizado, a salvo de "lavados". El papión no va a persuadirse jamás de que la agresividad sea producto de la frustración. Los jóvenes jamás van a culpar de sus fracasos a la falta de amor de sus padres durante su infancia. Si el papión tropezara de algún modo con la sugerencia de que la competencia es algo malo, su cerebrito se quedaría turulato; y si algún mutante idealista insistiera sobre ello, se encontraría ante unas cejas arqueadas, no por la sorpresa humana, sino por la forma de amenaza de los monos...»

Es un buen golpe para la tolerancia. Pero hay una desventaja en la organización agonal de los papiones. El cerebro no está individualizado y no se le puede lavar, de acuerdo; jamás penetrarán en él herejías subversivas. Pero es a tal punto imposible de lavar que es improbable que alguna vez llegue a individualizarse más. La estructura es tan rígida que la verdadera comunicación se reduce a un mínimo, y se limita a las posturas rituales de arrogancia y fanfarronería por un lado, y de rastrera sumisión por el otro.

El enfrentamiento típico entre superior e inferior es breve y conduce a la fuga, o a una retirada a distancia respetuosa. Con eso termina inmediatamente la interacción. Toda la complejidad del sistema depende de que cada uno desempeñe su rol estereotípico, y cualquier pauta de comportamiento nueva que llegara a perturbarlo, por más propicia que pudiera parecer, no llegaría jamás a imponerse. Lo que Ardrey llama el «resonante éxito evolutivo» del papión ha sido logrado por los mismos medios, y al mismo precio, que el resonante éxito evolutivo de las colonias de termitas. Lo que hacen lo hacen a la perfección, pero no les queda ninguna opción abierta. Es improbable que jamás pasen a hacer ninguna otra cosa.

El modo hedonístico, preferido por los símidos, es muy diferente. También aquí, un lugar des-

tacado en el orden jerárquico se alcanza mediante una habilidad sobresaliente para llamar la atención de los compañeros. Pero los símidos están más adelantados que los monos, y son ellos quienes hicieron un descubrimiento que, quizás en mayor medida que ningún otro, posibilitó a nuestra especie su espectacular salto mental hacia delante. Se dieron cuenta de que no es necesario morder a alguien para conseguir que a uno le presten atención. Entre los gorilas y los chimpancés, ese tipo de agresión física es muy raro.

Pues entonces, ¿cómo lo hacen? Los primatólugus dicen que mediante la «exhibición»; para expresarlo con los términos más sencillos, digamos que lo hacen pavoneándose. Buscan la forma de hacerse notar: empiezan a saltar y a sacudir las ramas. Encuentran objetos interesantes y sus compañeros se amontonan alrededor para ver qué es lo que encontraron y qué van a hacer con eso. En este aspecto, el gorila dominante, de quien mucho se espera, es capaz de montar espectáculos tan estupendos como para detener el tráfico.

Empieza por ulular, dando hasta cuarenta gritos con ritmo cada vez más rápido. Toma una hoja y se la pone en la boca. Se para sobre las patas traseras, arrojando al aire puñados de follaje. Después se golpea veinte veces el pecho con ambas manos alternativamente, ligeramente cerradas. A veces, como detalle, levanta una pata en el aire mientras lo hace. Después de los golpes de pecho inicia una curiosa carrera de costado, dando primero unos pasos en dos patas para después cargar de lado como un cangrejo gigante, barriendo el follaje con un brazo, arrancando las malezas, sacudiendo ramas y rompiendo o desgajando árboles enteros. Finalmente aporrea el suelo, por lo general con una palma pero a veces con las dos, como si dijera: «¡A ver quién me alcanza, eh!» Claro que nadie se mete, por más que hasta los gorilas bebés de seis meses suelan erguirse vacilantes sobre las patas traseras para golpearse el pechito, mientras las madres los miran tan embobadas, como las mamas humanas que por primera vez presentan a su nene en un *show* de Hollywood.

Ya se ve que no es por casualidad que los chimpancés cautivos estén tan dispuestos a aprender payasadas nuevas ni que les encante el aplauso. Se puede perder la vida entera tratando de enseñarle a un papión a andar en bicicleta o a hacer cualquier monería más simple y adaptada a su capacidad. Simplemente, no ve a qué viene la cosa. Mas para el chimpancé, es su método de adquirir jerarquía. Al ampliar su repertorio aumenta su capacidad de llamar la atención, y mientras haya algún par de ojos fascinados que contemplen sus esfuerzos, aunque sean ojos humanos, él tendrá la gratificante convicción de haber mejorado su *status.* Y tiene razón, ¿no?

Al modo hedonístico se le suman dos importantes ventajas. Primero, mientras que el dominio mediante amenazas paraliza la interacción social, el dominio por exhibición la promueve. Las amenazas separan entre sí a los individuos, pero la exhibición los aproxima, para observar, investigar y felicitarse. Comenta Michael Chance: «La bienvenida que encuentra el comportamiento exhibicionista estimula y fomenta la tendencia de los individuos a desarrollar muchas formas de comportamiento dé contacto o de proximidad. La manipulación compartida no se reduce entonces al acicalamiento, sino que la atención puede desplazarse al ámbito o a otros objetos y dar origen a la manipulación de estos últimos como utensilios... En el modo hedonístico, la exhibición conduce a relaciones sociales exteriores pero flexibles, que pueden actuar como medios de diseminación de información en el seno de la sociedad.»

La segunda ventaja importante es el estímulo que reciben aquellas innovaciones en el comportamiento que pueden resultar ventajosas para la especie, Los mordiscos en el pescuezo que propina el papión son un buen recurso, hasta donde llegan, pero un mordisco no será nunca más que un mordisco; y en cambio el símido joven, que compite con otros de su edad para llamar la atención, se ve diariamente estimulado por el desafío tácito y constante de su grupo a buscar algo nuevo: *«Etonnetnoi!»*

¿Sobre cuál de estos modelos se moldeó la sociedad del homínido? Parece obvio que únicamente el modo hedonístico pudo habernos llevado al punto donde hoy nos encontramos. Pero si mis lectores necesitan confirmación, los invito de nuevo a consultar la fuente de interacción social humana virtualmente desinhibida más grande de que disponemos. La mayoría de los varones, sin que

sea culpa de ellos, no han tenido la ventaja etológica de pasar hasta diez años de su vida en la compañía constante de las crías de su propia especie, pero todavía pueden darse un paseo por la guardería infantil o el jardín de infantes más próximo y observar qué es lo que sucede cuando los chicos empiezan por primera vez a construirse un marco social. Por cada enfrentamiento de dos muchachitos que se lían a golpes, habrá quince o veinte que hacen temblar al patio entero gritando: «¡Mírenme!» «¡Eh, fíjense en esto!» «¡Mira si puedes hacer esto!» «¡Vengan a ver cómo Juanito se pone de cabeza!», y hasta el inestable Juanito grita, sofocado: «¡Rápido..., mírenme todos!»

En una sociedad así, para dar el golpe no hace falta ser enorme de tamaño, ni muy valiente ni muy agresivo. Con tener seis dedos, o ser capaz de mover las orejas, o de hacer mejores dibujos, o de dar saltos mortales mejor que nadie, ya uno tiene *status.* No importa de qué se trate, siempre que exista la seguridad de que cuando uno grite: «Miren», alguien va a mirar.

De manera que, con todo el respeto debido al papión y a sus admiradores, sugiero que en cuanto ser social, el *Homo sapiens* se modeló inapelablemente sobre el modo hedonístico de dominio por exhibición, y que básicamente nuestras relaciones con nuestros semejantes se parecen más que a ninguna otra a las del chimpancé, con todo lo que ello implica de amabilidad, flexibilidad, curiosidad y exhibicionismo, como también en cuanto a la tendencia a reaccionar ante un peligro repentino con un aflojamiento intestinal y con el deseo de coger la mano de alguien... y a veces, incluso, con el de correr a esconderse sin advertir al resto del grupo, una muestra de infamia de la que jamás se podrá culpar a papión alguno.

Considero que el modo agonal fue el más primitivo. Claro que ni en los símidos ni en nosotros, por cierto, fue totalmente eliminado ni remplazado. En momentos de cólera o de frustración, o cuando estamos asustados y acorralados, o cuando las rivalidades por el poder se agudizan demasiado, todavía recurrimos a él. Al parecer los machos recurren a él con más prontitud que las hembras, en parte porque el poder les preocupa más, y en parte porque, en cuanto defensores de la tribu, son los que tienen más probabilidades de tener que encarar la amenaza externa de otros animales. Claro que no es muy recomendable alardear con un leopardo, por más que incluso en encuentros así, unos pocos rugidos, dos o tres golpes de pecho y algunos saltos pueden venir algunas veces a las mil maravillas, como se sabe también que se le puede dar un susto de muerte al único enemigo realmente peligroso del gorila, el *Homo sapiens.*

Por eso estoy de acuerdo con Anthony Storr cuando afirma que la carrera espacial, por costosa que sea, debe ser considerada como una bendición entre las superpotencias obsesionadas por las ansiedades referentes a su recíproco orden jerárquico. Puede que algún día encontremos manera de curarlas de la obsesión, pero hasta que ese día llegue, debemos considerar que es un paso adelante el hecho de que, en tanto que la bomba H fue un signo agonal, el descenso en la Luna fue una señal hedónica. Las naciones se comportan todavía de manera mucho más irracional que la mayoría de sus miembros individuales, pero podemos acariciar una tenue esperanza de que algún día se pongan a la altura del chimpancé.

Esto en lo que se refiere a la estructura básica del grupo social. La otra característica que tenemos que examinar es el subgrupo; las cohortes masculinas, las reuniones de hembras, los grupos juveniles y los grupos familiares matrifocales. Los grupos juveniles —los de contemporáneos que juegan juntos— apenas si han cambiado, y los grupos familiares matrifocales se han convertido en las unidades de la familia nuclear.

El fascinante y aplaudido libro de Lionel Tiger *Mefi in Groups,* al examinar el fenómeno que él describe como «vínculo masculino», ha estimulado últimamente los estudios sobre las cohortes masculinas, en tanto que las reuniones de hembras no han suscitado atención alguna. En lo que se refiere a la mayoría de la gente, ni siquiera puede decirse que tales reuniones existan en ningún sentido real porque, como declara el señor Tiger, «las hembras no establecen vínculo».

Los hechos son los siguientes: en todas las sociedades de primates (excepto las pocas que son monógamas como la de los gibones) hay una fuerte tendencia a que las hembras se reúnan. Hay también tendencia a que se reúnan los machos; y éstos forman con frecuencia, como sucede con el

papión de la sabana y el gorila, grupos de machos que procrean, acompañados de las hembras y las crías.

Sin emhargo, de los dos sexos, es más probable que sea el primate macho el que se aparte totalmente de la compañía de los de su propio sexo y se ubique a la cabeza de un harén de hembras *y* de sus pequeños, como sucede con el mono patas y con el papión hamadríade. De este modo, un macho puede monopolizar hasta nueve hembras, lo que trastorna la proporción entre los sexos de tal manera que los machos excedentes se reúnen en un segundo tipo de cohorte masculina, estableciendo lo que se llama «vínculo de solteros».

El señor Tiger tiene una cantidad de cosas bien observadas y agudas para decirnos en las últimas secciones de su libro, pero en la primera parte de éste hace varias afirmaciones que despertaron el resentimiento de muchas personas (especialmente mujeres), y que son en sí mismas muy engañosas. Empecemos por eliminar estas últimas.

Para empezar, se las arregla para dar la impresión de que el vínculo masculino es un fenómeno más o menos omnipresente en las sociedades animales. Es cierto que hay un momento en que hace esta confesión conmovedora: «Empecé este proyecto pensando que entre los no-primates el vínculo masculino era más común de lo que en realidad encontré que es.» Pero no aclara si, cuando lo buscó entre los no-primates, encontró simplemente que no era común o que era en realidad *totalmente desconocido.* La verdad es que no presenta un solo ejemplo tomado de los no-primates. Simplemente, exhorta a los investigadores en general a que se esfuercen un poquito más, porque si se fijan, seguro que van a encontrar alguno.

A partir de allí, Tiger se limita a estudiar el vínculo masculino entre los monos. Y ¿qué quiere decir exactamente con vínculo masculino? He aquí su definición: «Definimos aquí el vínculo masculino entre los primates como una relación particular entre dos o más machos que reaccionan de manera diferente ante los demás miembros de su unidad vincular y ante los individuos externos a ella.»

La definición está muy bien, pero no lo lleva muy lejos. No le satisface por mucho tiempo, porque esa definición sería válida, *mutatis mutandis,* para los grupos familiares matrifocales. las reuniones de hembras, los grupos juveniles o cualquier otro tipo de agrupación de los primates. Por eso quiere precisarla, para excluir de ella toda reunión donde intervengan hembras.

Lo consigue estableciendo una distinción entre «vínculo» y «agregación» (como encontramos en los rebaños de ungulados). La agregación no cuenta porque ahí «no interviene la selección». Ejemplifica lo que quiere decir con un paralelo humano: «Un varón no se vinculará con cualquier miembro de su grupo étnico, religioso, familiar o de clase social; se vinculará con determinados individuos porque tiene ciertos prejuicios y hábitos en función de los cuales está dispuesto a establecer el vínculo.» Está hablando del síndrome de la francmasonería.

Dice, en otras palabras, que el vínculo es selectivo, y cita, como si fuera tomado al azar, un ejemplo: «En una tropa de papiones donde haya ocho machos adultos, es posible que tres de ellos formen un vínculo. Cada uno de los tres será especialmente sensible a los otros dos, tendrá nítida conciencia de la distinción entre machos vinculados y no vinculados, y tomará como un compromiso la pertenencia al vínculo, en cuanto éste conduce a ventajas y responsabilidades de orden sociosexual.»

Estamos de acuerdo en que esto excluye a las hembras de los primates. La única lástima es que excluye también al 99 por ciento de los primates machos; pues no hay más que dos géneros de primates que exhiban este comportamiento de camarillas. Y ya podemos adivinar *quiénes* son: nuestros viejos amigos los papiones y los macacos.

Irven de Vore: «El sistema de gobierno por camarilla o *Establishment* es peculiar de los papiones y los macacos, y se puede ver fácilmente por qué llegó a existir. Como los monos son potencialmente tan agresivos, la única forma de mantener la paz en un grupo grande es una fuerza mayor dé la que podría ejercer ningún animal aislado.»

Lo cual se reduce a esto: el único hecho sólido que respalda la -teoría del vínculo masculino

«sensible y selectivo» es que en las dos sociedades de monos más prepotentes, los papiones y los macacos —y *únicamente* en estas sociedades— es dable que la estructura jerárquica esté encabezada por un triunvirato de dictadores y no por un solo dictador. Estas alianzas no se mantienen por obra de la consideración personal, sino por puro interés egoísta. La más leve interrupción en el equilibrio de poderes demuestra ser más o menos tan sincero y perdurable como la alianza ruso-germana durante la Segunda Guerra Mundial. Y nuestros parientes más próximos, los símidos hedónicos, no forman de ninguna manera ese tipo de camarillas.

Nos quedamos con el hecho de que los primates machos forman grupos, de la misma manera que los primates hembras, y de que el comportamiento en el seno de esos grupos difiere. Con eso estoy totalmente de acuerdo.

¿De qué manera difiere? ¿Se trata de que en los grupos de machos las relaciones sean más cercanas, más cálidas, de mayor compañerismo? Pues, con permiso del señor Tiger, no es así. Cualquier primatólogo nos dirá que durante la mayor parte del tiempo, el caso más probable es el contrarío. Un índice de relaciones cálidas y amistosas entre individuos primates es la frecuencia del acicalamiento mutuo. Las hembras pueden hacerlo con los machos o éstos con ellas; las madres pueden acicalar a los infantes, y cuando ellos crezcan les devolverán la atención: después de algún incidente es posible que un macho acicale a otro para confirmar que las relaciones amistosas se han restablecido, y así por el estilo. Pero en todas las especies se puede decir con verdad que la mayor parte de la actividad de acicalamiento la inician las hembras. Y por más que les guste hacerlo con los pequeños o con los machos —especialmente con los de jerarquía elevada-— lo más frecuente es que se acicalen entre ellas.

Otro índice de relaciones amistosas es el orden espacial. También aquí es generalmente cierto que las reuniones de hembras forman un conglomerado más estrecho. Tal vez se tengan confianza entre ellas, en tanto que cada macho defiende cautelosamente a su alrededor un «espacio personal» de más de un brazo de longitud, para protegerse de cualquier ataque imprevisto de alguno de sus amigos del alma. O —dado que el espacio personal es también un signo de importancia y todo el mundo se aparta respetuosamente de los machos dominantes— tal vez sea que las hembras son simplemente, en términos antropomórficos, menos pomposas.

¿Es posible que la diferencia esté, como sugiere Lionel Tiger, en que los grupos de hembras son más «hábiles emocionalmente», en tanto que las cohortes masculinas mantienen la nariz más levantada?

Lo fundamenta en un argumento de Michael Chance según el cual los machos que procrean tienen que aprender a inhibir sus reacciones emocionales, en tanto que según dice Tiger, sería ventajoso que las hembras *no* lo hicieran, de manera que puedan estar «armonizadas sin inhibiciones con sus pequeños».

Es una argumentación bastante rara. Michael Chance hablaba de inhibir las emociones agresivas, no las tiernas, y si la madre de un infante pequeñito no inhibiera emociones tales como la impaciencia y la irritación, sin duda terminaría por matarlo.

El hecho es que en las reuniones de hembras las emociones se dan en tono relativamente menor. Admito que en las sociedades de papiones, en los encuentros agonales entre macho y hembra, las hembras chillan bastante; si un papión macho me persiguiera para castigarme, yo también chillaría. Pero las disputas entre hembras se resuelven rápidamente con parloteos y refunfuños, posiblemente reforzados por algún empujón o una bofetada. En todo caso, en un minuto están terminadas y olvidadas. En cambio una discusión, entre machos, si el macho subordinado no se apresura a ceder y rendir homenaje, puede conducir a amenazas recíprocas, enfrentamientos de miradas furiosas y un aumento gradual de la tensión agresiva que llega a una altura terrorífica hasta terminar en violencia.

Por último, hacia el capítulo VII señala la verdadera diferencia, real e indiscutible, entre las cohortes de machos y los grupos de hembras: a saber, que los machos son más agresivos. En sentido general, esto no sólo es válido para los primates sino para los machos de la gran mayoría de las especies.

¿Y qué sentido tiene esa agresión? Existe la creencia popular de que los machos son más agresivos y están provistos de armas formidables con el fin de que puedan proteger a los seres queridos de los terribles peligros que los rodean. Los papiones machos avanzarán contra el leopardo, y todo eso, mientras las madres y los hijos buscan refugio. Y realmente es así.

Pero por más que las armas y la agresividad puedan ser usadas con ese fin, no nos engañemos pensando que se desarrollaron teniendo primordialmente en vista ese propósito. El ciervo tiene su cornamenta imponente > un cuello poderoso para resistir la fuerza de los impactos; la foca elefante tiene colmillos capaces de abrirlo a uno de arriba abajo. Pero durante la mayor parte del año el ciervo se aleja y deja que las hembras y los cervatillos se las arreglen solos, y una vez pasada la temporada de lizas, por más que las fieras sigan merodeando, se despoja de sus armas para que un par nuevo y más grande tenga tiempo de crecerle antes del próximo torneo. En cuanto a los colmillos del elefante marino, allí donde sube a tierra no hay nada ni nadie contra quien necesite usarlos, a no ser otros elefantes marinos.

Las armas y la agresividad de los machos están destinadas a la dominación, no a la protección. Allí donde las armas están diseñadas para ser usadas contra otras especies, se las encuentra indiscriminadamente en ambos sexos, como sucede con las garras del águila, el veneno de la serpiente y los dientes del lobo. Entre las aves y los mamíferos es una regla bastante segura que cuanto más impresionante sea la distinción entre macho y hembra, menos probable es que la superioridad física del macho tenga alguna relación con actividades protectoras o predatoras. Dicen los zoólogos que los magníficos colmillos del elefante de la India son útiles «para protección». ¿Contra qué? Su compañera es más pequeña y no tiene semejante equipo, pero es difícil imaginarse que por eso y nada más se le ocurra a algún animal servírsela alegremente para el almuerzo. Incluso cuando la diferencia notable no es de tamaño, sino de pura beligerancia, como en los gallos de pelea, se puede estar bastante seguro de la dirección que va a tomar tal beligerancia: contra otros gallos de pelea. Lo mismo vale para los primates. Y para los hombres. La agresividad es para pelearse entre ellos.

Esta afirmación tiene un aire un poco ingenuo en vista de los torrentes de prosa elevada y filosófica que en la última década han fluido de las imprentas sobre el tema de la agresión. La mayor parte de la misma la han escrito los hombres; y para ellos es una poderosa tentación suponer que nada que los hombres tengan en más cantidad puede ser tan malo. Así se llegó a una especie de sutil campaña para «no hablar mal de la agresión». Claro que la agresión estaba muy necesitada de una oficina de relaciones públicas. Sus acciones bajaron bastante bruscamente, en especial entre los intelectuales, cuando se pusieron a contar los millones de muertos y mutilados después de las últimas desavenencias de 1939-1945.

¿Cómo se encara, en un caso así, la tarea de rehabilitación? En gran parte es cuestión de definición. Se empieza por definir la palabra de manera tan nebulosa que abarque casi cualquier tipo de impulso; se argumenta que un niño necesita una provisión adecuada de «agresión» que lo motive a perseverar, por ejemplo, para resolver una ecuación algebraica o desatarse los cordones de los zapatos, en tanto que otro niño a quien le faltara «agresión» podría abandonar el intento.

Sobre el tema hay un pequeño poema en prosa de Robert Ardrey:

«Tal es la agresividad que muchos quisieran negar. Es la fuerza innata que estimula al nogal americano a elevarse por encima de sus compañeros, en busca del sol. Es la fuerza innata que presiona al rosal para que nos dé sus flores. Es la fuerza que no tolera contradicción, que ordena crecer al elefantito, extenderse radialmente a la pequeña estrella de mar, alargarse a las crías de la cobra... Buscamos el sol. Perseguimos al viento. Alcanzamos la cima de la montaña y allí, empolvados de estrellas, nos decimos que ahora sabemos para qué nacimos... O llegamos a una visión trascendente del cielo, y de la tierra, y de Dios. Encontramos sobre un escritorio desvencijado pilas y pilas de viejos libros y, extasiados, descubrimos en el pasado polvoriento el resplandor de nuestro ser. Todo es agresión.»

Ahora bien, no voy a decir que sean disparates. Para quienes les guste ese tipo de cosa, es una rapsodia de inspirada belleza, una alabanza... ¿de qué? De la Vida, me imagino. Y en cualquier

momento estoy dispuesta a brindar por ella. Lo único que quiero puntualizar es que cuando yo uso la palabra «agresión», y cuando la mayoría de la gente usa la palabra «agresión», y cuando la usa el propio Ardrey para decir que los_ mandriles machos son más agresivos que las hembras, en realidad la palabra no tiene mucha relación con el florecer de las rosas ni el polvo de estrellas ni los viejos libros ni las visiones trascendentes.

Lionel Tiger da una definición más realista y certera: «Defino la agresión como un proceso de coerción más o menos consciente contra la voluntad de cualquier individuo o grupo animal o humano, ejercida por cualquier otro individuo o grupo.» Coerción contra la voluntad de... Sí, claro. Hasta cierto punto.

Pero tal definición significaría que si un hombre toma de la mano a su hijo de dos años que se dirige tambaleante hacia el borde de un acantilado, ese comportamiento es agresivo. Significaría también que si el hombre llega a su casa tarde y borracho y abre la puerta a patadas porque no puede meter la llave en la cerradura, entonces no se conduce de manera agresiva. Ambas conclusiones me parecen muy raras.

Me gustaría separar la agresión, como Masters y Johnson separaron el sexo, de ese contexto poético donde se la describe como una cosa de múltiples esplendores, y de los contextos moralistas donde lo que importa es quién le hace algo a quién. Me gustaría verla enfocada de manera científica.

La agresión es el fenómeno fisiológico que en un mamífero produce los síntomas siguientes: secreción de adrenalina que va a parar al torrente sanguíneo, aceleración de los latidos cardíacos, aumento en la presión sanguínea, cambios en el sistema circulatorio como resultado de los cuales la superficie del cuerpo recibe un aporte menor de sangre y los músculos y el cerebro uno mayor, producción más rápida de glóbulos sanguíneos, disminución del tiempo de coagulación de la sangre, mirada fija, respiración más rápida y más profunda, inhibición de la salivación, de la secreción de jugos gástricos y de los movimientos peristálticos, ascenso en el nivel de azúcar en la sangre, transpiración y erección del vello corporal. Aunque se haya atrofiado el último de estos síntomas, todos los demás se siguen observando en el conocido mamífero *Homo sapiens.*

El conjunto de ellos constituye un mecanismo admirable para preparar al sujeto para el combate físico. Cuando se encuentra en tal estado de conmoción, puede moverse más rápido y golpear con más fuerza, y si resulta herido perderá un poco menos de sangre. En contextos que no sean los del combate físico es bastante menos útil, y con frecuencia resulta contraproducente. En otras palabras, la agresión sirve para pelear físicamente con la gente.

Por ejemplo, enfrentado con la ecuación algebraica o con el nudo del cordón de los zapatos, un niño no tendrá mayores probabilidades de resolver el problema, sino menores, si tiene palpitaciones, respiración acelerada y el torrente sanguíneo lleno de azúcar y adrenalina; y por más que el hombre que pateó la puerta haya cumplido su propósito de entrar, no lo consiguió por el método mejor ni más rápido. Es posible que el tono de los procesos físicos se eleve durante un período de excitación agresiva, pero el proceso de razonamiento se ve lesionado.

Admitamos que hay otras reacciones emocionales que pueden tener el mismo efecto. El miedo es otra emoción que, habiendo sido antaño un valioso resguardo vital, en un contexto civilizado conduce frecuentemente a un comportamiento desatinado y mal adaptado.

Pero entre esos dos sistemas de reacción hay una diferencia importante. Nadie escribe odas en alabanza del miedo, y eso se debe a que a nadie le gusta experimentarlo. Ya sea que lo padezcan en su nivel inferior y crónico de ansiedad, o en el alto nivel que configura el pánico, a la gente le resulta angustiante, y tratan de disiparlo en sus amigos. «No tengas miedo, que no hay por qué preocuparse», les dicen.

Lo opuesto es válido en el caso de la agresión. Como forma popular de excitación rivaliza con el sexo. Es estimulante; da una sensación de bienestar y de aumento de estatura; proporciona una gratificación emocional inmediata. Puede ofrecer también una gratificación secundaria, porque la gente que se conduce de manera agresiva tiende a salirse más con la suya que quienes no lo hacen.

Por estas razones hay gran tendencia a que la gente (tanto hombres como mujeres) provoquen y repitan situaciones que les despiertan sentimientos agresivos, o bien a que retornen mentalmente a ellas y las recorran una y otra vez para conseguir que la deliciosa inyección de adrenalina vuelva a fluir una vez más por sus venas.

Para decirlo en la forma más sencilla, la agresión puede ser una forma de adicción. No hay necesidad de ir a la farmacia ni de andar por ahí con una aguja hipodérmica para inyectarse en el torrente sanguíneo una dosis que pueda hacer volar la mente. Tenemos el equipo necesario para hacerlo solos. Y en nuestro trato con los amigos, no intentamos amortiguar esta tendencia de la misma manera automática que intentamos amortiguar el miedo. Lo más frecuente es que experimentemos como un acto de empatía el hecho de avivar el fuego: «Pero claro que no te culpo... si es para indignarse... No sé por qué te lo aguantas... Habría que pegarle un tiro...» Únicamente después que un hombre ha tenido su primera trombosis coronaria, el médico pondrá repentinamente este estimulante en la lista de drogas peligrosas, diciéndole: «Así que a olvidarse del whisky y a no dejarse irritar.» (Es posible que el paciente consiga solucionar su problema de alcoholismo, pero a nadie se le ocurrió todavía fundar una Liga de Agresivos Antialcohólicos.)

Es ésta, pues, la fibra con que se teje el vínculo masculino. Lionel Tiger: «Sugiero que los machos se vinculan en función de un objeto de agresión, ya sea éste preexistente o fraguado...» «El vínculo masculino es función de la agresión.»

Tan pronto como aparece un enemigo exterior, cesan los enfrentamientos hostiles entre los miembros de la cohorte masculina. Toda la agresión se dirige hacia fuera, contra el enemigo. Y la sensación gratificante del levantamiento hostil en contra del enemigo se profundiza y enriquece merced a la sensación, más cálida y más gratificante todavía, del amor y la solidaridad hacia el hermano en armas.

He aquí la descripción que da el doctor F. Kahn de los papiones: «La atracción social... es fluctuante. La horda de monos carece de toda cohesión cuando las condiciones materiales de vida son buenas; aparte las relaciones familiares... el individuo hace caso omiso de la comunidad. Pero si un crujido en las ramas anuncia la aparición de un leopardo... todo cambia de la misma manera que cambia para nosotros el día que se declara una guerra... Una tropa de monos en estado de guerra es cosa respetable.»

Tal es el origen del vínculo masculino. Es claro que visto desde dentro parece una maravilla. Sabemos que debe ser gratificante (como sabemos que debe serlo el orgasmo vaginal en los animales) por la ansiedad con que los varones se concentran en los lugares y situaciones donde esperan que sea favorecido ese sentimiento de vinculación, como los finales de campeonatos, convenciones de hermandades secretas o semisecretas, reuniones de masas y (en el pasado, por lo menos) en los campos de batalla. Sabemos que debe de ser profundamente emocionante, porque desde los primeros dibujos rupestres y las primeras sagas, se ve con claridad que la guerra llevó a los hombres a la producción artística y poética mucho antes y más prolíficamente que el amor de las mujeres. Sabemos que debe ser una especie de amor, y del orden más elevado, porque produce hechos de devoción y autosacrificio, y motiva una confianza y obediencia tan incondicionales que incluso el poder del pensamiento independiente resulta sacrificado en su altar. «No es cosa de ellos razonar sobre el porqué; sólo les corresponde nacer y morir.»

Estoy dispuesta a creer que es algo que jamás he experimentado y jamás experimentaré. Sé que cuando veo una película que muestra hombres en el campo de batalla —y, como la mayoría de las madres de varones, gracias a ese medio aprendí más sobre las batallas de lo que jamás hubiera deseado saber— el espectáculo no me provoca otra cosa que una aguda ansiedad, y la sensación de que sé han vuelto todos locos. Con los que no puedo estar de acuerdo es con los hombres que hacen respecto del vínculo masculino el mismo supuesto que hizo Freud respecto del pene: «Nosotros lo tenemos, y ellas no. ¡Qué hermoso es, y cómo deben desear todas ellas tenerlo también!»

Pues en realidad, no. Y algunos de los hombres más grandes de la Historia fueron los que se. hicieron eco de ese «no»; hombres que experimentaron en todo su ardor el vínculo masculino, y

fueron aceptados en la hermandad de la Iglesia o del Ejército o del *establishment,* y que después descubrieron que había un punto más allá del cual no podían adaptarse. Y que retiraron su asentimiento del fondo común, y por más histéricamente que aullara y gruñera en torno de ellos la jauría, se resistieron a sus presiones porque no podían hacer otra cosa. Eso es lo que a mí me parece hermoso.

Porque lo que tiene de más perturbador el vínculo masculino de los primates es que funciona únicamente cuando viene el leopardo. Y si es gratificante para toda la cohorte masculina, lo es muy especialmente para el líder, que sabe que la aparición del leopardo es la señal para que todos los rivales dejen de desafiarlo, para que los subordinados rebeldes se pongan en línea, para que toda la fuerza de la jauría se someta a su voluntad. Entre los papiones, un macho dominante sólo saborea esa sensación embriagadora cuando se acerca un enemigo real, pero en el *Homo sapiens,* un macho dominante con suficiente astucia puede inventar su propio leopardo. Repitamos la definición de Lionel Tiger: «Los machos se vinculan en función de un objeto de agresión, ya sea éste preexistente o *fraguado.»* (La bastardilla es mía.)

Todo el asunto de la política y del gobierno tal como lo manejan los varones gira en torno al proceso de identificar o inventar el tipo de leopardo que sea capaz de unir al mayor número posible de hombres en el vínculo más estrecho posible.

En época de guerra es fácil: tienen el territorialismo y la xenofobia de su parte, y la otra tribu, o la otra nación, constituye el leopardo. Pero a medida que los Estados nacionales se hacen más grandes y ía Administración más compleja, a los hombres hay que darles impulso para empeñarse, cooperar y obedecer órdenes, durante largos períodos sin guerra. Entonces se subdividen en facciones y camarillas: el leopardo son los reaccionarios, o los radicales, o los republicanos; y si el vínculo da señales de debilitamiento, entonces buscan un tigre de dientes más afilados: la conspiración papal, la judería internacional, el peligro amarillo, la amenaza bolchevique, los lacayos del capitalismo. Es una forma curiosa de manejar una sociedad, pero así están hechos los hombres, y ése es el mecanismo psicológico que mueve la mayor parte de sus sistemas políticos.

Políticamente, el leopardo tiene que ser siempre la quintaesencia de la maldad, o el sistema se viene abajo. Recientemente oí por radio cómo uno de los hombres más moderados y mejor intencionados de la política inglesa relataba que se había incorporado a un nuevo Parlamento rogando que los *torres* hicieran algo realmente malo. Sus plegarias fueron escuchadas: le vendieron armas a Sudáfrica, de manera que le volvió el alma al cuerpo y sé encontró de nuevo absorbido por su tarea. Admitamos que es una extraña profesión esta en que hay que pedirle al Señor que el propio país se conduzca de manera infame para que uno mismo no se quede a la deriva.

A mucha gente le ha intrigado el hecho de que, aun cuando se les haya concedido derechos civiles, pocas mujeres opten por la vida política, y de que las que lo hacen, pocas lleguen a ocupar altos cargos. Lionel Tiger calcula que jamás llegan más allá del 5 por ciento de los políticos en actividad, y lo atribuye a su falta de «vínculo» y de liderazgo. Pero no se puede crear un vínculo que se sustente en un leopardo de cuya existencia hay serias dudas, y creo que para e! promedio de las mujeres, la mayor parte de esos leopardos son como el traje nuevo del emperador.

Incluso en época de guerra, cuando la discusión tiene una poderosa base territorial —y por más que dé crédito al Gobierno cuando éste le dice que el enemigo es diabólico—, incluso entonces, lo más probable es que una mujer que se encuentre cara a cara con un soldado vea un hombre allí donde una persona correctamente vinculada vería un enemigo. Es posible que en vez de dispararle, como debería, le vende las heridas. Hasta es posible que llegue a amarlo, y que después la rapen por traición.

Y en época de paz es más pusilánime todavía. Es capaz de ver a un político que habla por Televisión y pensar: «Pobre hombre, hace todo lo que puede», olvidándose de que ella votó por el partido contrario y que por consiguiente el que habla debe ser necesariamente un tipo dedicado a llevar al país a la humillación y a la bancarrota, movido por los motivos más sórdidos. Nadie con una mentalidad semejante sirve para gobernar un país. E incluso si fuera cierto que ella es más apta para

gobernar un país con cordura que cualquiera de los inventores de leopardos, se puede apostar con toda seguridad a que, tal como está estructurado el sistema, jamás va a tener posibilidad de hacer la prueba. Se encontraría con que toda la estructura está diseñada para un tipo mental diferente, de la misma manera que si entrara por la puerta que dice «Caballeros» se encontraría con que algunos artefactos están diseñados para un tipo de cuerpo diferente. Las mujeres que tienen éxito en política ya han visto la luz, y al leopardo, porque de otra manera no estarían donde están.

El *Homo sapiens* es una criatura que en vastas extensiones del planeta, en los países, en los continentes y en los siglos que los libros de historia y los noticieros cinematográficos desdeñan porque en ellos no pasó nada «interesante», se las ha arreglado para llevar la vida moderada y fundamentalmente cooperativa que cabía esperar de los primos de los símidos hedónicos. Casi todos los hombres pasan la mayor parte de su vida de esa manera.

Pero como todo nuestro sistema de gobierno se basa en el vínculo masculino, y el vínculo masculino a su vez está basado, en el mejor de los casos, en un sordo y agresivo zumbido de baja tensión, acompañado por las alucinantes visiones que mantienen viva esa agresión, estamos en constante peligro de ver que nuestras comunidades regresen a intervalos al horrible y combativo aspecto de una tropa de papiones. Y, además, papiones que tienen el dedo en el botón que puede disparar la bomba H.

«Algo respetable» es la manera androcéntrica de considerar esa transformación. Pero a mí se me hace difícil saludar con alborozo un mecanismo que cuenta entre sus monumentos los linchamientos en masa, las persecuciones religiosas, la matanza de My Lai, la tierra empapada en sangre de Ypres o de Stalingrado, y las obscenidades de Hiroshima y de Nagasaki.

No es que las mujeres no sean culpables de esas cosas. Si temen por su familia, o por su piel, o a veces incluso por su propiedad, las mujeres pueden exhibir tanto odio hacia el «enemigo» como los hombres, y entonces su comportamiento, ya sea que den señales de cobardía o que rebosen de fervor patriótico, ha parecido con frecuencia más innoble que el del hombre, porque ni siquiera está dignificado por el calor amoroso del vínculo masculino y porque ellas tienen (o han tenido hasta hace poco) menos probabilidades de lucir los estigmas de una violencia colectiva que siempre han ayudado a sancionar. Por esto, creo que en la mayor parte de los conflictos, son encubridoras del delito. Puede que las mujeres lleguen a creer en los leopardos, pero no los «fraguan».

¿En qué relación nos encontramos, entonces, con los símidos y los papiones? Hay indudablemente una vena de «papionismo» en la sociedad humana. Es posible que sea verdad que tuvo que ver con un cambio de medio. Últimamente, algunas investigaciones en el terreno han sugerido que incluso entre los chimpancés hay una diferencia, leve pero perceptible, entre las pautas de comportamiento de los chimpancés de la selva y los de la sabana. Estos últimos responden a una amenaza exterior con formas de agresión un tanto más coordinadas.

Bien puede ser que eso haya sucedido con el homínido. Es un hecho que este comportamiento no se remonta, en nuestra especie, a tiempo inmemorial. Si aceptamos la teoría acuática debemos llegar a la conclusión —puesto que el mar era un medio por lo menos tan seguro como la selva— de que se desarrolló después de que volvimos a tierra. No tiene más que dos o tres millones de años, y es una adaptación que en una etapa posterior se superpuso al comportamiento hedónico que exhibían nuestros antepasados y que siguen exhibiendo nuestros hijos. Durante un tiempo resultó notablemente conveniente, en un contexto primitivo en que la velocidad y el poder muscular (que resultan estimulados por la agresión) tenían más importancia que la razón fría (a la que la agresión estorba). Ya no es conveniente, sino que sobra.

Claro que sería absurdo afirmar que en las hembras no hay agresividad. Individualmente pueden ser tan agresivas como los machos; y en el caso de las mujeres, allí donde no han sido condicionadas culturalmente para adoptar un rol de «sumisión», la agresión puede aparecer con más claridad todavía. Incluso hay quien cree que si no se les enseñara a ser sumisas, y a los hombres no se les enseñara a ser agresivos, no habría diferencia alguna en este aspecto, pero eso es muy dudoso. El condicionamiento puede explicar bastante —tal vez un 50 o 60 por ciento— pero hay dos

poderosas razones para creer que el condicionamiento no es toda la historia.

Una de esas razones es que si se le inyectan hormonas masculinas a una mona, se comportará de manera más agresiva; y si se le inyectan hormonas femeninas a un mono, se comportará con menos agresividad. La segunda razón es que los antropólogos dedicados al estudio de las culturas de diferentes tribus no han encontrado casi ninguna ocupación que en alguna parte no sea considerada como «tarea de mujeres» y en alguna otra parte como «trabajo de hombres», ya se trate de la alfarería, el tejer, la agricultura, la cocina o incluso la atención de los niños. La única excepción la constituye la matanza de gente. Nadie ha encontrado una tribu primitiva donde los guerreros sean las mujeres. La guerra es función del vínculo masculino.

El análisis que hace Lionel Tiger de este fenómeno masculino es claro y penetrante. De ninguna manera intenta atenuar la naturaleza abrumadora de sus consecuencias para el mundo moderno. Procura, sí, elevar sus acciones mediante la treta semántica de explicar los logros positivos del hombre, tales como cruzar los océanos, escalar montañas, inventar el teléfono o descubrir la penicilina, recurriendo a la frase «agresión contra el medio». Pero el motivo de los logros citados es hedónico: «¡A que no saben lo que vi! ¡Vengan a ver lo que hice!», y nada tiene que ver con la agresión. La agresividad sólo sirve para pelear con la gente.

Hay un punto referente a los papiones que Tiger se olvida de destacar, por más que haga una referencia tangencial a la investigación sobre la cual se basa. Es un descubrimiento que da cierto pie para el optimismo, y dado que el stock de descubrimientos de esa clase es bastante reducido, vale la pena examinarlo más de cerca,

Michael Chance lo describe con la mayor claridad. Señala que cuando un papión se esfuerza por ascender en la escala jerárquica con la esperanza de convertirse en jefe, jamás llegará a su meta valiéndose de un despliegue de desenfrenada agresión. El papión que termina por llegar a la cima es el que tiene mayor capacidad de controlar e inhibir sus instintos agresivos.

El mecanismo funciona así: un animal que inicia un combate físico y pierde la pelea tiene estadísticamente más probabilidades de perder la siguiente. Si pierde sucesivamente dos o tres, pierde toda esperanza de llegar a ser jefe. Es el síndrome de «nada tiene tanto éxito como el éxito», que ha sido puesto a prueba y demostrado en más de una oportunidad (por ejemplo por Allee en 1943, con ratas) y en condiciones rigurosamente científicas que excluyen toda posibilidad de que suceda únicamente porque ya desde el principio el animal era un mal peleador.

Al trabarse en un encuentro agonal con otro que lo supera levemente en el orden jerárquico, un papión reacciona con sentimientos de agresión. Si es incapaz de controlarlos, peleará, y cuanto más frecuentes sean las peleas mayores serán sus probabilidades de ser derrotado y de perder la confianza en sí mismo. Los machos que llegan a ser dominantes no son los que pelean ciegamente, sino los que durante todos los años de adolescencia, y después, mantienen el más rígido control sobre sus reacciones agresivas y usan todos los recursos de la diplomacia, la tramitación y la distracción para asegurarse, con un mínimo de desprestigio, de que jamás se trabarán verdaderamente en lucha con un miembro de la camarilla establecida.

Un animal así es como Fabio Cunctator: cuando pega, pega fuerte. Pero sus años de aprendizaje le han enseñado a no pelear nunca por simple gusto, y tampoco lo hace cuando alcanza la cúspide de la jerarquía. Claro que para entonces rara vez lo necesita. Lo importante de todo esto es que deja totalmente sin base la difundida creencia de que nuestro patrimonio de primates nos impone la tendencia a una cólera feroz e incontrolable, a la cual no tenemos nada que oponerle, a no ser la pálida convicción intelectual de que es más prudente no conducirse de ese modo.

Si aceptamos que durante el período de la sabana y después de él, el *Homo sapiens* adquirió una pauta de comportamiento basada en el vínculo masculino análoga a la del papión, debemos estar preparados para aceptar que, por lo menos para el individuo, al serle acordado un mayor potencial de agresividad, se le acordó también la capacidad de aplicar los frenos. Konrad Lorenz lo plantea de manera absolutamente inequívoca: «La inhibición es un proceso activo... Es totalmente correcto hablar de liberar un proceso de inhibición.»

Esto me levanta un poco el ánimo. Lo triste es que cuando un grupo ligado por el vínculo masculino empieza a darse cuenta y los monos llegan al «estado de guerra», al parecer los frenos fallan; ellos actúan sobre el enojo individual, pero no sobre la violencia de masas ni sobre la guerra. La única forma de aplicar un freno en estos casos sería encontrar algún método para aflojar la tensión del vínculo. ¿Qué esperanzas hay de lograrlo? No muchas; pero hay algunos signos de que si el vínculo se ve sometido a demasiada presión, puede llegar a aflojarse muy súbitamente.

Es muy raro que la imagen programada del enemigo malo empiece a desvanecerse en el ánimo de los hombres mientras el conflicto tiene todavía vigencia; sin embargo, algo así está sucediendo actualmente en Norteamérica. Es posible que la mitad de la nación siga conduciéndose como si Vietnam del Norte fuera un símbolo de las fuerzas del mal que, si no se las domina, constituirían un peligro horrendo para la entidad política de los EE. UU. y para todos los hombres «buenos» del mundo. La otra mitad ya empezó a plantear la pérfida pregunta: «¿Qué leopardo? Yo no veo ningún leopardo.»

Probablemente no sea por casualidad que algunos de los sectores populares que plantean la cuestión, especialmente los jóvenes, hayan reaccionado rechazando no solamente el reclutamiento militar sino, en casos extremos, la totalidad del síndrome «vínculo masculino» con todas sus manifestaciones.

Si se trata de afirmar la virilidad, les importa un rábano la virilidad. Si se trata de demostrar valor, ¿a quién le interesa? Si es por lograr *status* y mando y alcanzar orden jerárquico, rechazan el *status,* el mando y el orden jerárquico. Si es la espina dorsal de la estructura política, al diablo con la estructura política. Si les hablan de dar coherencia y diferenciación a las unidades nacionales y tribales, responden que ellos pertenecen únicamente a la raza humana. Y si vamos a defender la propiedad privada y la vida familiar, renuncian a la propiedad privada y denuncian la vida familiar. Tienen la profunda convicción de que todos los que dicen que ven al leopardo se han vuelto locos de atar y, en un acto de auto-protección, ellos se apartan de la locura mediante un intransigente rechazo de cualquier pauta de comportamiento imaginable que pudiera ser explotada para inducirlos engañosamente a volver a ella. Su elección es el modo hedónico de los antropoides superiores, y los únicos que pueden asegurarse su atención unánime son sus músicos. *(Mike,* el chimpancé salvaje de quien nos habla Jane Goodall, ejercía el mismo efecto sobre su tropa y elevaba maravillosamente su importancia gracias a flamantes técnicas de exhibición entre las cuales se contaba la percusión rítmica sobre resonantes latas vacías de gasolina.)

Personalmente, creo que esos jóvenes rechazan demasiado, y a un precio demasiado elevado para ellos mismos. Pero por lo menos han demostrado que el mecanismo agonal masculino no es en la raza humana una pasión tan dominadora como algunos quisieran hacernos creer. Hay una capacidad para tal mecanismo, pero se trata de una opción y no de un imperativo, pues todavía queda en nosotros más de chimpancés que de papiones. A menos que podamos idear otras consecuencias culturales de la agresividad que superen las que hasta ahora hemos fraguado, es posible que en ese hecho resida nuestra mejor esperanza de supervivencia.

11. LO QUE QUIEREN LAS MUJERES

Hacia el final de su vida, Freud deploraba el hecho de que, ni siquiera después de haberse pasado años tratando de precisarlo, había conseguido descubrir «lo que quieren las mujeres».

Es una pregunta más bien tonta. Si alguien hubiera reunido una serie de nombres de seres humanos bien conocidos —digamos, Albert Schweitzer, Atila, Casanova, Gandhi, Al Capone, Einstein, Henry Ford, Pedro el Ermitaño, Gauguin, Elvis Presley— y les hubiera pedido una respuesta concisa a la cuestión de qué es lo que quieren los hombres, tampoco les habría resultado demasiado fácil. Y cualquier respuesta con que salieran, y que fuera válida para esa lista, sería tan general y abstracta que también sería válida para todas las mujeres.

Pero mucha gente tiene la idea subconsciente de que las mujeres son una especie muchísimo menos compleja, que se parecen más, digamos, a los rododendros o a las lentejas, de manera que muy al alcance de la mano debe haber una respuesta simple por el estilo de «necesitan muchos fosfatos», y que una vez descubierto ese secreto, todo en la vida se simplificará. Se les podrá dar a las mujeres lo que quieren y entonces se quedarán tranquilas y dejarán que la gente de veras (es decir, los varones) dedique su atención y su tiempo a la tarea importante y difícil de manejar sus relaciones con otra gente de veras.

Esta idea, lo mismo que la idea de un afrodisíaco químico, es un espejismo masculino. Jamás se encontrará una fórmula semejante. Lo único que podemos hacer es tratar de desenmarañar algunos de los factores que en la actualidad contribuyen al descontento de las mujeres.

Sería tema para un volumen diferente seguirle la pista a la homínida a lo largo de todas las vicisitudes de la Historia y de la Prehistoria hasta llegar a la actualidad.

Para ella, la era divisoria fue la de la recolección y la caza, durante la cual se estableció la división del trabajo y la familia nuclear. Hasta ese momento ella no se había sentido menos libre que el varón, ni tenía menos confianza en sí misma, ni menos inventiva, ni contribuía de manera menos decisiva que él a la vida económica. Nadie podía limitarse a ser una simple ama de casa cuando todavía nadie había inventado la casa.

Es verdad que era subdominante, pero para el caso la mayor parte de los machos también eran subdominantes —ya que es imposible que todo el mundo esté en la cima— y entre los primates no es una situación especialmente irritante. A un mono subdomkjante le pueden impedir que haga algo que él o ella quiere hacer —ya sea comerse la mejor comida o copular con la pareja más apetecible —, pero jamás lo van a obligar a que haga lo que no quiere. Ésa es una innovación posterior, y es humana. .

Parte del problema fue el territorio. Allí donde una banda de primates considera que un sector de la selva es su territorio, el sentimiento de propiedad es comunal, y el excedente de agresividad de los machos se canaliza en bulliciosos incidentes limítrofes contra los machos de las bandas vecinas.

Pero una vez que un macho se establece como cabeza de una familia nuclear que ocupa una base, comienza a considerar esa base como un miniterritorio. Como la gaviota de Tinbergen, tiene la sensación de que por más pequeña y circunscrita que sea el área, la hembra que le pertenece debe limitar sus movimientos a esa zona y no aventurarse en el territorio de otros machos. Una vez que llega a convertirse en fabricante de utensilios y empieza por ende a acumular propiedades, siente que sus propiedades, como la hembra, deben permanecer en su base; y en su ánimo ella se convierte en parte de la propiedad. Sea cual fuere la posición que ocupe frente a los otros machos, en el interior de su miniterritorio el dominante es él, y lo es en forma absoluta, y no tiene contra quién ejercer su predominio a no ser la hembra y sus hijos.

Cuando pasa de una economía de recolección y caza a una economía agrícola, al hombre se le

hacen mucho más vitales tanto el territorio como el predominio. (Para ese momento ya es *Homo sapiens.)* La agricultura es una tarea pesada, y no le gusta tener que hacer él solo todo el trabajo del campo. (En algunas comunidades africanas, incluso en el siglo XX, es la mujer la que lo hace todo.)

Su dominio sobre la mujer se hace más rígido todavía cuando se da cuenta de que ella tiene otras capacidades que ahora pueden tener importancia económica para él. Por grande que sea la tolerancia con que las tratan los machos, las crías de los primates subhumanos son consideradas por ellos como un haber comunal y una responsabilidad comunal. Pero con el establecimiento de la familia nuclear, el hombre reconoció una relación especial con los hijos de su propia y particular mujer, y con el advenimiento de la agricultura, dicha relación se intensificó aún más.

A un cazador comunal no le importa que los varoncitos que corren a su alrededor sean hijos de él o de cualquier otro, en tanto que ayuden a derribar la presa. Mas para un granjero el asunto es de vital importancia, porque si son hijos de él van a trabajar en sus campos. Ya había aprendido a convencer a los caballos y a los perros de que trabajaran para él, criándolos desde pequeños de manera que dependieran de él y le obedecieran. Con las personas podía usar la misma técnica. Las vacas y las ovejas eran más valiosas que los machos de las mismas especies porque al reproducirse aumentaban su riqueza. La mujer podía hacer lo mismo.

Ahora ella jamás debería abandonarlo, y a ese efecto él estableció normas mucho más rígidas que las que habían tenido los cazadores-recolectores. Dijo que era la voluntad de Dios, y los otros granjeros estuvieron de acuerdo. Él y la mujer debían guardarse fidelidad hasta la muerte, aunque tácitamente se sobreentendía que él podía repudiarla si resultaba ser estéril o por algún otro motivo no le servía.

Esta relación se mantuvo a lo largo de la mayor parte de la Historia. En la medida en que legalmente la mujer no podía abandonarlo, ni ser dueña de propiedades, ni obtener reparación por malos tratos, ni paga por los servicios prestados, era una relación de amo y esclava. Muchas mujeres fueron muy felices bajo este sistema, y amaron tiernamente a sus maridos, de la misma manera que algunos esclavos estuvieron satisfechos con sus amos y les fueron fieles; pero de todas maneras era esclavitud. Algunas hubo que engañaron a sus maridos, o fueron con él regañonas y tiránicas; pero no por eso dejaron de ser siervas.

La introducción de la agricultura tuvo un efecto adicional: creó tanta riqueza que los hombres en general pudieron apartar más la atención del problema de la simple supervivencia para dedicarla a la forma de hacer más placentera la vida. La mujer, el más versátil de los bienes muebles, también tuvo aquí su utilidad, como concubina y como prostituta. Hombres hubo que invocaron la ira de Dios sobre semejantes mujeres por sus pecados, al tiempo que los mismos que creaban la demanda para sus servicios las despreciaban por ofrecerlos.

Llegados a esa etapa, hablar de «la decadencia» de la mujer tenía, aparte la significación genealógica, un nítido sentido adicional de «descenso». Ella había descendido hasta tal punto que en muchas comunidades humanas, tal vez en la majo-ría, se la consideraba como congénitamente inferior, tanto en lo físico como en lo mental y en lo moral. A veces esta convicción fue tan lejos que llegó a convertirse en lo que se denomina «seudoespeciación»: se llegó a pensar que no era totalmente parte de la raza humana. Los hombres podían discutir con austera seriedad la cuestión de si se podía afirmar que las mujeres tuvieran alma.

Claro que muchas de tales creencias se justificaban por sí solas. Si uno cree que las mujeres son mentalmente inferiores, no se molesta en educarlas, y mientras no se las eduque, siguen siendo mentalmente inferiores. Si se va más lejos y se insiste en que cualquier signo manifiesto de no ser mentalmente inferior va en desmedro de la femineidad, es repulsivo y mantendrá alejado a cualquier varón que se respete, lo más probable es que ella tome sus medidas para ocultar o disimular cualquier tara semejante que pueda tener, y para sofocarla en sus hijas.

Sin embargo, no hay necesidad de repetir aquí la triste historia de los entuertos y agravios padecidos antaño. La mayor parte de ellos han sido reparados, o poco falta. Son tantas las mentiras referentes a la inferioridad de las mujeres que han sido refutadas, que ahora ellas creen en ocasiones

que, a no ser en términos estrictamente físicos, no hay diferencia alguna entre hombres y mujeres ni es necesario que la haya. Tienen igualdad ante la ley (o casi); y tienen el voto, la posibilidad de ganarse la vida, de acceder a la educación, y la píldora.

Sin embargo, ocurre precisamente en algunos de los países en donde esas flamantes libertades han llegado más lejos, que los hombres se pasman al tropezar con las mujeres más vociferantes, más descontentas, más dispuestas a hacer manifestaciones con pancartas y consignas y a quejarse de lo triste de su suerte, de sus frustraciones, de que son objetos sexuales y de que necesitan liberación.

Hay quien desdeña el movimiento porque al parecer está encabezado por intelectuales de clase media. Pero casi no hay revolución que haya tenido éxito y en que no hayan sido los intelectuales de clase media los que abrieron la brecha. Y la que nos ocupa está consiguiendo bastantes repercusiones, por lo menos en los países occidentales, como para hacer pensar que responde a un malestar muy difundido y de raíces profundas. Parecería que una cantidad de cosas que para las mujeres son muy básicas e importantes anduvieran mal de alguna manera.

Creo que tres de tales cosas son: sus relaciones con sus hijos, sus relaciones con los hombres y —lo que es menos importante, pero no deja de ser un factor— sus relaciones con otras mujeres.

Los chicos están realmente en el centro del problema, y sin duda en el centro de todos los problemas económicos. Por más fervorosamente que exijamos la igualdad, tenemos que enfrentar el hecho de que las mujeres son las que tienen los hijos. Algunas mujeres, como Shulamith Firestone, se sienten incluso agraviadas por eso *(«duele»)* y querrían que la tarea fuera confiada en la primera oportunidad posible a los tubos de ensayo de los bioquímicos. Pero me temo que van a tener que esperar un buen rato, y entretanto es un factor que interviene en todo.

Tomemos la exigencia de igual pago e igual oportunidad. Buena proporción de la resistencia que la misma despierta se debió en el pasado a la simple obstinación del chauvinismo masculino. Los gremialistas que teóricamente adherían al principio de «a igual trabajo igual salario» aceptaban como perfectamente natural que a una mujer que trabajara en el mismo lugar que un hombre, durante el mismo número de horas, en la misma tarea y con igual eficiencia, y a pesar de que tuviera la responsabilidad de mantener al mismo número de personas, se le pagara entre la mitad y los dos tercios del salario porque era mujer, y por ninguna otra razón.

Los patronos apoyaban con más fervor todavía ese orden «natural» de las cosas, y usaban los argumentos más ingeniosos para respaldarlo. Era porque «a las mujeres las mantienen los maridos»; pero a las solteras no se les pagaba más que a las casadas. Era porque «los hombres tienen mujer e hijos»; pero a los solteros no se les pagaba menos. Era porque «las mujeres dejan el trabajo para casarse», o porque «las mujeres faltan con más frecuencia al trabajo para cuidar de los niños», etc.; pero en la actualidad, más de la mitad de la fuerza laboral femenina en Inglaterra está compuesta por mujeres casadas de más de cuarenta años, que son estadísticamente *menos* propensas al absentismo, a cambiar de trabajo o someterse a huelgas que lo que demuestra serlo el varón promedio.

Sin embargo, cuando se han excluido todos los factores debidos al prejuicio y al egoísmo, el hecho es que *el promedio* de las mujeres ponen menos de sí mismas en su trabajo por la sencilla razón de que no son solamente obreras o empleadas o profesionales sino esposas y madres. Ya a los dieciséis o diecisiete años, cuando un muchacho que todavía está en la escuela secundaria tiende a esforzarse porque su principal objetivo inmediato sea una carrera, una chica tiende a hacer lo contrario, porque el principal objetivo inmediato de ella es un hogar y una familia. Le han enseñado a considerarlo como una tarea de jornada entera, y lo más probable es que, por lo menos, durante diez años de su vida, sea realmente una ocupación de jornada entera.

En ocasiones esta dualidad de roles va en beneficio de ella, pero lo más frecuente es que la perjudique, y a veces violentamente. Por ejemplo, habitualmente un profesional a quien su trabajo se le hace arduo o frustrante se sentirá obligado a no cejar en su empeño y a afrontar su problema, porque

de otro modo no sólo perdería prestigio sino que disminuirían sus ingresos; en tanto que una mujer casada que se enfrenta con obstáculos similares tiene más facilidades para echarse atrás sin sentirlo como un fracaso, diciéndose (como dirá todo el mundo) que su vida hogareña se estaba resintiendo y que se sentía en la obligación de dedicarle más tiempo a la familia.

Por otra parte, es probable que la mujer con hijos pequeños y que se ve obligada (por la pobreza o por la muerte o ausencia del padre) a ganarse un sueldo al mismo tiempo que es madre, se encuentre desempeñando simultáneamente dos ocupaciones de jornada entera, sin posibilidad de abandonar ninguna de ellas; y la tensión mental y física que ello impone puede ser abrumadora. En cambio, aunque su mujer lo abandone con hijos pequeños, rara vez se espera que un hombre lo intente siquiera. En ocasiones, alguna «asignación para ayuda doméstica» ha venido a reconocer oficialmente que su difícil situación es más de lo que puede aguantar el cuerpo. El cuerpo de un hombre, claro. Parece que las mujeres estuvieran hechas de material más sólido.

Debido a estas anomalías —y a algunos miles más— hay ahora algunas mujeres que asumen la actitud de que jamás van a ser libres mientras no se saquen los chicos de encima; que el solo hecho de que ellas sean las fabricantes de bebés no es razón ninguna para que realmente tengan que *criar* semejante estorbo; que es una tarea sucia, agotadora y aburrida y ¿por qué tiene que estar a cargo de ellas, con su cerebro privilegiado?

Ya hemos encontrado buena cantidad de cosas raras en el *Homo sapiens* y su pareja, pero ninguna, y en ninguna parte, tan rara y apocalíptica como este *cri de coeur*.

En toda la extensión del reino animal —y sobre todo en los mamíferos— si hay una respuesta al quejumbroso interrogante: «¿Qué es lo que quieren las hembras?», esa respuesta es: «Quieren a sus hijos.» No es que disfruten del partido; no es que busquen símbolos de *status,* o herederos, o compañía para la vejez; pero una vez que las crías aparecen, las *quieren,* tan inequívocamente como pueden querer comer. Tomemos un ejemplo sencillo; ya vimos que en las ratas hembras el apetito sexual puede llevarlas a seguir apretando la palanca más allá del momento en que un macho deja de hacerlo. Pero el apetito de tener bebés es incluso más voraz, como se ha comprobado entregándoles una ratita recién nacida en respuesta a cada señal. Si tiene fuerza y aguanta, una rata hembra seguirá apretando la palanca hasta no poder moverse en la jaula llena de infantes.

Entre los primates el impulso sigue siendo muy poderoso, aunque la maternidad, como el sexo, se ha desplazado parcialmente a la cabeza. Esto significa que tienen que aprender la forma correcta de ser madres, como tienen que aprender la forma correcta de copular, y que es probable que los símidos criados en el aislamiento no sepan cómo manejarse la primera vez a menos que lo hayan visto hacer. Pero no cabe duda del placer que encuentran en la relación. En varias especies —incluso en el áspero papión— la reacción ante un recién nacido es universal. No sólo el *status* de la madre se eleva rápidamente; las otras hembras sé reúnen en torno de ella, haciendo gestos de sumisión, en la esperanza de que les permitan levantar un rato al bebé. Y hasta los machos dominantes, aunque sin gestos de sumisión, se le aproximan con la misma intención. Pero ella conserva el derecho, y la decisión, de quitárselo a cualquiera si el infante grita.

Es muy difícil creer que la propensión a encontrar placer en los niños se haya debilitado como tal. Así como es imposible que un animal herede de alguno de los progenitores el defecto de la esterilidad, es casi imposible que herede y transmita la ausencia de instinto maternal, porque sería muy raro que en ese caso llegara a vivir lo necesario. Como ya vimos, las pruebas de reacción pupilar muestran que en las mujeres la reacción subcortical ante el espectáculo de un bebé es instantánea y poderosa. En las sociedades primitivas ese placer se mantiene intacto, y en la mayoría de las civilizadas también. De mi propia niñez en un valle de Gales recuerdo que cuando una madre llevaba su recién nacido a las casas de amigos, parientes y vecinos para lucirlo, la reacción de las mujeres era tan auténticamente primate como el comportamiento de sus hijos mientras jugaban. Se escuchaba un involuntario coro de exclamaciones al distinguir por primera vez la carita del bebé entre las mantillas, y siempre había alguien que preguntaba si podía tenerlo un poco. La madre concedía graciosamente la merced, pero volvía a reclamarlo si lloraba.

En ocasiones tenemos noticia de uno de los pocos delitos que son cometidos únicamente por mujeres, cuando se acusa a una mujer respetable de robar un bebé de un coche, movida por un apetito que en su caso es tan incontrolable como 'la lujuria en el caso del violador. Personalmente, jamás me sentí tentada hasta ese punto. Pero de todas maneras es un hecho que cuando inesperadamente entra en mi campo visual un ser humano menor de tres años, si pongo atención me doy cuenta de que tengo los ojos clavados en él con tanta fijeza como se detendrían los ojos de un hombre en una rubia sin corpiño, y es muy probable que me invada la cara la misma especie de sonrisa chiflada.

¿Cómo se llega, entonces, a que haya feministas que gimen y gruñen cuando escuchan a alguien cantar loas al goce de la maternidad? ¿Es que realmente se habrán infiltrado en esa relación los melindres que los Victorianos introdujeron en torno al coito? Después de haber desbaratado con más o menos éxito el mito de que algunas mujeres son frígidas para los placeres del sexo, ¿vamos a descubrir ahora que algunas son frígidas para los placeres de la maternidad? ¿A qué se debe que estén dispuestas a contratar a otras mujeres para que críen a sus hijos, cuando incluso a la más *sptrituelle* de las mujeres rara vez se le ha ocurrido contratar a otra para que la libere de la no menos terrenal faena de acostarse con su marido?

Anda por ahí flotando la vaga idea de que únicamente las infradotadas pueden disfrutar realmente de la tarea de criar bebés, ya que los infantes tienen una conversación tan repetitiva y, admitámoslo, no son mucho más que animalitos. De acuerdo.

Sólo que ¿es tan terrible ser un animal? La mayoría de los que leen *Ring of Bright Water,* de Gavin Maxwell, pueden participar del intenso placer de su amistad con las nutrias; eran tan fascinantes de observar, tan espontáneas, tan confiadas; de alguna manera, casi humanas; al principio dependían conmovedoramente de él, hasta que iban alejándose para regresar por su propia y libre voluntad. Nadie podría dudar de la naturaleza personal y auténtica de la relación que él establecía con ellas, ni de lo gratificante que puede ser establecer una relación así, por más que le complicaran inmensamente la vida.

Sin duda a nadie se le va a ocurrir que el autor debía de tener una mentalidad muy limitada para deleitarse en esos seres. Y sin embargo eran espantosamente destructivas; lo que decían era muy estereotipado, y su repertorio de pautas de comportamiento mucho más reducido que el de cualquier chiquilín de tres años. ¿Por qué, pues, la gente piensa que ocuparse de los chicos es una especie de beso de la muerte intelectual?

Volvamos a la homínida, a quien esa tarea le gustaba, y tratemos de imaginarnos qué era lo que le gustaba.

Pues estaba el contacto físico, lo que se ha dado en llamar «masaje maternal», aunque no era únicamente maternal, sino recíproco; y era continuo. Es un tipo de estímulo que le resulta placentero casi a cualquier especie de animal dotado de sensibilidad. Un búho domesticado, si uno le acaricia el pecho y después retira el dedo, extenderá una garra para tomar el dedo y volver a ponérselo extáticamente en el mismo lugar, en la esperanza de que sigan acariciándolo. Y hasta alguien tan torpe como el cocodrilo es capaz de nadar activamente de un lado a otro para provocar un masaje eléctrico en la superficie de la piel. Así que el contacto era grato para los dos.

Para el bebé había una constante sensación de confianza física y de seguridad; para la madre, una elevación de su *status.* Era un placer verlo moverse, y todo lo que él hacía parecía tan inteligente. Y cuando se apartaba de ella, los contactos oculares eran frecuentes, los mismos que ahora los psicólogos reconocen como algo intensamente satisfactorio en sí mismo. Y sobre todo, la madre obtenía del bebé lo que según William Blake, hombres y mujeres esperan unos de otros: «Los rasgos del deseo satisfecho.» Cuando él tenía hambre, sólo ella podía alimentarlo; cuando estaba asustado sólo ella podía tranquilizarlo; si tenía frío, ella podía abrigarlo; cuando se caía podía levantarlo; cuando se exhibía, ella podía aplaudirlo. En todo el día no tenía otra cosa que hacer, salvo un par de horas de recolección, y pronto aprendió a hacerlo con el bebé en brazos o, más tarde, colgándoselo a la espalda en algún tipo de soporte. Como ella era la respuesta a todas sus

frustraciones, eso la hacía sentirse benévola y superior, en un mundo donde la mayoría de los de su especie la hacían sentir inferior. Naturalmente, el bebé la amaba sin reservas; es una forma de amor grata de recibir y fácil de devolver. Después, cuando ya el niño era demasiado grande y exigente, o cuando ella tenía que llevar en brazos a uno más pequeño, a veces pasaban ambos por un período de enojo recíproco; pero entonces el mayor se incorporaba a algún equivalente de los grupos juveniles, y la relación empezaba a moverse en un plano menos íntimo, pero siempre cordial. En todo caso, así sucede con los símidos.

Lo que empezó a andar mal fue que nosotros nos civilizamos, pero nuestros bebés no. Ellos y nosotros pertenecemos a ámbitos de la experiencia humana que están alejados entre sí por millones de años. Decía Wordsworth que llegaban trayendo consigo nubes de gloria, pero no es así; lo que traen consigo son lianas de la selva primitiva. Intenta, lector, ponerte en su lugar.

Tu madre es civilizada, usa ropa limpia y pulcra, y quiere tenerte a ti también limpio y pulcro. Ya no puede cargar contigo todo el día. Tiene que hacer las compras, preparar la comida, sacudir el polvo, pasar la aspiradora, lavar los pañales y probablemente hervir los biberones. Además, cuando te lleva en brazos le babeas la blusa y a ella le gusta tenerla limpia. Entonces te deja la mayor parte del tiempo en el coche o en la cuna; ahora porque no le queda más remedio, pero es posible que su madre haya hecho lo mismo con ella *por principio*, porque los expertos le habían dicho que levantarlo cada vez que lloraba era estropear a un bebé.

No quiero decir que tenga que volver a cargarte a la espalda; ni tampoco que ahora tú y ella os limitéis a ser buenos amigos; únicamente que ya las cosas entre ella y tú son nítidamente más platónicas que antes, o de lo que a ti te gustaría que fueran.

Un tiempo después, cuando llegas a los dos años, el abismo generacional se ensancha. Cuando tú vienes tambaleándote entre la selva, apoyándote en los retoños y en las lianas, a traerle una hoja recién arrancada y con la esperanza de que te reciba con un contacto ocular resplandeciente, ella está bajo el delirio de que todos esos obstáculos no son más que las patas de una mesa y el cordón del televisor, y de que tú has destrozado el periódico antes de que papito haya podido *leerlo*... Y te recibe con un contacto ocular, pero está lleno de enojo y no de aplauso. A veces, si ella es una intelectual y quiere mantenerse al día con sus lecturas, o si tiene exceso de trabajo y le preocupa no poder pagar el alquiler, no es muy fácil conseguir contactos oculares si no es montando el espectáculo de una pataleta. Así que tú *armas* una pataleta, como haría cualquiera. Y entonces ella empieza a poner aire de mártir.

Ella tiene la obligación de hacerte atravesar unos cuantos millones de años de civilización en el curso de una única y breve infancia, de modo que aun cuando pueda ser la respuesta a algunas de tus frustraciones, en realidad es la fuente de la mayoría de ellas. Su elogio es caprichoso: se limita a aprobarte cuando haces algo que no dañe su medio ni fastidie a los otros adultos, y a ti ese tipo de conducta no se te ocurre naturalmente. No puedes evitar que tus sentimientos hacia ella sean un poco ambiguos, ni ella puede evitar que sus sentimientos hacia ti sean ambiguos.

Durante un breve lapso, cuando llegaste, elevaste el *status* de tu madre y todo el mundo la felicitaba; pero ahora no importa que su *status* dependa de una carrera, de su ropa, de su mentalidad, de su cocina impecable, del dinero, de su independencia, de su conducta serena o de su hospitalidad. En cualquiera de esos casos, tu presencia la hace sentirse sutilmente más plebeya, menos profesional, más ajada, menos capaz de concentrarse, más desorganizada, más pobre, más atada a la casa, menos equilibrada, más incapaz de atender a sus amigos como quisiera. Y si son ustedes dos o tres, el proceso se acelera bruscamente.

Para compensar todo eso, el amor que hay entre los dos tiene que ser muy especial, y a veces lo es. Pero no pasa mucho tiempo sin que deje de ser tan puro como era para la homínida. Pasan un par de años más y ya vuelves del jardín de infantes haciendo alusiones a los juguetes y los regalos que tienen los otros chicos y tú no, o todavía no. Allí donde ella solía ser virtualmente tu única fuente de conocimiento e información, y tu única norma, ahora tú recibes esas cosas de los maestros y de la televisión y adviertes que hay otras maneras de mirar las cosas; hoy día son muy pocos los

chicos que supondrían que es más probable que mamá tenga razón y no los medios de comunicación de masa. En vez de ser la única persona que la considera perfecta, tú empiezas a la más tierna edad a adoptar el aspecto de un crítico a domicilio, y a menos que ella sea una mujer muy rara, eso le hace tanta falta como un agujero en la cabeza.

No se trata de que se haya convertido en una mujer desnaturalizada a quien no le gusten los niños. Pero si volvemos a nuestro hombre mítico con los ojos clavados en la rubia sin corpiño, creo que si dos o tres rubias de ésas le siguieran los pasos todo el día, metiéndose en su oficina, exigiéndole atención constante, peleándose, «ayudándolo» a llevar los libros, siguiéndolo cuando va al cuarto de baño, metiéndose en las reuniones, criticando lo que hace y pidiéndole cada cinco minutos que les ayude a cerrar la cremallera y que admire lo que tejieron, y si nunca, nunca, nunca se fuera ni un minuto... entonces, después de cinco o seis meses, tendríamos a un hombre bastante menos embelesado con las rubias sin corpiño. Lo cual no significaría necesariamente que se hubiera vuelto homosexual o impotente. (Más probable sería que estuviera listo para el psiquiatra.)

Durante un largo período en la Historia, esta situación se resolvió mediante un problema de clases. Las mujeres que podían permitírselo les entregaban sus infantes a otras mujeres, primero para que los amamantaran y se encargaran del masaje maternal inicial, y posteriormente para los largos años del proceso de civilización. A intervalos razonables, les presentaban los niños, limpios, prolijos y domesticados, para que las madres les palmearan la cabeza, los elogiaran y los exhortaran a ser buenos.

Las campesinas se ocupaban personalmente de la tarea, y por lo común pudieron seguir obteniendo de ella un placer activo, porque de todos modos nunca les importó la elegancia. A lo largo de la literatura inglesa parece que tratar a los bebés, lo mismo que al sexo, con un poco de reserva, fue signo de buena crianza para las mujeres. Las heroínas de Jane Austen no sólo consideran que un interés manifiesto en los galanes es una muestra de vulgaridad; también la capacidad de disfrutar del barullo que hacen los hijos de los amigos y dejar que le alboroten a una el peinado es considerado como algo no solamente vulgar, sino también hipócrita. David Copperfield fue bien recibido por la señorita Betsy Trotwood cuando tuvo edad para quedarse sentado y decir: «Sí, tía»; pero el lugar adecuado para el chillón y goteante bebé David habían sido los gruesos brazos acogedores de Pegotty. E incluso Mary McCarthy, una de sus heroínas, se muestra fascinada al oír hablar a una nodriza de las mujeres de clase media inferior: «Aun cuando tengan mucha leche, y el médico les insista para que lo hagan, no quieren amamantar; tienen la idea de que es un hábito de los suburbios... las diferencias de clase son extraordinarias.»

Así que las quejas más sonoras respecto del cuidado de los niños provienen de las liberacionistas de clase alta y media, de quienes se puede decir, basándose en algunas frases de sus libros, que se nutrieron del supuesto inconsciente de que Pegotty es uno de los hechos inalterables de la vida.

Shulamith Firestone: «Las casas eran grandes y estaban llenas de criados...» «En cada familia el niño era amamantado por una extraña...» *(¿cada?),* e incluso hoy «es frecuente que las mujeres se vean relevadas de los peores esfuerzos por la existencia de una clase servil».

He aquí la solución de Kate Millett para el problema: «Es infinitamente mejor dejar el cuidado de los niños, ya desde el período en que empiezan a emerger sus capacidades cognoscitivas, librado a los profesionales mejor preparados de ambos sexos, que lo han elegido como vocación.» Esto es soberbio, especialmente lo de «de ambos sexos», que viene bien para disfrazar el hecho de que la autora está suspirando por Pegotty. ¿Cuántos son los hombres con vocación para trabajar en jardines de infantes? Y, llegada la edad donde realmente los hombres intervienen en el proceso, ¿Kate Millett cree en serio que el promedio de las escuelas estatales, lo mismo que el promedio de las agencias de mensajeros, está realmente integrada por profesionales idealistas y bien preparados que han elegido su actividad «como vocación»? La mayoría de ellos llegan a ser maestros por la misma razón que Jane Eyre llegó a ser gobernanta: porque tienen que ganarse la vida, y ésa les parece la menos desagradable de las vías que se abren ante ellos.

Germaine Greer insta a la esposa que abandona su hogar a que deje a sus hijos si es necesario, porque «el marido tiene más probabilidades que una mujer de poder pagar un ama de llaves o una niñera». Y cuando la misma autora sugería liberar a las mujeres por el principio del placer —«Es posible *divertirse* incluso con la cocina, la ropa, los cosméticos y la atención de la casa»— jamás se le pasó por la cabeza incluir al bebé como una de las cosas divertidas. La mejor forma de arreglarse con él, si es que no se tiene niñera, es una organización comunal que permita que las mujeres se turnen para «liberarse» de él.

Mientras tanto, Pegotty va desvaneciéndose rápidamente de la faz de la tierra. ¿Dónde fue a parar? Ahora le va un poco mejor. Ella también quiere vestirse bien y tener su apartamento, sus amigos y su tiempo libre. También empezó a pensar en las calorías y a tener crema para las manos en la mesa de la cocina. Todas estamos convirtiéndonos en damas; y por más que a veces se haya discutido en tono de broma si las mujeres sirven para ser madres, nadie se molestó todavía en preguntar si las damas sirven para ser madres, porque evidentemente la cuestión no venía al caso. Bueno, pues ahora viene al caso; y cada vez de manera más apremiante.

Personalmente, creo que durante los primeros cuatro o cinco años, un niño es más feliz y se cría mejor si hay algún adulto con quien pueda establecer una relación individual, personal y continuada. No creo que, ni aisladamente ni en forma conjunta, sean el prejuicio masculino y el hecho físico de la lactancia los responsables de la tradición de que ésa es tarea de mujeres y de que normalmente la que mejor la desempeña es la madre. No es demasiado importante que la madre sea remplazada por una niñera, siempre y cuando siga siendo la misma niñera: pero con eso no se libera a las mujeres de la crianza de los niños. En el mejor de los casos, sólo sirve para liberar a la mitad de ellas a expensas de la otra mitad.

No creo que de ninguna manera sea lo mismo para el bebé si en vez de establecer una relación individual con una persona individual alcanza a tener la decimoquinta parte de la atención de un «profesional preparado» a cargo de una guardería infantil. Por más preparados que estén, los profesionales no son más que seres humanos, y por lo común entre los quince infantes habrá uno o dos a los que puedan atender con auténtico interés y afecto. Como relación niño-adulto, es una relación imperfecta, como lo sería una relación hombre-mujer si una mujer se encontrara en la situación de ser una de las quince esposas que simultáneamente se relacionan con un varón «preparado». No sería suficiente para ella y es un exceso de comodidad suponer que lo sería para su hijo.

Creo que aquí el problema se ha desplazado del ámbito de la biología al de la economía, y me gustaría estudiarlo desde ese ángulo. El hecho es el siguiente: estamos hablando de un proceso de producción primario, tan básico para la economía de un país como la agricultura o la industria pesada; es decir, hablamos de la producción de gente. Ya sabemos que es posible tener demasiada gente, como puede haber superproducción de cualquier otro producto como las patatas o el pescado —pero en este caso los resultados son más desastrosos, porque es más difícil volverlos a enterrar o echarlos de nuevo al agua—, mas si hay algo que cualquier sociedad reconoce de mil maneras es que de lo único que no puede prescindir es de la gente; necesita gente competente y adecuadamente preparada para hacerse cargo del manejo de todos los intrincados procesos de la producción y la administración cuando los que actualmente los manejan ya no estén en condiciones de hacerlo.

Desde los cinco años en adelante, la sociedad está dispuesta a pagar por el infante un ojo de la cara para que se haga esta tarea. Dedica enormes sumas a la educación primaria, secundaria y superior para asegurarse de que un chico que ingresa en el sistema siendo capaz de sentarse derecho, pararse, caminar, entender las palabras, hablar, controlar sus esfínteres, vestirse, y no tener rabietas con demasiada frecuencia, parte de esa base para aprender a leer, escribir, contar y aportar algo a la sociedad.

Es muy raro que la sociedad reconozca que el trabajo ya invertido en esos niños de cinco años, si se lo evaluara en términos económicos tomando como base los salarios actuales, puede ascender a una suculenta tajada del ingreso bruto nacional. Si por cualquier razón la atención de un recién nacido queda «a su cuidado», su costo para la comunidad es alarmantemente elevado, y sigue

elevándose año tras año.

No quiero decir que la contribución que de esa manera recibe la sociedad deba ser necesariamente evaluada y pagada. Pero el hecho de que *no* se evalúe económicamente la ocupación de madre y de ama de casa —y en ese aspecto su situación es única entre todas las ocupaciones— ha tenido importantísimas consecuencias.

Pensemos un momento en un hombre que va a trabajar a su oficina. Hay quien le paga por lo que hace, y por consiguiente esa gente ha pensado "y planificado muy bien qué es lo que hace y dónde lo hace. Es posible que tenga que viajar una hora o más para llegar a su trabajo, a un sector de la ciudad donde las excavadoras han arrasado manzanas enteras de viviendas para erigir rascacielos que permitan contar con una amplia superficie de espacios diseñados especialmente para el trabajo. Por más que sea apenas una ruedecilla del mecanismo comercial, y que no gane mucho dinero, se han tomado las medidas necesarias para que pueda trabajar con un mínimo de distracciones. Se lo releva de aquellos aspectos del trabajo que por razones de eficiencia se pueden acumular y encargar a personal especializado, como por ejemplo escribir a máquina. Es probable que a media mañana alguien le alcance una taza de café y que más tarde vaya a almorzar a alguna parte, tal vez con algunos compañeros. Y cuando vuelve a casa considera —con toda razón— que sería demasiado esperar que él se hiciera cargo de cosas como las compras, la cocina y la limpieza, cuando su mujer se estuvo todo el día en casa, sin tener que hacer otra cosa que ocuparse del bebé. Sin embargo, lo único que él realmente usó a modo de equipo de trabajo ha sido el escritorio y el teléfono. Después de todo el planeamiento exhaustivo destinado a ubicarlo territorialmenté cerca de sus colegas, cuando tiene que comunicarse con uno de ellos que está dos pisos más abajo, lo hace probablemente por teléfono.

Por contraposición, la tarea de criar los niños —una ocupación igualmente esencial para la economía— se ha mantenido en todo sentido en el nivel de una industria doméstica. Supongamos que *él* se quedara en casa, en su apartamento, con el escritorio y el teléfono, y que a las ocho de la mañana su mujer saliera a afrontar su arduo día dedicado a la crianza de los niños, dirigiéndose a un centro donde una simple manzana de viviendas hubiera sido demolida para instalar una superficie con cuadrados de arenas, áreas de juego, un pequeño estanque para botes, dormitorios a prueba de ruidos, lavadero para los pañales, una habitación destinada a programas de TV para los niños, un comedor infantil con sillitas altas, una cafetería donde las madres pudieran almorzar en turnos sucesivos, y donde en vez de dactilógrafas hubiera personal que prepara y esteriliza los biberones y limpia todo al terminar el día, como se limpian las oficinas después de la hora de cierre. Es posible que entonces ella empezara a tener la sensación de que su trabajo es tan importante como el de él —y Dios sabe que lo es— y que necesita tanto como él contar con un equipo especial, y que le hace tanto bien como a él estar regularmente en contacto con otras personas que desempeñan la misma tarea. Si tuviera la mente libre para concentrarse en ella, hasta podría descubrir nuevamente que el suyo es un trabajo más gratificante y más creativo que la mayoría, y que es más fascinante observar a los niños pequeños que a las nutrias, y que un grupo de chicos es menos dependiente que uno solo, y que cuando la atención del adulto no está puesta en un millar de otras cosas, el bebé no necesita tener rabietas para que lo atiendan.

Quizás haya sido demasiado fácil dar como ejemplo un empleado de oficina. Si fuera un ejecutivo, su mujer tendría una casa en las afueras, con cuarto de juego y con la ayuda diaria que necesitara, y si fuera camionero u obrero de una fábrica, es posible que sus propias condiciones de trabajo fueran bastante intolerables. Pero tarde o temprano hay quien *piensa* en sus condiciones. El sindicato decide una huelga, o en última instancia es él quien decide dejar el puesto, o jura que por lo menos sus hijos jamás van a hacer semejante trabajo, y finalmente los patronos se encuentran con que «no se puede encontrar gente para esa tarea». Y hay que planificar mejor el trabajo, o comprar maquinarias nuevas, o reducir las horas de trabajo y alargar las vacaciones, porque si no, uno se encuentra con una fuerza laboral descontenta y el producto resulta de calidad inferior.

Para las madres y las amas de casa la huelga no suele ser una solución practicable. Además no

tienen sindicato. Pero el sordo rumor del movimiento de liberación femenina no es más que un indicador de que ya hay una fuerza laboral descontenta. Y si las condiciones siguen tan por debajo de la norma industrial y el descontento sigue en aumento, nos vamos a encontrar —y hay quien cree que es lo que ya está empezando a suceder en las ciudades— con que el resultado es un producto de inferior calidad. Y ése va a ser un día muy triste para todos.

12. EL PRESENTE Y EL FUTURO

Parece, pues, que la relación maternal les ofrece a muchas mujeres una gratificación biológica inmediata pero disminuida debido, en gran parte, a que el contexto ambiental le es hostil.

Pero sin duda la contrario es válido para sus relaciones con el varón. Para la mujer, el acto sexual debería ser —y lo es por lo común— mucho más placentero de lo que fue a lo largo de muchas generaciones para su predecesoras. Se ha visto aliviada de buena parte de la carga de vergüenza y de culpa, artificiales e innecesarias, que se asociaban con lo sexual, y no tiene precedentes la atención que últimamente se ha dedicado a las sensaciones, reacciones y respuestas femeninas. Se podría esperar que todo esto abrumara a las mujeres con sentimientos de gozosa gratitud. En la actualidad, la totalidad de la relación entre hombres y mujeres debería estar inmersa en una atmósfera, nueva y cordial, de calor, camaradería y mutua estimación.

No me cabe duda de que en algunos casos individuales es así. Pero únicamente un optimista podría afirmar que el resultado neto de las recientes modificaciones ha sido que en general hombres y mujeres se *gusten* recíprocamente más de lo que solía sucederles antes, bajo regímenes menos tolerantes. Infinidad de signos indican que, de múltiples maneras, sienten en realidad menos atracción, respeto y admiración recíproca de lo que experimentaban nuestros bisabuelos, en los días en que, como afirmaba la vieja fórmula, los hombres eran hombres y las mujeres lo celebraban; y en que la castidad no había pasado de moda; y en que el sexo estaba tan cercado de tabúes que, como escribió Thurber: «Las cosas eran tales que, al hablar del nacimiento y de otros fenómenos naturales, a menudo las mujeres daban la impresión de estar refiriéndose a alguna otra cosa, a una Madonna de Rafael o a la aurora boreal.»

No nos interesa volver a eso. Es mucha la gazmoñería que se ha dejado de lado, y se han reducido drásticamente los dominios de la experiencia humana de los cuales no se puede hablar, y nada de todo ello puede ser considerado de otro modo que como valiosos logros. La única ventaja del sistema antiguo era que en lo esencial, había venido funcionando durante un tiempo bastante largo; la gente estaba acostumbrada a él, sabía el lugar que le correspondía y el rol que tenía que desempeñar, y para nueve personas de cada diez eso es siempre muy consolador.

Los roles que desempeñaban se basaban en un libreto construido en torno de unos pocos axiomas básicos. Uno de ellos era que los hombres fueron creados dominantes, y que siempre seguirían siéndolo, merced a su superioridad en fuerza y en sabiduría, y porque tal era la voluntad de Dios. (Milton: «Él, solamente para Dios; ella, para Dios que está en él.») Pero en una era secular y mecánica, el Dios de Milton está pasado de moda, el poder de los músculos tiene aparentemente cada vez menos importancia, e incluso la sabiduría superior del varón ha dejado de ser la proposición de suyo evidente que antes supo ser.

Otro axioma era. la división del trabajo. La mujer no era apta para enfrentar las ásperas realidades de la vida económica, de modo que su lugar estaba en la cocina y en el cuarto de los niños. En tanto que no hubo forma de salir de allí, la mayoría de las mujeres se adaptó bastante bien, y se enorgulleció de ello, y la familia nuclear (basada desde el comienzo más sobre la división del trabajo que sobre el sexo) siguió manteniendo su coherencia. En la actualidad, la mayor parte de las mujeres afrontan en algún momento de su vida las ásperas realidades de la vida económica, y se encuentran con que no son tan intolerables. También han descubierto que el predominio masculino no se basaba tanto en el hecho de que el varón tenía más músculos y más sabiduría, sino en la circunstancia de que mientras ella se quedara en la cocina, el que tenía *todo* el dinero era él.

Un axioma más venerable todavía, que se remontaba directamente al Jardín del Edén, era: «Con dolor parirás los hijos.» Una de las reglas eternas imponía que todo acto sexual podía ser (dentro del

matrimonio) «bendecido» o (fuera de él) «castigado» con el embarazo. Ahora los nuevos métodos anticonceptivos, aunque estén todavía en la infancia, han empezado a socavar esa regla, y la mecha, que es larga, se está quemando, sin que haya estallado todavía la bomba evolutiva que hay al final.

Al ver que tantos bastiones de su *status* dominante se le escurrían de bajo los pies, el hombre se cogió firmemente del único símbolo del cual nadie podía privarlo. Al menos seguía teniendo su pene. Por más serena y eficiente y económicamente independiente que pudiera ser una hembra, si alguna vez él tenía un asomo de duda de que valía por tres de ellas, no tenía más que recordar que por debajo de tan elegante exterior había una hembra desnuda y con todo su equipo sexual habitual. Si se le ocurría preguntarse cuál debía ser la posición de la mujer, siempre podía dar —aunque fuera para sus adentros— la respuesta de Stokely Carmichael: «Prono.» (Nunca estuve muy segura de si el señor Carmichael tenía algún prejuicio sexual contra la posición convencional, o si simplemente no sabía la diferencia entre decúbito «prono» —de bruces— y decúbito «supino» —de espaldas—, pero a todo el mundo le resultó obvio lo que quiso decir.)

Claro que esta reacción no es típica de todos los hombres, ni siquiera de la mayoría. La mayor parte de los hombres bien adaptados, especialmente si son inteligentes, han recibido bien en general la emancipación de las mujeres, aunque no sea más que porque tienen que pasar por lo menos parte de su tiempo con mujeres y en contextos no sexuales —incluso el contexto conyugal es no sexual durante la mayor parte de las veinticuatro horas— y es menos aburrido hablar con las mujeres desde que tienen algunos temas de conversación.

Sin embargo, creo que tal reacción es uno de los factores que contribuyen al sorprendente *boom* de lo sexual y lo pornográfico. No es un interés nuevo; existió siempre, pero parece que la reciente ola de obsesión por el tema en los países occidentales fuera nueva, y la queja de las liberacionistas en el sentido de que las mujeres son consideradas cada vez más como «objetos sexuales» tiene gran parte de verdad.

Por el momento, las mujeres que se «quejan» constituyen una reducida minoría. La mayor parte de ellas se regocijan. El sexo es grato; es fantástico que a una la miren, la admiren y la tomen como tema de conversación; y la ardua competencia por convertirse en el más atrayente de los objetos sexuales locales representa muchos millones para los fabricantes de cosméticos, perfumes, pestañas postizas, minifaldas, *hot pants y* píldoras anticonceptivas.

Las reacciones ante todos estos fenómenos están nítidamente divididas. Hay quien ve las nuevas actitudes hacia el sexo como una tremenda liberación de fuerzas benévolas y vitales que habían estado cruelmente encadenadas por puritanos de rostro agrio. Otros las consideran como un desborde de todas las normas de decencia y de moralidad que sólo puede conducir a un abismo de obscenidad y corrupción. Los unos lo ven como un asomarse a la sensatez y a la luz; los otros como el derrumbe de los cimientos mismos del orden y de la civilización.

Ambas reacciones son un tanto histéricas y van acompañadas de manifestaciones agudas de agresión recíproca, miedo, odio e indignación moral, en tanto que cada lado se queda totalmente convencido de que tiene el monopolio de la única moralidad verdaderamente moral.

De ambos lados se vociferan atrocidades. Unos lloran por «el joven consumido por el deseo y la pálida virgen sumida en la frigidez», por las parejas atrapadas en un matrimonio imposible, por las madres solteras acosadas por el prejuicio, por los niños torturados por el terror y la culpa porque les han dicho que la masturbación es pecado mortal y que conduce a la epilepsia y la locura; por los homosexuales acosados y perseguidos por el delito de amarse; por Marie Stopes víctima del oprobio y las amenazas.

Los otros señalan las cifras crecientes de enfermedades venéreas, abortos y muertes por drogas; los hijos destrozados por el derrumbe de sus hogares por obra del adulterio, el abandono y el divorcio; las escolares promiscuas a los once años y embarazadas a los doce; la cínica explotación comercial de la pornografía, el exhibicionismo y la perversión que hace que cines y teatros dejen de ser espectáculos familiares.

Es muy improbable que el efecto neto de la situación sobre el total de la felicidad humana sea tan

grande como cada una de las partes cree. Hay cosas que se simplifican con mayor tolerancia, y otras que se hacen más difíciles. Ahora es menos probable que la gente se sienta "incómoda si un hombre dice que' ama a otro, cosa que antes habría parecido intolerable; es más probable que se sientan incómodos si oyen que alguien ama a su madre, lo que antes era muy loable. A una muchacha le resulta más fácil besar a un hombre en público, pero una investigación reciente demostró que hay barrios donde no se atrevería a caminar rodeando con el brazo la cintura de otra chica —por más que en las novelas de Jane Austen, Dickens y Tolstoi las jóvenes lo hagan con una total falta de inhibición— porque ha oído hablar del lesbianismo y ha aprendido un tabú nuevo.

La angustia y la culpa no se desvanecen; simplemente se vinculan con situaciones nuevas. Es menos vergonzoso perder demasiado pronto la virginidad, y es más vergonzoso conservarla demasiado tiempo. En Estados Unidos es menos tabú decir «mierda», y más decir «negro». Nadie tiene tanto miedo de que la masturbación afecte su equilibrio, pero se cree que la abstención puede afectarlo. Ya no es una infamia acostarse con una chica sin su alianza de bodas; pero hacerlo sin proporcionarle un orgasmo es una manera recientemente patentada de estropear la autoestima y la paz anímica de un muchacho.

En realidad, la tolerancia no está ampliándose; está cambiando de objetivos. A la mujer que se separa de su marido porque ya no puede soportar la vida en común se la elogia por lo que antes se la condenaba. Pero a la que se coge a un marido reticente porque no puede vivir sin él, se la condena cuando antes se la alababa. El que sucumba al alcoholismo enfrentará menos censura y hallará más compasión que antes («en realidad, es una enfermedad... es perfectamente comprensible, son demasiadas presiones...»), pero cualquiera que no se defienda de la obesidad es objeto de juicio sumarísimo {«hoy día no hay excusa para eso... no hace falta más que un poco de fuerza de voluntad... otras personas no se dejan tratar así...»). El número total de actitudes morales arraigadas, la dificultad de conformarse a ellas y el peso de la desaprobación social que cae sobre los que no logran hacerlo no han variado mucho.

En cuanto a la obsesión con el sexo como tal, es en parte un subproducto de la abundancia. Cada vez es necesario dedicar menos tiempo y menos atención a la gratificación de otras necesidades físicas, de modo que la actividad sexual va adquiriendo prominencia. Este fenómeno se observa incluso en las sociedades primitivas durante los períodos en que la comunidad se halla mejor provista de lo habitual, de modo que en varios días no hay necesidad de salir en busca de alimentos y se dedican a festejarlo.

A la agente que tiene un trabajo aburrido que sólo le exige poner en juego una mínima fracción de su capacidad mental —el número de esta gente aumenta año a año— el sexo le ofrece algo interesante en que pensar; a los que tienen hambre de amor o de sensación de identidad, les asegura que por lo menos una persona les prestará atención exclusiva por unos minutos; para los que triunfan en la desaforada competencia de nuestros días, es un trofeo; y para los que pierde», un premio de consuelo.

El problema es que si se lo toma como un pasatiempo, divorciado del amor, el sexo tiene una desventaja grave. Como muchas formas de gratificación física, está sometido a una ley de rendimiento decreciente. A un hombre hambriento cualquier comida le parecerá deliciosa; si no está con mucha hambre, sólo lo que es delicioso le parecerá delicioso; para el que está saciado nada es delicioso. Para un hombre que tiene los medios y la oportunidad de satisfacer un apetito, resulta muy frustrante descubrir que le falta el apetito. Los romanos llegaron a tal grado de frustración que construyeron vomitorios donde podían ir a vaciar el estómago para volver a comer.

En algunos de sus aspectos más extremos, parecería que la revolución sexual hubiera pasado el momento de luchar por la liberación de un apetito natural, para alcanzar la etapa de los vomitorios.

Hasta cierto punto, como sabe cualquier biólogo, es posible lograrlo. Cuando debido a las aplicaciones repetidas, un estímulo dado deja de provocar una reacción dada, es posible reactivar la reacción incrementando el estímulo. Los forzados padres adoptivos del pichón del cuclillo se esfuerzan hasta quedar en piel y huesos para criar al enorme intruso, y dejan que sus pichones pasen

hambre, porque un gran pico abierto es un estímulo más fuerte que uno pequeño. Muchas aves muestran preferencia por empollar un huevo de tamaño mayor que el natural; una mariposa macho se quedará hechizada por una hembra artificial que tenga en las alas manchas de mayor tamaño que el natural.

En función de la sexualidad humana, esta técnica se puede aplicar de diversas maneras: la cosmética ofrece labios más rojos, pestañas más largas, cabello más brillante, dientes más blancos, pechos más opulentos o cinturas más breves, según lo que exija la moda. Sin embargo, hay ciertos límites naturales. Cuando la demanda de mayor estímulo se centra en torno de un exhibicionismo cada vez mayor, termina en un callejón sin salida, porque no se puede estar más desnudo que desnudo. Una vez que la plena desnudez frontal pasa, como espectáculo público, a la categoría de *déjá vu,* ya no es posible ir más lejos a no ser en la pesadilla del dibujante de historietas que presentó a una muchacha de las que hacen *strip-tease,* ya desnuda, que responde a las exigencias del público que pide más y, con una sonrisa seductora, se saca las entrañas y las exhibe ante su auditorio ávido.

Últimamente ha habido algunos signos de que el *boom* sexual está perdiendo fuerza y sin duda hay lugares donde encuentra una vigorosa reacción. Buena parte de ello se debe a un síndrome bien conocido con el nombre de «*shock* cultural». Por lo menos lo reconocen los antropólogos, sabedores de que en ocasiones, ha habido tribus primitivas que literalmente murieron de él. Pero entre nosotros hay muchos progresistas que se indignan fervorosamente contra los imperialistas que pisotean los tabúes de las razas sometidas, y que no alcanzan a ver que su propia iconoclastia en lo sexual está provocando el mismo trauma en algunos de sus conciudadanos. Ello no significa necesariamente que el proceso deba ser interrumpido. Quiere decir que debería ser llevado adelante de manera no agresiva, y que las palabras: «Parece que eso le choca!» no deberían ser pronunciadas con desprecio sino con preocupación, ya sea que el choque se deba a una mala instalación eléctrica o a un cambio en las costumbres sexuales.

¿De qué manera terminará por afectar todo esto al *status* de las mujeres? Tendrán que pensarlo mucho y adaptarse cuidadosamente si no quieren terminar perdiendo con el trato. Porque lo que sucede es un aflojamiento de las reglas. Algunas de esas reglas eran malas, y creo que inevitablemente serán remplazadas por otras nuevas, porque tal es la naturaleza de la sociedad humana. Entretanto, cada vez que se da una situación en la que temporariamente se suspenden las reglas, el efecto es que los más fuertes se colocan en la mejor posición y arrinconan a los más débiles contra la pared. Y las mujeres, como grupo, no son el sexo más fuerte.

Uno de los efectos es que los varones jóvenes tienen bastantes menos problemas sexuales, ya que la castidad ha pasado de moda; pero cada vez es mayor la proporción de mujeres jóvenes que se enfrentan con la crisis, que sigue siendo formidable, de afrontar la maternidad o el aborto sin apoyo. En la medida en que es válido que son más los hombres que se conforman con una relación sexual casual y más las mujeres que desean una permanente, los varones tienen ahora la iniciativa moral; de modo que si en la actualidad una muchacha necesita amor y matrimonio, en ocasiones puede verse llevada a avergonzarse de su deseo y a desmentir, con profusas disculpas, que jamás se le ha pasado por la cabeza una idea tan irrazonable.

Los varones se están haciendo cargo también de la iniciativa hipocondríaca. En los días de antaño era a la novia a quien había que tratar con ternura, con tacto y paciencia infinitos, para que la relación tuviera éxito. Ahora es el delicado yo del novio el que necesita mimos, porque el mecanismo de él es más frágil de lo que se habían imaginado las antiguas teorías. A juzgar por las cartas que reciben algunas revistas para hombres, él se pasa media vida preocupado porque la eyaculación es demasiado rápida o demasiado poco frecuente o se produce en circunstancias muy especiales, así como las madres solían preocuparse por aberraciones similares en los movimientos intestinales del bebé, hasta que el doctor Spock renovó el aire planteando el interrogante cósmico: «¿Y qué?»

Pese a todo esto, hay algunas representantes del movimiento de liberación femenina que están en la vanguardia de la revolución sexual, siempre pidiendo más, sobre la base de que el matrimonio

puede ser una esclavitud, y de que el sexo está volviéndose más democrático, o invocando la razón más general de que hasta ahora las cosas han sido tan horribles que ellas quieren cambiarlo todo. Sin embargo, en la mayoría de estos casos se trata de muchachitas bastante recias que están bien seguras de que van a sobrevivir incluso a los cataclismos más drásticos. Y ni siquiera a ellas les resulta tan fácil, porque una sociedad dominada por el sexo está siempre pronta para resucitar la vieja consigna de que «el lugar de la mujer es de espaldas», y un hombre que tiene la vista fija con demasiada avidez en el escote de una mujer no hace otra cosa que irritarse si le piden que Escuche, y que escuche de veras, las palabras que salen de su boca.

Me parece que para las mujeres en especial, la vida en una sociedad obsesionada por el sexo tiene una desventaja muy deprimente: que altera la curva de su vida de una manera especialmente agotadora. Para explicar a qué me refiero, volvamos un momento a los primates.

Entre los antropoides, la llamada sexual sigue llegándoles a los individuos como el maná del cielo, como un acontecimiento regular. A cualquier hembra que no esté preñada le toca, por turno, ser la más deseable de toda la tropa. Y ese ciclo se mantiene durante toda la vida. La hembra del papión no conoce la menopausia, como nosotras, y no sólo la menstruación no se interrumpe, sino que tampoco se interrumpe el celo, ni está sujeto a una ley de rendimiento decreciente. Puede estar vieja y arrugada, pero sigue habiendo una época del mes en que ella, y nadie más, es la hembra más atractiva de toda la tropa y sigue cautivando a los machos con tanta eficiencia en su último ciclo como le había sucedido con el primero de todos.

Con el homínido las cosas habían sido distintas. Había sobrevivido a la emergencia biológica; las relaciones sexuales habían vuelto a normalizarse, con la leve inquietud que dejaban los resabios emocionales del conflicto, y se habían hecho un tanto enigmáticas cuando el amor se introdujo en lo que había sido una transacción física casual. Pero el celo había desaparecido para siempre.

El deseo femenino y la atracción de la hembra, en vez de describir curvas ascendentes y descendentes cada cuatro semanas, describiendo simplemente una parábola larga y lenta. Hacia la pubertad, la hembra del homínido florecía; se hacía más deseable y seguía siéndolo durante la juventud, hasta que declinaba. Después su interés en los machos disminuía, lo mismo que el de los machos por ella.

No hay razón para suponer que en los días de la Prehistoria la inexorable disminución de sus encantos le causara mortificación alguna. Cuando las condiciones de vida son muy rigurosas, el sexo ocupa un lugar muy accesorio en la lista de motivos de preocupación, después de la comida y el agua, los enemigos, los animales salvajes y los malos espíritus, los niños enfermos y el intento de no empaparse en los trópicos y de no helarse en Tierra del Fuego.

También después de que el *Homo* se hizo *sapiens* la edad misma siguió significando un honor. Uno de los factores más vitales en el éxito evolutivo del hombre fue la capacidad de acumular conocimiento, de aprovechar no solamente la experiencia personal sino también la experiencia de los otros, incluso la de otros que hubieran muerto tiempo atrás. Antes de la invención de la escritura, lo único que lo hacía posible era la larga vida y la memoria de los miembros más ancianos de la tribu.

Cuando sucedía algo «sin precedentes» —una inundación, una epidemia, una plaga de langosta — los viejos y las viejas que lo habían visto antes podían dirigir la mirada a cincuenta o sesenta años atrás y «profetizar»: «El agua no va a subir más allá de esa roca», o: «Se enfermarán muchos, pero morirán pocos», o: «Si hacen eso, no les va a servir de nada.» Hoy día las cosas cambian tan rápido que la experiencia de la generación anterior cada vez viene menos al caso, y en el mercado no hay demanda de sabios venerables de ninguno de ambos sexos.

Puesto que hemos llegado al tema de la Anciana, podemos dedicar un momento a hablar de la menopausia. Es otro de esos fenómenos biológicos característicos de nuestra especie y que parecen muy fáciles de explicar hasta que uno se pone realmente a pensar en ellos.

La explicación «obvia» de la menopausia es que después de cierta edad la concepción, el parto y la crianza de los niños se hacen más peligrosos y perjudiciales para una mujer y que, por ende, las

bondadosas fuerzas de la evolución la protegen de esos riesgos haciéndole imposible la concepción. Pero no es así como funcionan las cosas. Ya hemos observado que a las fuerzas de la evolución no les interesa ser bondadosas con el individuo.

Gestar y amamantar sus crías puede ser igualmente agotador y arduo para una hembra de chimpancé o de gorila que envejece o, para el caso, para una vaca en iguales condiciones, pero no hay otra especie en que la hembra se vea biológicamente forzada a retirarse de esos deberes para llevar una vejez serena y libre de trabas.

De la misma manera, para un leopardo es muy peligroso y perjudicial quedarse sin dientes; pero la selección natural no se va a oponer nunca a que los leopardos viejos sean desdentados, porque una vez que esos animales pasan la flor de la vida, en que pueden procrear, los individuos longevos ya no representan una ventaja para la especie. No hacen más que consumir recursos que de otra manera irían a parar a su progenie, y cuanto antes abandonen su mortal envoltura, mejor será para la progenie y para la especie.

La única manera de explicar la emergencia evolutiva de la menopausia en las mujeres es suponer que la tribu como tal, y no solamente el individuo, obtenía algún beneficio de la presencia de esas mujeres que, aun siendo estériles, alcanzaban una vejez sana y madura. De alguna manera u otra, y de una manera que no se aplicaba a ninguna otra especie que sepamos, las abuelitas eran útiles.

Hasta donde yo puedo ver, esta explicación sólo puede hallarse en su función como depositarías de «sabiduría», tal como lo ejemplificamos antes; y especialmente en el arte en que mejor se manejaban, el de cuidar a los niños. En esos días no había doctor Spock. La mejor manera de tratar, por ejemplo, a un niño con una pierna rota se podía descubrir únicamente por ensayo y error, y en el caso de accidentes tan poco frecuentes sólo alguien de larga memoria tendría probabilidades de recordar una vez en que un problema similar se había manejado bien, y otra vez en que se lo había manejado mal, y comparar los resultados y extraer las conclusiones.

Es verdad que estaban los hombres, a quienes los partos y la crianza no llevaban precozmente a la tumba; pero la atención de ellos tendía a concentrarse en otras preocupaciones. Las ancianas eran las depositarías del saber referente a los niños, así como los ancianos lo eran de las tradiciones de la caza; de tal manera, para la especie resultó conveniente que los partos anuales no se prolongaran hasta abreviar drásticamente la vida de las mujeres. Cualquier grupo en el cual se diera y se estableciera una mutación conducente a la menopausia sería más apto para la supervivencia que los grupos en que tal cosa no hubiera ocurrido.

Así, las mujeres fueron las únicas hembras primates en que se estableció la menopausia porque eran las únicas hembras primates que habían llegado a tener un método de fomentar la supervivencia de la especie que no tenía nada que ver con el útero. Podían recordar; podían pensar; y podían comunicar sus recuerdos y sus pensamientos.

Puede ser un poco incómodo (especialmente para las nueras) que el impulso instintivo a interferir y a «saber más» en esas cosas, tienda todavía a fluir, en los años de madurez, en una sociedad en donde con frecuencia resulta impertinente; pero en la actualidad la mayoría de nosotras nos hemos adiestrado rigurosamente para inhibirlo. Por otra parte, cuando alguno de los chauvinistas masculinos más fanáticos intenta definirnos exclusivamente en función de nuestras hormonas y de nuestro sistema interno de cañerías, no está mal reflexionar en que hace millones de años que las fuerzas ciegas e imparciales de la selección darviniana indicaron el hecho de que no se puede calcular el valor de una mujer estimándola únicamente del cuello para abajo.

Volvamos a la nueva curva de atracción sexual: Hasta hace algunas generaciones, todavía no era difícil asumir la declinación de la atracción sexual. El cambio de rol desde la novia ruborosa a la madre ocupada *full-time* se producía en muy pocos años, y después de los primeros nueve o diez embarazos la mayoría de las mujeres rezaban fervorosamente para que todo el asunto se acabase de una buena vez. Incluso la reina Victoria, esposa amante si las hubo, llegó a tener la nítida sensación de que hasta de lo bueno es posible tener demasiado. Se tenían todos los hijos necesarios para vivir absorbida y preocupadamente, y después venían los nietos, y después buenas noches.

Nuestra vida actual tiene una configuración muy diferente. Los hijos son menos. Necesitan apoyo económico durante un período más prolongado que nunca; pero la tarea física real de supervisar a una progenie promedio de dos o tres niños después que han alcanzado la edad escolar, simplemente no alcanza a absorber las energías de la madre durante el resto de su vida activa (que se ha prolongado mucho). En cuanto a ser abuela, lo que solía significar un resurgimiento de la importancia al desempeñar un rol nuevo, placentero y poco menos que indispensable, ya no es lo que solía ser, por lo menos en Occidente. En una sociedad donde reina el sexo y donde la juventud está tan solicitada, una abuelita de cuarenta y dos años tiene sentimientos ambiguos cuando se trata de hacer valer su condición, y con la movilidad de las poblaciones y la fragmentación de la familia extensa, la relación se-concreta cada vez más a la larga distancia, gracias al teléfono y las tarjetas de felicitación, que no junto a la chimenea y en un clima de cuentos de hadas y canciones de cuna.

El resultado neto es que a los dieciséis años una muchachita se hincha orgullosamente para ser «estrictamente una mujer mujer», con las pestañas bien rizadas y la mira puesta en la «carrera» matrimonial, y se embarca en la vida adulta con su aspecto *sexy*, entusiasmadísima y con todo a su favor. Y cualquiera que se le aproxime para sugerirle que está muy bien ser bonita, pero que siga insistiendo con las matemáticas porque pueden hacerle falta, o que le pregunte qué piensa de la igualdad de salarios, se va a encontrar con una respuesta muy lacónica. Por más que sepa que la juventud no es eterna, su *status* es tan alto como el de la hembra del papión en celo, y está desesperada por enamorarse, y por que se enamoren de ella, y por vivir feliz toda su vida. Y nadie puede culparla, si la han condicionado para pensar así.

Hacia los treinta y cinco o treinta y seis años, un día, al repasar su lista de compras ve, con cómica pesadumbre, que incluye un par de cosas tales como crema antiarrugas y una faja un poco más ajustada porque la que usaba ya no sostiene lo suficiente. Poco a poco, consciente o subconscientemente, va dándose cuenta de que en lo sucesivo, para la mujer estrictamente mujer en una sociedad obsesionada por el sexo, el rol se va haciendo cada vez más difícil.

Es en este momento, en los sectores más prósperos de la sociedad, cuando empieza a establecerse la famosa neurosis. Si el marido está muy metido en la lucha competitiva, ella no se va a atrever a cejar en el empeño de parecer *sexy*, porque la imagen de él va a sufrir considerablemente si su mujer no intenta por lo menos ser tan sexualmente atractiva como le sea posible.

Antes solía bastar con que ella fuera fiel, paciente y "competente, pero ahora que él empezó con el asunto de la virilidad, la forma más segura de demostrarla es tener a remolque una mujer que les haga pensar a los demás muchachos: «¡Viejo, éste sí que debe ser bueno para eso!» Además, el matrimonio ya no es un vínculo tan sólido como solía. Si él siente que en ese aspecto ella no lo respalda como es debido, es probable que busque en alguna otra parte ese símbolo de *status* y posiblemente empiece a pensar que la edad madura es buen momento para cambiar a una segunda esposa diez o doce años más joven. Porque la curva para un hombre no es la misma. Su *status* (tanto sexual como social) depende en mucho mayor medida de factores que a los treinta y cinco o cuarenta todavía están en ascenso: poder, técnica y dinero.

Norteamérica es el lugar donde aparecieron por primera vez estas actitudes; fuera de ella no han alcanzado la misma preeminencia. Es también el lugar donde (y no por accidente) empezó por primera vez a hacerse oír verdaderamente el movimiento de liberación de las mujeres. Y para la mayor parte del mundo occidental, para bien o para mal, parece que fuera el lugar desde donde sopla el viento en lo que se refiere a este tipo de cambios sociales. Si, como parece, tales cambios son consecuencia de la abundancia creciente y de la creciente separación entre los conceptos de sexo y de amor, es probable que se difundan.

Se aplica a menudo la palabra «matriarcado» a la vida norteamericana, pero uno de los mejores comentarios al respecto se lo debemos a J. B. Priestley:

«Si las mujeres [norteamericanas] se vuelven agresivas, exigentes, dictatoriales, ello se debe a que se encuentran luchando por hallar satisfacción en un mundo que no les pertenece. Si usan el sexo como un arma, es porque están muy necesitadas de un arma. Son como los habitantes de un

país ocupado. Se ven forzadas a aceptar valores y normas que son ajenos a su naturaleza más profunda... Una sociedad en la que un hombre sale una noche con su esposa y en la que ambos pagan, de su reserva común de dólares,-para ver a otra mujer que se desviste, es una sociedad en la que el varón ha impuesto completamente sus valores.» La mujer «se ve obligada a aparecer, no como lo que es, sino como el reflejo de las fantasías y los sueños, semiinfantiles y semiadolescentes, del varón. La mujer victoriosa establece' una relación perdurable con un hombre maduro. La mujer derrotada se desnuda pero se venga» *(strops and teases).* Si estas tendencias siguen extendiéndose, todas nos vamos a enfrentar con la derrota.

Nadie puede demorarse en un problema con la extensión con que lo he venido haciendo sin despertar la expectativa de que el último capítulo preguntará en tono retumbante: «¿Qué debemos, pues, hacer para salvarnos?» y ofrecer una respuesta sensacional. El que no lo haga corre el riesgo de que lo acusen de eludirse. Yo no tengo una respuesta sensacional, ni me importa demasiado que me acusen de elusión. Pero como estoy firmemente convencida de que hay algunas cosas que *no debemos* hacer, puede ser buena idea intentar ver un poco hacia dónde podemos ir desde donde estamos.

Lo que sin duda no debemos hacer es tratar de basar un movimiento femenino en una especie de vínculo seudomasculino, afirmando que todo el sexo masculino es un leopardo feroz y azuzando el odio contra ellos. Y no debemos hacerlo por cuatro buenas razones.

1. Con palabras de Bertrand Russell: «Amar es sabiduría: odiar es estupidez.» Cualquier daño que el odio puede causar al odiado es despreciable comparado con el efecto corrosivo que tiene sobre el que odia.
2. Es un consumado disparate pretender que los hombres son odiosos. No más de un 2 o 3 por ciento de ellos tienen como móvil alguna mala intención contra las mujeres. Lo que pasa es que mientras las cosas están cambiando, ellos están tan confundidos respecto de su rol como nosotras respecto del nuestro; y la mayoría de ellos, si ven que pueden sacar alguna ventaja de la confusión, intentarán capitalizarla, como lo haría la mayoría de las mujeres si tuviera la oportunidad. Hacen falta dos para bailar, y hacen falta dos para convertir a una mujer en objeto sexual: cuando se trata de salir en la tapa de una revista, a la mayoría de las mujeres las halaga muchísimo que las consideren así, y se sentirían ofendidas si sus esfuerzos por mostrarse *sexy* no fueran retribuidos precisamente con ese «tributo». Si algunas mujeres se sienten atadas por el matrimonio, mis lectores pueden apostar el último centavo a que hay por lo menos un número igual de hombres que se sienten atrapados en él, y cualquier mujer que se sienta desencantada por el *statu quo* haría bien en prestar atención a la sincera respuesta de Thurber: «Todos estamos desencantados.»
3. Como mecanismo para establecer un vínculo, el leopardo simplemente no funciona. La mayoría de las mujeres no se alucina tan fácilmente. Se puede dar la voz de alarma y batir tambores, pero cuando nos señalen al enemigo con el dedo, la mayor parte de nosotras dirá: «No, no; si no son leopardos. Ése es el cartero, y aquél es mi hijo, y el de los ojos azules fue el que se condujo tan bien con nosotros el invierno pasado, cuando hubo tanta nieve.» Y tendremos razón.
4. Allí donde un mecanismo para establecer un vínculo no funciona, más de la mitad de la energía producida se desvía del «enemigo» para volver a orientarse contra los «traidores». Es algo que no podemos permitirnos. De todas maneras, la mayoría de las mujeres tiene demasiado poca confianza en sí misma, y cuando empiezan a criticarse entre ellas las cosas se ponen diez veces peor. El ama de casa que no trabaja está a la defensiva porque siente que las mujeres que trabajan piensan que se está convirtiendo en una zanahoria; las que trabajan están a la defensiva porque sienten que las mamas *full-time* les reprochan que tienen la cocina hecha un desorden y que descuidan a sus hijos. Las mujeres que no tienen hijos escriben cartas a los periódicos para defenderse porque tienen la sensación de que las consideran egoístas por preferir su libertad o comprarse un coche nuevo o seguir adelante con su carrera; las que son madres de cinco sienten que

les echan en cara el problema del exceso de población. Es hora de que terminemos con todos esos disparates.

La primera de todas las cosas de que necesitan liberarse las mujeres es de su tendencia crónica a los sentimientos (admitidos, ocultos o agresivamente sobrecompensados) de inadecuación y de culpa. Una mujer que se siente mal porque tiene la casa en desorden cae en la tentación de restablecer su autoestima despreciando a la vecina que está orgullosa de su casa; pero, ¿qué demonios hay de malo en estar orgullosa de su casa si eso es lo que a una la hace sentirse bien? Mantener bien arreglada una casa no es una tarea más estéril ni más «embrutecedora» que la de un jardinero profesional que mantiene arreglado un jardín.

Cualquier intento de «vincular» a las mujeres con una cohorte en la que todas miren para el mismo lado no sólo está condenado al fracaso, sino que tendrá como resultado lesionar más todavía la autoestima femenina. Lo que hace falta es un retorno al inestimable hábito de acicalamiento mutuo, frecuente y asiduo, que caracteriza a las hembras de los primates, traducido (como se traduce actualmente la mayor parte de ese tipo de comportamiento) en términos de conversación.

Claro que gran parte de ese comportamiento se mantiene, principalmente, por teléfono. La mayoría de los hombres se quedan perplejos, porque con frecuencia el contenido informativo real de esas charlas es mínimo. Pero la información no es el motivo de esa actividad: satisface la necesidad, que sigue siendo básica en la mayoría de las mujeres, de aliviar los sentimientos de aislamiento mediante una interacción amistosa y cordial con alguien del mismo sexo. Decir: «Pero todo eso se lo podías haber dicho en dos minutos, y además la vas a ver el viernes» es tan estúpido como evaluar los beneficios del acicalamiento entre los antropoides por el número de parásitos que se sacan.

Lo único malo de ello es que con demasiada frecuencia se limita a interacciones entre mujeres con un estilo de vida similar: madres de bebés, o viudas, o divorciadas o mujeres de carrera; madres problematizadas por sus hijas adolescentes o hijas adolescentes que tienen problemas con sus padres. Dentro de esos grupos es frecuente que a sus integrantes les resulte reconfortante reunirse para levantarse recíprocamente el ánimo cuando las cosas andan mal. Cualquiera que realmente quiera mejorar el *status* de la mujer en general debería tomar como un compromiso de honor el enviar las mismas señales amistosas también *a través* de esas fronteras, cuando la ocasión se preste.

Fuera con el odio, entonces. Admito que respecto de esto me inquieta el libro de Kate Millett *Sexual Politics*, así como algunos otros escritos de liberacionistas que siguen la misma línea. Es un libro muy inteligente que analiza con meticulosidad las fantasías pornográficas incorporadas en las obras de autores varones muy apreciados y de excelente venta. Pero, ¿cuál es el *propósito* del libro de Kate Millett? Lo que les dice a las mujeres parece ser algo así como: «Esto es lo que los hombres piensan realmente de nosotras. Es algo aborrecible e insultante. Hacemos bien en odiarlos.»

Lo dudo. Dudo de que esa forma de escribir tenga nada que ver con la política, ni con nada de nada en el mundo real. Sin haber conocido jamás a ese caballero, me arriesgaría a apostar que ni siquiera el señor Norman Mailer se pasea por los Estados Unidos cometiendo salvajes atropellos sexuales contra las mujeres que encuentra por la calle. Seguramente todo eso es material onírico, radioteatro para varones, y las mujeres que aparecen allí son muñecas y no personas. Y en sus momentos de vigilia, los varones que escriben eso deben tener bien clara esa verdad y actuar de acuerdo con ella; de otra manera se sabría.

Concedamos que los hombres, o algunos hombres, tienen un poco de ese material que exhala sus emanaciones desde el fondo de su mente. Ha quedado allí desde hace muchísimo tiempo, y es un poco sorprendente que no se haya evaporado todavía. Pero su significación «política» no es mayor que la de Juanito y la mata de habas. Esto no debería ser demasiado difícil de verificar, pues asimismo muchas mujeres tienen fantasías maso-quistas, y a no dudarlo, forman vínculos de pareja con los soñadores «sádicos» y juegan juntos en el dormitorio, como lo dramatiza John Osborne en

una de sus obras. La pregunta del millón es si la compañera «sometida» en estas travesuras tiene, por ese motivo, alguna probabilidad más de ceder, cuando llega la fría luz de la aurora, en cuanto al color de la alfombra nueva para el comedor, o en cualquier otro asunto que le importe de veras. Y sospecho que no., Como tampoco la prostituta de estilo «gobernanta» les va a arrancar mil dólares más a los chiflados de sus clientes con el látigo y las botas altas. Los mundos oníricos no tienen efecto alguno sobre el asiento del verdadero poder.

Si no estamos por el odio, ¿por qué vamos a estar? Hay dos o tres objetivos que parecen bastante claros. Primero, como en el caso de cualquier otra población que haya estado sometida, necesitamos un mayor respeto de nosotras mismas. Recuerdo haber visto a Pierre Trudeau en una entrevista con un grupo de mujeres jóvenes, a quienes se dirigió llamándolas «chicas». Le informaron que ya habían llegado a la mayoría de edad y por ende no eran chicas. Eso lo sorprendió un poco, y por un minuto farfulló buscando otro eufemismo para expresar cortésmente lo que eran. «Eh... ¿señoras?», arriesgó. «Somos mujeres», le contestaron, como si estuvieran orgullosas de serlo. Fue como la primera vez que alguien dijo directamente en voz alta: «Es hermoso ser negro.»

Segundo, la independencia económica; porque mientras cada mujer no tenga confianza en su capacidad de mantenerse sola, jamás extirparemos de raíz la sospecha masculina de que cuando decimos: «Necesito amor. Quiero una relación permanente», lo que expresamos en realidad es: «Quiero asegurarme la comida. Quiero que trabajes y me mantengas durante toda la vida.» Esto no significará necesariamente, para todo el mundo, el final de la división del trabajo en la familia. Si un hombre quiere una esposa que se quede en casa a educar los hijos y encuentra una mujer que quiere hacer exactamente eso, espléndido; en tanto que él se haya detenido a pensar si está seguro de que lo que quiere *es* eso y que se dé cuenta de que eso, como todo, cuesta dinero; y en tanto que ella se haya detenido a preguntarse algo muy importante: «Primero voy a educar a nuestros hijos... ¿y *después qué?*» Porque el «después qué» puede durar cuarenta años y ella no va a querer que todos esos años sean cerro abajo.

Tercero, la *certidumbre* de no tener más hijos de los que ella quiera, y ninguno si ella no quiere ninguno. Esto es esencial no solamente para las mujeres sino para todo el mundo, porque todo ser humano tiene el derecho inalienable de no nacer de una madre que no quiere tenerlo. Una vez cabalmente logrado esto, estará dentro de las posibilidades de cada mujer decidir si quiere o no tener un hijo.

«Toma lo que quieras», decía Dios en el antiguo proverbio, «y págalo». Si ella lo quiere, de una manera o de otra tiene que pagarlo, y barato no sale. Puede que lo pague consagrando algunos años de su vida a la crianza de su hijo. Es posible que lo haga aviniéndose al menos a un período de dependencia económica (probablemente de su marido) mientras lo hace. Si es demasiado celosa de su independencia puede pagarlo aceptando un período de relativa penuria económica.

Es posible que quiera tener el niño y tener alguien que se haga cargo de la mayor parte de la crianza, y está bien si tiene el capital suficiente, o un buen sueldo o un marido suficientemente rico. Tiene derecho a gritar y a quejarse y a mover cielo y tierra para conseguir que se reconozca públicamente que la tarea que está haciendo es importante para la sociedad, y que ésta debe gastar dinero en capacitarla para que la haga mejor y con más eficiencia; y tiene derecho a unirse con otras mujeres para establecer grupos de juego o de cualquier otra cosa que le simplifique la vida hasta el momento en que cielo y tierra empiecen a escucharla. Y tiene también el derecho y el deber de elegir un marido que también quiera hijos, si ella quiere tenerlos; y el de instarlo a que la ayude en la medida de su posibilidad y su disposición.

Lo que ya no va a tener ningún derecho de hacer, una vez que el «accidente» quede totalmente excluido y cada hijo sea resultado de una elección consciente, es darle la vida y poco después empezar a quejarse porque nadie viene a sacarle a este estorbo de encima. Si luchamos por conseguir que haya anticonceptivos más eficientes y seguros, entonces tenemos que hacer frente a la consecuencia moral de todo esto, es decir, al hecho de que la maternidad sea una opción y no un imperativo; de que nadie a quien el precio le parezca excesivo necesita" aceptar ese término de la

opción; y de que a partir de ahí, en lo que se refiere a los hijos y de manera más inexorable que nunca, el problema se centra en ellos. Y si intentamos eludir este punto, perderemos el derecho a que nos crean.

¿Qué hay del matrimonio? Al parecer, las libe-racionistas más extremas están empeñadas en destruir la institución. Yo no alcanzo a ver por qué tiene que haber una «política» al respecto. Tan pronto empezamos a zafarnos de un montón de gente que dictaba la ley de que *debíamos* casarnos, me parece demasiado torpe meternos de cabeza en otro grupo que nos dice que *no debemos.* «Sin duda, como decía Osear Wilde al referirse a la altura de las tías, es un asunto en que a una chica ha de permitírsele que decida sola.»

De todas maneras, todavía el matrimonio va a seguir existiendo durante mucho tiempo. Como se lamentaba Shulamith Firestone: «Todo el mundo ataca al matrimonio, pero todos terminan casándose.» Y una de las cosas de validez más perdurable que se han dicho al respecto es la afirmación del doctor Johnson: «Por lo común, el matrimonio no es más desdichado de lo que puede serlo la vida.» En ocasiones, a dos personas de diferente sexo se les puede hacer difícil el intento de vivir permanentemente juntas sin ponerse uno a otro entre la espada y la pared. Pero igualmente difícil puede resultar el intento de hacerlo con alguien del mismo sexo, o con un hijo, o uno de los padres, o un hermano, o un colega; o con una sucesión de personas diferentes; o con una comunidad (ya que la tasa de comunidades que fracasan es por lo menos tan elevada como la de matrimonios fracasados). Y es posible que lo más difícil de todo sea el intento de vivir completamente solo en una casa o un apartamento vacío.

Tampoco es muy de temer que los hombres, una vez alcanzada una mayor libertad sexual, intenten seriamente escapar de la «trampa» del matrimonio. Incluso en el nivel físico, no hay como tenerlo a mano en casa, sin tener que salir con buen o mal tiempo a procurárselo fuera. Además, aunque ellos rara vez lo admitan, la necesidad masculina de tener una relación estable es tan grande como la nuestra, o mayor. Después de los estudios realizados en el Instituto de Investigación Mental de Berkeley, California, un grupo de investigadores informó: «De acuerdo con la idea popular de que. el matrimonio es un triunfo de las mujeres y una derrota de los hombres... esperaríamos encontrar que los hombres que han eludido el matrimonio estén mucho mejor adaptados que las mujeres que no han llegado a casarse... Los hallazgos efectuados sugieren lo contrario. Son más los hombres solos que muestran signos de inadaptación que las mujeres solas [tal como lo revelan], particularmente los índices de infelicidad, de tendencias neuróticas graves y de tendencias antisociales.»

De manera que el matrimonio (o algo menos legalista, pero que en esencia sea lo mismo) perdurará sin duda hasta que los que afirman que es una institución lamentable puedan encontrar una respuesta convincente cuando se les pregunte: «¿Comparado con qué?» Todavía ninguna de las respuestas me ha convencido.

Pero, ¿podrá sobrevivir el matrimonio (o el sexo simplemente) una vez que las mujeres hayan alcanzado la igualdad y la independencia? Al parecer, los pensadores de la escuela del cíclido tienen graves dudas al respecto. El cíclido es aquel pez en el que insisten los muchachos preocupados por la «castración psicológica». Parece que la hembra del cíclido es incapaz de aparearse con un macho a menos que éste sea agresivo, belicoso y dominante; y que un cíclido macho queda impotente ante una hembra que no hace la correspondiente demostración de temor y sometimiento. Por ende, se insinúa sutilmente, si las mujeres llegamos a alcanzar la igualdad nos encontraremos, horrorizadas, con que los hombres ya no son hombres, y entonces lamentaremos de todo corazón habernos puesto a su nivel.

Lo que no se piensa con la frecuencia debida es que los seres humanos no son peces sino mamíferos, y que la castración psicológica es una característica común en muchas sociedades de mamíferos también, pero que en esos casos el mecanismo es totalmente diferente. En la gran

mayoría de las especies de mamíferos la única criatura que puede castrar psicológicamente a un macho es otro macho; y lo hace simplemente derrotándolo en combate. Esta pauta se ejemplifica una y otra vez en los estudios del comportamiento de los primates, pero la ilustración más clásica de este proceso, y la que se cita con más frecuencia proviene de los vacunos. Es la historia del toro que envejecía y ya no era capaz de servir a todas las vacas, de modo que trajeron un par de toros más jóvenes para que le ayudaran en la tarea. Él los desafió, peleó con ellos y los venció. Y no solamente los toros derrotados quedaron castrados psicológicamente, sino que el vencedor tuvo tal acceso de virilidad que volvió a su harén, sirvió a todas las esposas que quedaban a la espera y se pasó el resto de la temporada resoplando como Alejandro a la búsqueda de nuevos mundos para conquistar. Ningún hombre que insista en jugar el juego del cíclido y en quejarse de que está castrado porque su mujercita no es bastante sumisa, tendrá que sorprenderse si ella llega a preguntarle qué le está pasando últimamente en la oficina.

Mas para tener una verdadera respuesta no necesitamos en modo alguno dirigirnos al reino animal. En la Rusia soviética hace ya largo tiempo que las mujeres cuentan con la igualdad económica. El setenta y cinco por ciento de los médicos y los maestros son mujeres, como lo son el 58 por ciento de los técnicos, un tercio de los ingenieros, el 63 por ciento de los economistas y casi la mitad de los científicos y de los abogados, y todas las mujeres en todas las tareas tienen igual paga. Y por más que Occidente haya oído muchas críticas dirigidas contra el comunista ruso promedio, no recuerdo haber oído jamás que lo tacharan de maricón.

Con el fin de echar una mirada especulativa hacia el futuro, me gustaría establecer un vínculo entre uno de los primeros aspectos de esta historial y uno de los últimos: Darwin y la píldora.

Se ha hablado mucho sobre los posibles efectos de la píldora en la sociedad y sobre las relaciones sexuales y sobre la tasa de nacimientos y sobra muchas cosas. Es sorprendentemente poco lo que se ha dicho de sus posibles efectos genéticos, y en todo caso ese poco se ha expresado en términos de 1984, contemplando la posibilidad de que el Estado se inmiscuya para estipular a qué hombres y a qué mujeres se les permitirá procrear, y qué tipo de ciudadanos se desea producir.

Es muy improbable que esto suceda. La reproducción seguirá teniendo lugar, como lo ha tenido desde la época de los dinosaurios y antes aún, como resultado de los procesos de selección natural. Únicamente que la píldora habrá arrojado dos piedras enormes entre los granjeros. Por un lado significará que los efectos evolutivos de la selección natural pueden acelerarse incalculablemente en ciertas direcciones. Y la otra cosa es que los padres de la próxima generación serán «seleccionados» entre tipos de seres humanos ligeramente diferentes.

Supongamos que en ciertas mujeres haya alguna predisposición genética que las disponga más favorablemente que a otras a hacerse cargo de la tarea de criar niños. En un capítulo anterior estudiamos tal predisposición como una diferencia de clase y, por ende, de índole cultural, y en gran medida probablemente lo es. Pero es casi seguro que intervienen también factores genéticos. Por ejemplo, ciertas razas de aves de corral tienen más inclinación «maternal» que otras, y esta tendencia se puede incrementar mucho gracias a la cría selectiva. Un granjero que se haya comprado una incubadora y no quiera que sus gallinas dejen de poner huevos para encluecarse y empollarlos, puede ir excluyendo los huevos de las gallinas que muestren esta tendencia hasta eliminar totalmente esa pauta de comportamiento. También podría hacer lo contrario, según cuál fuera su interés económico.

Si volvemos a la selva o al mar o a la sabana, nos encontraremos con que una mujer cuyos impulsos maternales fueran deficientes tendría menos probabilidades que el promedio de perpetuar su linaje. Seguiría produciendo infantes, pero tendría menos interés en ellos, menos paciencia con ellos y tendería a descuidarlos. La mayoría de ellos morirían, y los que sobrevivieran no tendrían muchas probabilidades de llegar a ser dominantes y prolíficos, aunque algunos encontraran la protección de oirás hembras y prosperaran. El mecanismo tendría un lastre considerable en contra de este factor

no-maternal. No se extinguiría por completo, pero su incidencia no aumentaría.

En la sociedad civilizada, hasta el siglo anterior, el cuadro era diferente. Las mujeres que no querían tener hijos o a quienes no les gustaban los niños seguían siendo prolíficas porque se enamoraban, o porque querían contar con seguridad, un hogar y la condición de casadas, y los hijos llegaban como parte del trato. El peligro de que. se murieran de hambre o de falta de atención como resultado directo de la indiferencia materna era menor, y nulo en aquellos sectores de la sociedad donde una mujer producía el niño y otra lo criaba. Era perfectamente posible que una mujer cuya carencia de impulsos maternales fuera total produjera un linaje vasto, próspero y dominante. Así las de su género podían multiplicarse, especialmente en las clases altas, y hay razones para creer que así sucedió: que, como con las gallinas, las «cluecas» fueron cada vez más excluidas.

Pero si se llega a una situación en que una mujer puede disfrutar del sexo y tener seguridad sin necesidad de hijos, en que los niños le representan una desventaja para el logro de objetivos que para ella pueden ser más importantes, en que las niñeras son un lujo carísimo y difícil de conseguir y en que los demógrafos proclaman públicamente que no tener hijos es ser un benefactor de la Humanidad, es cada vez más probable que ese tipo de mujeres tenga muy pocos hijos, o ninguno. Ellas mismas se excluirán por selección. Y no será un cambio dolorosamente lento y gradual, como han sido hasta el presente los procesos evolutivos, movidos sólo por el hecho de que ciertos factores genéticos hacen a quienes los heredan más o menos susceptibles de sobrevivir. Podría producirse con la rapidez con que baja una guillotina. Si perdemos la tradición de que el hecho de ser madre implica cierto *status* —y es una tradición que empieza a tambalearse y que últimamente se ha visto por primera vez bajo fuego directo—, entonces las únicas mujeres que tendrían hijos serían las que los quisieran de todo corazón. Las otras desaparecerían en el curso de una generación.

Bien puede ser que de aquí a ciento cincuenta años la gente se asombre al leer de nuestros temores de que el efecto neto de la píldora pudiera desfeminizar a las mujeres. Las que ellos conozcan serán todas descendientes de abuelas y bisabuelas tan burbujeantes de estrógenos que para ellas un bebé habrá significado más que ningún otro objetivo en la vida.

Cualquier efecto selectivo sobre los varones sería mucho menos instantáneo. El personaje del Don Juan impetuoso que solía imponer gallarda-.mente su imagen paseándose por todo el país ya no puede seguir vigente. Puede que siga paseándose y que su magnetismo animal resulte igualmente irresistible, pero su retrato no va a seguir apareciendo durante mucho tiempo en las cunas. Que el tipo se extinga o no dependerá de si en su comportamiento hay algún elemento hereditario, o de si se trata de una aberración puramente psicológica, y de eso no podemos estar seguros.

En el pasado, los maridos se seleccionaban por múltiples razones. Una de ellas, y bastante conveniente dado que presupone por lo menos cierto grado de salud y adecuación, era el atractivo físico. Otra era ser un «buen proveedor», también conveniente en cuanto implica por lo menos cierto grado de eficacia. En la aristocracia pesaba mucho la «cuna», desde el punto de vista genético la peor apuesta de la jugada, ya que un apellido noble no se correlaciona con la salud mental ni con la física. Pero el efecto genético neto de todo ello sobre la sociedad civilizada ha sido mínimo, dado que a diferencia del gorila y del mandril, entre nosotros hay monogamia y la prerrogativa del «macho que procrea» es desconocida. La paternidad no se limita a los apuestos, los inteligentes, los nobles ni los dominantes, en tanto que casi todo el mundo termina por casarse y los hijos «aparecen» como consecuencia.

En el futuro es posible que esto sea algo menos válido. La familia verdaderamente «proletaria» (literalmente aquella en la cual los hijos constituyen la única riqueza, y para la mujer su único *status)* está desapareciendo, y la mujer con actitud de «dama» (que sostiene que hay muchas y más fáciles formas de conseguir gratificaciones en la vida) va convirtiéndose en la norma. En los lugares donde más lejos ha llegado la igualdad entre los sexos, en Moscú por ejemplo, la tasa de nacimientos desciende con bastante rapidez, sin que ello se deba a las exhortaciones ecológicas del Estado —a las autoridades no les hace ninguna gracia la tendencia—, sino a que son más las mujeres que tienen más opciones para elegir, y que toman su propia decisión al respecto.

Otra tendencia que comienza a manifestarse en Rusia, en Escandinavia y en otras partes es que las jóvenes de actitud independiente deciden tener el bebé sin el marido. Es obvio que consideran que este último es una carga más molesta que el bebé.

Si estas dos tendencias se mantienen, entonces es posible que el proceso de selección de marido empiece por primera vez a tener alguna importancia genética. La mujer que decide tener un hijo sin marido está haciendo, en todo caso, una elección fría y consciente, y es de presumir que no selecciona al padre sin pensar: «Me alegraría que mi hijo se le pareciera.» Y si, por ejemplo, un 15 por ciento de las mujeres se decidieran de ese modo en contra del matrimonio, el 85 por ciento restante tendría un margen de elección más amplio y la posibilidad de discriminar más. Es menos probable que los hijos sean un resultado de «un exceso de pasión que me hizo perder la cabeza». Ahora ella puede permitirse perder la cabeza con gozoso abandono por un año o dos y aún esperar, antes de cimentar el vínculo con uno o dos hijos, hasta comprobar si la pareja puede establecerse cómodamente por una larga temporada; y las condiciones para lograr esa meta son un tanto diferentes. No se necesita tanto que el varón sea atractivo como que sea amante y bondadoso. Los hombres más dotados con estas cualidades serán los que más probabilidades tengan de perpetuar su linaje y de ayudar a formar el espíritu de sus hijos.

Lo que todo esto significa es que, con el advenimiento de la píldora, la mujer empieza a poner su dedo sobre el disparador genético. No podemos prever qué será lo que haga. Pero estamos bastante lejos del toro que alcanza a ser prolífico simplemente porque es el que consigue mantener alejados a todos los demás toros.

Es posible que en el futuro, al *Homo sapiens* se le desvaloricen evolutivamente las pautas de comportamiento dominante y agresivo; y si tal sucede empezará inmediatamente a deshacerse de ellas, como hace muchísimo tiempo se deshizo del abrigo de piel.

Puede que durante algunos miles de años se sienta algo desorientado, porque está menos acostumbrado que nosotras a vivir sin agresividad y dominio; pero ha pasado por vicisitudes peores que ésta y ha sobrevivido. Es la más milagrosa de todas las criaturas que Dios jamás creó o que brotaron sobre la tierra. Lo único que tenemos que hacer es tenderle con amor los brazos y decirle:

«Vamos, salta. El agua está deliciosa.»